



¿Y SI EL SAPO BESA BIEN?

FIORELLA
RICCI

Copyright © 2022 Fiorella Ricci
Portada: Fiorella Ricci
Corrección: Amparo Tárrega
Maquetación: Fiorella Ricci
Primera edición: diciembre de 2023
Título: ¿Y si el sapo besa bien?

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones sin pura coincidencia.

Escucha la música que ha inspirado el libro en la Playlist de Spotify:
#¿Y si el sapo besa bien?

Si quieres saber más sobre
Fiorella Ricci, me tienes en:

Facebook

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100058562574389>

Instagram

<https://www.instagram.com/yosoyfiorellaricci/>

¡Gracias por comprar esta novela!

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Epílogo](#)

1

Navidades en Río

2 de diciembre

¿Sabéis a lo que me refiero cuando hablo de un abrazo dulce que te hace sentir como en casa?

¿A esa clase de abrazo en el que sonríes al aspirar el olor de esa persona, tus ojos se cierran por el simple placer de su presencia, los recuerdos regresan vívidos a tu mente y todo es cálido y perfecto porque no puede ser de otro modo?

¡Pues olvidadlo, porque aquel abrazo no fue de esos!

¿Que cómo fue?

Muy largo, muy apretado y cargado de besos por toda la cara.

Por un instante, tuve la seguridad de que acabaría incrustada en alguna parte del cuerpo de mi prima y tendríamos que vivir como siamesas el resto de nuestras vidas. Era como una trampa china. Cuanto más la empujaba yo para separarnos, más me apretaba ella.

—¡Carlota! ¡Carlota, joder, que se me van a salir los ojos de las cuencas!

—¡Cállate y deja que disfrute del momento! —respondió ella, zarandeándome entre sus brazos—. Llevo sin verte tres años.

—Los mismos que yo a ti, así que te agradecería que no me estrujases y pudiésemos recuperar el tiempo perdido.

—¡Ay, Ani! ¡Sigues siendo tan exagerada como cuando teníamos quince!

—¡Y tú más bestia! ¡Y háblame solo en inglés! ¡Necesito practicarlo, lo tengo bastante oxidado y tú eres la única de la familia que lo domina!

—Vale, vale, pues solo en inglés, aunque aquí te valdría más practicar portugués, chavala.

—El portugués mejor te lo dejo a ti.

Mi prima soltó una carcajada y se separó de mí, observándome a placer. Yo hice lo mismo, feliz de volver a verla.

Estaba superguapa, como siempre, con su pelo negro, largo y lacio, su sonrisa contagiosa, sus ojos azules y la piel morenita del sol. Algo bueno debía tener vivir en Río de Janeiro, ¿no? Con inviernos en los que podían alcanzar con facilidad los veintitrés grados centígrados y unas playas preciosas en las que disfrutar.

Carlota se mudó a Brasil cuando le ofrecieron el trabajo de sus sueños en una empresa de moda. Dejó todo lo que conocía, la seguridad de la casa de sus padres y a toda la familia, incluyéndome a mí, y se marchó a un país donde no tenía a nadie.

Siempre admiré su valentía, y aunque me jodió perder a mi prima-mejoramiga-compañeradejuergas en España, sabía que se marchaba feliz por la aventura que la esperaba.

Su mano aferrando la mía con determinación me sacó de mis pensamientos.

Carlota tiró de mí y, al comenzar a caminar, el sonido de las ruedas de mi maleta resonó por la terminal del aeropuerto.

La verdad, no sé cómo no se abrió el suelo bajo mis pies, porque la maleta pesaba una tonelada por culpa de los por *si* *acasos*. Ya sabes... Preparas el equipaje sabiendo que en Brasil hace calor, pero coges, además de los innumerables modelitos y bikinis, tres o cuatro jerséis de lana, el anorak, las botas de agua, el gorro de la nieve y alguna que otra cosilla más... ¡Pero solo por si

acaso! No vaya a ser que cambie el tiempo de repente y nos pille en bragas.

Al llegar al aparcamiento del aeropuerto, mi prima señaló hacia un viejo Ford que habría tenido tiempos mejores. Ella insistía en que era un coche *vintage*, pero no, era una tartana más antigua que el hilo negro. Además, estaba lleno de abolladuras. Carlota siempre fue una conductora horrible.

Metimos la maleta entre las dos y nos dirigimos hacia el barrio de Ipanema, que era donde vivía desde que llegó a la ciudad.

No fue un trayecto largo, y tampoco es que pudiese ver mucho por la ventanilla del coche, aparte de hoteles enormes, comercios y más coches a nuestro alrededor.

La casa de Carlota era pequeña, pero con un encanto que no tenían los edificios modernos que rodeaban la urbanización en la que se encontraba, la cual resistía al paso del tiempo como buenamente podía.

Por las calles de aquella barriada, los niños jugaban a la pelota, las mujeres arrastraban carros repletos de comida y la suave melodía de una bossa nova fluía en mis oídos.

Aquel sitio me gustó, a pesar de que no se viera el mar desde la ventana de la casa o que no tuviera lujos. Era auténtico.

Subimos mi maleta a la habitación que ocuparía durante mi estancia en Brasil, y resoplamos agotadas cuando lo logramos. Creo que hubo un momento, a mitad de la escalera, que pensamos en ingeniar un sistema de poleas y cuerdas, como hicieron los egipcios con las piedras de las pirámides. Pero al final, solo tuvimos que usar la fuerza bruta, que, mirándolo de otra forma..., mi prima tenía para dar y regalar. Si no, recordad el abrazo del aeropuerto.

—¿Qué te parece la habitación, Ani? ¿Te gusta?

—Es tan bonita como el resto de tu casa.

Y lo era. Pequeña y bastante anticuada, pero bonita.

Me acerqué a la ventana y me asomé por ella, dándome cuenta de que si estiraba el brazo podía tocar la gruesa rama del árbol que crecía en su jardín.

Cuando me giré de nuevo hacia Carlota, la vi apoyada contra una de las paredes.

—¿Y bien? ¿Qué planes tenemos para hoy? —pregunté impaciente—. ¿Me vas a llevar a conocer la ciudad, un bosque, la playa, a enseñarme los cuerpazos de los cariocas morenazos que viven aquí?

—En realidad..., yo tengo que ir a trabajar —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿A trabajar?

—Sí, ya sabes, eso que hacemos las personas para conseguir dinero.

—¡Eres muy graciosa! —Puse los ojos en blanco—. ¿No se suponía que ibas a pasar estos días de vacaciones conmigo?

Carlota me rodeó por los hombros y me sonrió.

—Y los voy a pasar, Ani, pero a partir de la semana que viene. Te quedas en Río de Janeiro todo el mes de diciembre, vamos a tener tiempo de hacer de todo. Serán unas Navidades geniales, ya verás.

—¿Y qué hago yo hasta entonces?

—¡De todo! —Me animó mi prima—. Recorre la ciudad, hazte miles de fotos, compra regalos para tus padres, come en todos los restaurantes, mézclate con la gente...

Parecía tan animada que yo misma reí mientras la escuchaba.

—¡No sé portugués!

—Pero sí hablas inglés, y con eso te basta.

—Pues, vale. ¿Qué me recomiendas?

—¿Con este calor? Yo me iría a la playa de cabeza.

—Joder, todavía me cuesta creer que estemos en invierno. En España me congelaba y aquí llevo la camiseta chorreando por los treinta y cuatro gradazos que hacen.

—Querida, en Brasil el invierno comprende desde junio a septiembre. Ahora mismo, estamos en pleno verano. —Carlota se miró el reloj de muñeca y chasqueó la lengua—. Tengo que irme ya al trabajo. Toma un juego de llaves de la casa, no volveré hasta esta noche, y supongo que vendré tan cansada que me meteré en la cama enseguida.

—Entonces...

—Prometo que mañana salimos a cenar por ahí. He quedado con Leo en que nos veríamos.

—¿Quién es Leo?

—Es..., digámoslo de esta manera: un tío bueno que conocí hace unos días y al que me quiero tirar.

—¿Un rollo, Carlota? ¿En serio? —Me tapé los ojos con las manos—. ¿Me pides que venga en Navidad a Brasil para haceros compañía a tu rollo y a ti?

—¡Lo de Leo fue una sorpresa, no lo buscaba, te lo juro, Ani! Lo conocí de casualidad y... ¡Uf, es que está tremendo! ¡Es que tiene un culo... y una cara... y unos brazos... y una espalda... y un...!

—¡Sí, sí! ¡Ya me hago una idea! ¡Y yo voy a tener que sujetaros las velas!

—Se irá pronto, está de turismo. Se quedará en el país una semana más, como máximo, y después estaremos las dos. —Al ver mi ceño fruncido, Carlota continuó—: Además, no ha venido solo. Va con unos amigos, tres para ser exactos.

—Y queréis que los entretenga yo mientras vosotros os liais como adolescentes salidos, ¿verdad?

—¡No iba a pedirte eso! Pero si lo hicieras... te lo agradeceríamos, Anita.

—¡Llamándome Anita no vas por buen camino, tía!

—Ani, mi Ani... Mi guapa, preciosa, divina, mi prima favorita, mi mejor amiga...

—¡Eres una pelota! —Reí empujándola—. ¡Está bien! Saldré contigo y con tu rollo.

—Y con sus amigos —puntualizó.

—Con sus amigos los turistas también —acepté, poniendo los ojos en blanco.

Cuando Carlota cogió su bolso para marcharse a trabajar, la miré como un perrito miraría a su dueño antes de dejarlo solo en casa, pero ni con esas le di pena. La cabrona se largó, se montó en su tartana vieja, a la que ella llamaba coche, y desapareció.

No me quedó más remedio que abrir la maleta y organizar mi ropa en el armario de la habitación que ocuparía ese mes.

Apenas eran las cuatro de la tarde cuando terminé, así que me propuse hacer algo con mi vida para no morir de aburrimiento y no desperdiciar el tiempo que tenía en Brasil.

Decidí hacerle caso a Carlota e irme a la playa.

¿Sabía dónde estaba la playa? No.

¿Sabía dónde conseguir un taxi para que me llevase en caso de estar lejos? Tampoco.

¿Sabía portugués? Ni de coña.

¡De puta madre!

Me coloqué un escueto traje de baño rosa con braga tanga para broncearme de lo lindo, me colgué un bolso playero al hombro, me puse las gafas de sol y me miré en el espejo antes de abandonar la habitación.

Está mal que yo lo diga, pero... ¡qué bien me quedaba! El rosa flúor de mi bikini resaltaba el color de mis ojos, que eran marrones, sí, pero los resaltaba, hacedme caso.

No tenía grandes curvas ni un trasero prominente o unas tetas enormes. Sin embargo, Ana Victoria Ortiz, pues ese era el nombre que figuraba en mi carnet de identidad, era una tía resultona. Con mis más y mis menos, con mi pelo castaño indomable, mi incontinencia verbal, mi mala leche y mi pasión por coleccionar latas de refrescos raros.

Salí de la casa de Carlota sin tener ni idea de a dónde ir y comencé a andar. No sabía si llegaría algún día a la playa, si tendría que llamar a emergencias cuando me perdiese en algún barrio problemático de la ciudad (si es que los había, ni idea), o si acabaría llorando en plena calle, deshidratada por no saber ni pedir una botella de agua en portugués.

Así que, no me preguntéis cómo o qué hice para lograrlo, pero en menos de cinco minutos estaba frente al mar.

¿Quizás porque la casa de tu prima estaba cerca de la playa? No sé, Ani, piensa un poco.

Me quedé contemplando la panorámica de la playa de Ipanema y creo que sentí un pequeño pellizco en el corazón por la preciosa imagen que se reflejaba en mis ojos.

El agua turquesa del mar parecía sacada de una postal, a pesar del oleaje. De hecho, era una de las playas más frecuentada por los surfistas.

De arena blanca y fina, ambiente tranquilo y familiar, sin apenas turistas. La palabra que me vino a la mente para definir aquel trocito de Río fue «auténtico».

Desplegué mi toalla en la arena y me tumbé sobre ella, cerrando los ojos con placer cuando los intensos rayos del sol calentaron mi piel.

Me hacía falta coger color, estaba blancucha. No obstante, ¿cómo no estarlo si aquellas eran las primeras puñeteras vacaciones que me tomaba ese año?

Allí, con el sonido de las olas del mar, el graznido de las gaviotas y la risa de las personas a mi alrededor, olvidé todos mis problemas, y no es que tuviese demasiados, aparte de las constantes llamadas de mi madre que me hacían sentir la peor hija sobre la faz de la Tierra.

Se volvió loca cuando le dije que no pasaría las Navidades con ellos. Le salían hasta espumarajos por la boca. Bueno, eso no, pero ya me entendéis.

¿Cómo decirle que no a Carlota después del estrés de todo un año sin parar? ¿Cómo decirle que no a Brasil?

Tenía treinta y un años y era la primera vez que salía de España. Ya era hora de dejar el nido y volar sola, aunque solo fuese por un mes, ¿verdad?

El sonido de mi teléfono me sacó de aquel estado de paz interior. Me acababa de llegar un mensaje:

John Collins:

¿Has llegado ya a Río?

¿Qué tal el viaje en avión?

Ani:

Vaya, vaya, señor Collins, no sabía que también debía informar a mi superior sobre mis vacaciones.

John Collins:

No debes, pero tu superior

quiere asegurarse de que estás bien.

Ani:

Estoy en la playa disfrutando del
calorcito, así que imagínate.

John Collins:

Entonces, me quedo tranquilo.
Felices fiestas, Ani. Nos vemos
a tu vuelta en el laboratorio.

Ani:

Lo mismo digo, John. Feliz Navidad.

Sonreí al apagar el teléfono móvil y me dispuse a meterlo de nuevo en el bolso, sin embargo, el
sonido de otra notificación no me lo permitió.

John Collins:

Solo dime una cosa y te dejo
en paz. ¿Sigue en pie la cita
que me prometiste a tu vuelta?

Ani:

Sigue en pie.

John era el hijo de mi jefe, Max, el dueño de los Laboratorios Collins, el lugar en el que
llevaba trabajando más de un año, desde que acabé la carrera de Químicas.

Sí, Químicas, habéis leído bien.

Y me flipa.

Siempre he sido una friki de la materia. Átomos, moléculas, transformaciones, reacciones...

De niña soñaba con descubrir el medicamento que curase todas las enfermedades, pero ahora
que puedo hacerlo, no me dedico a eso, sino a algo mucho más... ¿Frívolo? Sí, podría decirse
así.

La cosmética.

En los Laboratorios Collins nos especializamos en estudiar y fabricar nuevos productos de
belleza en los que grandes firmas de moda estampan luego sus logos.

La crema antiarrugas que usas todas las mañanas puedo haberla formulado yo. ¿Qué te parece?

Bueno, a lo que iba. Que John era guapo y británico, y yo le gustaba, y quería que tuviésemos
una cita, y no tenía motivos para decirle que no, pero llevaba negándome a quedar con él más de
seis meses. ¿Por qué? Pues no lo sé, llamadlo X.

Después de más de una hora cociéndome a fuego lento al sol, decidí probar el agua.

Las olas parecían haber crecido de tamaño, por lo que no había demasiadas personas
bañándose en el mar, no obstante, no me importó. Estaba tan acalorada que no me habría
detenido ni el mismísimo Poseidón formando un tsunami con su tridente.

Sentí el agua fresquita y deliciosa.

Me zambullí varias veces y nadé desentumeciendo mis piernas después de todo ese tiempo
tumbada al sol.

Cada vez que salía a la superficie, las olas me hacían saltar para sortearlas y la marea me
arrastraba hacia la izquierda, alejándome poco a poco de mi toalla, pero no me preocupaba andar

hasta ella cuando me apeteciese salir del agua.

—¡Eh, cuidado! ¡Oye, cuidado! —me advirtió alguien en inglés. No obstante, aquella voz salida de ninguna parte llegó tarde, porque, con la siguiente ola, algo duro impactó contra mi cráneo, sumergiéndome de nuevo en el agua.

Me llevé las manos a la cabeza y me la froté mientras salía a la superficie con el pelo tapándome la cara y tosiendo por haber bebido agua sin querer.

¿Qué coño había sido eso? ¿Una pelota? ¿Una piedra? ¿Un puñetero ancla?

Me aparté el cabello de la cara como buenamente pude, quedando despeinada y con un mechón de punta. Enfoqué los ojos hacia el frente y encontré aquello que me acababa de golpear. Una tabla de surf.

—¡Joder!

—¡Eh, oye! ¿Te has hecho daño?

Cuando giré los ojos y vi al tío que me hablaba, tuve que hacer un esfuerzo por cerrar la boca y no parecer una estúpida.

Estaba tremendo.

Alto, guapísimo, ojazos verdes, pelo negro muy corto, cuerpo fuerte y con más tableta en los abdominales que toda la puñetera fábrica de chocolate Valor.

—¿Estás bien? —repitió con el gesto preocupado.

—¿Esa cosa es tuya? —Señalé la tabla de surf.

—Sí, bueno... Técnicamente no, pero sí.

—¿En qué quedamos? ¿Sí o no? —pregunté, poniendo los ojos en blanco.

Él sonrió y dos bonitos hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

—Es alquilada. Perdí el equilibrio y se me escapó.

—¿Es que esas tablas no van amarradas al tobillo para que no se produzcan accidentes? —Me mordí el labio al acariciar de nuevo mi cabeza—. Mierda, cómo duele.

—Déjame que le eche un vistazo —se ofreció, acercándose a mí. Removió mi cabello y miró a conciencia para asegurarse de que no era nada grave—. Se me ha soltado la correa que la ataba a mi pie y no he podido reaccionar a tiempo. —Se apartó de mi lado—. No tienes nada, quizás te salga un chichón, pero nada más.

—Vaya, solo un chichón, qué suerte la mía.

—Ha sido un accidente, no es necesario que te pongas sarcástica.

—Si te hubiesen dado a ti con una tabla en la cabeza, no dirías lo mismo.

—Me he disculpado.

—¿Sí? Pues yo no he escuchado ninguna disculpa, musculitos.

Él enarcó las cejas al escuchar cómo le acababa de llamar y sonrió de forma ladeada, haciéndolo parecer condenadamente sexi.

—¿Me perdonas?

—Sí, sí..., perdonado. Hasta luego —dije sin mucho interés, dándome la vuelta y dejándolo allí plantado.

—¡Por cierto, morena! —exclamó, llamando mi atención de nuevo—. ¡Me gusta tu tatuaje!

—¿Qué tatuaje? —¿A ese tío se le había metido agua al cerebro o qué? No tenía ninguno.

—El de la media luna.

Al darme cuenta a lo que se refería, bajé la mirada directamente hacia mis tetas y las vi al aire, en todo su esplendor. Mi sostén se debía de haber bajado a causa del golpe, o de las olas, vete tú a saber, lo llevaba colgando a la altura de la cintura y la pequeña manchita que tenía al lado de mi pezón izquierdo, en forma de luna menguante, era claramente visible.

Instintivamente, me cubrí el pecho con los brazos y fulminé con la mirada al surfista musculitos.

—¡Es una mancha de nacimiento, no un tatuaje!

—Me gusta de todas formas —respondió con pillería—. Y tus tetas. Tienes unas tetas preciosas.

—¡Que te den, idiota! —exclamé furiosa, palmeando agua para mojarlo y que se lo tragase el mar.

Él me miró una última vez y se giró, sin dejar de reír, mientras se montaba de nuevo sobre su tabla.

2

¿Os conocéis?

Después de mi doble accidente en la playa de Ipanema, decidí regresar a casa de Carlota y ponerme a salvo de cualquier contratiempo que me mandase al hospital, o en el que mis tetas saliesen perjudicadas.

Me pasé el resto de la tarde tirada en su sofá viendo la tele en un canal local del que no entendía ni media.

Cuando mi prima volvió de trabajar, ya de noche, y le conté lo sucedido, tuve que lanzarle los cojines del sofá para que la muy cabrona dejara de reírse.

Cenamos algo ligero, charlando y poniéndonos al día de nuestras vidas en continentes diferentes. Hablamos de líos, del trabajo, de la familia...

Antes de acostarnos, Carlota me dio una bolsa con hielo para que me la colocase en la cabeza, justo donde me había empezado a salir un hermoso chichón, cortesía del musculitos tío bueno.

Al día siguiente, al despertarme, aparte de dolerme un poco la cabeza cuando me palpaba la zona, no sentí nada más, así que aquello debía de ser una buena señal.

Mi prima ya no estaba en casa, lo descubrí por una nota pegada al frigorífico en la que me decía que había tenido que ir a trabajar, pero que volvería pronto y podríamos salir juntas.

Sopesé la posibilidad de explorar Río por mi cuenta, comer en algún restaurante local y recorrer la ciudad hasta que Carlota saliese del trabajo. No obstante, el sofá me secuestró y estuve tumbada en él hasta quedarme dormida de nuevo.

Me desperté sobresaltada y con la baba resbalando por mi mejilla. Me rugía el estómago de hambre porque no había desayunado, así que me puse manos a la obra y abrí el frigo para ver qué había dentro.

Poco después, con un paquete de macarrones en la mano y un bote de salsa de tomate en la otra, encendí los fogones. Esperé hasta que el agua estuvo caliente y cogí mi teléfono para revisar las notificaciones.

Había mensajes de mis amigas. Me preguntaban cómo me iba todo y si no me daba vergüenza haberlas dejado tiradas en la gélida España y haberme ido yo sola de vacaciones al puñetero paraíso, palabras textuales.

Sonreí al imaginarlas muriéndose de envidia y les contesté:

Ani:

Por el paraíso todo genial, salvo porque un desconocido ha intentado matarme y yo le he enseñado las tetas.

Apagué el teléfono al enviar el mensaje y me concentré en mi comida para que no se quemase, que me conocía.

No pasó ni un minuto hasta que mi móvil comenzó a sonar de nuevo.

Abril:

¡No me jodas! ¿Le has enseñado

las tetas a un desconocido?

Martina:

Ya sabía yo que a ti te iba la marcha, Anita.

Ani:

¡Ni marcha, ni nada!
Fue culpa de una ola.

Martina:

¿La ola te convenció para que le enseñases las tetas? ¡Flipante!

Abril:

Si no fueras mi hermana, me asustaría, pero como te conozco...

Ani:

Muchas gracias a las dos por no preguntarme por mi experiencia cercana a la muerte y quedaros con la mierda de las tetas.

Martina:

El sexo vende, nena. ¿A quién le has enseñado las tetas?

Abril:

¿Has tenido un accidente? ¿Eso de la muerte es verdad? ¡Joder, que no se entere mamá o me da las Navidades!

Ani:

Fue un surfista, que se le escapó la tabla y me dio en la cabeza.

Martina:

¡¿A quién le has enseñado las tetas?!

Abril:

¿Pero te encuentras bien?
¿Has ido al médico?

Ani:

Solo llevo un chichón, no ha hecho falta, pero me duele.

Martina:

¡LAS TETAS! ¡¿A QUIÉN
SE LAS HAS ENSEÑADO?!

Ani:

¡Al surfista!

Sonia:

¡Hola! Acabo de ver los mensajes.
¿Qué tal te va en Brasil?

Abril:

¿Le has enseñado las tetas
al tío que casi te mata? Hermanita,
eres la hostia.

Sonia:

¿Tetas? ¿Qué tetas? ¡Que no me entero!

Martina:

Sonia, cariño, vas con el mismo
desfase horario que tenéis en Londres.
¡Lee los mensajes anteriores!

Ani:

¡Que no se las he enseñado porque sí!
¡Que ha sido una ola, que
me ha bajado el bikini!

Martina:

Ja, ja, ja. ¡No me jodas! ¡Encima
se ha llevado un premio el colega!

Abril:

Entonces, estás bien, ¿no?

Ani:

Bien, sí. Todavía vais a tener que
aguantarme unos cuantos años más.

Abril:

¿Y Carlota? ¿Cómo está la prima?

Martina:

¿Viviendo en Brasil? ¡Vuestra
prima estará de putísima madre!
¡Qué pregunta!

Ani:

Está igual que siempre. Superguapa
y trabajando a muerte.

Martina:

¡Ah, por cierto! Ayer no me
quedó más remedio que darle
tu teléfono a Collins, *el Estirado*.

Ani:

¡Pobre John, no lo llames así!
Me volvió a preguntar
si quiero salir con él.

Abril:

¡Qué mono! Parece que le gustas
de verdad. No para de insistir.

Martina:

¡Bah! Es demasiado recto y
demasiado inglés. No me gusta
para ti, Ani. Además, es nuestro
jefe y no mola.

Ani:

Le prometí una cita a mi
regreso, así que...

Martina:

Ese tío no te pone cachonda.

Sonia:

¡Ja, ja, ja! ¡Me parto, Ani!
¿Le enseñaste las tetas a un surfista?
¡Pero si casi te degüella!

Martina:

Lo que yo te diga, Sonia, reina.
Vives en un continuo desfase
horario. A ver si vuelves ya a España.

Carlota regresó a casa sobre las cinco de la tarde con un ánimo que ni las *cheerleaders* de los Bulls. Parecía que le habían dado cuerda, y llevaba más de ocho horas de trabajo en su *body*. Aunque, claro, esa tarde iba a verse con su rollo de verano, o de Navidad, ¡no sé cómo llamarlo! ¡Ya me entendéis!

Con el tal Leo. El turista. Y yo tendría que estar allí, como el del medio de los Chichos,

sujetándoles las velas. Bueno, eso y entreteniendo a los amigos del colega a los que no conocía de nada. Solo esperaba que no fuesen unos estirados y que me diesen conversación.

—¿El tal Leo y sus amigos hablan español? —le pregunté a Carlota mientras me miraba en el espejo tras terminar de vestirme.

—Inglés.

—¿De dónde son?

—Pues... no lo sé. Creo que me lo dijo el día que lo conocí, pero como iba un poco borracha no me acuerdo, y ahora me da vergüenza volver a preguntárselo. Por su acento, yo diría que británicos.

—¿Y qué plan tenemos esta tarde? ¿Adónde vamos a ir? —Apreté mi coleta y me aseguré de que estaba perfecta.

—Al barrio Cosme Velho. Hay un café precioso cerca de la estación del tren.

—¿Qué tren?

—El que lleva al cerro de Corcovado, donde está el Cristo Redentor.

—¿Vamos a ir? —Dejé de mirarme en el espejo y me giré hacia Carlota, ilusionada. La sonrisa me ocupaba más de media cara. Aquel lugar era uno de los más míticos de Río, el que salía en todas las postales.

—Vamos a ir, sí. Leo y sus amigos quieren ver el Cristo.

—¿Dónde has quedado con ellos?

—Aquí mismo. No tardarán demasiado en llegar, nunca lo hacen. Son muy puntuales.

—Entonces, son británicos, seguro.

Terminé de darme brillo a los labios y me miré en el espejo para ver el resultado final.

No es que llevase un modelazo de los que quitan el sentido, de hecho, iba más bien informal. Con unos pantalones vaqueros cortos, un top lencero rosa pastel de tirantes, unas sandalias planas estilo romano, ideales para andar, y un collar con una pequeña estrella de mar de metal.

Escuchamos un escandaloso pitido en la calle y Carlota saltó de emoción.

—¡Es Leo! ¡Vamos!

Abrimos la puerta de casa y, cuando salimos, cuatro tíos con sendos cascos negros en la cabeza esperaban montados en sus motos.

Me llevé una mano a la boca y solté una carcajada, acercándome a mi prima.

—¿Te has liado con uno de los Ángeles del Infierno? No sabía que te gustasen los moteros.

—Me he liado con un tío bueno que viaja en moto, sí.

Uno de ellos se quitó el casco y apagó la moto.

Era un chaval atractivo, con un abundante pelo castaño, que se le rizaba en las puntas, y una sonrisa bonita.

Se acercó a nosotras y cogió a mi prima por la cintura para darle un beso en la mejilla, muy cerca de los labios.

—Qué ganas tenía de verte.

—Y yo a ti —respondió Carlota, embobada.

En ese momento sentí que sobraba. Me acababa de convertir en la sujetavelas oficial de esos dos. Estaba tan incómoda que di un par de pasos hacia atrás, tomando distancia.

Cuando tenía estudiada una retirada, mi prima me cogió por la muñeca y tiró de mí para que me acercase al tal Leo.

—Ella es mi prima Ani. Va a quedarse todo este mes en Brasil.

—¿Qué tal, Ani? Soy Leo.

—Hola —lo saludé con un movimiento de mano.

A nuestro lado se acercaron dos tiarrones altos y guapos.

—¿Ella es la prima? —preguntó uno de ellos. Rubio, con ojos amables y cara de niño—. Yo soy Timothy.

—George —saltó el otro con un suave movimiento de cabeza. Este era pelirrojo y apenas sonrió.

—Ani —contesté con amabilidad.

—Hola, Medialuna —dijo una voz que salía por detrás de Timothy. Una voz bastante familiar que me aceleró el corazón.

Cuando los amigos de Leo se apartaron, el cuarto motorista se quitó el casco y el surfista tío bueno de la playa apareció ante mí.

—¡No me jodas! ¿En serio? —solté sin poder contenerme, poniendo los ojos en blanco.

Él, vestido con unos tejanos oscuros y una camiseta informal, se acercó con su sonrisa chulesca, esa donde sus mejillas eran todas hoyuelos.

—¿Os conocéis? —preguntó mi prima sin dejar de mirarnos a ambos.

—Creo recordar que sí —dijo el surfista, mirándome de arriba abajo con una chulería innata—. ¿Verdad, Medialuna?

—Por desgracia —respondí con un bufido.

—La primera vez que nos vimos, me hizo un estriptis.

—¡Y tú casi me matas con la jodida tabla de surf!

—¿Es él, Ani?! ¿El surfista?! —saltó Carlota con la boca abierta.

—Sí.

—¡No me fastidies! ¿El surfista es el amigo de Leo?

—¡Deja de reírte! —la reprendí cada vez más enfadada.

—¿Le has hablado a tu prima de mí, Medialuna? ¿Tanto te gusté?

—Yo creo que flipas, tío. Tantos músculos te aprietan el cerebro.

Leo empujó al surfista y soltó una risotada.

—¡Dan, tío, no nos dijiste nada de esto a ninguno de los tres!

—Yo no os lo cuento todo, y esto era algo que quise quedarme solo para mí —soltó con una sonrisa misteriosa.

¡Qué guapo era el cabrón! Porque sí, podía haberme dado una hostia de campeonato con su tabla de surf, pero eso no parecía ser un problema para que mi estómago saltase cada vez que me miraba.

Qué extraño podía llegar a ser el cuerpo humano, ¿verdad?

—Bueno, pues si ya conoces a Dan, las presentaciones han acabado —saltó Leo, rodeando de nuevo a Carlota por la cintura—. ¿Adónde vamos, preciosidad?

—Al barrio Cosme Velho. Queréis ver el Cristo, ¿no?

Timothy y George asintieron a la pregunta de Carlota, por lo que Leo tiró de su mano en dirección a su moto.

—Pues a Cosme Velho. Monta y agárrate fuerte a mí —le dijo antes de darle un suave beso en los labios. Carlota sonrió atontada y montó tal y como él le pidió.

Sin poder remediarlo, mis ojos fueron hasta el surfista, o Dan, como lo había llamado Leo, y le vi ponerse el casco y montar en su moto sin volver a mirarme.

—¡Eh, Dan! ¿Ani va contigo?

Él giró sus intensos ojos verdes hacia mí y negó con la cabeza.

—Que vaya con Timothy. No quiero llevar paquete.

¿Paquete? ¿Acababa de llamarme paquete el musculitos de los cojones?

Arrancó la moto y le dio puño, abandonando la casa de Carlota sin esperar a los demás.

—Vamos, guapa, que yo te llevo —me animó George, pasándome un casco y palmeando el asiento trasero de su bestia.

Me monté y me agarré a su cintura cuando le dio puño a la moto y esta salió como un resorte por la carretera.

Cerré los ojos, y recé. ¡Yo, rezando! ¡La persona más atea del universo, sí!

George no se cortaba ni un pelo a la hora de tumbar en las curvas y adelantar a todo vehículo que circulase por la carretera.

Giré la cabeza hacia atrás, temerosa, pues habíamos adelantado a los demás y supuse que les sacaríamos una buena distancia, pero me di cuenta de que Dan iba pisándonos los talones.

De repente, aceleró todavía más su moto y se colocó delante de nosotros, obligando a George a frenar e ir más despacio.

En aquel momento respiré con más tranquilidad, ya que siguió escoltándonos hasta que llegamos al barrio de Cosme Velho y George no tuvo ocasión de dar puño a sus anchas. ¡Bien por el surfista musculitos!

Montamos en el tren que llevaba al cerro de Corcovado nada más aparcar las motos. Compramos los billetes y cogimos asientos lo más juntos que pudimos.

Yo me senté con Carlota, y frente a nosotras lo hicieron Leo y Timothy, quienes nos dieron conversación todo el camino. Fue un viaje ameno. Eran supergraciosos y nos retaban continuamente para que les siguiésemos el juego. Y a mí, que me gusta más un reto que una tortilla de patatas con cebolla, los acepté todos con diversión a cambio de futuros premios imposibles de conseguir. Me gustaba que hubiese tan buen rollo a pesar de acabar de conocerlos.

Las pocas veces que me aventuré a mirar a Dan, que se encontraba en los asientos del otro lado, lo vi contemplando el paisaje, absorto y serio, mientras George miraba su teléfono móvil.

Al llegar al cerro, contuve el aliento por lo grandiosa que era la escultura del Cristo. Caminamos por la enorme explanada, la cual estaba a reventar de gente, y contemplamos las inmejorables vistas de Río de Janeiro que había desde allí.

Me apoyé en la barandilla de piedra y me quedé divisando el horizonte, con la sonrisa en los labios. ¿Cómo no iba a sonreír estando en aquella puñetera maravilla de lugar?

Eché un par de fotos y las compartí en el grupo de las chicas, para que se muriesen de envidia.

—¿Sabías que el nombre original del cerro de Corcovado no es ese?

Volví la cabeza cuando escuché una suave voz a mi lado y sonreí al descubrir a Dan apoyado cerca de mí, contemplando la panorámica de Río tan embelesado como yo.

Me gustaba su perfil, era sexi, como todo él, las pequeñas motitas doradas que manchaban su iris verde, y su olor. Era la primera vez que olía su perfume y era una jodida pasada.

—¿Además de surfista musculitos eres un sabelotodo? —bromeé, haciéndolo sonreír.

—¿Pero lo sabías o no?

—No, no tenía ni idea. ¿Cómo se llamaba el cerro?

—Pico de la tentación. —Acercó su cara un poco a mí—. Los primeros conquistadores portugueses que llegaron le pusieron ese nombre en honor a la montaña donde Jesucristo fue tentado por el diablo.

—¿Lo has leído en la Wikipedia antes de venir?

—No recuerdo dónde lo leí. ¿Por qué iba a leerlo en la Wikipedia?

—Para impresionar a las chicas con tus conocimientos —bromeé, dándole un suave empujón con mi hombro. Él volvió a reír.

—No necesito saber esas cosas para impresionarlas, Medialuna.

—No, claro. Solo tienes que golpearlas en la cabeza con tu tabla de surf y dejarlas atontadas ante la visión de tus músculos prominentes.

—¿Contigo funcionó?

—Ni lo sueñes.

—Eso es porque no te he contado otra curiosidad sobre el cerro. Es mi truco final con las nenas.

—¿Otra? ¿Va a resultar que eres historiador o algo así?

—Me gusta informarme de los lugares a los que voy.

—A ver, cuenta.

—El tren que sube a la cima del cerro es mucho más antiguo que la escultura. Esto era un mirador. Y gracias a ese tren pudieron subir al cristo dividido en varias partes. Además, la figura...

—¡Eh, Ani! —Noté un tirón hacia atrás y choqué contra el pecho de Timothy, que llamaba mi atención, divertido—. Vamos, es la hora.

—¿La hora de qué?

—De nuestro reto, ¿no te acuerdas? Lo que hablamos en el tren.

—¡Debes de estar bromeando! —exclamé incrédula—. ¡Esto está lleno de gente!

—¿Y qué más da? ¡Aquí no nos conoce nadie!

—¿Cuántos...? ¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—Unos pocos más, ¡vamos!

—¡No me compensa! El premio no me compensa!

—¡Pues haberlo pensado antes de aceptar cuando te lo propuse! ¡Si lo haces, no vas a volver a gastar ni un céntimo de tu dinero en bebida hasta que me vaya de Brasil, porque la pagaré yo! A no ser... que seas una gallina cagona y te hayas rajado.

¡Bueno! ¿Gallina cagona?

Que a mí me dijese eso era como pulsar el interruptor de encendido de un puñetero parque de atracciones. ¿Cagada yo? ¡Vamos, ni de coña!

¡Ese chaval no sabía a quién tenía enfrente! ¡Estaba hablando con la tía que se arriesgó a probar una crema experimental del laboratorio por una apuesta chorra! ¡La que estuvo después un mes con la cara llena de erupciones y un picor horrible! ¡La que fabricó un explosivo con mierda de perro para lanzárselo a la puerta del exnovio de Abril! ¡La que secuestró la tarántula del profesor de Química Analítica en el último curso de universidad cuando puso un examen sorpresa! ¡La que había tenido los santos cojones de decirle a su madre que pasaría las Navidades lejos de la familia a pesar de las represalias!

¿Cagada yo? ¡Ese no me conocía!

Solo me faltó decir eso de: agárrame el cubata.

Me separé de ellos y me dirigí hacia donde se concentraba la mayor parte de los turistas que visitaban el monumento.

Tras de mí, Carlota, Leo, George y Timothy, que reían incrédulos porque fuese a hacerlo. A su lado estaba Dan, con los ojos entrecerrados, observándome sin tener ni idea de lo que pasaba.

Al colocarme en una posición estratégica, levanté uno de mis brazos y con el otro silbé muy fuerte, para llamar su atención.

—¡Hola! ¡Hola a todos! —grité para que me hiciesen caso—. ¡Vayan poniéndose a mi alrededor, por favor! —Miré tras de mí y me subí a un pequeño escalón de piedra que me posicionaba ligeramente más alta que los demás. Cuando vi que prácticamente todos me

miraban, me dieron ganas de reírme a carcajadas. Siempre me pasaba cuando me ponía nerviosa. No obstante, aguanté los nervios y tragué saliva—. Mi nombre es Ana y estoy aquí gracias al Ministerio de Cultura de Río de Janeiro, para hablarles un poco sobre el lugar donde se encuentran. —Al levantar la vista, me di cuenta de que Carlota y los demás se estaban descojonando, y Dan seguía expectante. Y más que iban a descojonarse cuando escuchasen los despropósitos que iba a soltar a continuación—: Como todos ustedes sabrán, el Cristo Redentor se encuentra en la montaña más alta del país, por lo que no es extraño que la nieve que cada invierno cae en la ciudad cubra la estatua hasta los pies. Es por eso que el Gobierno tuvo que construir en el suelo, justo debajo de todos ustedes, unas compuertas que se abren. Cuando eso ocurre, desliza la nieve hasta el mar. A consecuencia, la ciudad goza de una pista de hielo natural justo al lado de la playa de Copacabana. ¡Deberían venir en invierno a patinar, es una maravilla!

Estuve diciendo burrada tras burrada durante diez minutos. Hubo gente que se marchó, pues no había quien se tragase aquello, pero los que se quedaron acabaron riéndose a carcajadas, ya que imaginaron que sería alguna especie de cámara oculta para divertir a los visitantes.

Me despedí entre aplausos y me dirigí hacia mis amigos, que me recibieron con vítores y gritos. Choqué las manos con Carlota y miré chulesca a Timothy.

—Espero que tengas dinero suficiente para pagar tooooda mi bebida el tiempo que te quedes en la ciudad, porque suelo tener sed siempre, y gustos caros a la hora de tomar cócteles.

—¡Eres la hostia, Ani! —dijo el aludido sin dejar de reír—. Así da gusto perder apuestas.

Mis ojos fueron hasta Dan, que sonreía misterioso sin dejar de mirarme. Se acercó a mí y se cruzó de brazos, con una expresión de perdonavidas macizo que no podía con ella.

—¿Tú también piensas que soy la hostia, musculitos?

—No, pienso que estás loca.

—¿Te han gustado mis datos curiosos sobre el Cristo? —bromeé—. Y sin leer la Wikipedia.

—Casi me descojono cuando has dicho lo de la nieve —admitió, curvando sus labios de una forma supersexi.

—Y podría haber seguido. Tengo repertorio para rato.

—No me cabe la menor duda, Medialuna. Joder, no me la cabe.

3

¿Qué excusa prefieres?

—¿Cómo conociste a Leo?

Llevábamos sentadas en el portal de la casa de Carlota casi quince minutos, con los bolsos de playa y las toallas a nuestro lado.

Hacía un calor que derretía farolas y no veíamos la hora de pisar la playa y darnos un remojón para refrescarnos.

Era bastante temprano, porque la noche anterior habíamos decidido que iríamos a una cala que estaba más o menos a una hora de Río, por lo que cuanto antes saliésemos para allá, mejor.

Además, mi prima tenía que volver pronto porque trabajaba esa tarde, y debía ducharse y arreglarse para ir a la agencia.

—Lo conocí en la playa estando de fiesta con unas amigas, unos días después de que te convenciese para que vinieras a pasar las Navidades. —Sonrió—. Yo estaba tumbada en la arena medio piripi y me preguntó la hora.

—¡Venga ya! El viejo truco de la hora. Pensaba que Leo había sido más original.

—Conmigo funcionó. Porque ya le había echado el ojo antes de que él se diera cuenta de que yo existía.

—¿Y ya está? ¿Te pidió la hora y también una cita?

—No, la cita vino después de estar dos días viéndonos en la playa.

—¿Os habéis acostado ya?

—Todavía no. Y no sé por qué. Los dos lo estamos deseando.

—Demasiada gente a vuestro alrededor.

—Es posible. —Se encogió de hombros.

Sonreí al verla pensativa y le di un suave empujón con mi hombro mientras sonreía con pillería.

—Vamos a hacer una cosa. Mañana por la noche, cuando salgas de trabajar, lo llamas y lo invitas a cenar a tu casa.

—¿Y tú?

—¡Yo me largo a recorrer la ciudad! ¿Crees que me apetece escuchar a mi prima mientras folla? ¡No y mil veces no!

—¿De verdad harías eso, Ani?

—¡Claro, idiota! Prepara algo rico y ponte tan guapa que no pueda quitarte las manos de encima, por mí no te preocupes. Buscaré un restaurante que merezca la pena y regresaré solo cuando tú me avises por el móvil.

Carlota me abrazó y yo cerré los ojos, sonriente. Las primas-amigas estábamos para eso, ¿no?

Si había que ayudar a follar, pues se ayudaba, si había que hacer una bomba de caca de perro para joder a un ex, pues se hacía.

El sonido de un claxon nos hizo separarnos, y al momento aparecieron ante nosotras los cuatro motoristas con los que habíamos pasado la tarde anterior en el cerro Corcovado, y con los que acabé pasándomelo de puta madre.

Se quitaron el casco cuando pararon sus motos y mi mirada fue directamente hacia Dan barra el surfista macizo barra el musculitos. Me devolvió la mirada con una media sonrisa que no llegó a formarle los hoyuelos. Qué lástima, o no, porque estaban empezando a encantarme y a tener

ganas de tocárselos cada vez que sonreía.

—¿Están las señoritas listas para marcharnos? —preguntó Leo, alargando la mano para que Carlota fuese con él.

—Mucho antes que los señoritos que han venido a por ellas —respondí yo, burlona.

—¿Tu prima se ha reído de mí?

—¡Oh, ya lo creo! —Le dio un ligero beso en los labios—. Te acostumbrarás, y si eres rápido de mollera podrás contestarle algo medianamente brillante que le tape la boquita de piñón que tiene.

—A mí nadie me tapa la boca, que lo sepas. —Le guiñé un ojo y me giré hacia otro de los moteros—. Timothy, habrás traído la cartera rebosante de dinero, ¿verdad? Porque la playa me da mucha sed.

—Las apuestas están para cumplirlas.

El sonido de una moto al encenderse me sobresaltó. Era Dan, que se puso el casco y giró el vehículo en el que montaba.

—¿Nos vamos ya? El camino es largo.

—¿Con quién monta hoy Ani? —dijo mi prima, acomodándose con Leo en la moto—. ¿La llevas tú, Dan?

—No. La lleva Timothy —dijo él sin pensarlo.

—Sí, porque tú no llevas paquetes —me burlé dirigiéndome hacia el otro.

—En mi moto no hay espacio, tíos. Lo siento, Ani. Mi mochila está demasiado llena —comentó Timothy, señalando su espalda.

George me guiñó un ojo y palmeó sobre su moto.

—Entonces, solo quedo yo, guapa. Vamos.

Antes de acomodarme detrás, me di cuenta de que Dan miraba a George con seriedad, pero enseguida giró la cabeza y contempló la carretera de nuevo.

El primer acelerón de George me pilló desprevenida y grité mientras me agarraba con fuerza a su cintura, dejando mi casco a medio atar.

¿Es que ese jodido descerebrado quería que acabase hecha papilla en el suelo?

Le dio puño y la bestia rugió amenazadora. Al igual que el pasado día, George aceleró tanto que acabé con los ojos cerrados con mucha fuerza deseando que llegásemos pronto, agarrada a su cintura con los nudillos blancos por la fuerza con que lo hacía.

No pasaron ni tres minutos cuando otra moto nos adelantó e hizo a George frenar un poco. Al abrir los ojos, me di cuenta de que volvía a ser Dan.

Al final iba a ser majo y todo el surfista musculitos.

En poco menos de una hora llegamos a una cala preciosa, rodeada de cocoteros y árboles, en la que apenas había gente. No era demasiado grande, pero el turquesa de sus aguas y el estar rodeados por la naturaleza la convertía en un auténtico paraíso. El único rastro de civilización de aquel lugar era un pequeño y destartelado chiringuito, con el techo de cañas, donde varias personas bebían leche de coco y caipiriñas.

Bajé de la moto de George *el Rompecuellos* en cuanto frenó, y no besé el suelo de puro milagro, porque ganas no me faltaron. Yo no era una persona miedosa, pero por mis muelas que el viaje de vuelta prefería hacerlo andando antes que con él.

Fui con Carlota, que ya se dirigía hacia la playa acompañada de Leo y, mientras caminaba a su lado, escuché a Dan maldecir mientras discutía con George cerca de las motos. Como tenía tantas ganas de bañarme, no le di la menor importancia, y planté enseguida la toalla en la arena.

Después de darme un remojón rápido, regresé a donde estaban todos y, al sentarme sobre mi toalla, vi a Dan tumbado bocabajo, justo al lado.

Al sentir un movimiento, abrió un ojo y sonrió al verme mojada y con el cabello goteando.

Me recosté de forma despreocupada y lo miré a placer, dándome cuenta de que esas bermudas que llevaba puestas le hacían un culo impresionante. ¡Qué cojones! ¡Todo él era impresionante! Desde su pelo negro corto, pasando por ese torso lleno de abdominales, hasta la punta de sus pies.

Cerré los ojos para no ponerme tontorrón solo con mirarlo y me quedé un par de minutos disfrutando del calor del sol. Cuando los abrí de nuevo, él seguía mirándome y mis latidos volvieron a acelerarse sin ton ni son.

—¿Se puede saber qué miras, musculitos?

—A ti.

—De eso ya me he dado cuenta.

—Así, viéndote mojada, me vienen los recuerdos.

—¿De cuando casi me asesinas con tu tabla de surf?

—Y de tu media luna.

—¡Deja de acordarte de mis tetas!

—¿Por qué? ¿Hay algún tío esperándote en el lugar de donde vengas que vaya a darme una paliza si sigo haciéndolo?

—¿Me estás preguntando si tengo novio? —Alcé una ceja con chulería. Yo también sabía jugar.

—No, ¿por qué iba a preguntártelo?

—Eso mismo pensaba yo.

—¿Pero lo hay?

Sonreí habiendo ganado esa pequeña batalla.

—No, no tengo a nadie esperándome dispuesto a darte una paliza.

—Es un alivio.

Cuando fui a contestar, Leo se sentó entre los dos y me rodeó por los hombros, apretándome contra él, guasón.

—¿Cómo estás, prima?

—¿Desde cuándo somos familia tú y yo?

—Desde que la preciosidad de Carlota me deja meterle mano, por ejemplo.

—Vas a tener que currártelo mucho con ella si quieres algo serio, colega. La conozco mejor que tú y no es una tía fácil.

—En eso os parecéis, ¿verdad, Medialuna? —saltó Dan sin dejar de sonreír, misterioso.

—¿Medialuna? —repitió Leo—. ¿Qué es eso de Medialuna? No dejo de preguntarme por qué la llamas así.

Dan se encogió de hombros y volvió a tumbarse sobre la arena.

—No sería un caballero si te lo dijese.

—Hasta la fecha, por aquí no he visto a ningún caballero, musculitos —salté yo, picándolo.

—De todas formas, mi boca está sellada.

—Yo sí lo sé —indicó Carlota riéndose.

Leo se levantó de mi lado y se tiró junto a ella, mientras mi prima, la traidora, le contaba el motivo al oído.

—¿Es por eso?! ¡Dan, eres un jodido cabrón! ¿Le has visto las tetas? ¿Lo del estriptis era verdad? —Sus carcajadas retumbaron por toda la playa.

—¿Puedes gritar más? Creo que en São Paulo no te han oído. ¡Y no le hice ningún estriptis a nadie!

—A mí me gusta pensar que sí —sentenció Dan, guiñándome un ojo.

—Tú puedes seguir soñando, guaperas. ¡Fue una ola!

—Soñaré con medias lunas.

Le hice una peineta y me levanté de la toalla.

Al verme, Carlota chasqueó la lengua y golpeó de nuevo a Leo, para que él y su amigo se contuviesen un poco.

—¡Ana Victoria, no te enfades! —exclamó usando mi nombre completo. Siempre lo hacía cuando pensaba que estaba cabreada por algo—. ¡Es humor británico, son cabrones por naturaleza!

—Para que yo me enfadase, me harían falta, por lo menos, trescientos ingleses, estirados y esnobs, con su medio cerebro. Y ni con esas. —Sonreí con suficiencia—. Solo quiero refrescarme y disfrutar del agua. Nos vemos en un rato. ¡Timothy, cuando salga, voy a querer una caipiriña!

—¡Oído cocina!

Había perdido la noción del tiempo que llevaba en el agua, que era bastante, porque tenía las palmas de las manos arrugadas a más no poder. Pero ni aun así quería salirme.

Tenía el mar muy metido en la piel. Vivía en una ciudad costera y, cada vez que podía, me escapaba y pasaba las horas muertas dentro del agua. Pero ya te digo yo que iba menos de lo que me habría gustado, porque, entre el trabajo y todo lo demás, tenía el tiempo justo para respirar.

—¡Cuidado! ¡Oye, cuidado!

Aquellos gritos me pusieron sobre aviso, fue como un maldito *déjà vu*, y me hundí dentro del agua antes incluso de mirar cuál era el peligro que me acechaba, por si acaso.

Cuando salí a la superficie sin haber recibido ningún golpe, y tosiendo por el susto, vi a Dan sentado en una tabla de surf, riendo por mi reacción.

—¡No me jodas, musculitos! ¿Otra vez con esa cosa en el agua? ¿De dónde la has sacado?

Señaló hacia la arena.

—Las alquilan en el chiringuito y no he podido resistirme.

—En serio, debo de caerte fatal para que la hayas alquilado solo para joderme.

—No me caes mal, princesita. Lo que me despiertas es curiosidad.

—¿Princesita? ¿Es un nuevo apelativo? ¿Ya no soy Medialuna?

—Siempre vas a ser Medialuna, pero lo otro también te queda bien.

—Pues no lo entiendo.

—Te llamas Ana Victoria.

—Agradéceselo a mi madre.

—Y vistes como una princesa.

—Sí, claro, no salgo de casa sin mi tiara.

Él rio y yo aparté la mirada de nuevo. No entendía qué tenía Dan, pero cada vez lo veía más guapo.

—Desde que te conozco, en tu ropa siempre hay alguna prenda rosa —continuó.

—Eso es porque no me conoces en absoluto. Solo me has visto tres días.

—Y hoy también llevas un bikini rosa. —Enarcó una ceja—. Que, por cierto, es el mismo que cuando...

—¡Ya! ¡Ya lo sé! ¡Es con el que mejor tomo el sol!

—¿Me vas a dejar que vea otra vez esa mancha de nacimiento?

—¡Claro, cuando te despiertes, capullo!

—Tienes razón, eso de princesita no es para ti.

—¡No pego como una princesa, así que lo mejor será que dejes de burlarte de mí!

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy advirtiéndolo.

Dan sonrió todavía más y tendió la mano para que se la cogiera.

—Ven, sube.

—¿Para qué?

—¿Has hecho surf alguna vez?

—Nunca, y no creo que lo haga, no tengo equilibrio.

Cogí su mano de todas formas y subí junto a él en la tabla, sentándome con las piernas abiertas, dándole la espalda. Y en esa posición seguí. No porque quisiese ignorarlo, sino porque si me movía era posible que cayese al agua de nuevo.

Dan apoyó su barbilla sobre mi hombro derecho, haciéndome contener la respiración.

—¿Quieres aprender a surfear?

—No.

—Es divertido.

—Al final me ahogaría.

Su risa retumbó en mi oído y mi boca se secó. ¡Joder, qué bien olía y qué fuerte estaba el tío! Estaba apoyada en su pecho y parecía una piedra de granito.

—Yo no dejaría que te ahogases, nado bien.

—Tú casi me partes la cabeza, Dan.

—Me gusta que me llames así.

—¿Por tu nombre?

—Ajá.

—¿Dan viene de Daniel?

—Sí.

—Daniel... ¿Qué más?

—Sin apellidos.

—¿No quieres decírmelos? ¿Es secreto de sumario? —Reí—. ¿Quién eres? ¿El hijo de algún capo de la mafia inglesa? ¿Un asesino en serie? ¿Un primo lejano de la reina Elizabeth II?

—Sin mis apellidos puedo ser quien tú quieras. Así que ¿por qué arrebatarle la posibilidad de imaginar?

—Es la excusa más pobre que me han dado nunca.

—¿Y qué excusa prefieres?

—No me gustan las excusas.

—Entonces, no te pondré ninguna.

Sonreí y decidí seguirle el juego, después de todo, a mí no me asustaba un poco de misterio.

—¿Tampoco vas a decirme cuántos años tienes?

—¿Cuántos me echas?

—Eso depende. ¿En qué trabajas?

—¿Y quién te ha dicho que trabaje en algo? Puedo ser un heredero multimillonario, o un jipi mochilero recorriendo el mundo en moto.

—Me arriesgaré —dije, entrecerrando los ojos, comprendiendo que no iba a decirme nada. Sin embargo, en vez de molestarme, mi curiosidad se hizo más fuerte—. Por tu físico, diría que...

¿veintiocho? En cambio, por tu forma de comportarte, no pasarías de los veinte.

—¿Acabas de llamarme crío?

—Es posible.

Él rio y se lanzó al agua de repente, haciendo que la tabla de surf se tambalease y yo casi cayese también.

Nadó un poco y, cuando sacó la cabeza, apoyó los antebrazos frente a mí, en la tabla.

Mojado y brillante por el agua del mar estaba tremendo. Y la jodida y sexi sonrisa seguía en sus labios, perenne.

—Entonces, Medialuna, serás tú quien decida la edad que quieres que tenga. Y mi apellido. Y si tengo un trabajo.

El resto del día lo pasamos junto a los demás. Comimos porquerías, bebimos caipiriñas sentados en la arena y nos reímos hasta que nos dolió el estómago.

Aquellos cuatro chicos eran la hostia y yo me alegraba, de verdad, de que mi prima hubiese dado con Leo y sus caminos se hubieran cruzado.

Tanto él como Carlota tenían muy claro qué pasaría cuando sus vacaciones acabasen, pero mientras tanto se los veía tan bien juntos que parecían novios.

La toalla de Dan siguió junto a la mía en la arena y él no se movió de mi lado en ningún momento. Hablaba relajado, reía y bromeaba conmigo, por lo que mi corazón se pasó saltando y acelerado el resto del día. ¡Qué jodido órgano!

A las tres de la tarde, montamos de nuevo en las motos y regresamos a Río.

En esa ocasión, creí que Dan se ofrecería a llevarme hasta la ciudad, pero lo único que hizo fue insistir para que montase con Timothy, y no con George. Así que eso hice.

4

Ya no me gusta ese juego

De niña, recuerdo que mi padre se burlaba de mí por dormir como un lirón. Decía que aunque me explotase un cohete en la oreja seguiría durmiendo. Por eso, me extrañó que el sonido de las notificaciones de mi teléfono me despertase.

Me llevé una mano a los ojos y los froté, soñolienta. Pensaba matar lenta y dolorosamente al cabrón culpable que no me dejaba dormir. No debían de ser más de las... ¿ocho?

Palpé torpemente sobre la mesita de noche y tiré mi móvil al suelo.

—¡Mierda!

No tenía más remedio que moverme para cogerlo, así que, con un gruñido más propio de una anciana que de una tía de treinta y un años, alargué el brazo hasta que lo conseguí.

Cuando la luz del aparato chocó contra mis pupilas, tuve que entrecerrar los ojos, pero los más de cien mensajes captaron mi atención al instante.

Eran mis amigas, que no tenían nada mejor que hacer que escribir a esas horas. ¡Pero si en España debía ser de madrugada!

Leí por encima todos los mensajes hasta que llegué a uno en el que mi hermana se dirigía directamente a mí:

Abril:

¡Ani, por el amor de Brad Pitt!
¡Llama de una vez a mamá,
o cógele el teléfono, que va a volverse
loca ella y a volvernos locos a todos los
de esta casa!

Ani:

¿Y qué hace mamá llamándome de
madrugada? ¿Qué hora es en España?

Abril:

Las ocho de la mañana!
Y ya está histérica!

Ani:

Es imposible. Aquí es supertemprano
y hay una diferencia de cinco horas.

Abril:

¡Temprano dice!

Martina:

¡Qué hija de puta! ¡Dinos cagando
leches qué mierda hiciste anoche
para estar durmiendo a la una de la tarde!

Ani:

Follar como una descosida, ¿no te jode?

Abril:

¿Con quién?!

Martina:

¿Te has tirado a un brasileño?!

¿En serio?! ¡Eres mi ídola, tía!

Sonia:

¡Se dice ídolo, no ídola!

Martina:



Ani:

¡Que no me he tirado a nadie! ¿Es que no entendéis el sarcasmo cuando lo leéis?

Sonia:

Los de Río de Janeiro son cariocas,
no brasileños.

Martina:

Ya habló la enciclopedia
Larousse otra vez.

Sonia:

Además, ¿por qué iba a tirarse
a otro tío cuando John Collins
la espera en España?

Martina:

¡Ese es un sieso!

Sonia:

¡Es el puñetero príncipe azul!
¡Es caballeroso, paciente, con
una empresa propia...!

Abril:

El laboratorio de su padre, Sonia, no suyo.

Sonia:

¡Pero lo será en un futuro! Me refiero a que...

Ani:

¿Podéis, por favor, no hablar de mi
vida como si yo no estuviese
delante, joder?

Sonia:

¡Diles, Ani, diles que te gusta
John Collins y cállales la boca!

Martina:

¡Si le gustase, ya se lo habría tirado!
¡Igual que hizo Abril el otro día
con ese tío de la cervecería nueva!

Ani:

¡¿En serio?! ¡¿Has follado?! ¡Eres
mi hermana! ¡¿Por qué no me cuentas
esas cosas a mí primero?!

Abril:

orque no tiene importancia.
ue un simple polvo.

Martina:

¿Simple? ¡Ani, tu hermana lleva
dos días con una sonrisa de bien
follada que flipas!

Sonia:

Ja, ja, ja. ¡Mira que eres bestia, hija!

Ani:

Qué envidia, yo ya ni me
acuerdo de follar.

Sonia:

¡Ninguna nos acordamos! ¡Ja, ja, ja!

Martina:

¡Hablad por vosotras, zorras!
¡Marcos y yo lo hacemos de
lo lindo todos los días!

Ani:

¡Tú tienes novio, no cuentas!

Sonia:

¡Y tú lo tendrás en cuanto regreses
a España! ¡Mmm, John Collins!

¡Tu príncipe azul!

Abril:

No sé yo...

Martina:

¡Ni de coña!

Ani:

¡Ja, ja, ja, en serio, me rindo con vosotras! ¡Que os den a las tres!

A las ocho y media de la tarde, después de habernos pasado todo el día organizando la cena romántica para Leo y Carlota, el timbre sonó de forma insistente.

Cuando fui a abrir, me topé de frente con el rollo de mi prima, el cual llevaba una botella de vino en la mano y esa expresión chulesca que nunca se le borraba del rostro, una de las cosas por las que Carlota estaba tan embobada con él. Le encantaban los tíos con aspecto de perdonavidas.

—¿Qué tal, prima? No esperaba encontrarte aquí. ¿Es que te unes a la fiesta?

Yo puse los ojos en blanco y le hice una señal con la cabeza para que entrase.

—No sueñes, idiota. No sabrías qué hacer con dos mujeres a la vez. Voy a terminar de arreglarme y me largo.

—¿Adónde tienes pensado ir?

—¡Leo! ¡Ya has venido! —exclamó Carlota desde la puerta de la cocina.

Fue hasta su chico y le dio un fuerte beso en los labios, momento que aproveché para escabullirme al aseo y terminar de peinarme.

Como no sabía qué me depararía la noche, decidí ponerme unos tejanos cortos, muy cómodos, una blusa de tirantes finos en color salmón y unas deportivas todoterreno, por si me tocaba patear por la ciudad en busca de un lugar decente para cenar.

Me dejé el cabello suelto, pero me guardé una goma en el bolsillo para recogérmelo si me daba calor. Un poco de brillo de labios, máscara de pestañas, y lista.

Para cuando regresé al salón, Leo y mi prima se estaban enrollando en el sofá como adolescentes. ¡Joder, ni esperar a que me fuera!

Me puse una mano en los ojos y crucé la estancia sin mirar en su dirección.

—¿Ya te vas, Ani? —saltó Carlota, despegando su boca de la de Leo, y el sonido de sus labios separándose fue como si destapasen una botella de champán. Literal.

—Me voy, me voy. Podéis seguir.

—¿Dónde vas a cenar? —me preguntó Leo, pasando un brazo por los hombros de Carlota.

—Ni idea. Ya lo decidiré sobre la marcha.

—Cerca del hotel Hilton hay un sitio donde hacen muy buena comida —continuó este—. Se llama... ¿Costelao do Cadin?

—Costelao do Cadeg —le corrigió Carlota—. Yo he estado, y se come de fábula.

Me despedí de ellos y me aventuré en la noche carioca sin estar muy segura de por dónde moverme. Menos mal que el GPS del teléfono me echó una mano. Bueno, una mano no, me salvó el culo, porque no tenía ni idea de por dónde ir.

Me gustó la vida que tenía la ciudad por la noche. Las luces de los hoteles, de los comercios, el sonido de la samba que salía desde los *pubs*.

Mientras caminaba rumbo al restaurante, decenas de puestos de comida callejera me abrían el apetito. Todo tenía una pinta cojonuda, desde los *salgadinhos* a los buñuelos de bacalao, y olían riquísimo.

El monstruoso hotel Hilton apareció ante mis ojos, empequeñeciendo las demás construcciones de su alrededor. Estaba en primera línea de playa y en uno de sus bajos se encontraba el restaurante que Leo y mi prima me habían recomendado. Conforme me acercaba, la sonrisa desapareció de mi cara. Había una cola larguísima para entrar, por lo que me tocó esperar de brazos cruzados.

Y mi estómago rugiendo.

Y mi mala leche aumentando.

Sin embargo, el sonido de una moto que aparcaba cerca del Hilton me distrajo.

Cuando el motorista se quitó el casco y reconocí a Dan, mis latidos se aceleraron. Menuda gilipollez, ¿no?

En un principio, él se quedó tan quieto como lo hice yo, pero enseguida reaccionó y caminó hacia mí con su acostumbrada despreocupación y una media sonrisa en los labios.

Vestía con unos tejanos largos y un polo blanco que le quedaba de vicio sobre sus músculos. ¿Habría alguna prenda de ropa que le quedase mal a ese tío? Porque yo lo dudaba fuertemente.

—Medialuna..., ¿me estás siguiendo?

—Ummm... sí, me has pillado. Desde que me diste ese golpe en la cabeza, tengo debilidad por los surfistas provocadores y picajosos.

—Ya decía yo.

—Leo me recomendó venir a este sitio.

—¡Mira que es cabrón! Esta tarde, le dije que tenía la intención de venir a cenar. Lo ha hecho adrede para que nos encontremos.

—Pues no te preocupes por mí. Quédate con mi sitio en la cola. Tengo demasiada hambre para esperar.

—No creo que aguante tampoco. —Se miró el reloj de muñeca—. Llevo toda la tarde en la playa y me ruge el estómago. —Miró a su alrededor y me hizo un gesto con la cabeza—. Ven, vamos.

—¿Adónde?

—A buscar un sitio donde nos den de comer.

—¿Conmigo? —Alcé las cejas—. O sea..., ¿quieres cenar conmigo?

—Si me lo pides así..., no me queda más remedio que aceptar.

—¡Serás... cabrón! ¡No te he pedido nada!

—No disimules ahora.

—Creo que te lo tienes demasiado creído.

—¿Qué tipo de comida te gusta? —me preguntó sin dejar de sonreír, cambiando de tema.

—Em... No sé, supongo que toda.

Señaló hacia un pequeño puesto callejero al que yo le había echado el ojo antes de llegar.

—¿Feijoada?

—No sé qué es, pero vale.

—Arroz, frijoles y carne de cerdo.

—¡Oh, joder, qué bien huele!

—Y ya verás cuando lo pruebes, te vas a correr de gusto —comentó cerca de mi oído.

No tuve posibilidad de contestar a eso, porque Dan se me adelantó y le pidió dos raciones a la señora que vendía la comida. Y un par de refrescos.

Poco después, regresó hasta mí con unos platos de plástico a rebosar de comida.

Cogí el mío y mi refresco, y buscamos un sitio donde sentarnos para comer, que no fue otro que en un banco del paseo marítimo, donde veíamos pasear a la gente y escuchábamos el sonido del mar.

Tomamos asiento el uno al lado del otro, quizás demasiado cerca, porque, cada vez que Dan hacía un mínimo movimiento, lo notaba en mi costado.

Me llevé una cucharada a la boca y eché la cabeza hacia atrás mientras lo saboreaba.

—Mmm... Qué bueno.

—Ya te digo, la *feijoada* está en mi top de comidas brasileñas favoritas.

—Y en el mío. —Al darme cuenta de algo, pegué un pequeño brinco—. Oye, ¿qué te ha costado?

—Dinero.

—¿Pero cuánto?

—¿Para qué?

—Para pagarte mi parte.

—No tienes que pagarme nada, Medialuna.

—¡Por supuesto que sí! ¡No tienes ninguna obligación de pagarme la cena! Yo también tengo dinero.

—Hoy te invito. —Me guiñó un ojo—. Y no te preocupes por el dinero. No sé si te he dicho ya que soy un veterano de guerra de Cleveland, que vive cómodamente gracias a su jubilación anticipada. Puedo permitirme pagarte una cena.

Solté una carcajada cuando Dan bromeó de nuevo sobre su procedencia y profesión. ¡Mira que era cabrón!

—Me gustaba más imaginar que eras el hijo de algún capo de la mafia británica. Llámame morbosa.

Río, enseñándome sus jodidos hoyuelos, y me dio un suave empujón con su costado.

—Come, Ani, que se te va a enfriar tu cena.

Mi nombre en sus labios sonó tan sexi...

—Sí, y más vale que me la coma toda, porque no sé el tiempo que voy a tener que estar por aquí esperando.

—¿Por qué?

—Le prometí a Carlota que regresaría a casa solo cuando ella me llamase. Ya sabes, para darle intimidad con Leo.

—Si es la primera vez que follan, vas a estar toda la noche en la calle.

—No te creo. Un polvo no dura tanto.

—Con las ganas que le tiene Leo, es posible que te pases toda la noche dando vueltas por Río.

—Dio un trago a su refresco y lo apoyó a su lado—. Quiere quedarse en Río.

—¿Para siempre?

—¡No, loca! Las tres semanas que nos quedan de vacaciones. Nos ha dicho que quiere quedarse con tu prima. Está bastante pillado.

—Entonces, ¿os iréis sin él?

—Nos quedamos todos. Bueno, quizás George sí se vaya. Necesita despejarse. Está jodido desde que rompió con su novia.

—¿Por eso va por la carretera como un loco?

—No, siempre ha sido un gilipollas conduciendo. Pero se le nota en la cara que no está bien.

Mastiqué un poco de arroz antes de seguir hablando:

—¿A ti no te importa quedarte por Leo? Vas a perderte un montón de sitios chulos.

—Me gusta Río. Ya tendré tiempo de volver a Brasil y verlos.

—¡Oh, claro! ¡Se me olvidaba que con tu trabajo en ese circo ambulante ruso vives en ruta constantemente mientras domas leones y haces malabares!

Dan soltó una carcajada. Me miró a los ojos con una mezcla de diversión y... algo más que no supe descifrar, sin embargo, apartó la vista enseguida y se concentró en su plato, volviendo a ponerse serio de repente.

—¿Cuánto tiempo te quedas tú aquí?

—Un mes —dije, apartando mi plato y dejándolo a mi lado, a medio comer.

—¿Todas las Navidades? ¿No las pasas con tu familia?

—Es el primer año que no. Y mi madre está histérica.

—Los echarás de menos.

—Estoy descansando un poco de ellos, créeme. Somos muchísimos y parecemos una puta jaula de grillos cada vez que nos juntamos. Me va a venir genial pasarlas con Carlota este año, las dos solas.

Dan me miró y dio el último trago a su bebida.

—¿De dónde eres, Ani?

—¿Pretendes que te lo diga cuando tú no me lo has dicho a mí? ¿Por qué no lo adivinas?

—Ya no me gusta tanto ese juego.

—¡Pues ahora te aguantas, musculitos! ¡Empezaste tú, por si no te acuerdas!

Nos quedamos mirando al mar, aunque la oscuridad no nos permitía contemplarlo demasiado bien. Había gente sentada en la arena de la playa, paseando por la orilla, bailando al son de una samba que sonaba desde una vieja radio.

Se respiraba buen rollo por todas partes. Río de Janeiro tenía una luz y una esencia preciosa, y no hacía falta que brillase el sol para darse cuenta. Todo el mundo parecía feliz, tranquilo, sin preocupaciones.

De repente, noté que Dan se acercaba a mi oído, sin apartar la mirada de la playa:

—¿Te vienes mañana a la selva con nosotros?

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Ya te gustaría a ti. —Pero no tardó ni dos segundos en volver a preguntar—: ¿Te vienes?

Lo miré sonriente a los ojos. A esos ojos verdes con motitas doradas que parecían alumbrar allá a donde miraban.

—Allí nos veremos.

—Guay.

Ambos nos quedamos callados durante unos segundos, con los ojos fijos en los del otro, notando que aquel momento comenzaba a volverse intenso.

Me humedecí los labios sin dejar de contemplar los suyos y él tragó saliva. Pero todo aquello se fue a la mierda cuando mi teléfono móvil comenzó a sonar.

Pegué un pequeño respingo, lo saqué del bolsillo y leí el mensaje.

Carlota:

Tienes vía libre para
venir cuando quieras.

Miré a Dan, que estaba en silencio a mi lado.

—¿Qué habías dicho del sexo? Ya han acabado.

—No me lo creo.

—Pues sí. Has subestimado a tu amigo, o exagerado bastante.

—Ha debido pasar algo. Es demasiado pronto.

—¡Es solo sexo! ¡Eso de toda la noche es demasiado exagerado! ¡En todos los años que llevo practicándolo, ningún tío ha aguantado tanto!

—No sé con qué clase de tíos te habrás acostado antes, Medialuna, pero te aseguro que si hubiera sido yo, no te suelto hasta que salga el sol.

Abrí la boca asombrada por lo que acababa de decir. Y un poco cachonda también, lo reconozco.

—¿Qué?! ¿Qué has dicho?! ¿Qué si tú y yo...?

—¿En sentido figurado, joder!

—No intentes arreglarlo ahora, musculitos, cuando los dos hemos escuchado lo mismo.

Él apretó los labios para no reír y asintió poniéndose de pie.

—Si a ti te hace ilusión pensar que quiero que follemos, no seré yo el que te la quite.

—¿Qué ilusión ni qué ocho cuartos? ¿Quieres follar conmigo, Dan?

—¡Quieta, fiera!

—¡No es una proposición, idiota, es una pregunta a lo que has dicho!

—Y mi respuesta es que nos vamos.

—¿Adónde?

—Te acompaño a casa de Carlota. Mañana hay que madrugar.

Dan echó a andar hacia el Hilton y yo le agarré por el brazo para que detenerlo.

—¿Qué haces? Tu moto está aparcada por el otro lado.

—No vamos a ir en moto.

—¿Por qué? ¿Porque nunca llevas paquete?

—Exacto.

—Eres un tío muy raro, que lo sepas.

—Es normal que lo sea. La vida en Corea del Norte es dura, Medialuna. Es complicado ser profesor de ballet clandestino en una dictadura como esa.

—¡Y, además, eres tonto, Daniel Sin Apellidos! ¡Venga, vamos! —exclamé muerta de risa mientras caminaba a su lado.

Llegamos a casa de Carlota diez minutos después y nos despedimos con un simple «adiós». No obstante, cuando me acosté en mi cama, la sonrisa no desapareció de mis labios mientras recordaba cada conversación y carcajada compartida con él.

La última imagen que pasó por mi mente, antes de caer rendida al sueño, fue la de un chico moreno de ojos verdes, salpicados con pequeñas motitas doradas, que comía a mi lado en el paseo marítimo de Río, mientras bromeábamos sobre cosas sin sentido.

5

Al final vas a ser un romántico

Mientras esperaba a que Carlota terminase de vestirse, me ocupé de organizar un poco la casa. Era lo mínimo que podía hacer por mi prima después de haberme invitado un mes sin pagar ni un duro, se lo debía, ¿no?

Ordené el salón, la cocina, preparé unos bocatas para comer y los eché en las mochilas que llevaríamos a la excursión con los chicos.

Al terminar, apoyé la mejilla en el cristal y sonreí al recordar a Dan por trillonésima vez. Pero no pude hacerlo durante mucho tiempo, porque mi teléfono móvil sonó y mi recuerdo se fue volando.

Con un suspiro, me lo saqué del bolsillo, pensando que serían mis amigas. No obstante, cuando encendí la pantalla, había otro nombre en él.

John Collins:

¿Qué tal las vacaciones?

¿Has bailado samba con
muchos brasileños?

Ani:

¡Hola, John! Por aquí todo genial, gracias.

Y no, no me he atrevido a bailar samba.

Si los brasileños me viesen bailar,
me echan del país.

John Collins:

¿Echarte? ¡Imposible! Yo creo
que, cuando te descubran, no
van a dejar que vuelvas a España.
Los enamorarás a todos.

Ani:

No estaría mal. Vivir aquí tiene que ser
una pasada. Me pensaré eso de
enamorar a un carioca.

John Collins:

¿Y qué íbamos a hacer sin ti?
Me niego, en tres semanas
te quiero de vuelta.

Ani:

¡A sus órdenes, jefe! Ja, ja, ja.

John Collins:

¿Cómo es posible que lleves solo cinco días fuera y el laboratorio parezca muerto sin ti? Falta tu alegría por allí, Ani.

Ani:

De eso se tratan las vacaciones. De desaparecer de tu puesto de trabajo y descansar. Oye, te tengo que dejar, acaba de terminar de vestirse mi prima y hemos hecho planes para esta mañana.

John Collins:

Vale, hablamos en otro momento. Pásatelo muy bien y ponte morenita.

Ani:

Estoy en ello, jefe.

Carlota apareció ante mí perfectamente vestida y maquillada, pero con una cara de sueño que echaba para atrás. No pude evitar reír y guardar mi teléfono en la mochila.

—Estoy muerta. Anoche casi no dormí.

—Pues no será por Leo, porque se fue superpronto. Cuando me llamaste, Dan y yo no nos lo creíamos. Imaginábamos que os tiraríais toda la noche dándole a la zambomba.

Ella entrecerró los ojos con picardía.

—¿Dan? ¿Y qué hacías tú con él? ¿No te ibas sola a recorrer Río?

—Eso díselo a tu novio *el motorista*. Me dio el nombre del restaurante al que iba a ir Dan a cenar, y nos encontramos en la cola.

—Y no os quedó más remedio que cenar juntos, ¿verdad? Por culpa de Leo —añadió, burlona.

—¡Eres gilipollas, Carlota! Deja de montarte cuentos y explícame por qué me llamaste tan pronto anoche.

—Simple y llanamente porque me preocupaba que estuvieses sola a esas horas por Río. Pero, vamos, si llego yo a saber que estabas tan bien acompañada... ¡Me hubiesen dado las mil follando con ese potro salvaje!

—¿Potro salvaje?! ¡Ya hablas como en las telenovelas!

—Nunca he visto una telenovela en la que se diga *follar*.

—Y yo nunca hubiese pensado que Leo y los demás se quedarían el resto de sus vacaciones en Río por ti. ¿No era solo un lío pasajero?

Carlota asintió con ojillos de cordero y suspiró enamoradita perdida. Aunque ella lo negase por activa y por pasiva, aquello se estaba convirtiendo en una telenovela en toda regla, sí.

—Y es un lío pasajero. O lo era... —Se quedó pensativa dos milisegundos—. Mira, no sé. Lo único que tengo claro es que Leo y yo estamos bien juntos y queremos alargarlo lo máximo posible.

Cuando llegaron los chicos a casa de Carlota, mis ojos volaron hacia Dan. Tenía unas ganas de verlo que no eran ni medio normales, que me mirase con aquellos ojos verdes y riese, enseñando esos hoyuelos tan monos que le salían en las mejillas, justo como la noche anterior.

¡Pero mi gozo en un pozo!

No se quitó el casco ni para saludar.

Se quedó sobre su moto, como si todo le importase una mierda, y esperó hasta que estuve montada en la de Timothy.

¿Y me jodió? Pues, si soy sincera..., admito que sí. ¿Ni un saludo? ¿Ni un «Hola, Ani»?

Me sentí tonta por fantasear con que me pidiera que montase con él. Con que me sonriese como lo hizo mientras cenábamos frente al mar. Pero no.

Y como a orgullosa y a cabezona no me ganaba nadie, me obligué a sonreír todo el camino, y todo el día si era necesario, con tal de demostrarle que me importaba una mierda su indiferencia.

Agarrada de la cintura de Timothy, cruzamos una buena parte de la ciudad y nos plantamos en un solitario aparcamiento empedrado desde donde comenzaban varias rutas por el bosque.

Aseguraron sus motos con candados y comenzamos a caminar hacia aquella preciosa selva tropical, donde la vegetación era tan frondosa que hubo momentos en los que la luz del sol desapareció por completo.

Por allí, era muy común cruzarse con personas montando en bicicleta y haciendo senderismo.

Nosotros nos dirigimos por un camino pedregoso que nos adentró más en la selva.

Carlota y Leo iban los primeros, haciéndose arrumacos y morreándose por todos los rincones.

Tras ellos, George, Timothy y yo charlábamos tranquilamente acerca de un mirador famoso situado a un par de kilómetros. Y Dan... al lado de Timothy, y en silencio.

Las pocas veces que miré hacia donde estaba, sin perder mi amplia sonrisa de oreja a oreja ni un momento, lo noté más serio que de costumbre, como pensativo. Pero me daba igual. ¡Sí, totalmente igual! Apenas me fijé en que llevaba una camiseta deportiva color roja que le quedaba de vicio y unas bermudas blancas. Ni que sus gafas de sol eran de la misma marca que las mías, ni que ese día no llevaba reloj en la muñeca.

Bueno, parece ser que sí me fijé. Mierda.

—¡Ani! —La grave voz de George me sacó de mis cavilaciones—. Te suena el teléfono.

Frené un poco, quedándome atrás, y abrí mi mochila para responder. Era un mensaje de mi hermana, preguntando cómo estaba. Contesté rápido y lo volví a guardar.

Al levantar la vista, los demás me habían sacado una distancia considerable, pero no fue eso lo que me hizo contener la respiración.

Dan estaba esperándome apoyado en un árbol, y me miraba, pero no sabía de qué modo, porque las gafas de sol no me permitían verle los ojos.

Le sonreí tensa y pasé de largo, apretando la marcha.

—Hola, Medialuna —dijo, colocándose a mi lado sin el mínimo esfuerzo.

—¡Joder, pero si sabes saludar!

—Desde que tenía un año.

—¡Ah! Entonces, lo de antes ha sido simplemente mala educación, ¿no?

—¿Qué ha pasado antes?

—Nada, Dan, no ha pasado nada. Vamos con los demás o los vamos a perder.

—Podías haberme saludado tú también.

—Sí, podría. —La verdad es que tenía razón.

Volví a apretar el paso y, como la primera vez, no tardó nada en alcanzarme.

Cuando lo tuve de nuevo al lado, se quitó las gafas de sol, colocándoselas sobre la cabeza, y se

quedó mirándome varios segundos.

—¿Si te cuento algo, se te pasará el enfado?

—Yo no estoy enfadada.

—Sí, claro, pero ¿se te pasará?

—Prueba.

Él rio, porque en pocas palabras acababa de aceptar que estaba enfadada por su indiferencia.

—¿Sabías que este bosque no es el original que había en Río de Janeiro?

Mis labios se curvaron sin poder evitarlo y puse los ojos en blanco. Era débil, lo sé.

—¿Vas a volver a contarme las curiosidades de la Wikipedia que usas para ligar?

—¡Me insultas, Medialuna! ¡Te olvidas de que soy explorador en el Amazonas desde que me escapé con quince años del orfanato en el que me abandonaron mis padres!

—¡Idiota! —Lo empujé y Dan se echó a reír conmigo—. Me sigue gustando más lo de la mafia.

—Mira que te va el morbo, princesita. —Me miró de arriba abajo—. Por cierto, hoy no llevas ninguna prenda rosa.

—¿Y tú qué sabes? No has visto mi ropa interior.

—Pues enséñamela.

—Enséñame tú la tuya, ¡no te fastidia!

Alcanzamos a los demás y caminamos en silencio varios minutos, disfrutando del trino de las aves tropicales sobre nuestras cabezas.

Dan no se quitó de mi lado y nuestras sonrisas se intensificaban cada vez que nos rozábamos de casualidad.

Llegamos a nuestro destino media hora más tarde. Podíamos estar en medio de una selva frondosa y verde, pero la temperatura seguía siendo alta.

Así que, cuando vi aquella enorme cascada y el lago que se formaba dentro de una cavidad rocosa, me dieron ganas de lanzarme de cabeza, con ropa y todo.

Dejamos nuestras mochilas en el suelo, cerca de una arboleda cercana, y nos quedamos en bañador.

Carlota y yo nos sentamos sobre unas piedras con las piernas dentro del agua, que, por cierto, estaba fría a más no poder, mientras los chicos se lanzaban sin pensárselo dando volteretas en el aire y riendo como niños.

—Míralos, parecen críos —dijo mi prima, contemplando con adoración a Leo, que charlaba y bromeaba con los demás, chapoteando.

—Es que son críos, ¿no los ves? Un hombre hecho y derecho no haría esas cosas.

—¿Un hombre hecho y derecho como John?

—¿Cómo sabes...?

—Por tu hermana. Abril me ha dicho que es hijo de tu jefe y que quiere algo más que una relación laboral contigo.

—Quiere que salgamos.

—Y tú le has dicho que sí.

—Ajá.

—Porque te gusta.

—Es un tío interesante.

—¿Pero te gusta, Ani? Mi panadero también es un tío interesante y no por eso voy a salir con él.

—¡No lo sé, Carlota! ¡Está bien, es un hombre guapo y...!

—¿Quién es un hombre guapo?

Leo apareció en el agua frente a nosotras y me sonrió con esa cara de cabrón que tenía, mientras enredaba sus brazos alrededor de las piernas de mi prima.

—Nadie.

—¡Su jefe! —exclamó Carlota, guiñándole un ojo a su chico.

—¡Hostias, prima! ¿Te has liado con tu jefe? No te tenía por una de esas.

Por el rabillo del ojo vi a Dan dejar de hablar con Timothy y George y prestar atención a la conversación.

—No me he liado con él.

—¡Todavía! —dijo Carlota, la muy traidora.

—Solo vamos a salir, nada más.

—Pídele un aumento de sueldo, ¡aprovecha! Ya que va a meterte mano, saca algo bueno de ello.

—¡Leo, eres un imbécil!

Joder, es que eran tal para cual. Cada vez estaba más segura de que Carlota había encontrado a su media naranja, aunque viviesen cada uno en una punta del mundo. Esas cosas se saben, y esos eran unos cabrones picajosos como los que más.

De repente, Dan llegó hasta donde estaba sentada, nadando. Sacó los brazos del agua y los apoyó sobre mis rodillas, mirándome con esa sonrisa ladeada que tan tonta me ponía.

Mojadito estaba para comérselo.

—Eres una mentirosa, Medialuna.

—¿En qué he mentido? A ver.

—Me dijiste que no tenías a nadie esperándote.

—Y no tengo a nadie.

—¿Y tu jefe?

—Es un amigo, nada más.

—¿Un amigo con el que vas a tener una cita?

Sonreí y enarqué una ceja, mientras veía a Dan esperar a que le respondiese.

—¿Tú nunca sales con amigas a cenar?

—No.

—Y yo que me lo creo. —Debía de tener una lista enorme de mujeres esperando a que les diese una oportunidad. ¿Acaso me había visto cara de tonta?

—Lo que tú digas. De momento, el que ha pillado tu mentira he sido yo.

—¿Es que estás celoso, musculitos? Tú y yo no tenemos nada.

—Nada de nada —aceptó.

—Ni siquiera estoy segura de que pueda llamarte *amigo*.

—La amistad está sobrevalorada. A mí me divierte más lo que tenemos nosotros.

—¿Y qué tenemos? ¿Somos conocidos?

—Si es así como quieres llamarlo, pues conocidos. Te dejo que seas tú quien le ponga nombre. Se dejó caer hacia atrás y se alejó de mí nadando por el manantial, dejándome pensativa.

¿Qué clase de conversación acabábamos de tener? Entraba en la primera posición en mi top de conversaciones paranoicas con tíos buenos mojados.

Saqué los pies del agua y me levanté de aquella piedra para ir hacia mi mochila a beber, sin embargo, Timothy me interceptó a medio camino, con una de sus sonrisas cabronas. Ya lo iba conociendo.

—¿Adónde vas, señorita?

—A beber agua.

—¿En serio? ¿Con toda la que hay en el manantial tienes que beber en botella? —Me rodeó por la cintura y me subió en volandas—. ¡Ni lo sueñes! ¡A beber al río!

—¡No, Timothy, para! ¡Para!

Pero no paró, el muy cabrón.

Me tiró al agua y me hundí en ella, estremeciéndome de lo fría que estaba. Cualquiera iba a matar a ese gilipollas infantil.

Salí tosiendo y nadando como buenamente pude.

—¡Me cago en la puta, Timothy! ¿Tienes doce años o qué? —Las risas del susodicho y de George, que se encontraba a su lado apoyado en un árbol, me hicieron dar palmadas en el agua, furiosa—. Gilipollas... —susurré en castellano.

Notaba mi piel erizada, y cuando fui a nadar hacia alguna piedra por la que salir, unos brazos fuertes me rodearon y me apretaron contra un cuerpo igual de fuerte.

—Tienes toda la razón, su edad mental es doce años —dijo Dan en mi oído, erizándome también esa parte de mi cuerpo.

Su rico olor llegaba a mis fosas nasales y me aflojaba las piernas. Y sus manos rodeaban mi cintura. Unas manos que desprendían calor, a pesar de la temperatura del agua.

—¿Qué haces, Dan? —pregunté, girando un poco la cabeza.

—Tienes frío, se te nota.

—¿Y has venido tú a calentarme?

—Es lo que hacen los... ¿conocidos? ¿Es así como has decidido que nos llamemos?

Mira que era cabrón. Y guapo. Bueno, más guapo que cabrón. ¡Qué coño! Estaba más bueno que mil gofres de chocolate y nata. Pero también era cabrón, sí.

Apoyó la barbilla sobre uno de mis hombros, como aquel día en la playa cuando nos sentamos sobre su tabla de surf, y me estrechó un poco más contra su cuerpo.

Se me secó la boca al sentir su polla apretada contra mi culo. Joder... Era como una tortura lenta y deliciosa.

Me di cuenta de que nadaba hacia una orilla conmigo en brazos.

—¿Me llevas hacia afuera?

—Quiero enseñarte algo —dijo en mi oído de nuevo.

Me ayudó a salir y él lo hizo segundos después, sin hacer el mínimo esfuerzo.

Las gotas de agua resbalaban por su torso y desaparecían cuando llegaban a sus bermudas. Cogió mi mano y tiró de ella para que comenzase a caminar a su lado. Cómo me gustaba el calor que emanaba y el cosquilleo por entre nuestros dedos.

—¿Adónde vamos?

—Me he dado cuenta mientras nadaba de que se puede entrar por detrás de la cascada. El hueco es grande.

—Al final vas a ser un romántico.

—O un asesino en serie, cualquier cosa es posible. —Me guiñó un ojo—. Tú decides si te quieres arriesgar a acompañarme.

Ladeé un poco la cabeza y mi sonrisa se hizo todavía más plena. ¡Pues claro que iba a ir!

Al llegar a la cascada, Dan se giró un poco para mirarme.

—Hay que cruzarla. Deja que vaya yo primero.

—Vale.

Me soltó de la mano y, sin pensárselo, se metió dentro del chorro de agua, cruzando al otro lado.

Cuando llegó mi turno, miré hacia arriba, para calcular si el agua cayendo sobre mi cabeza dolería. Era una idiotez, pero se me aceleró el corazón de anticipación.

—¡Vamos, Medialuna! —gritó Dan desde dentro. El sonido de su voz era tenue, amortiguado por la cortina de agua.

Cerré los ojos y corrí hacia la cascada, metiéndome entre los chorros que caían a más de veinte metros de altura. Al pasar al otro lado, grité y salté por la emoción, debido a la adrenalina, pero cuando por fin contemplé lo que teníamos a nuestro alrededor, mi boca se abrió, maravillada.

—¡Ostras, Dan!

—¿Qué te parece?

—¡Es una pasada!

¡Vaya sí lo era! Estábamos en una pequeña cueva recubierta de musgo y plantas por doquier, a causa de la constante humedad. La luz que entraba era verduzca, íntima y ondulada por las sombras que el agua proyectaba sobre todo lo que había dentro.

—¡Es una maravilla!

—Sí que lo es.

—Gracias. —Sonreí con una sinceridad que me salió del alma. Era el lugar más bonito que había visto jamás.

Era mágico.

Dan se quedó en silencio durante unos segundos, mirándome a los ojos, con... ¿anhelo? Sin embargo, reaccionó pronto y su expresión mutó de nuevo, volviéndose chulesca.

—Ya sabes, Medialuna. Cuando vuelvas de vacaciones a Brasil con tu jefe, ya tienes un sitio al que traerlo.

—¡Oh, serás, idiota!

—Luego no digas que no te enseñé sitios chulos para traer a tus novios.

—El próximo que me enseñes, que sea solitario para que me los pueda follar a gusto.

—Lo apuntaré en mi lista. Pero recuerda llamarme luego para contarme qué tal.

—¡Encima de cabrón, morboso! —exclamé desencantada, al no saber qué había pasado para que aquel bonito momento hubiese cambiado tan drásticamente. Sin pensar en lo que hacía, metí la mano en el chorro de la cascada y le lancé agua a la cara. Me mojé hasta yo, pero me sentí satisfecha por haberle pillado desprevenido—. Mejor que no te cuente lo que hago con ellos. Podrías excitarte.

Él se la limpió enseguida y entrecerró los ojos, molesto por... ¿Por qué? ¿Por mi contestación? ¿Por haberlo mojado?

—Que folles con otros no me va a excitar, puedes estar tranquila.

—¿Que no? —insistí con una chulería innata. Yo también sabía ponerme gallita—. Yo creo que hasta te harías un par de pajas a mi salud. ¡Te pondrías supercachondo, a mí no me engañas!

Y volví a mojarlo con el agua de la cascada. Dan se limpió igual de rápido que la primera vez y lo vi dirigirse hacia mí.

Pegué un grito, salí de la cueva y miré hacia atrás para asegurarme de que no me seguía. Pero sí lo hacía. Corría detrás de mí a toda leche.

Reí, grité y volví a reír, intentando que no me cogiese.

Nuestros amigos nos miraban divertidos, pero nosotros estábamos tan concentrados en nuestro... ¿juego? que no nos dimos cuenta de que había gente a nuestro alrededor.

Dan me cogió mucho antes de lo previsto y me subió en volandas, mientras nuestras risas resonaban por los alrededores.

Me dejó en el suelo, acorralada contra un árbol, y cogió mis brazos con una mano,

levantándolos por encima de mi cabeza.

Nuestras respiraciones estaban agitadas, nuestros corazones acelerados y nuestros cuerpos ardiendo.

Acercó su rostro al mío, sin permitir que me escapase, y me miró a los ojos. No obstante, yo no pensaba claudicar tan fácilmente.

—¿Te rindes? ¿Aceptas la derrota? —dije, aun siendo yo la cazada.

—No estás en posición de exigir nada, princesita.

—Acéptalo.

—¿El qué?

—Que te pondrías cachondo pensando en mí.

Él bajó la mirada hacia mis labios. Luego hacia mis ojos. Y a mis labios de nuevo.

—No voy a negarlo. Llevo cachondo desde que te conozco, Ani.

Y tras su confesión, me besó.

Pero no fue un beso tímido, ni amable. Fue una explosión de fuerza y pasión con la que me aplastó contra el árbol todavía más.

Reaccioné de inmediato, respondiendo a sus labios con tantas ganas como las que él tenía, gimiendo con los ojos cerrados, bebiendo de su boca con una urgencia devastadora.

Dan me soltó los brazos y lo rodeé con ellos, acercándolo más a mí, aunque no era posible, porque ni el aire se colaba entre nuestros cuerpos.

Sus manos apretaban mi cintura, su polla mi estómago y su torso mis pechos.

No fue sino una eternidad después, o unos segundos, no lo recuerdo, el sonido de aplausos y pitidos nos hizo reaccionar.

Dan se separó de mí tan rápido que casi perdí el equilibrio. Me contempló, con la respiración alterada, y se pasó una mano por el pelo.

—Mierda —susurró antes de dar media vuelta, coger todas sus cosas y desaparecer por el mismo camino que llevaba al aparcamiento.

Parpadeé, confusa.

¿Mierda?

Mierda, ¿por qué?

Había sido el beso más acojonante de mi vida, y la última palabra en la que pensaba era en... *Mierda.*

Cuando levanté la vista, vi a mi prima gritar y aplaudir por el beso que nos habíamos dado delante de todos los demás, pero fue la única que lo hizo, porque tanto Leo, Timothy como George estaban anonadados, como si aquello que acababan de presenciar no pudiese ser verdad. Como si fuera la cosa más insólita del mundo. Como si fuese el primer beso que Dan daba a una mujer.

6

¿Y si el sapo besa bien?

El beso en el bosque fue un antes y un después en aquel día. Dan no regresó con nosotros al manantial y tampoco vino a cenar por Río cuando cayó la noche.

Les prohibí a todos que hablasen del tema, tajantemente, como si fuese un pecado, como si nunca hubiese ocurrido. ¿Que por qué? Pues porque bastante tenía yo con mis nervios como para que me lo recordasen.

Y porque fue una jodida pasada. Por eso también.

Pero una pasada de las buenas, como cuando algo te ha flipado tanto que fantaseas día y noche, como cuando sabes que no puede ser más perfecto, como cuando cierras los ojos y las imágenes giran en tu cerebro a una velocidad imposible. Y te ríes, y te sientes gilipollas, pero gilipollas en el buen sentido.

Sí, era una gilipollas feliz, y no me daba vergüenza reconocerlo.

Dan me había demostrado con aquello que le gustaba de la misma forma que él me gustaba a mí. ¡Y era acojonante! Tanto que llegamos a casa de Carlota todos juntos y yo me excusé enseguida para irme a mi habitación. ¡Tenía que saborearlo sola, que exprimir cada recuerdo! Todavía notaba el sabor de sus labios en la boca.

Me tiré en la cama con una sonrisa tontorrón y cerré los ojos mientras suspiraba.

Sin poder aguantar las ganas, cogí mi teléfono móvil y abrí el chat con mis amigas.

Ani:

Hoy me han dado el morreo del siglo.

Dejé el teléfono sobre la cama y fijé la vista en el techo, pensando qué estaría haciendo Dan en ese momento.

Sin embargo, las notificaciones bombardearon mi móvil y reí imaginando la reacción de las chicas. Lo cogí y volví a entrar en el chat:

Martina:

¡Qué hija de puta! ¡Lo suelta
así como si nada y se queda tan ancha!

Abril:

¡Ana Victoria Ortiz, ya estás
soltando por esa boquita!

Martina:

¡¿A qué brasileño le has
metido la lengua hasta el esófago?!

Sonia:

¡Cariocas, los de Río de Janeiro
son cariocas, Martina!

Martina:

¡No me jodas, ya llegó la catedrática!

Abril:

¡Ani, por todas las galletas de chocolate! ¡No se te ocurra pasar de nosotras ahora!

Sonia:

Y es físicamente imposible que una persona pueda meter la lengua hasta el esófago de otra.

Martina:



Abril:

¡Aniiiiiiiiiiiiiiii! ¡Que hableeesssss!
¡Joderrrrr!

Ani:

¡No hace falta que bombardeéis el chat, petardas! Ja, ja, ja.

Martina:

¡DETALLES YA MISMO!

Abril:

¿Con quién ha sido?

Ani:

Con el surfista tío bueno que casi me liquida con su tabla.

Abril:

¿Lo has vuelto a ver? ¿Cuándo?
¿Dónde? ¿Cómo?

Martina:

¿Y desde cuándo está bueno?
¡No mencionaste nada de eso la otra vez!
¿Está bueno? ¿Cómo de bueno?

Ani:

Pues lo menciono ahora, Dan está muuuuy bueno.

Martina:

En la escala de actores famosos
potentes, ¿dónde lo colocas?
Para hacernos una idea.

Ani:

A la altura de Tom Hardy. Sin duda.

Sonia:

¿En lo más alto *forever and ever*?
¡Flipo!

Martina:

¡Tom Hardy es lo puto más!
¡No puede ser tan guapo!

Abril:

¡Exigimos foto!

Ani:

¡No tengo ninguna, no me he parado
a fotografiarlo como una psicópata!

Martina:

¡Tú has ido directamente al manoseo,
so cabrona! Ja, ja, ja.

Abril:

¿Te lo has tirado?

Ani:

No.

Martina:

¡Con un Tom Hardy por Río...,
ya estás tardando!

Sonia:

¡Pero Ani! ¿Y qué pasa con John Collins?

Martina:

¡Que le jodan! ¡Ani es demasiada
tía para ese estirado!

Sonia:

¡No puedes estar hablando en serio!
¡John es el puñetero príncipe azul,
Martina! ¡Es ideal para Ani!

Abril:

Los príncipes azules acaban destiñendo.

Martina:

¡Fóllate al surfista! ¡Fóllatelo
por todas las que amamos a Tom Hardy!

Sonia:

¡Piensa lo que haces, Ani! ¡El tal
Dan ese no le llega ni a la suela
de los zapatos a John Collins! ¡Es
un sapo al lado del príncipe!

Martina:

¡Y dale, la tía pesada!

Ani:

Ya sé que con Dan no va a haber
nada serio, que solo sería un rollo de
verano... o de Navidades, no
sé cómo cojones llamarlo.

Sonia:

Entonces, ¿merece la pena jugarte
una relación estable con John
a cambio de nada?

Abril:

¡Ni siquiera han salido y ya
quieres que sea estable! ¡Sonia, no corras!

Martina:

¿Tú qué dices, Ani?

Ani:

Seguramente John sea la opción
más lógica para mí. El príncipe azul,
como dice Sonia. Pero..., chicas,
¿y si el sapo besa bien?

Abril:

¿Cómo de bien?

Ani:

¡Fue un jodido festival ¡Creo que si
hubiese durado un poco más
me habría corrido!

Martina:

Sentenciado: ¡nos quedamos con el sapo!

Cuando Carlota terminó de trabajar la siguiente tarde, regresó a casa eufórica, pues a partir de ese día estaba oficialmente de vacaciones de Navidad. Y eso significaba pasar más tiempo conmigo. Y con Leo, claro.

Comimos viendo la televisión en un canal del que no entendía ni papa y me dio absolutamente igual, porque la película ya me la estaba montado yo sola en mi cabeza. Imaginaba qué pasaría esa tarde cuando viera de nuevo a Dan. Si se comportaría como siempre, si, por el contrario, volvería a besarme. O si era yo la que me lanzaría hacia él como un resorte nada más verlo. ¿Quién sabía?

Apreté los labios para no reír, pero no estuve fina, porque Carlota se dio cuenta en menos de tres milisegundos.

—¿Y esa sonrisa?

—Nada, la televisión —disimulé.

—¡Ah, claro! ¡La inflación de la Bolsa y la pérdida de cuatrocientos mil empleos es descojonante!

—¡No hace falta tanta ironía!

Carlota puso los ojos en blanco y dejó la cuchara sobre el plato.

—¿Vas a contarme de una puta vez qué hay entre Dan y tú? Pensaba que no teníamos secretos.

—Y no tenemos.

—Sí, ya veo.

—Carlota, no sé qué hay con él. No sé qué piensa Dan. Solo... nos besamos.

—Tendrías que haberos visto. Eso no fue un beso.

—¿Y entonces qué fue? ¿Un partido de béisbol?

—¡Era sexo! ¡O casi!

—¡Mira que eres exagerada!

—Ani, tía. —Me miró a los ojos con esa expresión que todas ponemos cuando queremos que nos tomen en serio—. Nos quedamos todos muertos. Hasta a Leo le costó reaccionar.

—Tampoco fue para tanto. —Intenté quitarle hierro.

Carlota resopló y apoyó los codos sobre la mesa, concentrada, cosa que hacía mucho cuando estaba interesada en sonsacar información de alguien difícil de roer. Y parecía ser que yo era la víctima esta vez.

—¿Te gusta Dan?

—Si no me gustase no le habría metido la lengua en la boca.

—¡Ay, pero qué bien! ¡Os vais a liar!

—¡Joder, qué contenta estás! ¡Parece que te lo vayas a tirar tú!

—¿Te lo vas a follar? ¿Quieres tirártelo?

—¿Tú has visto a Dan? ¡Quiero tirármelo yo y medio Brasil!

—¡Me encanta! ¡Dos parejitas en el grupo!

Reí al verla tan animada y negué con la cabeza, divertida.

—Termina de comer, anda, que todavía tenemos que ponernos los bikinis.

—Voy a dejarte uno con el que a Dan se le va a caer la baba en cuanto te vea.

—¡No hace falta!

—No hace falta, pero insisto. Vas a estar explosiva. Se le van a romper las bermudas de lo

dura que se le va a poner.

Comimos, recogimos la mesa y subimos hacia los dormitorios para ponernos los bikinis.

Los chicos vendrían a por nosotras en media hora y, con lo pesada que era Carlota, más nos valía darnos prisa.

Antes de que pudiese coger un traje de baño, mi prima apareció en la habitación con uno de color rojo sangre, precioso. Sin embargo, nada más verlo, supe que cómodo, lo que se dice cómodo, no era, porque ahí le faltaba tela por todos lados.

El pitido de una moto nos avisó de que los chicos acababan de llegar.

Mientras nos dirigíamos hacia la salida, me mordí el labio inferior, nerviosa. Sí, nerviosa, incluso a mí me pareció estúpido. Solo era un tío. Un tío buenísimo y follable hasta el infinito, pero un tío. Sin más.

Levanté la vista para saludar, y, cuando lo hice, me di cuenta de que, en lugar de cuatro motos, solo había tres.

Leo, Timothy y George.

Sin rastro de Dan y sus hoyuelos bajabragas.

Me sentí un poco confusa y decepcionada. Llevaba toda la noche recordando el beso y pensando en lo que ocurriría cuando volviésemos a vernos. Lo que nunca imaginé fue que no se presentaría y que me dejaría con cara de gilipollas, sonriendo como si nada, pero con ganas de preguntarles a Leo y a los demás por qué no había venido.

No lo hice, por supuesto. Me limité a tomar el sol, bañarme y... ¡Bueno, lo reconozco! ¡También miré, alguna que otra vez, hacia atrás cuando escuchaba el sonido de una moto llegando a la playa! Pero ¿sabéis qué? Ninguna de ellas fue la suya.

En los días siguientes tampoco apareció, y las ganas de ir a buscarlo y cantarle las cuarenta fueron en aumento.

¿En serio? ¿Me besaba de ese modo y desaparecía? ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Era una broma, una cámara oculta? ¿Qué clase de jodido juego macabro era aquel?

Carlota no abrió la boca en esos cuatro días ni para nombrarlo, pero es que mi cara le advertía que no lo hiciese. Me conocía muy bien y sabía cuándo tenía que darme mi espacio.

Al cuarto día, no aguanté más.

Me dirigí hacia Leo, que, como siempre, estaba pegado a Carlota en plan lapa, y me planté delante para llamar su atención:

—¿Dónde se mete Dan? ¿Se lo ha tragado una ola?

¿Y qué creéis que recibí por respuesta? Contestaciones de mierda y evasivas que no se creía nadie con dos dedos de frente.

Y no fue solo Leo, sino que Timothy y George lo secundaron.

—No se encuentra bien.

—¿Está enfermo? —pregunté, alzando las cejas.

—Sí, bueno, no, no es exactamente una enfermedad. Es que necesita descansar. Ya sabes.

—Descansar de las vacaciones, acojonante —dije por lo bajo.

—Y hoy tenía que llamar a su familia —añadió George apoyando a Leo.

—Y después creo que tenía algo más que hacer. Dan es un tío muy ocupado —dijo Timothy, ayudando a los otros dos.

—Ya veo —asentí sin creermelo ni una palabra.

No volví a preguntar por él. ¡Ni de coña!

Los siguientes tres días me comporté como si me diese igual, como si jamás me hubiera

besado, como si nunca hubiésemos tonteado, como si ni siquiera me acordase de su nombre.

Yo también sabía ignorar a la gente. Y se me daba de puta madre. Sin embargo, por dentro no dejaba de preguntarme los motivos de su ausencia.

¿Tenía novia?

¿No le gustó el beso?

¿Le habría dado vergüenza comerse la boca conmigo delante de sus amigos? ¿Sería por eso?

—Mañana podríamos ir a bailar —comentó Carlota el viernes siguiente, cuando estábamos a punto de recoger nuestras cosas de la playa y marcharnos.

—¿Adónde? —preguntó George sin demasiadas ganas.

—Cerca de aquí hay una discoteca que mola un montón.

—No sé bailar salsa.

—¡Eso es lo de menos, tonto! Nos lo pasaremos bien de todas formas.

—Y habrá tías, George —añadió Leo, guiñándole un ojo. Al darse cuenta de que mi prima lo miraba mal, se apresuró a continuar—: ¡Para que él pille cacho, joder! ¡Qué mal pensadas que sois las mujeres!

—Ya, claro, intenta arreglarlo ahora, machote.

—Prima, tengamos la fiesta en paz.

—Entonces, ¿qué decís? ¿Nos vamos mañana a bailar y a beber como descosidos? —volvió a preguntar Carlota.

Aceptaron todos, cómo no.

Y yo también.

¿A quién no le gustaba la buena música y la bebida gratis? Porque sí, Timothy seguía pagando cada cóctel que tomaba. Una apuesta era una apuesta.

Odisseia era una de las salas de baile más populares de Río, por lo que estaba a reventar.

Lugar amplio, música muy alta e iluminación escasa para poder magrearte con tu pareja sin ser el centro de atención. Vamos, lo que venía siendo una discoteca de toda la vida. Pero esta me gustó. Tenía un ambiente cojonudo, y ver a los locales bailar salsa era todo un espectáculo. Yo no hacía eso ni muerta, porque el baile no era lo mío.

Nada más llegar, Carlota y yo buscamos con la mirada a los chicos, pues, como estábamos a diez minutos de casa andando, decidimos ir solas y encontrarnos allí.

No nos costó nada dar con ellos.

Estaban en el fondo. Quietos. Como estatuas. Mirando.

Iban guapos.

Acostumbradas a verlos a diario con bermudas y camisetas playeras, el cambio era importante.

Tanto Leo, George y Timothy vestían tejanos largos y camisas.

—¡Están allí! —gritó Carlota en mi oído.

—Sí, me he dado cuenta nada más entrar. Son los únicos que parecen maniqués.

Mi prima me pegó en el hombro, riendo, y nos dirigimos hacia ellos, esquivando a los bailarines, y con cuidado de no recibir ningún pisotón o manotazo, que raro no hubiese sido.

—Ya está aquí la tía más buena de Río de Janeiro —exclamó Leo, abrazando a Carlota. Luego me miró a mí—. Y Aní.

—Que te jodan.

—Tú también eres guapa, prima. No te pongas celosa.

—Gilipollas. —Reí y palmeé a Leo en el hombro. Era un canalla de cuidado. Me gustaba para Carlota.

De repente, noté que alguien me rodeaba por los hombros y me pegaba a su cuerpo.

—¿Tienes sed, señorita? —Era Timothy.

—Desde que tú pagas mi bebida, siempre tengo sed.

—Me lo imaginaba, por eso me he adelantado.

—¿Ya has pedido mi cóctel?

—Dan está en la barra, lo traerá enseguida.

—¿Dan?

Se me aceleró el corazón al escuchar su nombre.

¿Estaba en la discoteca? ¿Se había dignado a aparecer después de casi una semana sin dar señales de vida?

Levanté la cabeza y lo vi. Tal y como decía Timothy, estaba en la barra pidiendo.

Tragué saliva y di un par de pasos hacia atrás, insegura. Y me jodió estarlo. Yo nunca retrocedía, la inseguridad no entraba en mi vocabulario.

Sin embargo, estaba tan guapo...

Vestía con unos pantalones chinos y un polo oscuro que se ajustaba a sus músculos. Si mi orgullo me hubiese dejado, habría acabado babeando todo el suelo.

En ese momento más que nunca, las preguntas volaban por mi cabeza. ¡Y no eran pocas, joder! ¡Era una avalancha de preguntas, un puto tsunami!

Dan parecía relajado, como si todo fuese normal, como si no hubiese estado seis malditos días desaparecido después de haberme dado un beso acojonante.

Pagó al camarero y cogió cuatro vasos largos entre sus manos, dirigiéndose hasta nosotros.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, alzó la cabeza a modo de saludo y me dio mi bebida.

La cogí sin dejar de mirarlo, con el ceño fruncido, intentando contener las preguntas y que no saliesen a borbotones.

Sin embargo, nada más repartir las bebidas, se alejó de mí y se colocó en la otra punta, al lado de George, dejándome todavía más confusa y jodida que al principio.

Bebí de mi vaso, notando que la mala leche iba ocupando un espacio muy importante en mi cabeza. Era como un fuego que calentaba mi pecho y me hacía apretar los dientes.

¡El muy gilipollas lo había vuelto a hacer! ¡Me ignoraba! Me había saludado con un odioso movimiento de cabeza y se había largado con George.

Cuando terminé de beber, Timothy colocó otro vaso lleno en mi mano, y después otro.

—¿Quieres emborracharme o qué?

—Creo que esta noche los necesitas.

—Lo que necesito es un manual para entender a los hombres. Dudo mucho que la bebida me ayude.

—Dicen que el alcohol no resuelve los problemas, pero el agua tampoco lo hace.

Lo miré enarcando una ceja.

—¡Ahí le has dado! Cuando tienes razón, se dice y punto.

—Ten paciencia, Ani —añadió Timothy con un suspiro.

—Paciencia, ¿por qué?

—Tú hazme caso, ¿vale? Respira dos veces y ten paciencia.

Qué misterioso se había vuelto el chaval de repente. ¿De golpe y porrazo le iban las adivinanzas?

Pues con eso de la paciencia lo tenía claro conmigo, de eso tengo poco. Mi madre decía que era como una metralleta, que me disparaba y lo soltaba todo sin fijarme a quién daban las balas.

La cuestión era que no podía dejar mirar en su dirección, y cuanto más lo hacía más me

frustraba.

Después del cuarto cóctel, fui al servicio.

La discoteca empezaba a parecerme agobiante y, por más que me obligase, las ganas de ir hacia Dan y rezarle el rosario a gritos (por decir algo suave) se hacían jodidamente enormes.

—No sois nada. Solo fue un beso. No tienes que ponerte así —repetía como un mantra mientras sujetaba el bolso, la puerta y la falda para orinar. Porque mira que es difícil hacerlo sola en un baño público, oye. En esas ocasiones, las amigas vienen de perlas, pero la única que tenía en Brasil estaba demasiado ocupada morreándose como una adolescente con Leo.

Al acabar, me miré en el espejo y me aseguré de que el maquillaje seguía bien.

Y sí, lo estaba.

Por fuera, parecía una tía glamurosa y empoderada, con su mirada chulesca y sus labios rojos.

Mi vestido era una puñetera pasada. Sexi, elegante, corto, y me quedaba como un guante; mis zapatos, a pesar de estar matándome lentamente, eran bonitos a rabiar, y mi pelo seguía extrañamente impecable.

Regresé con ellos poco después y me coloqué cerca de mi prima, con un nuevo cóctel en la mano, cortesía, cómo no, de Timothy y su apuesta. Pero el modo zen duró poco. Poco o nada. Porque al girar la cabeza para mirar a Dan, lo vi bailando y susurrándole al oído a una tía despampanante, mientras sus manos estaban colocadas muy cerca de su culo.

Ella reía y se colgaba de él por el cuello, mirándolo con ojitos golosos, esperando a que la besara. Y estaba segura de que lo haría. El Dan que yo conocía no dejaría pasar la ocasión de meterle la lengua hasta la faringe a esa chica. ¿Acaso no lo hizo conmigo?

El sexto cóctel llegó tan pronto como se acabó, y con el séptimo en las manos, y la visión de Dan bailando y tonteando con la otra, decidí que mi paciencia se había ido completamente a la mierda. ¡No pensaba soportar más aquel despropósito! Una tenía límites, y los míos estaban en su lecho de muerte.

Dejé el cóctel en una pequeña tarima y me acerqué hasta Carlota, que parecía haberse convertido en una extensión de Leo de tan juntos que estaban.

—Me voy.

—¿Al aseo? Te acompaño.

—No, a casa.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —Me miró suplicante—. Vamos a quedarnos un poco más, Ani. Media hora aunque sea.

—Quédate todo el tiempo que quieras. Yo me voy.

—Pero...

—Conozco el camino de vuelta.

—¿A estas horas? ¿Y sola?

—Soy mayorcita, no te preocupes.

—Puedo decirle a Timothy que te lleve —saltó Leo, al que tampoco le hacía gracia que me fuese sola.

—No lo molestéis, está pasándoselo bien. —Y lo estaba. Él también había encontrado a una chica con la que bailaba como el que más.

—¿Estás segura? —preguntó Carlota, sin querer que me fuese.

—Segurísima. Estoy cansada.

—Me voy contigo —repitió.

—¡Que no! ¡Tú te quedas aquí con Leo! ¡Os lo estáis pasando bien y no te vas a joder porque yo quiera irme a dormir!

—Al menos, llama cuando llegues, para saber que estás bien.

—Carlota, que tu casa está a diez minutos.

—Hazlo de todas formas.

Acepté el trato y salí de la discoteca sin mirar ni una vez más al cabrón de Dan. ¡Que lo jodiesen a base de bien!

No iba a soportar más aquello. Estaba cansada, desilusionada y un poco borracha. ¡Bastante fuerza de voluntad había tenido para no ir y llamarle de todo, por gilipollas!

Me pitaban los oídos a causa de la música de la discoteca y estaba mareada, pero llegaría sin problemas. Bueno, eso, si lograba situarme y recordar qué calle llevaba a la urbanización de Carlota, porque, a lo mejor, no me sabía el camino tan bien como le aseguré a mi prima.

Los pies me dolían tanto que me quité los tacones y caminé descalza por la baldosa, que limpia, lo que se decía limpia, no estaba, pero ¿qué más me podía dar? Me sentía tan usada y estúpida que pisar una o dos mierdas de perro tampoco sería un dramón.

El sonido de una moto acercándose rompió el silencio de la calle, y todavía lo hizo más cuando frenó a mi lado y el motorista se quitó el casco.

—¿Cómo mierda se te ocurre irte sola a estas horas?

Era Dan.

Agarraba el manillar con fuerza y sus ojos parecían coléricos. No entendía por qué, la verdad.

¿En serio? ¿Después de una puta semana sin saber de él, de toda una noche pasando de mí hasta el culo, se atrevía a venir a exigirme nada?

—Vuelve a la discoteca, musculitos —respondí con voz tensa.

—¿Sabes que es peligroso ir sola de madrugada? ¿Sabes cuántas violaciones y asesinatos hay al año en Río de Jane...?

—¡No me jodas con tus datos de la Wikipedia! ¡No te los he pedido!

—De todas formas, no vas a irte sola.

—¿Te preocupa ahora cómo llego a casa? ¡Llevo una semana sin saber nada de ti!

—He estado ocupado.

—Sí, claro. —Resoplé y di media vuelta, caminando de nuevo—. Adiós.

—¡Ani, no hemos terminado! ¡No me dejes aquí como a un gilipollas!

Al escuchar aquello, le lancé uno de mis zapatos, el cual le dio en el brazo derecho.

—¡A mí no me jodas, Dan! ¡Vuelve a la discoteca y fóllate a esa con la que bailabas!

—¿Estás celosa?

—¡Que te den!

—Te llevo a casa.

—¡No, que te den mil veces!

—Y también borracha.

—¡Es mi problema, no el tuyo!

—¡Ani, me cago en la puta! ¡Monta en la moto! —Le dio puño y avanzó hasta donde estaba, a unos metros de él.

—¿En tu moto? —Reí y trastabillé un poco a causa del mareo—. ¡Tú nunca llevas paquete! ¿Recuerdas? ¡Oye, musculitos, a ver si te aclaras! ¡No está bien ir volviendo locas a las chicas con tus cambios de parecer! —Lo miré a los ojos y sonreí con frialdad—. A mí me la suda, pero puede que a otras las jodas a base de bien.

—Monta en la moto, Ani.

—Buenas noches. Bébetelo un cóctel por mí.

—¡Ani!

Pero no le hice ni caso. Seguí caminando todo lo digna que puede hacerlo una persona con siete cócteles en el cuerpo, descalza y con un zapato en la mano. Sí, señores, el sumun de la elegancia era yo.

¡Me sentí victoriosa, la puta ama!

¡Chúpate esa, idiota!

Bueno, lo sentí un total de dos segundos, porque después los brazos de Dan rodearon mi cintura y me alzarón en peso, llevándome hacia atrás.

—¿Qué crees que haces, estúpido? —grité en medio de la noche mientras peleaba contra él sin posibilidades de ganar, todo sea dicho.

—Te llevo a casa.

—¡Antes prefiero comer asfalto, gracias!

—¡Pues mala suerte, porque voy a llevarte de todas formas!

Me sentó sobre su moto, a pesar de mis quejidos e intentos de escape, y se colocó delante, cogiendo el manillar con fuerza.

—Agárrate de mi cintura —me exigió al mismo tiempo que me entregaba su propio casco, para que me lo pusiera. Cuando lo hice, me crucé de brazos. Me habría montado en su moto a la fuerza, pero otra cosa muy diferente era eso de que lo rodease por la cintura. Ni de coña.

Sin mediar palabra, cogió mis brazos y los enredó en su cintura.

Arrancó la moto y aceleró, por lo que ya no me atreví a soltarme de él. Una cosa era ir borracha y ser una chula sin fronteras, y otra muy distinta arriesgarme a estamparme contra el suelo.

Dan conducía bien. ¿Qué digo bien? Conducía de vicio. Suave, a una velocidad dentro de los límites y sin hacer temeridades.

Las manos me hormigueaban al contacto con su cintura. Notaba cada músculo en las palmas, cada movimiento, cada contracción de sus oblicuos. Y su olor se me metía por las fosas nasales a causa de la velocidad. Llevaba bebiendo su olor desde que emprendimos la marcha. ¡Y qué rico olía, joder!

Llegamos a casa de Carlota enseguida. Dan se hizo un poco hacia adelante y yo salté de la moto sin romperme los dientes, así que bien.

A continuación, le devolví el casco.

Me di cuenta de que seguía descalza, y que ya no tenía el otro zapato en la mano. Seguramente se me habría caído en el forcejeo.

Cuando me re Coloqué la falda, Dan y yo nos miramos unos segundos en silencio, ambos enfadados.

Di la vuelta y entré en casa sin decirle ni adiós.

Al cerrar por dentro, me apoyé en la puerta y no me despegué de ella hasta que el sonido de la moto desapareció en la quietud de la noche.

7

Tú no lo entiendes

DAN

Esa noche no dormí una mierda.

Bueno, en realidad, llevaba sin dormir bien una temporada. Larga, muy larga.

Padecía de insomnio desde hacía varios años y descansar se había convertido casi en un lujo que mi cuerpo me permitía solo de vez en cuando.

Pero no era eso lo que me preocupaba, estaba más que acostumbrado. Lo jodido del tema fue que estuve toda la noche pensando en ella.

En Ani.

En la chica de la media luna.

En la de las sonrisas increíbles.

En la del beso acojonante.

Llevaba toda la puta semana evitándola, pasando los días solo con la moto, perdiéndome en pueblos y bosques en busca de un poco de tranquilidad, huyendo de ese beso al que me lancé como un jodido loco.

Sin pensar.

Sin recordar.

Sin escuchar las señales que mi cuerpo me mandaba cada vez que estaba a su lado.

Advertencias de que no me acercase mucho a ella, de que era peligroso, de que acabaría jodido.

De que la jodería a ella.

Quizás, esa posibilidad era la que más me echaba para atrás. Joder a alguien.

A otra persona.

No quería hacerle daño a nadie más.

Y Ani era demasiado. No me hizo falta conocerla mucho para darme cuenta. Con una semana me bastaba.

Era inteligente, habladora, divertida, preciosa. Era pedante de cojones, no dudaba en retarme a cada momento.

Y me flipaba.

Y me ponía muy cachondo.

Me levanté de la cama y fui al cuarto de baño para echarme agua en la cara y despejarme.

Al mirarme en el espejo y ver mi reflejo apreté los dientes.

No tenía que haber dejado que mis amigos me convenciesen para hacer ese viaje. Un viaje a Brasil, ¿por qué? ¿Acaso merecía algún premio después de... aquello? ¿Qué hacía yo en un hotel de cuatro estrellas, en el puñetero Río de Janeiro, cuando debería estar pudriéndome en la mierda?

El sonido de mi teléfono móvil me distrajo. Al desbloquear la pantalla, me di cuenta de que tenía varios mensajes de los chicos.

La noche anterior, cuando dejé a Ani en casa, ni siquiera me digné en aparecer de nuevo por la discoteca. Fui directamente al hotel. De todas formas, allí ya no había nada que me interesase lo

suficiente. Estuve tonteando con una tía por el mero hecho de fastidiar a Ani, para que se diese cuenta de la clase de capullo que era. Sin embargo, nunca imaginé que acabaría marchándose sola a las tantas de la madrugada.

Cuando me di cuenta, casi mato al imbécil de Leo por no haberla convencido de que Timothy la llevase a casa.

Salí corriendo de la discoteca y la encontré poco después.

Definitivamente, era un jodido debilucho, porque cuando la tuve a mi lado, tan enfadada, poco faltó para que mi voluntad se quebrase y mis labios acabaran estampados contra los de ella otra vez.

Mi atención regresó de nuevo al chat y sonreí al leer el mensaje de Leo, que dormía dos habitaciones más allá, con George.

Leo:

¿Estáis despiertas, señoritas?

Timothy:

Acabo de abrir los ojos.

Y me levanto con unas
vistas impresionantes.

Leo:

¿Al final te tiraste a la de la discoteca?

Timothy:

Un caballero nunca diría eso.

Dan:

Se la ha tirado, porque esta noche no ha
dormido en la habitación. Estoy solo.

Timothy:

Y mientras esta preciosidad me deje,
me la tiraré todo lo que pueda.
Así que acostúmbrate a dormir solo, Dan.

Dan:

No te preocupes, no voy a echar de menos
el olor de tus pies.

Leo:

Al cabrón de George también le
huelen una barbaridad.

Dan:

¿Y George? ¿Dónde está?

Leo:

Todavía está sobando.

Ayer bebió bastante.

Timothy:

Todos bebimos un disparate.

Leo:

¿Y tú, Dan? ¿Dónde te metiste anoche?
Saliste detrás de Ani y ya no apareciste.

Timothy:

¡No me jodas que te la has tirado al final!

Dan:

¡De sobra sabéis que no me la he tirado!
¡Llevo una puta semana evitándola!

Leo:

Y todavía no entiendo por qué.

Dan:

Después de dos años,
¿todavía no lo entiendes?

Leo:

¡Ah! ¿Por eso? ¡Venga ya!

Timothy:

¡Eso nunca te ha impedido follar
con mujeres, Dan! ¡Te has tirado
a medio Londres, cabrón!

Dan:

Mejor cambiamos de tema.

Leo:

¿Hoy vas a venirte con nosotros
o vas a seguir jugando al escondite
con Ani otra semana más?

Timothy:

Ja, ja, ja.

Dan:

Voy con vosotros. De todas formas,
después de lo de ayer, no creo que
vuelva ni a mirarme.

Leo:

Pues nos vemos en el *hall* del hotel en media hora. Timothy, saca la polla de tu amiga y levántate.

Timothy:

Lo intentaré. Ja, ja, ja.

Cuando estuvimos montados en las motos, condujimos hasta la casa de Carlota, donde ella y Ani esperaban sentadas en el portal hablando relajadamente.

Al vernos, se levantaron y se dirigieron hacia las motos.

Carlota con Leo y Ani con George, ya que Timothy se nos uniría más tarde en la playa, con la tía con la que había pasado la noche.

No me gustaba una mierda que Ani montase con George. Y todavía me gustó menos cuando pasó por mi lado y ni siquiera giró la cabeza para saludar. Pero ¿qué esperaba?

Estaba acojonantemente guapa esa mañana.

Llevaba un sencillo vestido playero a rayas azules, el pelo recogido en una coleta alta y unas gafas de sol oscuras sobre los ojos. Por la resaca, supuse.

Nada más arrancar, George dio puño a fondo y Ani soltó un grito mientras se agarraba a él con fuerza.

—Me cago en la puta —susurré entre dientes, acelerando y acercándome a ellos con ganas de retorcerle el pescuezo a mi amigo.

Le había dicho miles de veces que no hiciese el idiota mientras conducía, pero no me hacía ni caso. De hecho, no hacía caso a nadie desde que lo dejó con su exnovia.

Aunque lo intenté, esa vez no pude adelantarlo para que frenase un poco, así que mi mala hostia fue haciéndose bola, creciendo y creciendo, hasta que llegamos a la playa de Copacabana.

Aparcamos las motos y las atamos con los candados.

Carlota y Ani fueron las primeras en pisar la arena, seguidas por Leo, que hablaba y reía con ellas.

Pero yo... Yo tenía algo que hacer antes de plantar mi toalla en la arena.

—¡George!

Mi amigo, que estaba terminando de atar su moto, giró la cabeza y me miró con seriedad.

—¿Qué pasa?

—Eso te pregunto yo a ti, ¿qué cojones te pasa?

—¿De qué coño hablas?

—¡Te dije que llevases cuidado con la moto, joder! ¿Quieres matarte? ¿Es eso?

—Lo que yo haga es problema mío, no tuyo.

—¡Es problema mío desde el mismo momento en que Ani está montada en ella!

—Si tanto te preocupa, ¿por qué no la llevas tú?

Apreté los dientes y siseé intentando serenarme.

—Entiendo que estás pasando por un mal momento por lo de Claire, pero...

—¡No me hables de ella!

—¡Alguien tiene que hacerlo! ¡Pareces un muerto viviente desde que no estáis juntos!

—¿Crees que a mí me gusta estar así, Dan? ¿Crees que no me gustaría estar jodidamente feliz mientras me follo a otras mujeres?

—Entiendo que duele, entiendo que estés triste, pero tienes que reaccionar. La vida no se acaba por eso.

George rio y se cruzó de brazos, con actitud chulesca.

—¡Habló Daniel, el tío que arrastra un barco de mierda desde hace dos años!

—¡Lo mío es diferente!

—Es diferente, pero a la vez no. Si quieres predicar, primero tienes que seguir tus propios consejos. —Me miró a los ojos—. El mundo no se ha acabado, Dan. A ver si tú también reaccionas.

Con las palabras de George dando vueltas en mi cabeza, nos dirigimos hacia la playa, donde los demás ya habían pillado un sitio de puta madre cerca de la orilla.

Coloqué mi toalla junto a la de George y me quité la camiseta para tomar un poco el sol, que, por cierto, pegaba que daba gusto.

Cerré los ojos y me relajé un rato, eso sí, mirando de vez en cuando hacia el agua, donde Ani se bañaba con su prima.

Al fijarme mejor en su cuerpo y en el bikini verde lima que llevaba, me empalmé. Estaba buena a reventar y todavía no había podido quitarme de la cabeza la sensación tan flipante que sentí al besarla.

—¿Qué pasa, tíos? ¿Me echabais de menos?

Timothy llegó hasta donde estábamos, cogido de la mano de una bonita morena de ojos verdes.

Se veía contento después de haber pasado la noche con ella, y no me extrañaba. Llevaba sin mojar el churro casi un año.

—¿Nos la vas a presentar? —le preguntó Leo, dándose la vuelta, sonriente.

—No.

—No te la vamos a quitar, puedes estar tranquilo —añadió George riendo por primera vez en varios días—. No me van las bajitas.

—No, a ti te van las que te dejan tirado y se enrollan con otros —añadió Leo descojonándose.

Y sonrisa a la mierda. El gesto de George se volvió tan serio como de costumbre.

Timothy tiró la toalla a mi lado y se tumbó de inmediato, eso sí, con la morena sobándole sin parar.

Aguanté junto a esos dos quince minutos de reloj. Contados, os lo juro.

Después de ese tiempo, soportando magreos y besos ruidosos con lengua, me levanté y cogí mi toalla, para ponerme en otra parte.

—¿Adónde vas, Dan? —preguntó Timothy, despegando la boca del cuello de ella.

—A un sitio donde no me den ganas de potar al escuchar cómo os morreáis.

—¡No hace falta que la absorbas, Timothy! —saltó Leo descojonándose—. Como sigas así, te la tragas. ¡Qué ímpetu, chico!

—¡Tenéis suerte de que Lena no entiende el inglés, cabrones! —exclamó Timothy riendo también.

—¿Y cómo hablas con ella? —preguntó George curioso.

—¿Hablar? Follamos y ya.

Estallamos en carcajadas y terminé de colocar la toalla al otro lado. Me tumbé con una sonrisa en los labios y cerré los ojos, no sin antes mirar de nuevo a Ani, que seguía en el agua.

Creo que me quedé dormido, porque lo siguiente que noté fue que algo goteaba en mis piernas.

Al abrir un ojo, vi a Ani mirándome con mala hostia a los pies de mi toalla.

—¿No había más playa para poner tu toalla, musculitos?

Se dejó caer en la suya y me ignoró a conciencia, tumbándose en ella y cerrando los ojos

mientras el sol la secaba lentamente.

No pude evitar contemplarla con deseo.

Su cuerpo estirado y cubierto por aquel mínimo bikini era un jodido pecado capital. Tuve que hacer de tripas corazón para volver a tumbarme y cerrar los ojos mientras ella estaba a mi lado, para no darle tema de conversación y fastidiar el enfado de la pasada noche en la discoteca. Porque así era como debía de ser. Ani por un lado y yo por el otro.

En silencio.

Ignorándonos.

No obstante, cuando volví a mirarla y, al ver su piel mojada y brillante bajo el sol, mi boca se movió sola.

—Tengo algo tuyo.

Abrió un ojo y me miró con la misma seriedad que al principio, mientras yo rebuscaba en mi mochila.

—¿Qué?

—Tus zapatos. —Se los di y tuve que esforzarme mucho para no sonreír al ver su asombro.

—¿Por qué los tienes tú?

—Ayer me lanzaste uno, por si no te acuerdas.

—Me acuerdo.

—El otro se te cayó antes de montar en la moto.

—No te vi cogerlos.

—Claro, llevabas un pedo de la hostia.

—¡No iba borracha!

—No, vale, no lo ibas.

—¡Y no me des la razón como a los locos!

—Diga lo diga, te vas a enfadar, ¿verdad?

—Pues sí, así que mejor te estás calladito.

—Qué mujer más difícil eres, Medialuna.

—¿Yo difícil? ¡Esto es la leche!

—Bueno, reconozco que yo también soy un poco complicado.

Ani apretó los labios y me contempló como el que contempla un puñetero cubo de Rubik. Como a algo imposible e indescifrable.

—Mira, Dan, me da igual cómo seas. Lo único que te pido es que me dejes en paz y no me vuelvas loca, porque no tengo ganas de juegos. —Cerró los ojos y volvió a ignorarme.

Asentí, aunque ella no pudiese verme, y me recosté yo también sobre mi toalla como al principio.

—Solo una pregunta.

Su voz me hizo sonreír. Giré mi cuerpo y apoyé la cabeza sobre una de mis manos, de costado, atento a cada expresión de su rostro.

—Pregunta.

—Es solo curiosidad, que conste.

—Sí, pregunta, vamos.

—Tienes novia, ¿verdad?

Sonreí de nuevo y me dieron ganas de cogerla por las mejillas y estampar mis labios sobre los suyos.

—No, no tengo.

—Entonces, desapareciste porque no te gustó el beso.

—¿Qué? ¡No, no fue por eso! —¿De verdad pensaba que no me gustó? ¡Joder, pero si fue una puta pasada! ¿Cómo podía pensar siquiera...? ¡Fue apabullante, acojonante, y todos los demás adjetivos cojonudos acabados en *-ante*!—. Tú no lo entiendes, Ani.

Entrecerró los ojos, todavía más confusa de lo que estaba al principio. Y no la culpaba, la verdad. Debía de pensar que era un psicópata descerebrado que lo único que quería era joder.

—No sé ni para qué te he preguntado, porque está claro que no vas a abrir la boca. —Suspiró, se tumbó en su toalla—. Me da igual por lo que fuese. Se acabó. Punto.

Después de pasar todo el día en la playa, fuimos a cenar a un restaurante asiático de Río, donde pusieron comida para un regimiento.

Ani y yo no volvimos a cruzar palabra. Quizás, alguna que otra mirada sí, pero nada más. Estuvimos guardando las distancias el resto de la noche y, cuando nos despedimos los unos de los otros, ni siquiera se dignó a decirme ni un mísero «adiós». Sin embargo, yo tampoco lo hice. Supongo que quedamos en tablas. En un empate incómodo e indeseado.

Aparcamos las motos en el sótano del hotel. Todavía era temprano y Leo y Timothy se habían quedado en las casas de sus respectivos rollos, así que George y yo pensamos en tomar algo en el bar antes de subir a sobar, o intentar al menos que el jodido insomnio me dejase descansar, como era mi caso.

Nos sentamos en los taburetes de la barra y le pedimos al camarero un par de caipiriñas.

No dijimos nada, no hacía falta hacerlo. Bebimos en silencio mientras la suave música de *jazz* ambientaba el lugar y las voces de los otros huéspedes formaban un agradable ruido blanco en el que perdersen.

George removía el contenido de su caipiriña sin parar. Estaba nervioso, se notaba. Aunque, claro, aquello no era nada nuevo.

—Dan... —dijo mi nombre de repente—. Hoy he recibido un mensaje de Claire.

—¿Cuándo?

—Mientras cenábamos.

—¿Y qué quiere?

—Que hablemos. Dice que todo fue un malentendido, que ella no tiene la culpa de nada, que no me engañó con aquel tío.

—Pfff... Eso no tiene ni pies ni cabeza. Los pillaste en medio de la faena.

—Ya lo sé.

—¿Le has contestado?

—No. —Dio un nuevo trago a su bebida—. No hay nada que hablar, ni nada que contestar. Me puso los cuernos y lo nuestro se fue a la mierda. No hay más.

—Saldrás adelante, tío. —Apoyé una mano en su hombro y sonreí—. No conozco a nadie más fuerte que tú.

—Pues yo sí conozco a alguien más fuerte, Dan. A ti.

Reí y negué con la cabeza, como si aquello fuese la estupidez más grande que hubiera escuchado nunca.

—Yo, claro.

—Estás aquí después de todo lo que te sucedió. ¿Te parece poco?

—Me parece injusto.

—Injusto o no, es lo que hay. Y no puedes seguir culpándote por eso.

—¡Es que fue mi culpa!

—No es verdad. Y no te mereces lo que te estás haciendo. Tienes que disfrutar y vivir.

—Disfruto, ¿no me ves? Estoy en el putito paraíso, de vacaciones.

—No es eso a lo que me refiero. Te fustigas, te niegas cosas que deseas, te aíslas. —George sonrió—. Mírame a mí, Dan, estoy hecho mierda por una ruptura, pero eso no me va a impedir volver a encontrar a alguien que valga la pena de verdad. Aunque me cueste la vida.

—¿Piensas que no intento estar bien? ¡Lo intento constantemente! Y cuando creo que está superado, caigo en el hoyo de mierda de nuevo. ¡Caigo y me levanto, caigo y me levanto, George, pero al final vuelvo a caer! ¡Tú me has visto hacerlo! —. Me humedecí los labios—. Además, yo no estoy en tu misma situación. No he roto con nadie. Lo mío es diferente.

—Pero sirve como ejemplo. ¿Qué estás haciendo con Ani si no?

—Nada, George, con ella no hago nada.

—¡Porque tú mismo te pones barreras! ¡Y no lo entiendo, porque has follado con más tías que ninguno de los cuatro! ¿Qué pasa con Ani? ¡Todos vimos el beso que le diste! ¡Es normal que esté enfadada y confusa contigo, Dan!

—¡Ya lo sé, joder! Pero es algo que me dice mi cuerpo. Me avisa de que me aparte de ella, de que es diferente.

—¿Diferente a las otras tías con las que has follado? —George rio—. Para saber eso se necesita más tiempo. ¡A ti te gusta, Dan!

—¡Claro que me gusta! ¿Tú la has visto bien? ¡Es una puñetera preciosidad!

—Y aun así, te alejas. —Me rodeó por los hombros y me zarandeó un poco, intentando que reaccionase—. Tío, nos quedan dos semanas en Río. Y tienes a una chica preciosa esperando a que te decidas a dar el paso.

—Sería un buen recuerdo de Brasil, ¿no? —dije bromeando, pero en serio a la vez.

—¡Exacto! Nadie habla de boda, niños, ni de amor eterno. Estamos de vacaciones, deja a tus malditos demonios y disfruta un poco. Ya tendrás tiempo de seguir jodiéndote la vida cuando volvamos. ¿Por qué tendría que ser Ani diferente a todas las demás?

8

¿Te valdría una disculpa?

ANI

Tenía varios mensajes de John Collins en el móvil y muy pocas ganas de responder. Bueno, en realidad, a esas horas tenía pocas ganas de todo.

Era muy temprano y mi prima se había empeñado en madrugar para aprovechar el día. Con eso de que estaba de vacaciones, la cabrona tenía energía para frenar a un tren.

Carlota no paraba de repetir que debíamos aprovechar porque en una semana comenzaba la Navidad y los chicos se marcharían poco después. Así que, entre ella y Leo, planearon un día de lo más completito, repleto de visitas y actividades por los alrededores, mientras desayunábamos. Porque sí, desde hacía dos días, Leo se quedaba a dormir en casa.

—Eh, prima, ¿te dan miedo las alturas?

—Me da más miedo que me preguntes eso. ¿Habéis pensado en hacer *puenting* o qué?

—¿Te atreverías?

—¡Ni de coña! Bastante deporte de riesgo practico cada vez que monto con George en su moto.

—El cabrón va a toda leche —comentó Carlota riendo mientras se sentaba sobre los muslos de Leo.

—¿Y qué otra opción me queda? Timothy ya tiene su sitio ocupado. Así que, o voy andando o con George.

—Tu única opción es rezar —añadió Leo descojonándose—. Porque Dan no monta nunca a nadie en su moto.

Me limité a asentir y omitir que yo sí monté con él la misma noche que me largué de la discoteca. De todas formas, tampoco tenía importancia.

—Entonces, ¿me vais a decir a dónde vamos?

—Al Pan de Azúcar, por eso te ha preguntado Leo si tenías miedo a las alturas, porque se sube en teleférico.

—Podré soportarlo.

Cuando se hizo la hora de marcharnos y los demás llegaron a casa de Carlota con las motos, subí con George y le di los buenos días.

Era un tío demasiado serio y no llegaba a sentirme del todo a gusto con él. A mí me gustaban más los hombres descarados y cabrones, como el que iba detrás solo en su moto.

Porque sí, aunque no lo saludé, me fijé muy bien en Dan esa mañana. Vestía ropa informal como siempre y su sonrisa parecía más amplia de lo normal, por lo que sus malditos hoyuelos estaban casi tatuados en sus mejillas.

Creo que fue eso lo que me distrajo y lo que no me dejó darme cuenta de que George conducía con más precaución.

Aparcamos las motos en el barrio de Urca, sacamos las entradas para el teleférico y nos subimos, con la suerte de que, al ser tan temprano, apenas había turistas con nosotros. ¡Minipunto para Carlota y sus ganas de madrugar!

Tomé asiento en aquella cabina de hierro y cristal y me agarré a una barra situada al lado de mi asiento. Al ir tomando altura, recé por segunda vez en ese viaje para que aquel cacharro no

descarrilase y acabásemos hechos puré en la falda de la montaña.

Al levantar la cabeza, me di cuenta que en los asientos de enfrente Dan y George charlaban relajadamente, mirando el paisaje por las cristalerías. Timothy y su chica se morreaban, y mi prima y Leo, que estaban a mi lado, se decían guarradas al oído. Y no es que los escuchara, pero, conociéndolos, me lo podía imaginar.

Cuando llegamos arriba, le di las gracias a Dios, a Buda, a la Pachamama y a todas las deidades habidas y por haber, porque mira que yo era echada para adelante y todo lo que queráis, pero las alturas no me gustaban una mierda. Tendríais que haberme visto en mi primer viaje en avión, no obstante, eso es una historia que os contaré en otro momento, o no, quién sabe.

La cuestión era que, al salir del teleférico y dar gracias hasta a san Agapito, la visión de la ciudad de Río de Janeiro me dejó sin palabras. Si el mirador del Cristo de Corcovado era espectacular, el Pan de Azúcar no se quedaba atrás.

Me acerqué hasta la barandilla, donde decenas de personas se congregaban para contemplar las vistas, y sonreí, aceptando que el miedo había valido la pena.

—¿Quieres que te diga algunas curiosidades de este sitio que leí en la Wikipedia?

La voz de Dan a mi lado me aceleró el corazón. Y no me gustaba ni un poco que eso pasase, porque era un idiota.

Al girar la cabeza, lo miré a los ojos con seriedad, pero los suyos estaban sonrientes. Menos mal que al menos sus hoyuelos no habían aparecido todavía en sus mejillas.

—No, gracias, ahórratelas.

—¿De verdad? ¿No quieres saber por qué se llama Pan de Azúcar?

—Podré vivir sin conocer esa información. Busca a otra a la que le interese.

El río, divertido por mi actitud, y... ¡Joder, ahí estaban sus hoyuelos! ¡Y su olor! ¡Y su sonrisa de chulo perdonavidas!

—A tus órdenes, Medialuna.

—¡Deja de llamarme Medialuna!

Sonrió una vez más y dio media vuelta, dejándome sola.

El tiempo que pasamos en aquel cerro, lo aproveché para echar miles de fotos de la panorámica de Río.

De vuelta al teleférico, no tuvimos tanta suerte y este estaba lleno a reventar. Llegué de las últimas, porque eso de echar fotos no era lo mío, y necesitaba siglos para que me quedase una medianamente bien.

Así que todos los asientos estaban ocupados y solo quedaba sitio de pie, junto a Dan y a Timothy.

Me puse con ellos y decidí revisar las fotos que acababa de hacer mientras aquel trasto se deslizaba hacia abajo. Ni de coña iba a mirar al suelo.

El teleférico fue bajando lentamente y mis nervios fueron a menos, sin embargo, algo hizo que nos frenásemos de golpe y tuviese que cogerme a lo primero que pillé, que no fue otra cosa que el brazo de Dan.

Miré a mi alrededor sin comprender qué acababa de pasar. Lo único que mi mente tenía claro era que estábamos colgados en el aire y aquel puto aparato ya no bajaba.

La gente gritaba y lloraba, llamaban por teléfono para avisar de que algo estaba sucediendo.

—¿Qué pasa? —pregunté con el corazón a trescientos mil latidos por hora, si no eran más.

—Creo que nos hemos quedado sin electricidad —respondió Dan con voz calmada.

—¿Y no estás asustado? Porque yo estoy cagada de miedo.

—No van a dejarnos aquí, tranquila. Míralo por el lado bueno, podemos disfrutar de las vistas

durante un rato más.

—¡No me jodas, musculitos! —Seguía agarrada de su brazo tan fuerte que debía estar haciéndole daño, pero él no dijo nada. Al final iba a resultar un caballero y todo—. ¿Cuánto duran los cortes de electricidad?

—¿Diez minutos? ¿Una hora? ¿Medio día? Depende del motivo.

—Joder, joder, joder...

—Ani, no pasa nada, hazme caso.

Asentí intentando confiar en él y miré a mi alrededor de nuevo. Mi prima parecía también algo preocupada, pero me sonrió, mientras Leo la rodeaba por la cintura. George, Timothy y la tía a la que se empotraba tampoco parecían demasiado preocupados. ¿Acaso alguno de ellos no se había dado cuenta dónde estábamos? ¡En el puto aire, pendidos de cables!

La ansiedad se agolpó en mi pecho y me apreté un poco más contra Dan, que me rodeó por los hombros de inmediato.

—Dan...

—¿Qué?

—Háblame, dime algo. —Lo miré suplicante—. ¿Por qué se llama Pan de Azúcar? ¡Cuéntame lo que has leído en la Wikipedia, o lo que has desayunado esta mañana! ¡O yo qué sé, cualquier cosa!

Él sonrió.

—Te voy a contar una historia.

—¿En la Wikipedia hay historias? No jodas.

—No. —Soltó una carcajada—. Es una historia basada en un hecho real. Empieza con unas vacaciones en Brasil.

—Qué casualidad.

—Mucha. Cuatro amigos, cuatro motos, y una chica a la que uno de ellos golpea con su tabla de surf. —Dan me guiñó un ojo—. Una tía buena, por cierto.

—Claro, eso por descontado. ¿Y qué pasó luego?

—Que ella se despelotó nada más verlo, porque le pareció un macizo de cojones.

Abrí la boca y le pegué en el brazo.

—¿Qué mentiroso, chaval! ¡Cuenta bien la historia!

—Esta es mi historia, así que no te quejes. Si no te gusta, luego me cuentas tu versión.

—Venga, vale, y..., según tú..., ¿cómo sigue el cuento?

—Con un nuevo encuentro. Pura casualidad. Porque el amigo de aquel chico estaba liado con la prima de la chica. Así que pasaban tiempo juntos y se divertían chinchando al otro, porque se atraían. —No pude negar eso, porque era verdad. Me limité a quedarme callada y a seguir escuchando a Dan—. Entonces, una tarde, el chico no aguantó más y la besó.

—Sí, y después huyó como un cobarde.

—¿No hemos quedado en que esta no es tu historia? —Me empujó un poco con su hombro y reí—. A lo que iba, que la besó y le pareció el beso más increíble de su vida.

—¿Y por qué huyó?

Dan sonrió sin dejar de mirarme.

—Nos movemos.

—¿Nos movemos? ¡Eso no tiene sentido! ¿Se largó porque nos movemos?

—No, Medialuna. El teleférico. Ha vuelto la electricidad.

Miré por la cristalera y me di cuenta de que era verdad. Había estado tan metida en Dan y en sus palabras que por un momento olvidé que estábamos colgados como jamones a tropecientos

mil metros del suelo.

La gente comenzó a aplaudir, yo le solté el brazo y cogí un poco de distancia cuando me di cuenta de lo cerca que estábamos. El miedo era un traidor. Y las ganas de estar con él también, todo hay que decirlo.

Al tocar tierra, mis piernas dejaron de temblar. Había sido una aventura interesante, pero por todos los gofres de chocolate que no volvía a montarme en un teleférico.

Una vez de vuelta junto a las motos, Carlota y Leo sugirieron ir al barrio de Santa Teresa.

Y aquel lugar sí que me gustó. Era lo más *trendy*, *cool* y auténtico de Río, sin desmerecer lo demás, por supuesto.

Calles repletas de arte urbano, casas coloniales encaramadas a una colina, ambiente bohemio y artístico, y el precioso Parque das Ruínas.

Fue una pasada perdersen por sus calles, como si fuésemos unos niños que por todo se asombraban.

—Eh, tíos, tengo que entrar al aseo —anunció Timothy cuando pasamos frente a un bar.

—Voy contigo —dijo Dan.

—Pues ahora nos alcanzáis, nosotros seguimos andando —añadió Leo sin soltar a Carlota.

Me coloqué junto a la chica de Timothy y me limité a sonreírle, porque ella no sabía inglés, ni yo portugués. Era guapa y parecía simpática. Tenía cara de buena gente, como Timothy.

No pasaron ni tres minutos cuando los otros dos se unieron a nosotros.

Me aparté enseguida de su lado, porque Timothy le dio un morreo de los que daban vergüenza ajena. Sí. Pobre Timothy, pero era la verdad.

De repente, delante de mis ojos apareció un cucurucho de chocolate gigante.

Al girar la cabeza, vi a Dan, quien, con la otra mano, sostenía otro cucurucho de vainilla al que dio un mordisco.

—¿Y esto?

—Para ti.

—¿Me has comprado un cucurucho?

—Por el mal rato de antes en el teleférico.

Mira que el cabrón podía llegar a ser mono y atento.

Cogí el cucurucho y lo probé. Estaba impresionante. Y os lo digo yo, que soy catadora semiprofesional de helados de chocolate.

—Gracias.

—¿No te parece raro estar a treinta grados en Navidad y comiendo helados? —preguntó él enseguida.

—Más rara me parece tu actitud —solté sin más. Los rodeos para el Oeste, a mí me gustaban las cosas claras y directas.

—Te pareceré un loco, ¿verdad?

—Un poco, sí.

—¿Te valdría una disculpa?

—Puedes probar —dije, obligándome a no sonreír, algo difícil con aquel tío bueno delante—. Pero lo que de verdad vendría de puta madre sería una explicación.

—Es complicado, ¿sabes?

—Viniendo de ti, no me extraña, musculitos.

—No busco nada serio.

—¿Y en qué momento te he pedido yo nada? Me besaste tú, por si no te acuerdas.

—Soy un gilipollas, ya lo sé. Es otra de mis cientos de virtudes. La cuestión es que me

arrepiento, porque tú no tienes la culpa de las mierdas de mi vida, ni de las que se monta mi cabeza.

Vale, en dos palabras acababa de decirme que algo en su vida no iba bien.

¿Un tío guapo, chulo y atormentado?

Aquel era el momento perfecto para salir huyendo, sí, lo sé. Pero, por desgracia, los seres humanos nos sentimos atraídos por esa clase de personas, por las difíciles, por las que pueden joderlos a base de bien. Nos lanzamos sin paracaídas, sin frenos, con la esperanza de llegar a tierra de una sola pieza, y no hechos mierda.

—Acepto tus disculpas, Dan. —Si es que me iba la marcha. Él me miró con una gran sonrisa en los labios y yo sonreí a su vez, dándole un suave empujón con el hombro—. Es normal que no pudieses aguantar las ganas de besarme, soy irresistible, musculitos.

—Y humilde, no te olvides de humilde.

Nos miramos a los ojos y empezamos a reír, mientras cientos de mariposillas revoloteaban en mi estómago. Continuamos paseando el uno muy cerca del otro, después de haber enterrado el hacha de guerra, degustando nuestros helados y contemplando el barrio. Sin embargo, una de las veces que mis ojos fueron de nuevo hasta el rostro de Dan, lo descubrí contemplándome con una suave sonrisa en los labios.

—¿Qué miras? ¿Ya no puedes apartar la vista de mi cara?

—¡Estaba fijándome en tu cucurucho, tía creída!

—Sí, claro, disimula. —Alargué la mano y se lo coloqué delante de la boca—. ¿Quieres probarlo?

Él ni se lo pensó, lamió la crema de chocolate de forma lenta y sin apartar la mirada de mí. Y yo... ¡Joder, creo que faltó poquísimo para que mis piernas se fuesen a tomar por saco y acabase de bruces contra el suelo! Pero... ¿cómo se podía chupar así un puñetero cucurucho? Era lo más erótico que había visto nunca. Esa escena bajaría más bragas que una visita al ginecólogo.

Dan se relamió y sonrió al verme respirar con rapidez.

—¿Quieres probar tú del mío?

¿Que si quería probar? Pues sí, quería probar, pero no de su cucurucho precisamente.

Me acerqué un poco más a Dan y mi cuerpo casi se rozó con el suyo. Ladeé la cabeza y lamí la crema de vainilla, sin embargo, él también lo hizo, de tal manera que nuestras lenguas no se rozaron porque el helado las separaba. Sentía su respiración en mi cara, sus ojos sobre los míos y todo mi vello de punta. ¡¿Qué puta locura era aquella?!

Me aparté de él tan alterada como si hubiese corrido una maratón y seguí andando tras los demás, que paseaban disfrutando del barrio de Santa Teresa.

Dan continuó caminando a mi lado, en silencio, pero con esa sonrisa que tanto me gustaba, con la que daban ganas de estamparlo contra alguna pared y explicarle a lengüetazos que no se podía estar tan macizo, por el bien de la humanidad.

—¿Te has puesto nerviosa?

—Ni de coña —mentí como una cosaca—. Hace falta mucho más para ponerme nerviosa.

—Tomo nota para la próxima.

—Seguro que sí. —Reí y lamí de nuevo mi cucurucho, el cual ahora me sabía mil veces mejor, porque la lengua de Dan había estado en él—. Oye, en el teleférico no me has dicho cómo terminaba la historia que me estabas contando.

—¿Quieres saberlo?

—Claro.

Él rodeó mis hombros y pegó de nuevo su boca a mi oreja:

—No termina todavía, Medialuna. Acaba de empezar.

—Qué interesante.

—Ajá, sí que lo es, y...

—¡Eh, tortolitos! —La voz de Leo nos interrumpió—. ¿Vais a morrearos ya o nos podemos ir a otra parte?

Y, como el que no quiere la cosa, nos cortó el rollo tajantemente. Nos limitamos a hacerle una peineta, a juntarnos con el resto del grupo y a echarnos miraditas cada dos por tres.

El resto del día pasó volando. Estuvimos paseando por Río, cenamos algo ligero en un puesto callejero y nos llevaron de vuelta a casa de Carlota. Eso sí, como siempre, en la moto de George.

Podíamos haber estado a punto de comernos los morros y todo lo demás, pero Dan seguía sin llevar a nadie de paquete.

9

¿Tú y yo solos?

Carlota y Leo se fueron a dormir (o eso dijeron ellos) bastante temprano, y yo me quedé en el salón hasta que me cansé de ver la televisión sin entender ni pío. Y eso que me esforzaba, lo juro.

Apagué las luces de la casa y me tapé los oídos al pasar por delante del dormitorio de Carlota. No quería traumas, que los psicólogos estaban muy caros últimamente. Y me encerré en mi habitación.

Sin más luz que la de la lámpara de la mesita de noche, me recosté en la cama y le contesté a John Collins. Nada importante, en realidad. Que estaba pasándomelo muy bien, que Río de Janeiro era precioso y que me iba a dormir enseguida.

John parecía decidido a no perder el contacto ni en vacaciones y en repetirme que le debía una cita. Y yo..., pues decía que sí de forma automática. No era un hombre que me hiciese perder la cabeza, pero todo el mundo se había empeñado en decir que era ideal para mí. Menos Martina, claro, que aborrecía a muerte al hijo de nuestro jefe.

Me quité los pantalones del pijama. Me quedé en bragas y con la camiseta de tirantes que usaba para dormir, que no era ni glamurosa ni bonita. O quizás lo fue en algún momento de 1990.

Suspiré sonriente al acordarme de Dan, y de repente mi móvil sonó.

¿Sería él? ¿Habría conseguido mi número de teléfono?

Encendí el aparato, nerviosa, con el corazón acelerado, pero al ver que eran las chicas me sentí tonta rematada.

Martina:

¡Anitaaa! ¿Cómo te va con el surfista macizorro?

Abril:

¡Eso digo yo! ¡Que para ser mi hermana me cuentas una mierda!

Martina:

¡Pues tú tampoco puedes hablar, querida!
¡Te estás follando al camarero desde hace mil años y parece que te has quedado sin palabras!

Ani:

Eso es porque solo usa la boca para chupársela.

Abril:

¡Ani, no seas cochina!

Martina:

¡Ja, ja, ja! Me parto, me lo
has quitado de la boca.

Abril:

¡Sois las dos unas idiotas! Ja, ja, ja.

Martina:



Ani:

No te hagas la santa, Abril, que todas
sabemos que te va la marcha lo
mismo que a nosotras.

Martina:

¿Y tú qué? ¿Te has tirado ya al
surfista de todas las posturas posibles?

Ani:

Todavía no me he acostado con él.

Abril:

Mmm... Todavía...

Martina:

¿Por qué? ¿No lo has vuelto a ver?

Ani:

Nos vemos a diario.

Martina:

¿Y, entonces, qué pasa?
¿Nos ha salido tímido el tal Dan?

Ani:

Ja, ja, ja. Ya te digo yo que
por vergüenza no es.

Abril:

Pues no lo entiendo, Ani. Si os
gustáis y ambos queréis...

Martina:

Mañana, cuando lo veas, lo arrinconas
en la pared de alguna favela y os lo montáis.

Abril:

¿O es que no quieres tener nada con él?

Ani:

Abril, estamos hablando de un tío bueno monumental. ¡Claro que quiero! Pero es que... las cosas no han salido como esperaba desde el principio.

Martina:

¿Por qué? ¡No me jodas, tiene una ETS! ¿A que sí?

Ani:

Ja, ja, ja, ¡nooo!

Abril:

Pues yo me he perdido.

Martina:

Y yo.

Sonia:

¡Y yo también! ¿De qué estáis hablando? Acabo de escuchar el teléfono sonar.

Martina:

¡Sonia, lee los mensajes anteriores, joder!

Sonia:

¡Vaaale!

Martina:

¿Ha pasado algo con él que os haya cortado el rollo?

Ani:

Ha pasado, pero ni yo misma sé lo que es. Dan empezó a evitarme después de aquel beso y esta tarde me ha pedido disculpas.

Abril:

¿Y no le has preguntado el por qué?

Ani:

Se lo he preguntado, pero no me lo ha dicho. ¡Si ni siquiera ha querido decirme de dónde es!

Abril:

¡No fastidies! ¡Es de esos!

Martina:

Eso parece.

Ani:

¿De esos? ¿Cómo que de esos?

Martina:

¡De los escapistas! Ja, ja, ja.

Abril:

De los de «si te he visto, no me acuerdo, nena»

Martina:

De los de «si te quedas preñada, a mí no me busques, porque no te voy a decir ni de dónde vengo»

Abril:

De los tíos que solo quieren un polvo.

Ani:

Si es por eso, no hay problema, porque yo tampoco voy buscando un marido.

Martina:

¡Entonces, ya sabes, mañana, cuando lo veas, saltas encima de él y le bailas la samba en horizontal!

Sonia:

¡O sea, me quedo muertaaa! ¿El sapo macizo surfista tiene una ETS?

Martina:

¡¿Quieres hacer el jodido favor de seguir leyendo los mensajes hasta el final?!

Abril:

Ja, ja, ja. Vas a tener razón, Martina. ¡Nuestra Sonia vive con una hora de retraso!

Apagué el teléfono con una sonrisa en los labios. Mis amigas eran la leche, con todas las letras,

y yo una cabrona con suerte por tenerlas en mi vida.

Dejé el teléfono móvil en la mesita de noche y apoyé la cabeza sobre la almohada, con ganas de que pasase la noche y llegase la hora de volver a ver a Dan.

Sin embargo, di un grito cuando unos golpes en mi ventana rompieron la quietud de la habitación.

¿Qué cojones? ¡Estábamos en una primera planta, era imposible que alguien estuviese fuera golpeando el cristal! A no ser que volase, claro.

La ventana volvió a sonar con insistencia y yo me levanté corriendo para ver de qué se trataba. ¿Me estaría volviendo loca o qué?

Al apartar la cortina me encontré con Dan, que sonreía como si nunca hubiese roto un plato y se apoyaba en el cristal para no perder el equilibrio.

Deslicé hacia arriba la hoja de la ventana y lo miré como si hubiese perdido todos los puñeteros tornillos de la cabeza.

—Dan, ¿qué haces?

—¿Venir a darte las buenas noches? —respondió mientras entraba en la habitación.

—¡Podías haberte partido la crisma!

—No creo, tengo experiencia.

—¿En colarte en casas ajenas?

—No, Medialuna. —Rio y miró a su alrededor, contemplando la habitación—. En subir por los árboles.

Había subido por el árbol que crecía en el pequeño jardín de Carlota! ¡Qué cabrón!

Lo observé con atención mientras miraba la cama.

Se sentó en ella.

Me coloqué delante de Dan con los brazos cruzados, pero con una irremediable sonrisa en los labios por aquella auténtica locura.

—¿Así que a darme las buenas noches?

—Ajá. —Sonrió y me miró de arriba abajo, deteniéndose en mis braguitas negras—. Antes había demasiada gente para hacerlo.

—¿Y desde cuándo te importa a ti la gente? ¿Te recuerdo lo que pasó en el bosque?

—Eso fue un impulso.

—Y lo de esta noche no, ¿verdad?

—Lo de esta noche llevo deseándolo dos semanas.

—¿En serio? ¿Llevas deseando colarte por una ventana en medio de la noche? Definitivamente, eres un tío muy raro —respondí picándolo.

Dan soltó una carcajada, me cogió por una muñeca y me arrastró hacia él, cayendo sentada sobre su regazo.

—Deseando tenerte sola para mí.

Nuestras frentes quedaron tan juntas que pude sentir su calor. Me rodeó la cintura con sus grandes manos y apretó mi pecho contra el suyo.

Se me secó la boca, estaba cachonda y nerviosa, pero no pensaba demostrarlo.

—Y ahora que me tienes para ti, ¿qué piensas hacer?

Sonrió. Solo sonrió y juntó nuestros labios a modo de respuesta. ¡Y qué respuesta, joder! Si hubiese tenido plomos estarían fundidos, si hubiera sido una central nuclear habría entrado en fusión del núcleo. Ya me entendéis, ¿no? ¡Porque era una auténtica pasada!

Respondí a su beso con todas las ganas que llevaba reservándome, enredando mis manos alrededor de su cuello, mordiéndole la boca.

Me besó el cuello y fue bajando hasta mi pecho, mientras yo jadeaba con los ojos cerrados. De repente, Dan se detuvo y me cogió la cara con ambas manos para que lo mirase a los ojos.

—Aní, tienes que saber algo.

—¿Qué?

—No puedo darte más que... esto.

—¿Con *esto* te refieres a sexo?

—Sí.

—A mí me vale, tampoco busco nada más.

Ambos sonreímos y nos volvimos a besar.

Dan, después de aquella aclaración, pareció soltarse aún más, como si se hubiese quitado un lastre de encima.

Cogió mis muñecas y giró su cuerpo para recostarme en la cama y ponerse encima, entre mis piernas.

Me inmovilizó las manos sobre la cabeza y me subió la camiseta con los dientes, desesperado, hasta que mis pechos estuvieron al aire.

—Qué ganas tenía de volver a verte, media luna —susurró, dirigiéndose a mi pequeña mancha de nacimiento.

Aquello me hizo sonreír, pero la sonrisa se me congeló en los labios cuando su boca lamió mis senos. Eché la cabeza hacia atrás y alcé las caderas, muy excitada.

—¡Dan...!

—¡Joder, te tengo tantas ganas! —Me besó con fuerza, introduciendo la lengua en mi boca y trazando círculos con sus caderas sobre mi vagina.

—Creo que tengo algún condón en mi bolso.

—Yo también llevo un par —dijo, metiéndose la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones.

Rasgó el envoltorio y se lo puso con rapidez, mientras yo le besaba el cuello. Con ojos golosos, metió un dedo en la goma de mis braguitas y me las quitó sin una pizca de paciencia, haciéndome reír.

Acarició mi vagina con una mano, frotando dos de sus dedos sobre mi clítoris y, al darse cuenta de lo lubricada que estaba, me besó desesperado.

Me penetró de un empujón y ambos gemimos sin control.

La verdad es que no duramos mucho aquella primera vez, porque la excitación que llevábamos aguantando tantos días pudo con nosotros.

Después de habernos recorrido un orgasmo brutal, Dan cayó sobre mi cuerpo, desmadejado, y yo lo abracé y apoyé la mejilla sobre su cabeza.

No tardó mucho en darse la vuelta y en tumbarse de espaldas sobre la cama, rodeándome por los hombros y pegándome a él, mientras volvía a besarme con pasión.

—¿Qué planes tienes para mañana? —susurró en mi oído, haciéndome sonreír.

—Nunca tengo planes, me limito a seguir a mi prima hacia donde me quiera arrastrar —bromeé.

—Entonces, ¿nos vemos?

—Como todos los días, a no ser que decidas desaparecer otra vez.

—No voy a desaparecer.

—Pues nos veremos, seguro. Por si no me reconoces, soy la que monta en la moto de George.

Dan sonrió y jugueteó con mi colgante de estrella de mar metálica.

—Gracias por la información. Pero me refería a... tú y yo solos.

—¿En serio?

—¿Te apetece que nos perdamos por Río sin los demás?

—Me apetece.

Nos besamos con intensidad y lo hicimos por segunda vez. Y por increíble que pudiese parecer, aquella segunda vez fue igual o más intensa que la primera.

Nada más terminar, me quedé dormida en los brazos de Dan, y no supe cuándo, pero una de las veces que abrí los ojos, él ya no estaba conmigo en la cama, ni en la habitación.

Me desperté cuando mi dormitorio volvió a estar iluminado por la luz del sol. Mis labios se curvaron mientras los recuerdos regresaban a mi mente.

O sea..., ¿qué puñetera maravilla había pasado entre nosotros?

Fue tan perfecto que incluso dudaba que no hubiera sido un sueño erótico. Me corrí como nunca, disfruté de lo lindo y Dan desnudo estaba mil veces más bueno de lo que mi calenturienta imaginación se figuró.

Me levanté de la cama como si mi cuerpo pesase la mitad y me reuní con Carlota en la cocina. Y con Leo, que desayunaba un par de piezas de fruta con la mirada perdida en la televisión.

—¡Buenos días!

—Ani, ¿te has caído de la cama? —preguntó mi prima riendo—. Qué temprano te levantas hoy.

—No tenía sueño.

—Prima, se te ven las bragas —saltó Leo al verme sin pantalones.

—Pues tápate los ojos.

Carlota rio y yo me serví café antes de sentarme alrededor de la mesa con ellos.

Estaba tan fresca y despejada que podría haberme comido el mundo de un bocado y quedarme hueco en la otra mejilla para zamparme otro planeta.

¡El buen sexo hacía maravillas!

—Qué guapa te veo hoy, Ani.

—Es verdad, ¿qué te has pinchado en la cara? ¿Bótox o algo así? —preguntó Leo, tocándome las narices.

—Que te den.

Carlota fue a hablar, sin embargo, el timbre de casa sonó y se levantó a abrir, extrañada, porque no esperábamos a nadie.

Leo y yo nos sacamos la lengua cuando nos quedamos a solas y seguimos desayunando en silencio, mientras escuchábamos a mi prima hablar con alguien.

—¡Mirad quién ha venido!

Al ver a Dan al lado de mi prima, casi me atraganté con el café. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y por qué estaba tan jodidamente guapo esa mañana?

Vestía informal, como para ir a la playa, y llevaba las gafas de sol colocadas sobre la cabeza. Nos saludó con su acostumbrada sonrisa y se sentó a mi lado como si nada. Como si unas horas atrás no se hubiese colado por mi ventana y me hubiera follado dos veces hasta que se me voltearon los ojos para atrás.

—No te esperábamos, tío —saltó Leo, palmeándole la espalda—. Pensaba que vendrías dentro de una hora, con Timothy y George.

—Hoy tengo otros planes, solo me pasaba para saludar. —Sonrió—. Y para recoger a Ani.

—¡Qué hija de puta! —saltó mi prima, abriendo los ojos como platos, mientras yo apuraba mi café y me obligaba a no reír al ver su reacción—. ¡Por eso te has levantado tan pronto! ¡Siempre tengo que despertarte yo!

—¡Qué callado os lo teníais, cabrones! Ayer no dijisteis nada —añadió Leo, mirándonos a ambos.

—Fue un plan de última hora.

—De ultimísima hora —maticé, dándole la razón a Dan.

—¡Os vais a liar! ¡Se os nota en la cara! —dijo Carlota—. ¡De hoy no pasa! ¡Vosotros dos tenéis pinta de que os vais a morrear en cuanto nos demos la vuelta!

¡Ay, Carlota, Carlota, si tú supieses...!

Dan y yo nos limitamos a sonreír y a encogernos de hombros. En poner cara de póker no nos ganaba nadie, que lo sepáis.

—¿Quieres un café? —le pregunté a Dan cuando los otros dos dejaron de flipar con nosotros.

—Me vendría bien. Anoche no dormí mucho, ¿sabes?

—Algo había oído. Me ha dicho un pajarito que tienes costumbre de andar por los árboles de madrugada.

Nos sonreímos con complicidad y me levanté para servirle café en una taza. Cuando me di la vuelta, Dan me miraba el culo.

—¿Ya no disimulas que te encanta mi culo, musculitos?

—Nunca lo he disimulado, pero si querías que lo hiciese haberte puesto pantalones.

Le puse el café delante y tomé de nuevo asiento a su lado, sonriente.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Había pensado ir a la playa.

—¿Hago unos sándwiches para comer? —pregunté.

—Vale, o podemos comprarlos si lo prefieres.

—No me cuesta nada, los preparo en cinco minutos.

—¿Tenéis pensado pasar todo el día solos u os vendréis a cenar con nosotros esta noche? —preguntó Carlota, observándonos con más interés que a un boleto ganador de lotería.

Dan y yo nos miramos otra vez, sonrientes.

—No nos esperéis —avisó con una sonrisa de oreja a oreja y sus monísimos hoyuelos en las mejillas.

Yo reí por lo bajo, porque mi prima y Leo seguían alucinando de lo lindo por el giro que acababa de dar aquella mañana.

Íbamos a ser la comidilla del grupo durante todo el día, pero me daba absolutamente igual.

Salimos de casa media hora después, cuando terminé de vestirme y de preparar los bocadillos.

La moto de Dan estaba aparcada en el jardín de Carlota. Me dirigí hacia ella mientras sonreía al ver por el rabillo del ojo a mi prima y a Leo espiándonos desde la ventana del salón.

—Deberíamos morrearnos para darles de qué hablar —saltó Dan divertido.

—¿Por qué? Que sigan sufriendo e imaginando qué puede pasar hoy con nosotros.

—No creo que vayan muy desencaminados con sus suposiciones, Medialuna. Saben muy bien lo que va a pasar hoy.

—¿Ah, sí? ¿Y qué va a pasar?

—Que vamos a ir a la playa, por supuesto. —Me siguió la broma—. O ¿qué te imaginabas? Estás hablando con un tío decente.

—Eso no lo he dudado en ningún momento.

Dan contempló mi cuerpo enfundando en un liviano vestido playero de color rosa y la sonrisa fue desapareciendo de sus labios. Y todavía lo hizo más cuando le guiñé un ojo.

—Puede que al final sí que les demos tema de conversación. —Me rodeó por la cintura y me

mordió el cuello.

—¡Monta en la moto y calla! —exclamé riendo y empujándole.

—No vamos a ir en moto.

—¿Y eso? ¿Vamos a la playa de Ipanema?

—No, el sitio al que quiero ir está a unos tres cuartos de hora de Río.

—¿Y cómo quieres que lleguemos allí? ¿A la pata coja?

—En taxi.

Entrecerré los ojos y miré su moto, sin comprender.

—¿Los caminos son empedrados?

—No.

—¿Entonces?

—Nunca monto a nadie en la moto.

¿En serio? ¿Otra vez con ese cuento?

¡Flipaba con ese tío!

—Eres un mentiroso. A mí me llevaste la otra noche.

—Fue por una causa de fuerza mayor.

—¿Qué fuerza mayor, Dan? Lo hiciste porque te dio la gana.

—Íbas borracha.

—Nos es verdad, tampoco había bebido tanto.

—¡Bueno, da igual! Vamos a pedir un taxi.

—¿Te da miedo llevar a una persona detrás?

—Los accidentes ocurren.

—¿Me estás diciendo que no vas a montarme en la moto por si tenemos un accidente?

—Sí.

—¿Y el taxi no puede tener uno?

—¡No me jodas, Medialuna! Claro que puede, pero...

—Si quieres, conduzco yo —me ofrecí—. Así podrás echarme la culpa a mí si tenemos un accidente.

—¿Sabes llevar motos?

—Sí, bueno, no puede ser tan difícil. Es darle al pedal y ya está.

—¡Al puño!

—Eso.

—Ni de coña. —Dan se negó con rotundidad y me miró como si hubiese perdido un tornillo, o una caja entera, vete tú a saber.

Solté una carcajada y tiré de su mano

—¡Venga, monta, musculitos, que era broma, no me mires así! ¡Claro que sé llevar motos, yo también tengo una! La mía no es tan grande, pero podré arreglármelas. Tú me guías desde atrás.

—Debo estar jodidamente loco —susurró para sí, como si le costase horrores aceptar lo que íbamos a hacer.

—¡Te he escuchado, que lo sepas! ¡Sube ya y deja de quejarte!

10

Un exhibicionista

Seguí las indicaciones de Dan y, después de casi cuarenta minutos conduciendo, nos adentramos en una carretera montañosa que bordeaba un empinado risco, desde el que se veía el océano. ¡Bestial!

—En la próxima curva, gira hacia la derecha y lleva cuidado. El descenso es bastante empinado —me dijo Dan al oído, mucho más relajado que al principio, rodeándome la cintura con sus brazos.

¡Eh, que yo podría ser muchas cosas, pero no era un peligro al volante! Llevaba moviéndome en moto desde los dieciocho años y era mi único medio de transporte para ir cada día al laboratorio.

Llegamos a un descampado con el suelo repleto de pedruscos y dejé que Dan aparcara la moto. Entre que pesaba una tonelada y media y que los guijarros me desequilibraban, yo era incapaz de controlarla.

Cuando le pusimos el candado y nos colgamos las mochilas, Dan cogió mi mano y me guio por un sendero hasta los topes de vegetación y plantas tropicales, por el que me habría perdido si hubiera estado sola, que me conozco. No obstante, él parecía saber por dónde se movía, porque no dudaba a la hora de girar o seguir por el siguiente sendero.

—¿Ya habías venido antes?

—Un par de veces. Vine varios días yo solo y me gustó. —Tiró de mi mano hasta que me tuvo donde quiso y me robó un beso. Al notar sus labios contra los míos, me agarré de su camiseta y me abandoné totalmente a él, a los sonidos de las hojas al mecerse con el viento, al de las aves tropicales sobre nuestras cabezas. ¡Qué puñetera pasada! ¡Cómo besaba ese hombre! Dan se separó de mí una eternidad más tarde—. ¿Por qué no te había besado todavía en lo que llevamos de mañana?

—¿Por qué estabas demasiado ocupado rezando encima de la moto para que no nos estrellásemos?

—Yo no he rezado, mentirosa.

—¡No, qué va! Vamos, tengo calor y me apetece un baño.

—Entonces, tienes suerte, vas a tener el mar para ti sola.

—¿Y tú no vas a estar? ¿El mar para mí sola?

—¡Estaré, joder que si estaré! —Me dio un beso rápido antes de continuar—. Mi intención es estar encima de ti todo el tiempo. O debajo, tampoco voy a ponerme exigente.

Entre risas, besos calenturientos y conversaciones disparatadas, llegamos a la playa unos veinte minutos más tarde. ¿Qué digo de playa? ¡A un jodido paraíso de arenas blancas y aguas turquesa solo para nosotros! Porque, aunque pareciese de lo más extraño, allí no había nadie.

—Está desierta —comenté, alucinada.

—Ya te lo dije.

—¿Cómo es posible que nadie venga aquí?

—Brasil tiene mucha costa y para llegar a esta playa hay que andar un buen tramo. La gente se ha vuelto muy cómoda.

Plantamos las toallas y las mochilas en la arena y nos quitamos la ropa, quedando en trajes de

baño.

Corrimos hacia el agua y estuvimos un buen rato nadando y jugueteando en ella.

Dan me cogió en peso y me abrazó cuando me tuvo a su lado. Lo rodeé por el cuello y le lamí los labios, haciéndolo reír.

—No juegues con fuego, Medialuna.

—¿Es una amenaza?

—Una advertencia, más bien.

Le volví a lamer los labios. Sí, quería quemarme, lo sé.

Pegó su boca a la mía y me dio un beso tan necesitado y caliente que me desinflé entre sus brazos y lo rodeé con mis piernas, olvidándome de todo lo que no tuviese que ver con él.

Lo que empezaron siendo unos besos morbosos y calientes se convirtió en algo mucho más intenso.

Dan, conmigo en brazos, salió del agua y nos tumbó sobre nuestras toallas.

Se colocó entre mis piernas y besó mi cuello y mis pechos, apartando la tela del bikini, mientras que con una de sus manos acariciaba mi vagina.

—Eres preciosa, Ani —susurró, subiendo de nuevo hacia mis labios—. Eres lo más bonito que he visto nunca, joder.

No pude contestar, no cuando tenía la mano de Dan acariciándome entre las piernas. Así que lo besé, lo besé con una pasión que hasta a mí me pilló por sorpresa. Le mordí los labios, tiré de ellos y me estremecí cuando lo escuché gemir.

Su boca abandonó la mía y quise protestar, sin embargo, al darme cuenta de que una vez llegado a mi ombligo seguía bajando, sonreí expectante.

Y fue una puñetera bomba.

Dan lamíó mi sexo, excitándome el clítoris con su lengua y sus dedos. ¿Cómo pensar en aquel momento?

—¡Dan, sí, Dan...! —gemí sin control. Si en mi vida había tenido experiencias flipantes, esa se llevaba la palma.

Dan se incorporó y alargó el brazo hasta que metió la mano en su mochila. Sacó un condón y se lo puso en un santiamén, para luego llenarme por completo con su polla.

Embistió lento y luego rápido, mientras nos comíamos a besos y nuestros cuerpos sudorosos resbalaban el uno contra el otro.

Al terminar, se dejó caer a mi lado, con la respiración agitada y ojos soñolientos. Estuvimos un buen rato tumbados, cuerpo contra cuerpo, dormitando, hasta que nos entró hambre.

—¿De qué quieres el sándwich? ¿Pollo o atún? —pregunté mientras rebuscaba en mi mochila.

—¿Es lo que tenemos para comer?

—También puedes comer arena, tú eliges —respondí, lanzándole uno de los sándwiches, el cual cogió al vuelo. Dan le dio un bocado y me miró sonriente, como si quisiese decir algo y no supiese si hacerlo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿De verdad? ¿Ahora te da vergüenza decirme lo que piensas?

—Estaba pensando que como cocinera no tienes futuro. El próximo día haré yo de comer.

—¡Serás idiota! —exclamé riendo, y le lancé un trocito de pan al pecho—. Tendría que haberte rellenado el sándwich con comida de perro, por chulo.

—No me gusta el atún.

—¿Quieres el mío de pollo? —Le tendí mi bocadillo y él aceptó el cambio—. Podías

habérmelo dicho. Te hubiese preparado otra cosa.

—Mañana te invito a comer a algún restaurante de por aquí. ¿Dónde te gustaría ir?

—Me apetece sushi, llevo bastante tiempo sin probarlo.

—Pues comeremos sushi —asintió con una sonrisa en los labios—. Pero sin atún.

—Qué raro eres, el atún le gusta a todo el mundo.

—Después de haber vivido durante más de diez años pescándolo en el Atlántico, comprenderás que lo aborrezca.

—¡Cállate, joder! —Solté una carcajada y lo empujé—. Definitivamente, prefiero la historia de la mafia.

Dan alargó los brazos y me arrastró hasta él. Me dio un suave beso en los labios y miró al mar, sin que la sonrisa desapareciese de sus labios.

—¿Crees que vendrá alguien?

—¿A la playa? —preguntó—. Es posible. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Porque estamos en pelotas!

—¿Nunca has hecho nudismo?

—¡No, y como me digas que, aparte de pescador de atunes y explorador del Amazonas, eres nudista profesional, te muerdo!

Dan se echó a reír y se dejó caer hacia atrás, tumbándose en la toalla con la cabeza apoyada sobre los brazos.

—¿Y si te dijera que soy exhibicionista?

—¡Eres la hostia, tío! —respondí sin parar de reír.

Me cogió de una mano y me acercó a él, tanto que nuestras bocas se rozaron. Frotó su nariz contra la mía y la besó.

—Tú sí que eres la hostia, Ani, Eres una jodida explosión de energía.

Pasamos el resto de la tarde en aquella pequeña playa, en la que solo estuvimos nosotros dos. Jugamos, reímos, hablamos de cosas sin importancia y volvimos a hacer el amor.

Cuando regresamos a donde estaba la moto, Dan me dejó volver a conducirla hasta Río.

Llegué a casa de Carlota cuando se empezaba a hacer de noche y encontré a mi prima y a Leo sentados en el sofá del salón viendo la televisión.

Ellos nunca lo reconocerían, pero parecían una de esas parejas de toda la vida, sí, de esas que planeaban comprarse una casa, un perro y un cactus para plantar en el jardín trasero. De los que siempre van juntos hasta al cuarto de baño.

Como no se dieron cuenta de que estaba observándolos, me apoyé en la pared y me quedé en silencio, hasta que Carlota giró la cabeza cuando percibió un movimiento y pegó un grito al descubrirme.

—¡Coño, Ani! ¿Cuándo has vuelto?

—Hace un rato. —Fui hacia ellos y le guiñé un ojo a Leo—. Primo, no sé tú, pero a mí me da la sensación de que te has mudado definitivamente.

—Me he traído los calzones y hasta la crema de los hongos para los pies.

—¡Puaj, demasiada información!

Él se echó a reír y yo le hice una peineta, divertida. ¡Joder, es que cada día me gustaba más para Carlota!

Mi prima me miró de arriba abajo y sonrió de esa forma que solo ella sabía. Sí, de esa en la que no hace falta hablar para decirte que lo sabe todo, que se me notaba en la cara que tenía una sonrisa de recién follada.

—¿Qué tal el día con Dan?

—Bien. —Me hice la remolona, y se me dio muy bien, que lo sepáis, porque Carlota saltó del sofá y me cogió de la mano, tirando de mí hasta las escaleras que llevaban al piso superior. ¡Qué poca paciencia tenía esta prima mía!

—¡Eh! ¿Dónde vais? —preguntó Leo al darse cuenta de que se quedaba sin las noticias jugosas.

—Me llevo a Ani un momento arriba, tenemos que hablar.

—¡Yo también quiero hablar!

—¡Tú te quedas aquí! ¡Deja a Carlota respirar un rato, lapa! ¡Si quieres curiosear sobre lo que ha pasado, pregúntale a tu amigo Dan!

Le sonreí y me di media vuelta. Como no lo hiciese, me iba a comer alguna pared, porque la desesperada de mi prima no dejaba de tirar de mi brazo. Y no dejó de hacerlo hasta que estuvimos en el cuarto de baño encerradas, no os vayáis a pensar. Que, a Carlota, cuando quería algo, ni una guerra la frenaba.

Se puso en medio de la puerta, para asegurarse de que no me escapaba y se cruzó de brazos, mirándome a conciencia, como si tuviese rayos láser de esos chungos.

—¡Ya me estás contando! ¿Qué habéis hecho? ¿Dónde habéis ido? ¿Cuántas veces te lo has tirado?

—¿Y lo quieres todo a la vez? —le pregunté riéndome de sus ansias de señora maruja.

—¡Sí! ¡Digo, no, una cosa tras otra! —Chasqueó la lengua, dándose cuenta de que la estaba liando—. ¡Cuenta ya!

—No sé dónde hemos ido. Era una playa, pero no me preguntes en qué sitio, porque estaba perdida al fondo de un bosque.

—¿Una playa bonita?

—Una puta maravilla de playa, Carlota. Estábamos solos, no había ni un alma allí.

—¡Qué ideal, joder! ¡A ver si aprende Leo! —Me pegó con suavidad en el hombro—. Sigue, ¿y qué más?

—Nos hemos bañado, hemos comido, hemos hablado...

—¿Hablado? ¿Te vas a pasar el día con Dan y solo habéis hablado, cuando en el bosque casi folláis delante de nosotros?

—¡No he dicho que solo hayamos hecho eso, idiota!

—¿Ha habido sexo?

—Sí.

—¿Cuánto de sexo?

—¿En serio? ¿Cuánto sexo tienes tú con Leo?

—Mucho y muy bueno, por cierto. ¡Y ahora te toca a ti!

Sonreí al ver la expectación en la cara de mi prima y me encogí de hombros.

—Hacerlo con Dan es una jodida ¡ma-ra-vi-lla!

—¡Lo sabía, todos lo sabíamos! —gritó saltando y aplaudiendo—. ¡Mierda, Ani, si es que se os notaba en la cara las ganas que os teníais! ¡La tensión sexual que hay entre vosotros es brutal!

Pues sí, en eso tenía razón, y cuando alguien tiene razón, se le da y punto.

—Y ahora, señora maruja, si ya has terminado de hacerme el tercer grado, te agradecería que me dejases un poco de privacidad para darme una ducha. Tengo un hambre canina.

—Follar es lo que tiene, querida. Abre el apetito.

—¡Vete ya, Carlota!

—¡Lo que van a dar de sí estas vacaciones de Navidad, Anita!

—¡Que te den! —respondí sin dejar de reír, cerrándole la puerta del aseo en las mismísimas narices.

Después de la ducha, fui a la cocina para prepararme algo de cena, porque Carlota y Leo lo hicieron antes de que yo llegase.

Me senté en una de las sillas y comí evitando las miraditas cabronas de Leo. Sí, esas que significaban que ya lo sabía todo porque mi prima había cantado como un pajarito.

Estuvimos viendo la televisión un rato, hablando de cosas sin importancia y metiéndonos los unos con los otros, que era nuestro recién estrenado pasatiempo favorito. Y más con Leo, que le gustaba una discusión más que a un niño un caramelo.

A las doce de la noche, dándome cuenta de que se me cerraban los ojos, me despedí de ellos y fui hacia mi habitación.

Había sido un día muy completito. Uno para repetir con mucha frecuencia, pero estaba muerta. No sé qué tiene la playa que uno llega a su casa como si le hubiesen dado una paliza. Así que, cuando vi la puerta de mi habitación, casi volé hacia ella pensando en lo blandita que era la cama. Y en dejar la ventana abierta por si a cierto surfista le daba por escalar árboles de madrugada.

Sin embargo, no hizo falta que lo hiciese, porque cuando miré hacia mi cama, Dan ya estaba tumbado en ella esperándome.

Tenía la cabeza apoyada sobre los antebrazos, los pies cruzados y una sonrisa cabrona de las que siempre sacaba cuando hacía algo inesperado.

—Musculitos, esto es allanamiento de morada —dije, mientras me acercaba haciéndome la interesante.

—Arréstame, no voy a oponer resistencia.

—Qué morro tienes, chaval.

Alargó la mano y cogió la mía, tirando de ella para que me tumbase en la cama.

Nada más hacerlo, nos besamos con esas ganas que nunca parecían desaparecer y que nos catapultaban a una ansiedad y un deseo jodidamente impresionante.

—No quería que te durmieses sin mis buenas noches.

—Podrías haber entrado por la puerta, como cualquier persona normal. Para eso se colocan en las casas, ¿lo sabías?

—Así es más divertido.

—Y tienes más posibilidades de partirte la crisma.

—Es un riesgo que vale la pena correr.

—¿Acabarás mudándote aquí como Leo?

Dan rio y jugueteó con mi colgante de la estrella de mar. Siempre lo hacía y a mí me encantaba.

—Ya te gustaría, princesita, pero no. No quiero dejar solo a George. Los demás han volado del hotel.

—George es el tío más serio que he conocido nunca.

—No, qué va, lo que pasa que no está pasando por un buen momento. Lo dejó con su novia hace unos meses y está jodido.

—¿Por eso va tan rápido con la moto?

—A veces, está tan metido en sus mierdas que se le olvida que puede ocurrir una desgracia.

—Siempre te pones delante de nosotros cuando vamos en moto.

—No quiero que os pase nada. Los accidentes en moto son los más peligrosos.

Dan se tomaba muy en serio el tema de la seguridad vial, hasta el punto de no querer llevar a nadie a su cargo cuando conducía. La verdad, lo veía un poco bastante excesivo, pero cada uno teníamos nuestras manías, ¿no?

—¿Las motos son vuestras o las habéis alquilado?

—Nuestras. Las trajimos en el mismo avión con el que vinimos a Brasil.

—¿Desde Inglaterra? —pregunté a modo de prueba, a ver si de una puta vez aceptaba que era inglés.

—No, ¿qué dices? Desde Uganda, donde los miembros de nuestra tribu nos ayudaron a transportarlas en los bueyes hasta el aeropuerto.

Yo no reí, sino que lo miré un poco desencantada.

—¿Por qué no me dices de dónde eres, Dan? No voy a ir a buscarte, ni nada de eso. Ambos sabemos que lo nuestro es un rollo de verano, o Navidad, ¡lo que sea! No veo nada malo en saber de dónde viene el otro. Nada de temas personales, es solo... tu procedencia. —Al ver que se quedaba callado, sonreí—. ¿Tú no tienes curiosidad por saber de dónde soy?

—No —respondió categóricamente—. No, Ani, hazme caso, es mejor así.

Se creó un silencio algo incómodo entre ambos, pero no me enfadé, ni mucho menos, desde el principio Dan me avisó de que no era una persona fácil. Yo había aceptado seguir conociéndolo de todas formas y ahora me tocaba joderme e ignorar la curiosidad, la cual cada vez era más fuerte. Cosas del ser humano, ¿verdad? Basta con que te nieguen algo para que queramos saberlo por todos los medios.

Habría sido fácil preguntarle a Leo o a Timothy, pero tenía la firme intención de respetar la decisión de Dan.

Su mano jugueteando con mi collar me sacó de aquel bucle de pensamientos. Él cogió mi barbilla y me subió la cara para que lo mirase a los ojos.

—¿Estás bien? Te has quedado muy callada.

—Estoy bien, no te preocupes. Y me lo he pasado muy bien hoy.

—Yo también.

—Pues claro que te lo has pasado bien, musculitos. Conmigo nadie se aburre. Soy la mejor compañía que vas a tener nunca.

Dan soltó una carcajada y me dio un mordisco en el cuello, haciéndome reír a su vez. Peleé contra él intentando llegar hasta su cuello y devolverle el bocado, pero, entre que Dan era más fuerte y que me estaba partiendo de la risa, no pude conseguir nada más que una posición ventajosa sobre él.

Acercó sus labios y me dio un beso tan increíble que se me quitaron las ganas de seguir jugando. Mi cuerpo se aflojó y respondí con entusiasmo, un montonazo de entusiasmo.

Nos frotamos el uno contra el otro, nos acariciamos con desesperación y acabamos arrancándonos la ropa entre gemidos y susurros. Metí la mano en el cajón de mi mesita de noche para coger un condón. Lo abrí con cuidado, mientras seguía tocándome, y se lo puse.

Al estar yo encima, me moví sobre él llevando el ritmo de las penetraciones, viendo cómo Dan se deshacía bajo mi cuerpo, besándonos, mordiéndonos, gimiendo contra los labios del otro.

El orgasmo fue tan brutal como siempre y, cuando las fuerzas me abandonaron, me dejé caer sobre él por unos segundos, hasta que los latidos de mi corazón se normalizaron.

No recuerdo haber dormido tan profundo nunca. Saber que Dan estaba junto a mí era flipante. Sin embargo, ya de madrugada, lo noté moverse a mi lado. Su cuerpo se agitaba, balbuceaba cosas sin sentido y su respiración se aceleró.

Antes de que pudiese despertarlo, él pegó un grito y saltó del colchón, quedando sentado con las manos en la cabeza y los ojos cerrados muy fuerte.

—Dan, tranquilo, ha sido una pesadilla.

Se levantó de la cama, cogió su ropa y comenzó a vestirse con rapidez.

—Dan, ¿qué haces? ¿Qué pasa?

—Tengo que irme.

—¿Por qué? ¿Es... por la pesadilla? ¿Por...?

—¡Por nada, Ani! ¡Tengo que irme!

Tragué saliva y lo vi abrir la ventana y salir por ella, apoyándose en el árbol del jardín.

Cuando me quedé sola, me pasé una mano por la cabeza y me quedé pensativa.

Definitivamente, algo jodido le pasaba a Dan.

Lo mismo era divertido, sensual y gamberro que desaparecía una semana. Su actitud era errática y se largaba en mitad de la noche, como si le fuese la vida en ello, tras una simple pesadilla.

11

Misión abortada

Si dijera que, tras la huida de Dan, pude volver a coger el sueño como si nada, mentiría mucho y muy fuerte, porque la verdad era que estuve casi hasta el amanecer intentando encontrar una explicación a su marcha.

Pero, claro, ¿qué explicación iba a encontrar si no sabía nada de su vida? Lo único que me había confirmado hasta la fecha era su nombre y que la moto era suya. Así que iba apañada.

A las ocho, ya estaba en pie y vestida, por lo que bajé a la cocina, donde ya se escuchaba el sonido de las tazas y el borboteo de la cafetera en el fuego.

—Buenos días.

—Prima, el sexo te está haciendo madrugadora.

—Y a ti idiota —añadí, guiñándole un ojo mientras él reía y le palmeaba en el culo a Carlota.

—¿Os ayudo?

—No, da igual, tú coge fuerzas para el día de hoy —dijo ella muy sonriente.

—¿Qué pasa hoy? ¿No me iréis a subir otra vez a un jodido teleférico?

—¡No, tonta! Vamos a hacer un *trekking* hasta el morro Dois Irmãos.

—¿Y eso dónde está?

—Cerca. Seguro que habrás visto la montaña desde la playa de Ipanema.

Me serví café en una taza y tomé asiento al mismo tiempo que lo hacían ellos.

Bebí un buen trago y me sentí revivir de nuevo. La falta de sueño y las vueltas de mi cabeza por lo de Dan me tenían medio muerta.

—¿Comeremos allí?

—En un paraje cercano —añadió mi prima, echándole tonelada y media de azúcar a su café—. Por cierto, he pensado preguntarles a los chicos si les apetecería pasar la Nochebuena en casa.

—Seguro que quieren —respondió Leo de inmediato—. Teníamos intención de ir a algún japonés a cenar los cuatro, pero tu plan es jodidamente mejor.

—Es una idea genial —añadí sonriente.

—Pues mañana toca ir al mercado a comprar y adelantar cosas. Quedan solo cuatro días para Nochebuena, y, no es por nada, cariño, pero coméis como mulas.

Terminamos de desayunar y, mientras Carlota y Leo se vestían y preparaban para el *trekking*, yo me encargué de recoger la mesa y fregar las tazas.

El timbre de casa sonó y, cuando abrí la puerta, me encontré con Timothy, George y Dan, que acababan de aparcar sus motos en el jardín.

Dan y yo nos sonreímos y, cuando pasó por mi lado, me dio un beso fugaz en los labios que me supo a demasiado poco. Pero tampoco quisimos abusar, y menos en aquel momento, pues sabía que George estaba jodido por un desamor. Ya tendríamos tiempo de morrearnos y toquetearnos.

—Pasad, los tortolitos se están terminando de vestir.

Los acompañé hasta el salón y, cuando tomaron asiento, me disculpé con ellos y seguí ordenando la cocina, que, aunque ganas tenía pocas, era lo que tocaba.

Mientras guardaba los platos en la alacena, sentí unas manos rodeando mi cintura y unos

labios mullidos y sensuales besando mi cuello.

Suspiré y apoyé la cabeza sobre su hombro. Aquello era el paraíso.

—Buenos días, Medialuna.

—¿Cómo te encuentras?

—Lo de anoche no fue nada.

—¿Nada? —Me giré para encararlo con algo más de seriedad.

—Estoy acostumbrado, me sucede muy a menudo. No es nada —repitió.

—Pues yo me llevé un buen susto.

Dan se acercó lento, me besó en la frente.

Y yo me derretí.

¡Por todo el chocolate belga! ¿Cómo podían ser sus besos en la frente tan íntimos y... perfectos?

—La próxima vez, no te asustes. Llevo mucho tiempo sin dormir bien.

Vale. Eso de «la próxima vez» me gustó, porque quería decir que pensaba volver a pasar las noches conmigo, no obstante, que llevase mucho tiempo sin dormir bien... era una puta mierda.

Cada vez estaba más segura de que le ocurría algo muy jodido. Algo que yo no sabía y que no sabría nunca, porque él no estaba por la labor de contármelo.

Carlota y Leo no tardaron mucho en terminar de vestirse, y menos mal, porque cuando aquellos dos se metían en una habitación había peligro de que se les olvidase salir. Ya me entendéis.

Los chicos se montaron en sus motos, mi prima con Leo, y yo fui hacia la de George. Sin embargo, Dan me cogió de la mano y tiró hacia él.

—¿Montas conmigo?

Aquella pregunta, al parecer, fue igual de inesperada para mí que para los demás, que se quedaron mirando a Dan como si sus oídos les hubiesen engañado. Tanto Leo, como George y Timothy se olvidaron de parpadear.

—¿Quieres que Ani monte contigo? —saltó Leo, mirándolo como si le hubiesen salido dos cabezas.

—¿Estás seguro? —añadió George igual de flipado que el primero.

Él les sonrió, tranquilizándolos.

Pero, tranquilizándolos... ¿de qué? Era una mierda no saber qué cojones pasaba con el tío al que me tiraba.

—Sí, estoy seguro. Ani conduce bien.

—Ani tiene moto desde los dieciocho —lo secundó Carlota.

Timothy soltó una carcajada.

—¿Vas a ir tú de paquete?

—Sí, ¿qué pasa? Bueno, solo si ella quiere conducir.

—Sí que quiero.

¿Montar con Dan? ¡Claro que quería! ¡Hasta haciendo el pino si hacía falta!

Leo sonrió de oreja a oreja y miró a George en silencio. Esos estaban hablando sin palabras, a mí no me engañaban. Lo de las miraditas lo había hecho yo con mis amigas miles de veces. Teníamos una mirada para cada ocasión, y esos dos, al parecer, también.

Con los cascos puestos y con Dan agarrado de mi cintura, seguí a los chicos hacia las montañas donde Carlota había planeado el *trekking*.

Dejamos las motos en un aparcamiento de gravilla y nos colgamos las mochilas en la espalda. Cuando nos adentramos en el sendero, tuve que admitir que no era especialmente bonito, pero las vistas, cuando llegásemos arriba, tenían pinta de valer la pena.

Dan y yo nos quedamos un poco rezagados del resto del grupo, bromeando y besándonos, mientras los otros seguían sacándonos ventaja.

—Desde aquí se ve el barrio de Carlota. —Señaló hacia el horizonte y me mordió el cuello, haciéndome reír, excitándose con su lengua en mi piel—. Y también se ve el árbol que crece al lado de tu ventana.

Con disimulo, metió una de sus manos por la goma de mis pantalones deportivos y me rozó la piel de mi monte de venus.

—Dan, ¿qué haces? —pregunté con la excitación creciendo en mi bajo vientre. Me estaba poniendo supercaliente.

—Te estoy tocando.

—Eso ya lo sé, pero... —Jadeé al sentir uno de sus dedos en mi clitoris—. ¿Y si nos ven?

—Están a más de cincuenta metros de nosotros, no nos ven —susurró en mi oído—. Y yo llevo cachondo desde que montaste delante de mí en la moto.

Reí y giré la cabeza para mirarlo a los ojos, sin embargo, él aprovechó para acercar sus labios y besarme con glotonería, eso sí, sin dejar de mover sus dedos dentro de mi sexo.

Me agarré a él con fuerza y respondí al beso dándole cuenta de que las rodillas me temblaban. Mi cuerpo entero se rendía a él.

—Joder, Ani, no tendríamos que haber venido —susurró sobre mis labios con necesidad—. Deberíamos habernos ido solos otra vez.

—¿A nuestra playa?

—Sí. Estaríamos tumbados sobre la arena, desnudos, mientras lo hacemos sin parar.

—Suenan bien.

—Suenan de puta madre.

—¿Y si nos perdemos media hora por un sendero de estos?

—Tengo la hostia de ganas, vamos —dijo, tirando de mí y desandando el camino que ya habíamos subido.

No obstante, nuestra huida duró poco, por desgracia.

—¡Eh, Dan, Ani! ¿Adónde vais?

La voz de Timothy nos hizo frenar en seco. El amigo de Dan corría hacia nosotros sin dejar de sonreír, mientras los demás acababan de frenar y también nos miraban.

—Misión abortada. —Suspiré, dándole cuenta de que volvíamos a nuestro plan inicial—. Bueno, siempre nos quedará la noche.

—Y una mierda. En cuanto subamos a la montaña esa, tú y yo nos vamos de aquí solos.

—Te tomo la palabra.

Dan me dio otro beso y, sin más remedio, nos giramos hacia Timothy, que venía en nuestra dirección con una cámara de fotos entre las manos.

—¡Solo faltáis vosotros! ¡Sonreíd!

—¿En serio, Timothy? ¿Todavía existen cámaras de esas? ¿Es que no tienes móvil?

—¡Cállate, Ani, sonríe!

Dan me rodeó por los hombros y pegó su mejilla a la mía, sonriendo, así que, aunque no me gustasen las fotos, porque siempre salía con los ojos cerrados, lo imité y curvé la boca.

Al terminar, Timothy miró la foto en la pequeña pantalla digital y se guardó la cámara en el bolsillo.

—¿Adónde ibais?

—Nos estábamos escapando —respondí con total sinceridad, haciendo reír a Dan.

—Huyendo, más bien —remató él.

—Muy graciosos los dos. —Señaló al resto del grupo—. ¿Vamos?

—Qué remedio.

Después de que Dan me metiese mano, yo ya no podía ni pensar. Mi cabeza solo veía imágenes de ambos desnudos y sudorosos follando en la playa.

Imaginaba todas las cosas que iba a hacerle cuando lo tuviese solo para mí. Lo lamería, le mordería los labios, ¡me lo comería enterito! ¡Iba a chupar cada uno de sus tres millones de músculos!

—¡No me jodas, Leo! ¡Eres un imbécil! —Los gritos de Carlota nos hicieron frenar de repente. Mi prima empujó a su chico tan enfadada que ninguno de los presentes supimos cómo actuar—. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que aquí te quedas!

—¡Pues me parece jodidamente bien! ¡Estás chalada, tía!

—¡Me alegro de que piensas eso, porque no vas a volver a verme en tu puta vida! ¿Me oyes?

—Entonces, ¡voy a tener una suerte de la hostia!

Carlota dio media vuelta y echó a andar hacia abajo, donde Dan y yo nos encontrábamos, seguida por Leo, que parecía tan enfadado como ella.

—Carlota, ¿qué pasa? —le pregunté cuando la tuve enfrente.

—¡Que se acabó! ¡Que nos largamos de aquí!

—¡Claro que nos vamos de aquí! —saltó el otro, furioso, pasando por nuestro lado sin detenerse—. ¡Te llevo a tu casa y allí te vas a quedar!

—¡Tú estás flipando si crees que voy a montar en la moto contigo, gilipollas!

—¡Pues te vas andando!

Dan y yo nos miramos tan confusos como lo estaban los demás.

—George, ¿qué ha pasado?

—No sé, tío. Han empezado de repente.

Seguimos a Carlota y a Leo, que parecían haber metido el turbo de una manera que ni los coches de la fórmula uno los pillaban.

Cuando llegamos al aparcamiento donde estaban las motos, Leo se montó en la suya, arrancó y se largó derrapando sin esperar a nadie. Carlota lo observó alejarse con los ojos entrecerrados y se cruzó de brazos.

—¡Es un imbécil! —Se volvió hacia George—. ¿Me llevas de vuelta a casa, por favor?

Dan y yo nos pusimos el casco cuando George y Carlota ya iban en marcha. No sabíamos qué cojones acababa de pasar, pero parecía grave.

Dan arrancó la moto, sin dejar de mirar hacia la carretera, intentando localizar la de Leo, pero había desaparecido.

—Monta detrás, Medialuna, conduzco yo.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

—Tengo que alcanzar a Leo cuanto antes. Porque, conociéndolo, no va a regresar al hotel hasta que se le pase el enfado. Y no sé cuándo será eso. No es seguro conducir estando tan enfadado.

—¿Qué mierda habrá pasado? —pregunté mientras me acomodaba detrás de él y lo rodeaba por la cintura.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo ahora mismo.

Cuando Dan me dejó en casa, encontré a Carlota sentada en el sofá tan recta, quieta, y con los morros tan apretados que parecía hecha de cera. Pero de cera en plan bien, no como esos muñecos feos y deformes que exponen en los museos y que dan más miedo que las facturas de la luz en pleno invierno. Mi prima estaba enfadada como una mona, pero guapa.

Me senté en el sofá con ella y nos quedamos en silencio las dos. Yo porque no sabía cómo preguntarle sin que se enfadase más, y ella porque no le daba la gana abrir la boca.

—¿Tienes hambre? —No me preguntéis por qué, pero fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Hambre? —Me miró de repente y resopló—. ¡¿Hambre?! ¡¿Tú puedes creerte que el cabrón de Leo se haya largado de esa forma en vez de intentar arreglar las cosas conmigo?! ¡Es que los tíos son unos gilipollas, no hay excepción ninguna!

¡Y todo eso sin preguntar! ¡Estaba hecha una *crack*!

—Voy a hacer café y me lo cuentas bien —dije, levantándome y haciéndole señas con las manos para que se calmase.

—¡Es que es flipante, un jodido... imbécil! ¡No sé en qué estaba pensando para liarme con él! ¡Es que le retorcería el cuello!

—Para ti uno descafeinado —sentencié.

No tardé más de tres minutos en regresar al salón, y cuando lo hice, la rabia desbordante de Carlota se había convertido en llanto.

Se tapó la cara con ambas manos y sorbió por la nariz, sin dejar de llorar a moco tendido.

—¡Ay, Ani...! ¡Estoy jodida, creo que me he enamorado de él!

Casi se me cayó el café de las manos.

—Os conocéis menos de tres semanas.

—Eso da igual, lo quiero. —Me miró con los ojos llenos de lágrimas—. Lo nuestro es muy intenso, parece que lo conozco toda la vida.

—Pero, a ver... ¿Me puedes contar qué ha pasado y por qué os habéis peleado?

—¡Si es que ha sido una tontería, una jodida gilipollez! Estábamos hablando tan tranquilamente, ha salido el tema de los exnovios y exnovias..., nos hemos ido calentando y, ¡bum! ¡A tomar por el culo!

—¿Os habéis peleado por celos de vuestros ex? ¡Yo alucino, Carlota!

—¡Nos hemos dicho de todo!

—No, si ya... Yo también estaba delante.

—¡Le he dicho que no quería volver a saber de él, cuando no es verdad! ¡Y ahora no lo voy a ver más, porque soy una bocazas! ¡Y lo quiero!

—Bebe café, anda. —Le di la taza y ella tomó un sorbo a la vez que hipaba—. ¿Y qué vas a hacer?

—Pues ¿qué quieres que haga? Lo que se hace en estos casos, Ani. Salir a emborracharme para no sentirme tan culpable.

—Bueno, tú tranquilízate y esta noche nos vamos a dar una vuelta por Río y tomarnos un par de copas.

—Un par, no. Muchas.

—Tres cócteles y a dormir, que no es la primera vez que salgo contigo y me conozco tus resacas.

Estaba en mi habitación decidiendo qué ropa iba a ponerme esa noche para salir con Carlota y recordando la tarde de mierda que había pasado sin parar de llorar por Leo. ¡Con lo fácil que era llamar por teléfono y aclarar las cosas! Sin embargo, estaba comprobado casi científicamente

que, cuando una persona se enamora, pierde la capacidad de pensar como un adulto hecho y derecho. Y así estaba mi prima, enfurruñada y llorando por los rincones. Miedo me daba esa noche, que me la veía venir.

Después de dudar con dos vestidos, me decidí por el más largo y con el que más margen de movimiento tenía, que luego me iba a tocar llevarme a Carlota casi en brazos y no quería ir enseñándolo todo.

Me senté en la cama para ponerme los tacones y escuché el sonido de mi teléfono móvil. Cuando lo desbloquéé, vi que era el chat de mis amigas.

Abril:

¿Qué le pasa a la prima?

Ani:

¡Coño, Abril! ¿Cómo lo sabes?

Abril:

Tendrías que ver sus estados de Facebook. Dan un poco de vergüenza ajena.

Ani:

Se ha peleado con Leo.

Martina:

¿Y lo ha puesto en Facebook?
¡Ja, ja, ja! ¡Eso es ser muy ridícula!
Tenéis que hacerle capturas de pantalla y enseñármelas.

Abril:

¡Mira que eres hija de puta!

Ani:

Martina, no te pases,
que lo está pasando mal.

Sonia:

¡No seas cabrona! ¡Eso no se hace!

Martina:

¡Vaaaaaaale! ¡Joder, si lo sé no digo nada!

Ani:

A mí me ha dicho que
está enamorada de él.

Abril:

¡Flipo! Le ha dado fuerte con
el motorista ese, ¿no?

Martina:

Con lo fácil que es follar
sin compromisos...

Sonia:

¡Y lo dice Martina, la que lleva
saliendo casi quince años con el
primer tío con el que se acostó!

Martina:



Abril:

¿Y qué vas a hacer para
animarla, Ani?

Ani:

No ha hecho falta que hiciera nada,
Carlota sola nos ha buscado
plan para esta noche.

Martina:

¡Eso suena a borrachera
de aquí a Lima!

Ani:

Porque es lo que quiere hacer.

Abril:

Un clásico. Las borracheras
post-relación son necesarias.
Eso lo sabe todo el mundo.

Ani:

Si yo no digo que no, pero voy a
estar sola para levantar a una tía
borracha y con el rímel corrido en
plan mapache. Veremos a ver cómo
llegamos esta noche a casa.

Martina:

Ja, ja, ja, ¡qué marrón!

Abril:

Ya te digo.

Ani:
Pues sí.

Sonia:
Y cambiando de tema, ¿tú
cómo vas con el sapo surfista?

Martina:
¡Eso digo yo! ¿Mucho mambo?

Ani:
Lo primero: Dan no es un sapo.
Y lo segundo: ¿qué coño os
importa si hay mambo o no?

Abril:
¡Habló mi hermana, la señora digna!

Martina:
¡Si no quiere decir nada, es
porque follan como conejos!

Sonia:
¡Y sí que es un sapo! ¡Tu príncipe
es John Collins! ¡Qué hombre!

Martina:
Y dale. ¡Ese es tonto!

Abril:
John es guapo, no podemos
decir lo contrario, Martina.

Martina:
Pfff... Lo tengo aborrecido. Será
porque es mi jefe y lo veo todos
los días en el laboratorio. Y
anda igual de recto que si tuviese
un palo metido desde
el culo a la garganta.

Ani:
Ja, ja, ja. Mira que eres bestia.

Martina:
Pero tengo razón, y lo sabes.

La noche con Carlota fue más o menos como yo imaginaba. Mucho alcohol, mucho llanto y mucho arrepentimiento.

Fuimos a una discoteca frente al paseo marítimo de Río y, nada más poner el primer pie dentro, ya tenía un vaso en la mano.

Nos dio tiempo a hacer de todo, las dos horas que mi prima aguantó sin desplomarse al suelo totalmente borracha: bebimos, la escuché llorar a moco tendido, bebimos, bailamos salsa con dos tíos a los que les dimos pisotones a mansalva, bebimos, Carlota volvió a llorar, y volvimos a beber, como los peces en el río, nunca mejor dicho, por localización y fechas.

A las tres de la madrugada, regresamos a casa haciendo eses por las calles. Bueno, más bien las eses la hacía yo, porque con Carlota a cuestas y el alcohol, no se podía hacer milagros. Bastante milagroso me pareció que llegásemos sin rompernos nada.

Metí a Carlota en su cama y le quité los zapatos. Tal y como supuse, estaba hecha un cuadro. La ropa sucia de haberse caído al suelo media docena de veces, el maquillaje completamente corrido y los ojos rojos e hinchados por el llanto.

—Gracias, Ani —dijo nada más apoyar la cabeza sobre la almohada.

—De nada.

—Eres una prima de puta madre. Sabes que te quiero, ¿no?

—Y yo a ti —respondí con una media sonrisa, porque siempre que bebía se ponía muy cariñosa.

—Te quiero la hostia de fuerte. ¡Mucho, mucho, mucho...! Eres la mejor prima-amiga... ¡Y te quiero!

—Me lo acabas de decir.

—¿Tú me quieres?

—Claro que te quiero. Yo no llevo a cuestas a cualquier borracho.

—Porque eres una tía cojonuda.

—Venga, duerme o mañana no va a ver quién te levante.

—Si no puedo levantarme, será culpa de Leo.

—Leo no te ha metido un embudo en la garganta para que bebas tanto.

—Es por su culpa, Ani.

—¡Cállate ya y duerme! ¡Estás muy borracha!

—Vale, pero me quieres, ¿no? Porque yo te quiero un montón.

—Sí, sí, te quiero. ¡Y ahora a dormir!

Dejé la puerta de su cuarto entornada por si me llamaba en mitad de la noche y me dirigí hacia mi habitación, apoyándome por las paredes, porque yo también había bebido un poco demasiado.

Cuando estuve dentro, vi a Dan esperándome sentado sobre la cama.

Le sonreí y fui hacia él, dándome cuenta de que parecía un poco cansado, y no me extrañaba que lo estuviese, eran las mil de la madrugada. Trastabillé antes de lograr alcanzarlo y me reí yo sola.

—Musculitos, eres el tío más guapo y follable que he visto en toda la noche. En toda mi vida, mejor dicho, que lo sepas.

Me tiré sobre él y lo besé en el cuello, haciéndolo reír.

—Estás borracha.

—Un poco.

—¿Dónde has ido? Llevo esperándote más de dos horas, no sabía si había pasado algo.

—Todo está bien, muy bien, menos Carlota, que está hecha una mierda.

Dan me rodeó por la cintura y me miró a los ojos, sonriendo al ver los efectos del alcohol en ellos.

—Leo también está jodido y con una cogorza del copón. Cayó en la cama reventado.

—¿Y tú no has bebido con él? ¿He sido yo la única descerebrada? —Me tapé la boca y me eché a reír.

—Parece ser que sí.

—Va a tener razón mi madre cuando dice que parece que tengo quince años en vez de treinta y uno.

Él alzó las cejas y me contempló, curioso.

—Así que... treinta y un años. Interesante.

—¡No, no vale, se me ha escapado! Te has aprovechado de que voy un poco pedo. Deberías decirme tu edad. Es lo justo.

—Adivínala.

—Musculitos, a veces te pegaría.

—Yo prefiero que me beses.

Me rodeó con sus brazos y pegó su boca a la mía, logrando que olvidase lo que acababa de pasar, porque tener a Dan besándome de esa forma era como encender una mecha.

Separó nuestros labios y sonrió al verme con los ojos todavía cerrados. Cogió mis mejillas y me volvió a dar un beso fugaz en la boca.

—¿Dónde habéis ido?

—A una discoteca del paseo marítimo.

—¿Lo habéis pasado bien?

—A ratos, cuando Carlota no lloraba lo pasaba bien, sí. Y también cuando hemos bailado con esos brasileños buenorros.

—¿Cómo que brasileños buenorros, Medialuna? —preguntó riendo. Me dio unas palmadas en el trasero—. Y mientras tanto, yo aquí esperando. Te parecerá bonito.

—Bailaban muy bien y sabían guiarme para que pareciese que yo también lo hacía. Es una lástima que les haya dado tantos pisotones. Creo que al final hasta me miraban mal.

Dan soltó una carcajada y negó con la cabeza, divertido.

—Qué pena no haberte visto.

—No, de pena nada, me hubiese muerto de vergüenza. Hoy me ha quedado muy claro que lo mío es la química y no el baile.

—¿Eres química? ¿Te dedicas a eso?

—¡No, mierda! ¡Otra vez! —Dan rio al ver mi enfado—. ¡Que sepas que no voy a volver abrir la boca en toda la noche, porque al final te voy a contar mi vida y yo no sé nada de la tuya!

—Pero eso no es cierto, tú sabes mucho de mí.

—¿Qué es lo que sé? ¿Que no llevas paquete en la moto y que tienes pesadillas a menudo?

—Y que de pequeño me metí en un armario, con mis hermanos, y aparecimos en un mundo paralelo donde una malvada reina quería matarnos.

—¡Eso es el argumento de *Las crónicas de Narnia*, idiota!

—Vaya por Dios, pues es verdad —respondió sin dejar de reír.

Lo empujé para que me soltase. Me tocaba la fibra que Dan supiese muchas más cosas sobre mí que yo de él, aunque tuviese yo la culpa, todo hay que decirlo.

—Ey, ¿adónde vas?

—A meterme en el armario y aparecer en Narnia.

Él rio y me agarró por las muñecas, mientras yo intentaba forcejear. Sin embargo, Dan me levantó en brazos y me tumbó en la cama, con él encima.

—No te enfades, Medialuna.

—Que te den.

Me besó de repente y mi cuerpo se aflojó nada más notar sus labios contra los míos. Era una puñetera locura que Dan consiguiese eso.

Respondí con tantas ganas que noté la humedad en mi sexo enseguida y mis caderas se movieron contra su pelvis, buscando más placer.

Dan separó nuestros labios y me miró jadeante, mientras me acariciaba una mejilla y paseaba sus dedos por mi boca, hinchada por los besos.

—¿Sabes algo, Ani? —susurró sin apartar los ojos de mi cara—. Eres la química de treinta y un años más bonita, divertida y sexi del mundo.

12

Me las pagarás

Cuando desperté, Dan ya no estaba conmigo en la cama. Supongo que debió irse de madrugada, porque lo noté abrazado a mí hasta las seis, hora en la que abrí un ojo y ya no estaba.

A pesar de caer redonda, tras la nohcecita con Carlota en la discoteca y el sexo desenfrenado de después, comprobé que Dan dormía a cabezadas. Solía despertarse sobresaltado, jadeante y muy alterado, por lo que tardaba bastante en volver a coger el sueño.

Era una mierda, sí, pero yo no podía hacer nada para remediarlo porque, aunque le preguntase por el motivo, él no iba a decírmelo.

La habitación estaba vacía, la ventana medio abierta y yo desnuda, después de que lo hiciéramos tres veces a lo largo de la noche. Sí, hasta yo alucinaba con nuestras ganas de sexo.

Cogí la almohada donde había estado él y me la llevé a la nariz, cerrando los ojos al percibir su olor. Debía de ser un pecado oler tan bien. ¡Era adictivo! Me estaba convirtiendo en una yonqui de todo lo que tuviese que ver con Dan, y era una puñetera locura, porque lo nuestro iba a acabar, y lo haría pronto, por desgracia.

Cuando llegué al salón, con un dolor de cabeza más grande que una plaza de toros, frené de golpe al ver a Carlota y a Leo enrollándose en el sofá.

Espera, ¿qué? ¿Qué hacían esos dos juntos?

Mi prima abrió un ojo y, cuando me vio con cara de flipada, se separó de Leo, que gruñó al verse privado de sus labios.

—¡Ani! ¡Qué pronto te has despertado!

—Buenos días, prima —me saludó Leo como si nada.

—¿Qué coño hacéis juntos?

—Nos hemos reconciliado —explicó Carlota con una sonrisa que le llegaba a las orejas.

—Eso ya lo veo, pero... ¿cuándo? Anoche te dejé medio muerta en la cama. Y no son ni las nueve de la mañana.

—Leo se presentó a las siete en la puerta de casa y estuvimos hablando. La verdad es que ambos nos pasamos mucho ayer con lo que nos dijimos.

Él asintió sonriente mientras rodeaba a Carlota por los hombros. Le dio un beso en la mejilla.

Y yo alucinaba. Pero alucinaba a base de bien, porque parecía como si no hubiese pasado nada entre ambos, como si el día anterior no se hubieran puesto hasta arriba de alcohol.

—Prima, cierra la boca. Se te va a llenar de moscas —añadió descojonándose, el cabrón.

—Estáis locos los dos, que lo sepáis.

—Y felices, locos y felices.

22 de diciembre

Dan me saludó con un suave beso en los labios, al que yo respondí como la que más. Enredé mis manos en su espalda, dejándome llevar por todas aquellas sensaciones que mi surfista musculitos me hacía experimentar.

Acababa de llegar a casa de Carlota, junto a George, Timothy y la follamiga de este.

No habían pasado ni dos horas desde que se marchó de mi habitación y ya tenía ganas de

hacerle de todo.

—Hola.

—Hola —respondí sonriente, frotando mi nariz contra la suya—. Esta madrugada, no me he enterado cuando te has ido.

—Cuando quiero, soy un tío muy sigiloso. Y no quería despertarte. Ayer parecías tener mucho sueño, señorita Medialuna.

—A lo mejor, la culpa es tuya por estar tan bueno y tenerme en vela cada noche. Así una no puede descansar aunque se lo proponga.

—Pues ¿sabes qué? Que me encanta ser el que te robe el sueño.

—Lo suponía.

Después de otro beso, me puse el casco y monté delante en su moto. Como de costumbre.

Conduje siguiendo a Leo por el centro de Río y aparcamos en una calle que no tenía nada de especial, salvo que colindaba con el mercado semanal de la ciudad, donde decenas de puestos ambulantes vendían fruta, verduras y ropa.

Había música, comida y gente a mansalva, ya que todo el mundo se apresuraba a comprar lo necesario para la cena de Nochebuena.

Cogida de la mano de Dan, seguimos al grupo, o más bien a Carlota, que era la experta en aquel mercado, porque siempre compraba allí.

Cuando encontramos un hueco donde parar, mi prima nos mandó hacer un círculo, como en los partidos de fútbol, en plan entrenador que da órdenes.

—George, Timothy: vosotros os encargáis de comprar la bebida. Ani y Dan... —Se metió la mano al bolsillo y me dio un papel arrugado—. A por el pescado. Y Leo y yo compraremos la verdura y demás. Nos vemos aquí en una hora.

Nos separamos y tiramos cada uno por su lado. Dan y yo caminamos entre los puestos hablando relajadamente y buscando el pescado, que por algún lado tendría que estar, digo yo.

—No sé qué clase de comida es esa, pero huele superrico.

—*Brigadeiros*. Son dulces. ¿Te apetecen? —preguntó Dan sonriente.

—Tienen una pinta cojonuda.

—Ven, vamos a comprar uno.

Tiró de mi mano y yo reí al darme cuenta de que ni siquiera había tenido que pedirlo.

—Dan, tengo dinero, puedo comprarme uno si quisiese.

—Ya sé que tienes, pero este te lo regalo yo.

—¡No quiero que me regales nada, idiota!

—Estás más guapa calladita.

—Y tú con la boca en mi co...

—¡Ey! —exclamó, empujándome sin dejar de reír—. Eres una química de treinta y un años muy mal educada.

—Dan, de verdad, no hace falta que me compres nada y...

Él me dio un beso en los labios que me hizo callar de repente. Lo agarré por la cintura y respondí con deseo. Al separarnos, fruncí el ceño.

—Eso no vale, es coacción. No puedo pensar cuando me besas.

—¿De verdad? ¿Sabes que esa es una información muy valiosa que puedo usar en tu contra?

—Me guiñó un ojo y besó mi frente con ternura.

Y yo... ¡Plof! Derretida. ¡Es que no era ni medio normal lo que me gustaban sus besos en la frente!

Dan pidió un par de dulces y me dio uno. Cuando lo probé, abrí los ojos por la explosión que

sintió mi boca con su sabor.

—¡Qué jodida pasada!

—¿Te gusta?

—¿Hay alguien a quien no le guste esto?

Dan rio y me rodeó por los hombros, mientras él mismo comía de su dulce.

—Solo por tu reacción, ha valido la pena comprarlo.

—Me las pagarás, musculitos. —Apoyé la cabeza sobre su pecho—. Voy a hacerte una tarta entera solo para ti en la cena de Nochebuena, y no te vas a levantar de la silla hasta que te la comas.

Dan se quedó en silencio unos segundos, a la vez que caminábamos por el mercado en busca de un puesto de pescado.

—Ani.

—¿Mmm?

—No voy a ir a la cena de Nochebuena.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No me siento muy a gusto en estas fechas, y... prefiero no ir.

—Pero vamos a estar todos.

—Ya lo sé, y os lo vais a pasar de puta madre aunque yo no esté.

—¡No, eso no es verdad! —Fruñí el ceño sin querer pensar en que no vería a Dan una de las noches más bonitas del año—. ¿Y qué vas a hacer tú solo?

—No sé, igual cojo la moto un rato y me doy un paseo.

—¿En serio? ¿Prefieres estar solo que pasar la Nochebuena con nosotros?

—No es eso, Ani, tú no lo entiendes.

—¡Pues explícamelo! —Dan bajó la vista al suelo y yo me sentí una mala persona, pero mala mala, tipo la madrastra de Cenicienta, por querer obligarlo a contarme algo que no quería—. Perdona. Es que... no me esperaba la noticia.

—No hay nada que perdonar. —Suspiró y me dio un beso en los labios, tan liviano y corto que apenas me supo a nada—. Vamos a por el pescado, y si todavía te apetece, podemos ir solos a pasar el día a nuestra playa.

—Me apetece.

—Hoy no quiero compartirte con nadie.

23 de diciembre

Llevábamos dos días yéndonos solos a la playa y, aunque el resto del grupo se quejaba de que no pasábamos tiempo con ellos, a nosotros nos apeteecía esa soledad.

Dan y yo sobre la arena, haciéndolo cada vez que nos apetecía, hablando de cualquier cosa y comiendo bocadillos preparados por nosotros. Sin compartir nuestro tiempo con nadie.

El océano, él y yo.

—Has dicho que sí y ahora no puedes rajarte —dije mientras salíamos del agua y nos dirigíamos hacia nuestras toallas.

Llevábamos en remojo más de una hora y teníamos las palmas de las manos arrugadas a más no poder, pero cómo me gustaba bañarme con él. Bueno, en realidad, me gustaba hacerlo todo con Dan, no solo bañarnos.

Vivíamos en una lucha constante contra el otro a ver quién ganaba, quién era el más rápido, el más ingenioso. ¿Que por qué? Pues porque nos gustaba esa chispa, nos excitaba hacernos los difíciles. Era un juego muy nuestro, éramos nosotros en toda nuestra esencia.

—Creo que ya me estoy arrepintiendo. Me has convencido haciendo trampa.
—De eso nada, musculitos.
—Estaba bajo los efectos del morbo.
—A otra la podrás engañar, pero a mí no.
—Me has puesto cachondo para salirte con la tuya, ¿verdad?
Solté una carcajada y lo empujé con el hombro, haciéndolo reír.
—Que yo recuerde, tú también me tocabas a mí, así que estamos en paz.
Nos dejamos caer sobre las toallas, muy cerca, y Dan me dio un beso, enredando sus manos en mi cintura.
—Y te has puesto el bikini rosa para que me desconcentre.
—Si tanto te gusta, te lo regalo para que te masturbes donde quiera que vivas pensando en mí.
—Vale, dámelo.
—¿Ahora? He dicho que...
—Has dicho que me lo dabas, Medialuna, así que dámelo.
—Tú lo que quieres es verme desnuda.
—Eso también.
—Entonces, tienes que jugar tal y como has prometido. Con cada pregunta que respondas, me quito una prenda.
—¡Juego!
Solté una carcajada y me mordí el labio inferior. Era muy cabrón, pero me encantaba.
—Película favorita.
—¿En serio? Pensaba que ibas a ponérmelo más difícil.
—¡Calla y responde! Película favorita.
—*Ciudadano Kane*.
—¿Quién eres? ¿Mi abuelo?
—¡Es un peliculón! ¿No me digas que no te gusta? ¡Perderías la hostia de puntos!
—No la he visto.
—¡No jodas! ¿Y qué clase de películas ves tú?
—Pues muchas.
Dan enarcó las cejas en plan cabronazo perdonavidas y me miró de arriba abajo.
—Voy a adivinar tu película favorita.
—¿Ah, sí?
—Sí, pero entonces me tienes que dar el bikini entero de una vez.
—Vale, chulito, entonces, adivina mi película favorita.
—*Titanic*.
—¡Mec! Has fallado, dame tus bermudas.
—¡Mis bermudas no entraban en el trato! ¡Y a todas las tías les gusta *Titanic*!
—Me gusta, pero no es mi película favorita.
—¿Y cuál es?
—*Avatar*, de James Cameron.
—Esa también me gusta a mí.
—Porque eres un musculitos con muy buen gusto. —Me llevé las manos a la espalda y solté el lazo del bikini.
—¿Qué haces? No he acertado.
—Que te guste *Avatar* ya es una victoria, Dan.
Él rio, cogió mi sostén y se lo guardó en el bolsillo de las bermudas. Sin embargo, al ver mis

senos al aire, llevó una de sus manos hasta ellos y los acarició con delicadeza, haciéndome suspirar.

—Ya no me apetece contestar más preguntas, Ani. Se me acaba de ocurrir otro juego mejor. —Subió la mano por mi cuello y eché la cabeza hacia atrás, deseando que siguiera tocándome. Jugueteeó con mi collar de la estrella de mar y tiró de mi pelo, para acercarme hasta su boca.

—Ahora venía la mejor parte del juego, Dan.

—No lo creo.

Me besó y yo respondí con tantas ganas como las que él tenía. Mordí sus labios y tiré de ellos para que me prestase atención.

—Una última pregunta.

—No.

Me cogió por la cintura y me sentó a horcajadas en sus caderas, apretándome el culo con sus manos y haciéndome gemir. Su polla se apretaba dura contra mi estómago.

Lamí su boca y jugueteé con su lengua, mientras nuestras manos acariciaban el cuerpo del otro. ¡Y qué cuerpo! No me cansaba de mirarlo, ni de palpar cada centímetro de su piel. Era un vicio, pero uno de esos vicios de los que era imposible desengancharse.

Fui bajando mi mano por su estómago y la colé por debajo de sus pantalones, haciéndolo jadear contra mi boca.

—Dan, solo una pregunta.

Él me miró suplicante, pero asintió al notar que mis labios besaban su cuello y mi mano seguía moviéndose en torno a su pene.

—Si la aciertas, te prometo un buen premio.

—Dispara.

—¿De dónde soy?

—Eres... española. —Al darse cuenta de mi cara de asombro, continuó hablando—: Se nota por tu acento, y... porque alguna vez te he escuchado hablarlo con Carlota.

—Con mi prima siempre hablo inglés. Es un trato que tenemos las dos, para practicarlo.

—No siempre lo hacéis, yo os he escuchado varias veces.

Sonreí y lo besé de nuevo, dándome cuenta de que me encantaba que Dan supiese cosas sobre mí.

—Tú eres de Londres, lo sé, aunque no quieras decírmelo —solté de repente tal y como se me pasó por la cabeza.

—¿De dónde has sacado eso? —Lo vi fruncir el ceño. Al contrario que yo, Dan no estaba contento de que indagase sobre él.

—Leo es de Londres, me lo dijo Carlota, así que... solo he tenido que atar cabos. —Apartó la mirada de mis ojos y la fijó en el mar, y a mí me jodía un disparate que se cerrase de esa forma cada vez que intentaba saber algo más sobre él, no obstante, ese era nuestro trato, ¿no?—. No hace falta que te pongas de morros. Ya te he dicho varias veces que no tengo pensado ir a buscarte.

—Lo sé.

—Además, no tengo la culpa de tener curiosidad, échasela a mi instinto animal.

Dan sonrió sin poder evitarlo.

—¿A tu instinto animal?

—Ajá. Viene de serie con eso de ser un ser vivo racional. Ya sabes, cosas de humanos. Cuanto más nos niegan algo, más curiosidad nos genera.

—¿Así que eres humana? Y yo que pensaba que eras una sirena. O algún ser mitológico de

esos que seducen a los hombres y luego se los comen.

—¡Eres tonto, musculitos!

Me eché a reír y Dan lo hizo conmigo.

Nos besamos con la misma intensidad que unos minutos antes y fijó sus ojos sobre los míos, quedándose en silencio durante unos segundos.

—Contigo todo es fácil, Ani. Nada de incomodidades, ni de gilipolleces. Haces que me olvide de todo. De todos. Es como debería de ser cualquier relación. Natural y sana.

Nos abrazamos con fuerza y apoyé la mejilla en el hueco de su cuello, con una sonrisa serena curvando mis labios y los latidos acelerados quemándome en la garganta.

Vale, sí, no teníamos una relación, pero mi estúpido corazón respondía de una forma muy diferente a lo pactado. Y era malo, mucho, porque a eso no se le podía poner barreras.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que comamos algo?

—No, quiero que me des el premio que he ganado por acertar tu última pregunta.

Solté una carcajada y lo empujé, hasta que su espalda estuvo totalmente apoyada sobre la toalla. ¿Quería su premio? Pues lo iba a tener.

Junté nuestros labios y lo besé con mucha intensidad, dándome cuenta de que mi cuerpo reaccionaba como si le hubiesen prendido fuego.

—¿Estás seguro de que lo quieres ahora? Mira que...

—¡Dame mi premio, Medialuna!

Le mordí el labio con fuerza, haciéndolo gemir. Mi boca fue bajando por su cuello y su pecho, dejando un halo de besos por su torso, mientras Dan me observaba con los ojos entornados y la boca entreabierta.

Mi lengua llegó a la goma de sus bermudas y, cuando la aparté y vi su polla, gruesa y dura esperándome, una marea líquida recorrió mi sexo. Me la metí en la boca y la chupé a un ritmo ascendente, mientras las manos de él me agarraban por el pelo y sus caderas se movían al ritmo de mi boca.

Sí, puede que el premio fuese para Dan, pero yo iba a disfrutarlo tanto como él.

13

¿Esperas a alguien?

24 de diciembre

Nada más levantarnos, Carlota me puso a currar en la cocina a base de bien. Y no, aquello no fue como en esos trabajos donde tu jefe es majo y te hace la estancia en la oficina mucho más fácil. ¡Qué va! La cabrona se puso a dar órdenes en plan dictador con tanto ímpetu que, por un momento, temí por mi vida si no le hacía caso.

Todo eran órdenes y más órdenes: ¡Ani, no montes la nata en caliente! ¡Ani, no le echas ajo al pastel! o ¡Ani, no chupes el chocolate del recipiente, que no nos queda más!

Venga, lo reconozco, yo no era muy ducha en eso de la cocina. ¡Así que no era culpa mía que cometiese errores! ¡Si quería un pinche en condiciones, que hubiera contratado a uno! ¡Bastante hacía yo para aguantarme las ganas y no merendarme la tarta, aunque estuviese todavía caliente!

Cuando por fin me pude escapar, a eso de las seis de la tarde, me di una ducha y me limpié la harina que llevaba hasta por dentro de las orejas. No preguntéis por qué.

Envuelta en una toalla y con el pelo chorreando, me metí en mi habitación y abrí el armario para decidir qué ropa iba a llevar para la cena de Nochebuena.

Al coger un bonito vestido rojo, recordé que Dan no estaría en ella y fruncí los labios como un niño al que le niegan algo.

Él no iba a venir. No le gustaban esas celebraciones y prefería pasar aquella noche tan bonita solo. ¡Solo! O sea, ¿en serio?

Dejé el vestido sobre la cama y marqué el número de casa, para hablar con mi madre y desearle una buena cena. Porque si no lo hacía..., ¡pobres, mi padre y mis hermanos! ¡Les hubiese dado la noche! Que mi madre era muy buena, eso no voy a negarlo, pero las Navidades en mi casa eran sagradas y ya bastante disgusto le di cuando le dije que me iba a Río a pasar las fiestas. No me desheredó de milagro.

Después de hablar con ella y asegurarle cientos de miles de veces que estaba bien, me dejé caer sobre la cama y cerré los ojos, dispuesta a descansar aunque fuese un rato. Pero no. Mi móvil volvió a sonar y yo me cagué en todo.

Al mirar la pantalla, vi que los mensajes eran del grupo de mis amigas.

Martina:

¡Que paséis una Nochebuena de puta madre, zorronas!

Sonia:

¡Igualmente, chicas! Que Santa Claus os traiga muchos regalos.

Martina:

¡Pídele una novia, Sonia, a ver si te espabila! Ja, ja, ja.

Sonia:

¡Ya tengo novia y desde
hace un año! ¡No seas gilipollas!

Martina:

Es inglesa, no nos sirve.

Ani:

Martina, deja en paz a Sonia.
¡Y feliz Nochebuena!

Martina:

Seguro que para ti va a ser
muuuuy buena. Y más con ese
surfista guaperas al lado.

Sonia:

Serían mucho mejores si estuviese
con John Collins.

Abril:

¡Felices fiestas, chavalas!

Ani:

¡Sonia, estás empeñada en que
John Collins es mi hombre ideal y
todavía no hemos tenido ni una puta cita!

Sonia:

¡Porque lo es! Te conozco y
sé qué tipo de hombre te gusta.

Martina:

¡Pues da la casualidad de que
Ani está con uno que le gusta
más que el estirado de Collins,
y al que se beneficia a diario!

Sonia:

No compares a un sapo con un
príncipe. En unos días se olvidará
de él, en cuanto pise España y se
reencuentre con el jefazo buenorro.

Martina:

¡Puaj!

Ani:

¡¿Queréis hacer el puñetero favor
de no hablar de mí como
si no estuviese?!

Abril:

Ani, ¿has llamado a mamá? No
quiero que nos dé la noche.

Ani:

Acabo de hablar con ella,
don't worry.

Sonia:

¿Y has llamado a John Collins
para desearle feliz Navidad?

Martina:

¡Joder, qué pesada la tía, que
alguien la eche del grupo!

Sonia:

Si no te gusta lo que digo,
vete tú, Martinita.

Martina:



Ani:

La hostia, Sonia, ¿qué
has comido hoy?

Abril:

¡Eso digo yo! ¿Estás
enfadada por algo?

Martina:

Será porque su novia, la inglesa,
la tiene sin follar.

Abril:

En serio, alguna vez vas a
tener que contarnos qué
problema tienes tú con los ingleses.

Sonia:

Follo y mucho, que lo sepas.

Ani:

¿Has tenido algún lío con un inglés
y te ha salido mal, Martina?

Abril:

¿Alguno te ha roto el corazón?

Martina:

¡No flipéis, ja, ja, ja! Lo mío
con los ingleses es como la
intolerancia al gluten, se tiene
y punto. No le busquéis explicaciones.

Abril:

Bueno, chicas, una que se larga.
Tengo cosas que hacer.

Ani:

¿Como tirarte al camarero ese al
que yo todavía no conozco?
¿Se lo vas a presentar a mamá?

Martina:

Me juego el cuello a que sí.

Abril:

¡Adiós, fisgonas! Iros al carajo
y no os atragantéis con los mazapanes.

Ani:

Ja, ja, ja.

Sonia:

No podéis negar que sois hermanas,
Ani, las dos tenéis una mala
leche de narices.

Ani:

Bueno, chicas, yo también me voy,
que todavía tengo que
vestirme y arreglarme.

Martina:

¿Cenas con Dan?

Ani:

No, no va a venir. No le gustan estas

fiestas, o eso dice él.

Sonia:

Muy típico de los sapos.
Para follar están siempre listos,
pero en los momentos
importantes desaparecen.

Carlota y yo colocamos los vasos y los cubiertos sobre la mesa mientras esperábamos a que los chicos llegasen a casa.

Llevaba con aquellos zapatos de tacón menos de media hora y ya estaban reventándome los pies. Si es que mis deditos se habían acostumbrado a ir en playeras y sandalias. Sin embargo, era una noche especial y había que ponerse guapa, o al menos eso decía siempre mi madre, que se emperifollaba a más no poder, aunque no saliese de casa en todas las Navidades.

Cuando terminé de colocar los vasos, vi a Carlota acercándose a mí con una botella de vino en las manos.

Estaba guapísima con su vestido verde esmeralda y sus taconazos kilométricos. Bueno, la verdad es que ella estaba guapa con lo que se pusiese. ¡Qué envidia me daba la *jodía*! Pero envidia buena, no penséis mal.

—Ven, Ani, vamos a brindar ahora que todavía estamos solas.

Cogimos sendas copas y Carlota sirvió un poco de vino en ambas. Alzamos las copas y sonreímos.

—Por nosotras.

—Y porque te tengo este año conmigo en Navidad —añadió ella—. No hubiese sido lo mismo sin ti. Habría estado sola todas las fiestas.

—También está Leo.

—Pero él no es de mi familia. Llevo varios años lejos de España y os veo tan poco que a veces me siento muy sola.

—¡No estás sola, idiota! —La empujé mientras ponía los ojos en blanco—. Y sabes que siempre estás a tiempo de volver.

—Pero... es que no quiero hacerlo de momento. Aquí tengo un trabajo genial y no quiero dejarlo.

—Entonces, más te vale invitarme más a menudo.

—¡Pero si casi nunca puedes viajar! Parece que vives en el laboratorio ese en el que trabajas.

—La verdad es que solo me falta dormir allí. —Reí.

Se miró el reloj de muñeca y tomó otro sorbo de su vino.

—No creo que los chicos tarden mucho en venir. Ya son las ocho.

—¿Comida casera y bebidas con muchos grados? ¡Estarán al caer!

—Leo me dijo que Dan... no va a venir.

—No, no viene.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros y pasé la yema del dedo sobre el borde de mi copa.

—No me lo ha dicho. Sus únicas palabras fueron que no le gustaban demasiado estas fechas.

—He intentado sonsacarle a Leo cosas sobre él. Dan es tan reservado con los detalles de su vida que... también a mí me da curiosidad.

—¿Y has conseguido algo? —Cerré los ojos y alcé la mano antes de que hablase—. ¡No,

espera, no me lo digas! Le prometí que respetaría su decisión. Ese era el puñetero trato desde el principio. Nada de datos personales. ¡Joder!

—De todas formas, no sé más que tú —reconoció—. Leo no ha soltado prenda. Cada vez que le pregunto por Dan, cambia el chip y cierra la boca a cal y canto.

El timbre de casa sonó y nuestra conversación quedó a medias.

Cuando Carlota abrió, Leo, George y Timothy aparecieron en el salón vestidos más elegantes que nunca, que tampoco era difícil, porque lo normal era verlos en camisetas y bermudas.

—¡Eh, Ani, qué guapa, parece que has salido de algún anuncio de champán! —exclamó Timothy al fijarse en mí.

—¡Ven aquí, idiota, y felicítame las Navidades como es debido! —respondí riendo. Me dio un abrazo y yo le pegué en el hombro con cariño—. ¿Dónde te has dejado a tu chica?

—Con su familia. Luego paso a por ella.

—¡Prima, me ha dicho Carlota que la has ayudado a hacer la cena!

—Pues sí.

—¡Hostia, tíos, vamos a morir envenenados! ¡Ha sido un placer conocerlos a todos!

—¡Eres imbécil! —Me eché a reír y Leo me guiñó un ojo. Sí, aquella era su manera de desearme una feliz Nochebuena. Leo era especial para todo.

George, que estaba al lado de Timothy, tocó mi brazo, me sonrió con brevedad y me abrazó.

—Feliz noche, guapa. Seguro que lo pasamos bien, aunque nos falte un mosquetero.

—¿Dónde está Dan? —me atreví a preguntar.

—En el hotel. Se ha quedado viendo una peli y comiendo porquerías.

Llevaba todo el día sin saber nada de él, desde que se fue de mi habitación en plena madrugada, como siempre. No había pasado por casa para verme un rato, ni había tenido noticias suyas de ninguna clase.

Nos acomodamos alrededor de la mesa y dimos buena cuenta de la comida.

El ambiente era alegre y divertido.

Sentada entre Timothy y George, reí al escuchar anécdotas descojonantes de sus pasadas vacaciones navideñas en Acapulco.

—¿Y por qué en Navidad? —saltó Carlota, divertida—. Es que no tenéis vacaciones de verano, ¿o qué?

—Nos gusta ser originales —se adelantó Timothy—. ¿Por qué tenemos que hacerlo en verano?

—Pues eso digo yo —asentí, algo achispada por el vino.

Terminamos de comer los entrantes y nos levantamos para retirar los platos vacíos. Mientras dejaba los platos sucios en el lavavajillas, el timbre de la casa volvió a sonar. Miré a Carlota.

—¿Esperas a alguien?

—A absolutamente nadie —respondió ella con las manos ocupadas secando unos cuchillos—. ¿Puedes abrir tú?

Mientras me dirigía hacia la puerta, reí al ver a Timothy y a George peleándose en broma. Eran unos brutos, y el cabeza hueca de Leo les aplaudía. En serio, parecían unos críos.

Cogí el picaporte y abrí sin dejar de reír, no obstante, cuando lo vi frente a mí, la sonrisa se me congeló.

—¿Dan?

—Feliz Nochebuena, Ani —respondió él con una sonrisa deliciosa. Fueron formándose los hoyuelos en sus mejillas.

¡Estaba guapísimo! ¿Qué digo guapísimo? ¡Estaba para comérselo desde la punta del pelo a

los pies! Llevaba unos pantalones chinos en color gris, una camisa blanca y unas deportivas, también blancas, que le quitaban seriedad a su estilismo. Acostumbrada a verlo con ropa tan informal y bañadores, que le hacían un culo impresionante, todo hay que decirlo, verlo más arreglado era un puñetero puntazo.

—Pensaba que no ibas a venir.

—Yo también lo pensaba. —Me cogió de la mano y tiró un poco para que me acercase hacia él—. Joder, pero qué guapa estás con ese vestido rojo. Venir ya ha valido la pena solo por verte.

Me besó con una intensidad tan abrumadora que mis piernas temblaron. Y respondí, ¡claro que lo hice! Enredé mis brazos alrededor de su cuello y profundicé aquel beso, notando que las manos de Dan acariciaban mi cintura y bajaban poco a poco hasta mi trasero.

¡Estaba allí! ¡Dan había ido a cenar! ¡Y como siguiese besándome de esa forma, querría cenármelo a él!

—Vamos, todos van a alegrarse mucho de verte.

—Solo voy a estar un rato, no he avisado de que venía y no habrá suficiente comida para uno más.

—¿Que no? Musculitos, cómo se nota que no conoces a mi prima. Va a sobrar comida hasta el mes de febrero. Me ha tenido cocinando todo el día.

—¿Tú? ¿Has cocinado también?

—Ajá.

—No habrás hecho sándwiches de atún, ¿verdad?

—¡Serás idiota! —Ambos reímos y Dan me volvió a besar con fuerza antes de entrar en el salón.

Cuando llegamos, todos volvían a estar sentados alrededor de la mesa y Leo le lanzaba una servilleta a George. No obstante, cuando me vieron aparecer con Dan agarrado de mi mano, sus caras cambiaron de repente.

Timothy se atragantó con el vino, Leo dejó caer la cuchara dentro de su plato, salpicándose la camisa, mientras palmeaba el hombro de George para que prestase atención, y este último se quedó con el tenedor a un palmo de sus labios.

—¿Qué coño os pasa? —pregunté, observando sus caras, divertida—. ¿Se os ha muerto la media neurona que os quedaba?

—Hola, tíos —los saludó Dan.

—Dan, ¿qué haces aquí? —saltó Leo como si no pudiese creer lo que estaba viendo.

—He pasado para saludar.

—¿Estás seguro? ¿Estás bien? —dijo Timothy después.

—Sí.

—¿Y por qué no iba a estar bien? Lo que no está nada bien es que se quede solo en Nochebuena. ¡Qué tontería! —saltó Carlota, empujando a Leo para que hiciera sitio—. Vamos, Dan, siéntate a cenar.

—Gracias, Carlota, pero no tengo mucha hambre.

—Entonces, ven y acompáñanos —insistí sin dejar de sonreír, acercándome a él—. Yo sí que tengo hambre, y... —Pegué mis labios a los suyos—. Tengo que coger fuerzas para esta noche.

Dan rio, fue detrás de mí y se sentó en la silla que Carlota acababa de poner junto a la mía.

Nada más tomar asiento, George palmeó el hombro de Dan, sonriente.

—Me alegro de que estés aquí, tío.

—¡Esto se merece un brindis, joder! —exclamó Leo, levantando su copa.

—No, nada de brindis —lo cortó Dan, un poco más tenso que de costumbre.

Y no hubo brindis.

Comimos muchísimo, hablamos mucho más y el ambiente fue todavía más jovial y divertido que al principio. La presencia de Dan había supuesto un chute de adrenalina para los chicos, puesto que parecían muy felices de verlo esa noche.

Vale, para mí también fue como adrenalina directa en vena. ¡Pero no me culparéis! Había estado pensando todo el día en que no íbamos a vernos, y... ¡estaba a mi lado! No comía, apenas bebía, casi no hablaba, pero cogía mi mano y me rodeaba por la cintura, abrazándome como si esa noche lo necesitase más que nunca. Me hizo sentir muy especial, como si su único motivo para acudir a esa cena fuese yo.

Cuando pusimos el postre sobre la mesa, corté un trozo grande y cogí dos cucharas. Los demás reían y bebían café, charlando sobre cosas sin importancia, y las carcajadas de Leo retumbaban por todo el salón.

—Abre la boca.

—Ani, de verdad, no tengo hambre.

—Me da igual. Esta tarta la he hecho yo y vas a probarla.

—Hostia, si la has hecho tú, menos todavía.

—¡Dan! —Le pegué en el hombro, haciéndolo reír más—. No se te va a romper ninguna tripa, idiota.

—Solo una cucharada.

—Dos.

—Te gusta presionar, ¿eh, Medialuna?

—Mucho.

—Entonces, vas a tener que ofrecerme algo más.

—Dos cucharadas y un morreo.

—Hecho.

—Eres muy facilón, tío. Te has vendido por un morreo.

Me cogió por la barbilla y me acercó hasta su boca. Desde esa corta distancia, el verde de sus ojos me atrapó y su olor, que era suave y riquísimo. Olía a Dan, a sexo, a noches en vela.

Paseó dos dedos sobre mi boca y yo entrecerré los ojos, excitada.

—Me he vendido por estos labios, que no es lo mismo.

—Los tienes cada vez que quieres.

—Pues parece que no es suficiente.

Juntó nuestras bocas y me hizo gemir. Era una puta pasada, era sensual y picante, era...

—¡Que vivan los novios! ¡Timothy, hazles una foto comiéndose los morros!

Los gritos de Leo y los aplausos de los demás lograron que nos separásemos. ¡Mira que eran cabrones!

—Sois gilipollas —les dije, intentando quitarle la cámara a Timothy, que me hizo una última foto con cara de mala hostia.

—Timothy, para —le advirtió Dan.

Antes de que Timothy respondiese, Carlota se levantó de su silla, con su copa entre las manos, y nos miró, buscando nuestra atención, mientras la golpeaba suavemente con una cucharilla, haciéndola tintinear.

—¡Eh, dejaos de tonterías y escuchadme!

—Te escuchamos, bombón —dijo Leo, palmeándole el trasero, a lo que mi prima respondió dándole un manotazo.

—Acabo de acordarme de que no hemos hecho algo muy importante. —Señaló hacia la

esquina del salón, donde el árbol adornado había pasado totalmente desapercibido—. ¡No lo hemos encendido!

—Pues enciéndelo —saltó George resoplando.

—No. En mi familia tenemos la tradición de que el árbol se enciende en Nochebuena mientras suenan villancicos.

No sé qué fue lo que ocurrió en Dan después de escuchar a Carlota decir aquello, pero su cuerpo se tensó y la sonrisa se le borró de los labios.

El sonido de aquella música navideña llenó toda la estancia mientras Carlota bailoteaba como una niña y Leo la abrazaba por detrás, de camino al árbol, para encenderlo.

—Es raro escuchar villancicos en pleno verano y a treinta grados, ¿eh? —le pregunté a Dan, intentando hacerlo sonreír. Sin embargo, solo logré una imperceptible mueca en sus labios. La música sonaba alta, Carlota y Leo bailaban, George y Timothy reían divertidos, las luces de colores del árbol parpadeaban danzarinas. Y Dan parecía a punto de...—. ¿Dan? ¿Qué pasa?

Él me miró y vi en sus ojos una sombra de que no estaba bien. ¡Y, joder, sabía que algo pasaba, pero lo que ocurrió a continuación no lo vi venir!

Dan se levantó de repente de su silla, ante el asombro de todos, cruzó el salón como un resorte y salió de la casa dando un portazo.

—¡Dan!

Quise ir detrás de él y detenerlo, pero la mano de George me retuvo.

—Ani, no. No vayas.

—¿Cómo que no? No es normal que una persona...

—Ani. —Esta vez fue Leo—. Déjalo.

El sonido de la moto de Dan alejándose me hizo maldecir y zarandear el brazo para que George me soltase.

Los chicos bajaron la vista al suelo para no sostenerme la mirada y yo me sentí... Bueno, no sé cómo me sentí, porque algo jodido pasaba y nadie iba a decírmelo.

Timothy me rodeó por los hombros y me besó en la mejilla.

—No te preocupes por él, irá de camino al hotel.

—Esto iba a pasar tarde o temprano —añadió George mientras los otros asentían.

Carlota y yo nos miramos sin saber qué decir. No hacía ni diez minutos que Dan y yo nos estábamos comiendo la boca y ahora..., por algo que no comprendía..., se había largado.

14

Te recordaré siempre

La fiesta terminó varias horas después. Timothy y George se marcharon al hotel, bajo una intensa tormenta que empezó de repente y bañó las calles de Río con una fuerza ensordecedora.

Cuando Carlota y Leo tomaron asiento en el sofá, después de ponerse el pijama, yo me acerqué a la ventana del salón y miré a través de ella, suspirando al ver que el aguacero no tenía intención de aflojar.

Aun así, hacía calor. Aun así, no parecía que estuviésemos en diciembre. Aun así, no dejaba de recordar la huida de Dan.

El teléfono de Leo comenzó a sonar y sus palabras me hicieron prestarle atención.

—¿Timothy? Sí, hola. ¿Cómo que no ha vuelto al hotel? ¿No está en su habitación? —Carlota y yo nos miramos con el ceño fruncido—. ¿No os ha avisado de que no volvía? ¡Ya, ya lo sé! ¡¿Y a dónde iba a ir con la que está cayendo?!

—Leo —lo interrumpí cada vez más preocupada, sin embargo, él levantó el brazo y me pidió que aguardase.

—No, no debió de haber venido a la cena. —Se pasó una mano por los ojos—. ¡¿Y yo qué coño sé?! ¡Vamos a esperar! ¡No podemos hacer otra cosa, joder! ¡Es mayorcito, sabe lo que hace! ¡Está lloviendo a mares, Timothy, no creo que tarde mucho en volver! Llámame en cuanto sepas algo y, si en tres o cuatro horas no ha regresado, vamos a buscarlo.

Leo colgó y dejó el teléfono sobre la mesilla auxiliar, visiblemente agobiado. Apoyó la cabeza sobre el sofá y maldijo en silencio.

—Leo, ¿dónde está Dan?

—No lo sé —respondió, cansado—. No regresó al hotel.

—¡Pero está cayendo un diluvio! —dijo Carlota preocupada.

—Sabe cuidarse solo, no le pasará nada.

—¿No le pasará nada y has dicho que en unas horas saldréis a buscarlo si no aparece? —salté, contrariada y muy nerviosa.

Esa noche, Dan había actuado de una forma muy extraña, bueno, más extraña de lo habitual. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había vuelto a su hotel? ¿Qué hacía solo, en la moto y bajo esa maldita lluvia?

Me senté en el sofá junto a ellos y estuvimos mirando la televisión, pero sin enterarnos de lo que pasaba en ella en realidad. Los tres esperábamos como agua de mayo una llamada de Timothy o de George diciendo que Dan había aparecido y que estaba bien. Pero esa llamada no llegaba y en mi habitación no estaba. Ya me había asegurado.

Una hora y media después, agotada y preocupada, dejé a Carlota y Leo a solas. Necesitaba silencio, que el sonido de fondo de la televisión no me taladrara los oídos, poner mis pensamientos en orden para intentar sacar algo en claro de todo aquello.

Me senté en la cama y bajé la mirada al suelo, a mis zapatos, concretamente. Me los quité y les di una patada, hasta que acabaron en medio de la habitación.

Dejé caer mi cuerpo sobre el colchón y cerré los ojos, fuerte, muy fuerte, rememorando una y otra vez ese momento en el que el sonido de su moto al alejarse desapareció de mis oídos.

Estuve como unos quince minutos en el más absoluto silencio, escuchando la lluvia impactar

contra el cristal de la ventana mientras los truenos iluminaban el cielo de Río.

Clap, clap, clap, clap... Un goteo constante. Música para la mayoría, aunque yo apenas era consciente de aquello.

Estaba sumida en mi propio bucle. ¡Y, joder, si lo estaba! Porque no escuché el sonido de los golpes en el cristal de la ventana hasta que estos se hicieron muy insistentes.

Pegué un salto y corrí para abrirla con el corazón a tres mil revoluciones por segundo.

Nada más hacerlo, Dan entró por ella, con la ropa y el pelo calados, y un rasguño sangrante sobre su ceja derecha.

—¡Dan! —Me abracé a él y escondí la cara en el hueco de su cuello, inhalando su olor, con la pretensión de quedarme su aroma solo para mí. Al sentir que él también me abrazaba con fuerza, lo miré a la cara y lo besé casi con desesperación, a lo que él respondió del mismo modo—. ¿Dónde cojones estabas? ¿Cómo te has hecho esa herida? —Acaricié la piel de alrededor de su ceja.

—Ahora no, Ani. —Volvió a besarme, mojándome a mí también con su ropa calada, empujándome hacia la cama, desesperado, y yo me dejé llevar por un instante.

—¿Cómo que no? Te fuiste de la cena, no regresaste al hotel y...

—Ani. —Me cogió por las mejillas para que lo mirase a los ojos, a esos ojos verdes preciosos que me hipnotizaban—. Ani, por favor... No.

No iba a responderme. ¡Mierda!

No quería hacerlo y... ¡se le veía vulnerable, como si cualquier cosa pudiese romperlo! Como si mi presencia aliviase su dolor. Pero ¿qué dolor? ¿Cuál era ese jodido dolor que reflejaban sus ojos?

—Dan, estás sangrando.

—No es nada. —Forzó una sonrisa y juntó nuestros labios otra vez, con una dulzura que me desarmó.

—Deja por lo menos que te cure la herida.

—No me duele, ya no me duele nada. —Sonrió con sus pupilas clavadas en las mías, acariciando mi mejilla.

Juntamos nuestras frentes y el beso que vino a continuación fue mágico. Fuerte, intenso, húmedo. De esa clase de besos que nunca se olvidan, que se quedan grabados a fuego en la memoria para siempre.

Dan pasó las manos por mi cintura y fue bajando mi vestido, hasta que este acabó en el suelo, hecho un montón.

Le quité la ropa, que goteaba a cada paso que dábamos por la habitación, mordiéndonos los labios, acariciando cada porción de nuestros cuerpos, haciendo que la pasión explotase.

Caímos en la cama enredados, frotándonos como dos locos necesitados, gimiendo contra la boca del otro.

Dan se puso un condón y me penetró de un empuellón, apretando los dientes y gruñendo por el placer. Sin embargo, nada más hacerlo, el ritmo de sus embestidas se tornó lento, llenándome hasta el fondo con su polla, besándonos con una dulzura que llegó a conmoverme.

Dan y yo nunca habíamos follado de esa forma, porque aquello no fue un simple polvo. Hicimos el amor, con todas sus letras, en mayúscula. Fue tan suave y tan tierno que lo miraba como si no pudiese creer que aquel fuese el mismo chico que casi me había partido la cabeza con la tabla de surf.

Fue una experiencia alucinante y, cuando acabamos, después del orgasmo, nos acurrucamos contra el cuerpo del otro y nos miramos en silencio, sonriéndonos de vez en cuando, durante una

eternidad.

Dan se quedó dormido mientras le acariciaba la cabeza, enredando mis dedos en su corto pelo negro, que todavía seguía húmedo. Qué guapo estaba cuando dormía y qué enganchada a él estaba. Pero enganchada de una forma brutal, porque desde que lo conocía no había podido sacármelo de la mente ni un momento. Aquellas vacaciones habían girado en torno a Dan y a lo que teníamos, que no era más que un lío, ya lo sé, sin embargo, no podía remediarlo.

Aproveché para enviarle un mensaje a Carlota, avisando de que estaba bien, de que no era necesario que fuesen a buscarlo, e imaginé que Leo también se tranquilizaría.

Cerré los ojos para dormir y una sonrisa curvó mis labios al darme cuenta de que se acomodaba todavía más cerca y me rodeaba con sus brazos.

Pero aquella calma duró poco, porque Dan comenzó a jadear y a moverse nervioso en sueños.

Estaba teniendo otra pesadilla.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó de la cama, quedando sentado, con la respiración rápida y la mirada perdida.

—Solo ha sido una pesadilla —dije, cogiéndole de la mano.

Suspiró, se dejó caer sobre el colchón y se acomodó contra mí. Juntó nuestros labios y nos besamos con mucha intensidad, haciéndome temblar y perder por un momento la noción del tiempo. Con Dan siempre era así, sus besos eran una puta locura.

La mano que tenía apoyada en mi cadera fue subiendo lentamente por mi pecho y toqueteó mi colgante de la estrella de mar.

—¿Te he despertado con mi pesadilla?

—Estaba despierta. Acabo de enviarle un mensaje a Carlota para que avise a los chicos de que estás bien.

—¿Y por qué no iba a estar bien, Medialuna?

—No sé. Nos tenías a todos preocupados. No sabíamos nada de ti.

Él levantó una ceja, mirándome a los ojos.

—¿Te has parado a pensar que ahora todos saben que estoy aquí? ¿En tu habitación?

—¿Y te molesta?

—No me molesta una mierda. —Sonrió besando mi frente. O sea, ¡otro beso en la frente! ¿Me podía poner más cachonda y tierna a la vez que hiciese eso? (Os doy una pista: ¡no!)—. Pero me resultaba divertido nuestro secreto. Eso de colarme por tu ventana.

—¿Es que tienes complejo de Romeo? —Reí y él me dio un cachete en el culo.

—Soy un Romeo muy torpe, por lo que parece.

—¿Por qué?

—¿Es que no has visto lo que me he hecho en la ceja?

—¿Eso te lo has hecho subiendo por el árbol?

—Las ramas resbalan con la lluvia.

Solté una carcajada y él rio conmigo. Lo besé muchas veces y muy rápido en los labios, y rio todavía más.

—Dan, no vuelvas a subir por el árbol. Hay puertas.

—¿Tienes miedo de que me pase algo? —preguntó con chulería.

—Tengo miedo de que te caigas otra vez, te destroces la cara y ya no me excites. —Yo también sabía ser chula, que lo sepáis.

—¡Serás cabrona! —exclamó sin dejar de reír.

—Follas bien. No me gustaría tener que cerrar los ojos para no ver tu cara hinchada por las

hostias contra el suelo.

—¿Bien?

—¿Qué?

—¿Solo follo bien?

—¿En serio? —estallé en carcajadas—. ¿De lo que te he dicho te has quedado con eso?

—Me he quedado con todo, pero ¿solo bien?

—¿Qué esperas? ¿Que te infle el ego?

—No estaría mal que lo hicieras. Esta noche casi me abro la ceja por venir a verte.

—Vale, entonces, quédate tranquilo, porque follas muy bien. Pero que muy muy muy bien. El de antes ha sido el mejor polvo de Nochebuena que he echado nunca.

—Ya me lo parecía a mí.

—¡Idiota!

Reímos y volvimos a besarnos, cada vez más acalorados, más cachondos. Sin embargo, Dan se separó como si acabase de acordarse de algo.

—¿Ya es Navidad?

—S... Sí, desde hace dos horas. ¿Por...?

—Espera un momento.

Se levantó de la cama, desnudo, para mi satisfacción, y se acercó a su ropa, que estaba tirada en el suelo en medio de un pequeño charco de agua.

Metió la mano en sus pantalones y de ellos sacó un paquetito plano, mojado, al igual que su ropa.

—Toma.

—¿Y esto?

—Feliz Navidad.

—¿Es un regalo? ¡No vale! ¡Yo no te he comprado nada a ti!

—¿Y eso qué coño importa? ¡Ábrelo!

Cuando le quité el papel de encima, contemplé un pequeño marco con una foto de Dan y mía dentro. Era la foto que Timothy nos hizo el día que subimos a hacer la ruta por aquella montaña de Río, antes de que Carlota y Leo se volvieran locos y comenzasen a gritarse de todo.

En ella salíamos sonrientes, abrazados, con las caras muy juntas y con un brillo precioso en los ojos. Dan estaba guapísimo, como uno de esos modelos que aparecen en la tele anunciando perfumes caros, y yo... ¡Joder, pues yo también estaba bien! Acostumbrada a salir en las fotos con cara de adicta a la heroína y con los ojos cerrados..., no me podía quejar, para qué engañarnos.

—¿Te gusta?

—Me encanta, ¡me encanta! —exclamé, saltándole encima—. Es —beso— el regalo —beso— más bonito —beso— del mundo mundial. Pero Dan...

—Mmm...

—Yo también quiero darte algo.

—Medialuna, no tienes que comprarme nada.

—No, no es eso. —Me llevé las manos al cuello y solté mi colgante de la estrella de mar. Se lo puse a él—. Quiero que lo tengas tú.

—¿De verdad? Siempre lo llevas puesto. Debe gustarte mucho.

—Me encanta —admití—. Pero ahora es tuyo. Así también te acordarás de mí.

—¿Crees que aunque no me dices nada iba a poder olvidarte?

—Te lo vas a quedar, y no se hable más.

Dan se llevó una mano a la estrella de mar y sonrió, encantado de su regalo, aunque hubiera sido improvisado.

—Cada vez que lo vea, recordaré esta habitación, a una chica con una media luna en la piel, y con la lengua más larga y peleona del mundo.

Reí y le acaricié la mejilla.

—Lo dices como si te fueses a ir ya.

—Nos vamos pasado mañana, Ani. Los chicos quieren pasar el Año Nuevo con sus familias.

—Oh... Claro, es normal. —Me dio un bajón histórico.

Él suspiró y me abrazó fuerte, pegando su nariz a la mía.

—¿Qué planes tienes para mañana?

—¿Alguna sugerencia? —La noticia de que Dan se iría tan pronto todavía me tenía en *shock*.

—¿Te apetece que nos perdamos por ahí? ¿Solos?

—Claro que me apetece.

—Entonces, resérvame el día, te quiero para mí.

Mientras esperaba a que Dan viniese a por mí, cogí el móvil y les mandé nuestra foto a mis amigas. Llevaban dándome el coñazo desde el principio para que les enseñase a mi surfista, así que entré en el chat y se la envié sin agregar ni una palabra. Y, bueno, puestos a decir la verdad, os confieso que también lo hice para chulearme un poco. ¡No todos los días una encontraba a un tío como Dan, eso había que celebrarlo! ¡Dar envidia era uno de mis deportes favoritos!

¿Cómo? ¿Que eso no es un deporte? ¡Vaya por Dios! (Insertar risa cabrona aquí).

Los mensajes de mis amigas no tardaron en llegar. Y el primero fue de mi hermana.

Abril:

¡Hostia, qué guapo es, Ani!

¿Ese es Dan?

Ani:

Sí, señora.

Abril:

¿De verdad hay hombres como ese por el mundo?

Sonia:

¡Vaya, vaya, con el sapito!

Sí que está bien.

Abril:

¿Y qué hace contigo un tío bueno como ese?

Ani:

Que te den, hermana.

Abril:

¡Ja, ja, ja! No te enfades, era una pregunta retórica.

Ani:

¡Coño! ¿Es que tú sabes lo que es eso?

Martina:

¡¿¿Ese tío es al que te estás beneficiando, pedazo de perra??!

Ani:

Es guapo, ¿verdad? Ja, ja, ja.

Martina:

¡Por eso no querías enseñarnos una foto de él! ¡Te lo querías gozar tú sola, mala amiga!

Sonia:

Tiene cara de chulo y creído.

Abril:

Y de cogerte de un puñado y empotrarte contra la pared de cualquier manera.

Martina:

Y de dejarte agujetas tres semanas o más.

Ani:

Mira que sois burras las tres.

Abril:

¿Estamos equivocadas?

Ani:

Habéis acertado en todo.
¡Dan es la leche!

Martina:

Ahora que lo miro con más atención... ¡Yo a este lo he visto antes!

Sonia:

Ja, ja, ja, ¡sí, en tus sueños!

Martina:

¡Que he visto a Dan antes, joder!

Ani:

¿Dónde? ¿Cuándo has
ido a Londres?

Martina:

¿A Londres? ¡Ni de coña!

Abril:

¿Y entonces?

Martina:

¿Influencer, youtuber? ¿Un
actor que acaba de empezar?
¿Modelo?

Abril:

Pues a mí no me suena de nada.

Martina:

¿Te estás follando a un famoso, Ani?

Ani:

¡Dan no es famoso, ni nada
de eso! ¡Tú flipas!

Sonia:

A mí tampoco me suena.

Martina:

¡Pues yo os digo que nunca me
olvido de una cara! ¡Y a él lo
he visto o me lo he cruzado
por algún sitio!

El último día que pasé con Dan fue tan increíble como los anteriores, no obstante, más intenso si cabía. Ambos sabíamos que nos quedaban unas horas para estar juntos y las aprovechamos al máximo.

Fuimos a esa playa desierta, nos bañamos, nos besamos, hicimos el amor, reímos, hablamos... Olvidamos por un momento que aquella sería nuestra última vez, que después de ese día ya no habría más Ani y Dan. Dejaríamos de ser nosotros para convertirnos en él y yo, en un recuerdo que desaparecería con el tiempo y acabaría emborronado en nuestra memoria. Se quedaría en un simple lío de vacaciones, en algo sin importancia. Pero así eran las cosas, ¿verdad?

Me prohibí pensar en ello durante el día. Ya tendría tiempo de darle vueltas cuando él no

estuviese, cuando Dan hubiese desaparecido para siempre de mi vida. Y creo que él hizo lo mismo. No pensar.

Llegamos a casa de Carlota a las dos de la madrugada, con la piel cubierta de sal, miles de recuerdos que atesorar y una sonrisa melancólica en los labios.

Bajé de la moto y lo besé con un temblor irremediable en el cuerpo. Aquello era una despedida, una jodida e indeseada despedida.

—¿Te tienes que ir ya?

—Tengo que volver a hotel y descansar un poco. Nuestro avión sale a las seis y debemos estar mucho antes en pie para facturar las motos y el equipaje.

—Entonces, solo vas a dormir un par de horas.

—Me sobran.

Asentí y sonreí aun sin tener ganas. Así de tontas somos las personas, vemos pasivamente pasar de largo cosas importantes, pero no hacemos nada para remediarlo.

—Buen viaje de vuelta. Yo todavía me quedo por aquí una semana más antes de regresar a casa.

—¿Irás a nuestra playa?

—Es posible.

—No le enseñes tu media luna a otro surfista, ¿vale?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

Ambos reímos y nos miramos a los ojos. Dan me rodeó de nuevo por la cintura y me dio un último beso, tan profundo y bonito que se me puso un nudo enorme en la garganta.

Sonrió una vez más y me regaló la visión de sus hoyuelos mientras su nariz jugueteaba con la mía.

—Me ha encantado conocerte, Ani —susurró sobre mis labios—. Eres y serás el recuerdo más bonito que tenga nunca.

—Y tú el mío. Estas vacaciones no habrían sido lo mismo sin ti.

—Cuidaré de tu estrella de mar.

—¿De verdad tienes que irte tan pronto? —pregunté casi sin poder hablar—. ¿No os podéis quedar ni un día más?

—Timothy y George quieren pasar el resto de las Navidades con su familia.

—¿Quieres...? ¿Quieres mi número de teléfono? Podríamos hablar de vez en cuando.

—No, Ani, es mejor así, créeme. Es mejor que esto acabe aquí.

Dan acarició mi mejilla y me dio otro suave beso en los labios. Yo respondí y lo hice de buena gana, aunque un poco decaída porque no quisiese seguir teniendo contacto conmigo.

—Vale, pues... buen viaje.

—Adiós, Medialuna. Te recordaré siempre.

Después de otro beso y de un fuerte abrazo, Dan se puso el casco y arrancó la moto.

Lo vi alejarse del barrio de Carlota sin mirar atrás, y cuando su imagen fue una mancha borrosa en el horizonte, di media vuelta y entré en casa.

15

Volver a la realidad

Los días en Río de Janeiro pasaron de forma lenta desde la marcha de los chicos.

Carlota y yo seguíamos yendo a la playa cada mañana, a pasear por la ciudad cuando caía la noche y a comer en pequeños restaurantes del centro, pero el recuerdo de aquellos cuatro nos perseguía en cada cosa que hacíamos.

Me perseguía cada vez que me tumbaba en mi cama y mis ojos se posaban en la ventana por la que Dan entró tantas noches. Cuando percibía su olor en mi almohada. Cuando miraba nuestra foto.

¿Cómo era posible que se pudiese echar tanto de menos a alguien al que apenas conocías?

Nuestra conexión había sido acojonante desde el principio y me resistía a aceptar que todo aquello había terminado. Sin embargo, no me quedaba más remedio que hacerlo.

—¿Has vuelto a hablar con Dan? —me preguntó mi prima en la playa, dos días antes de mi regreso a España.

—No sé nada de él desde que nos despedimos.

—¿Y por qué no lo llamas?

—¿Cómo, Carlota? No tengo su puñetero número de teléfono. Se lo comenté cuando nos despedimos y él no quiso.

—¿Qué me estás contando? No jodas, Ani. ¡Ese tío estaba enganchado a ti de cojones! No me creo que no haya querido seguir en contacto contigo.

—Pues créetelo. —Suspiré y me puse un poco de crema solar en los brazos—. Me dijo que era mejor así.

—O sea... Es que... —Sí, Carlota estaba flipando, como yo en su momento—. Vale que Dan era reservado con su vida y todo eso, ¡pero se veía a kilómetros que tú le gustabas un montón! ¡Hasta Leo lo hablaba con Timothy y George!

—Pues parece que no le gustaba tanto como ellos pensaban, porque no sé nada de él. —Sonreí y palmeé el muslo de mi prima—. Carlota, lo nuestro fue un rollo. Ese era el trato.

—¿Tú crees que tendrá a alguien esperándolo en Londres?

—Ni lo sé ni me importa. —Bueno, sí me importaba, para qué vamos a engañarnos, pero estaba empeñada en hacerme la dura—. Lo que tuvimos se acabó. Él no quiso seguir teniendo contacto conmigo y yo no voy a estar comiéndome la cabeza por eso. Tengo una vida, amistades y tíos con los que follar cuando me apetece. Fin.

Carlota se incorporó un poco y cogió su teléfono móvil. Contestó a un par de mensajes y se recostó de nuevo a mi lado.

—Leo va a venir a vivir a Río.

La sonrisa curvó mis labios.

—¡No jodas! ¿El capullo de Leo?

—¡No lo llares capullo!

—¡Esto sí que no me lo esperaba! ¿En serio?

—Estuvimos hablando antes de que se fuera y decidimos apostar por lo nuestro. Va a venir, va a buscar un trabajo, y se va a quedar.

—¿Cuándo vuelve?

—En dos meses, o tres.

—Al final, el gilipollas se va a convertir en mi primo de verdad. Hay que joderse. —Reí y Carlota lo hizo conmigo, eso sí, después de darme otro empujón por haber insultado a su chico, no te creas que salí indemne—. Me alegro por vosotros. Os irá bien.

—A ti también te irá bien, Ani.

—Claro que sí. Volveré a España, seguiré con mi vida y... ¿Por qué no? Le daré una oportunidad a John Collins.

—¿Al hijo de tu jefe?

—Ajá.

—¿Es guapo?

—Sí, e inteligente. Y Sonia está empeñada en que es mi príncipe azul.

—Siempre tuvo buen ojo. Si lo dice Sonia, habrá que creérselo.

Como buenas españolas, la noche del 31 de diciembre, buscamos un directo por YouTube para comernos las uvas y celebrar la entrada del nuevo año.

En realidad, en Río eran las siete de la tarde, pero con una copa de champán en las manos y un poco más borrachas de la cuenta, tratábamos de no atragantarnos mientras las campanadas marcaban el ritmo al que debíamos engullir. Y lento no era.

Tras la última, Carlota y yo nos abrazamos y besamos con la boca todavía llena de uvas, y la mandíbula mojada por el jugo, porque, claro, no eran unas buenas campanadas sin el correspondiente ataque de risa y sin la uva saliendo hasta por la nariz.

Esa forma de comenzar el año no era elegante que digamos, no obstante, era la hostia y nos encantaba.

Brindamos una vez más con el champán y gritamos cuando Carlota puso música con la que bailar y celebrar los nuevos comienzos.

—¡Este va a ser nuestro año, Ani!

—¡Ya te digo! ¡Lo vamos a petar!

—Yo me voy a convertir en una diseñadora famosa y tú...

—Yo voy a fundar mis propios laboratorios de belleza. Seré mi jefa.

—¡Y vamos a follar a destajo! ¡Yo con Leo y tú con... con quien te dé la gana!

—¡Con John Collins! —chillé riendo.

El sonido de mi teléfono móvil me distrajo. ¿En serio? ¿Ahora que estábamos de subidón por el nuevo año?

Sin ganas de contestar, me dirigí hacia él y, cuando miré la pantalla, no reconocí el número.

—¿Diga?

—Ani, ¿eres tú?

—¿Timothy? ¿Eres Timothy? —Carlota se puso a mi lado cuando me escuchó contestar.

—¡El mismo!

—¡Joder, Timothy! —exclamé, eufórica—. ¿Cómo has conseguido mi número?

—Me lo ha dado Leo. Estamos aquí juntos. A nosotros todavía nos falta una hora para el fin de año, así que hemos querido llamaros para felicitaros.

—¡Y mi novia tiene el móvil apagado! —Se escuchó la voz de Leo de fondo.

Me dirigí a Carlota.

—Leo dice que tienes el móvil apagado y por eso me han llamado a mí.

—¡No jodas! —Se fue corriendo a encenderlo.

—Ani —prosiguió Timothy—. Voy a hacerte una videollamada, cuelga.

No pasaron ni cinco segundos cuando volvió a llamar.

Al pulsar el botón, en la pantalla aparecieron Timothy, Leo y George muy sonrientes y muy guapos.

¿Y Dan? ¿Dónde estaba Dan?

El corazón se me iba a salir del pecho al imaginar que lo vería otra vez.

—¡Hola! ¡Joder, parece que hace tres años que no os veo y solo han pasado unos días!

—Eso es porque nos echas mucho de menos, prima.

—A ti no tanto, ¿eh? —respondí riendo, a lo que Leo me hizo una peineta.

—¿Ya os habéis comido las uvas? —preguntó Timothy sin dejar de sonreír.

—Hace un rato —añadió Carlota, mandándole un beso a su chico.

—Aquí hace un frío de cojones —dijo George, hablando por primera vez.

—Treinta graditos tenemos ahora mismo en Río.

—¡Joder, os odio! ¡Yo quiero estar allí! —comentó Timothy poniendo morritos—. En realidad, todos queremos. ¡Bueno, menos George!

—¿Tan mal te lo pasaste con nosotras, George? —le preguntó Carlota.

—Me lo pasé de puta madre.

—¡Lo que pasa es que ha vuelto con su novia y está idiotizado! —exclamó Leo riendo—. Parecía un muerto viviente sin Claire.

—¿En serio, George? ¡Me alegro mucho por ti! —grité aplaudiendo.

—Ani —dijo Timothy, volviendo a llamar mi atención—. No pudimos despedirnos de ti antes de irnos de Brasil.

—Es verdad, cuando llegué a casa ya no estabais.

—El cabrón de Dan te secuestró el último día.

Dan. Nombraba a Dan, pero no lo veía por ningún lado de la pantalla. Me estaba costando horrores no preguntar por él. Mi pequeño orgullo esperaba que apareciese de un momento a otro y me sonriese de esa forma tan suya.

—¡Apúntate mi número, Ani! —continuó Timothy—. Así no perdemos el contacto.

—¡Tenéis que venir a Londres alguna vez de visita! —añadió George sonriente. Y qué raro era verlo tan feliz. Debía de querer un montón a su novia para que la ruptura le hubiese afectado tanto.

—¡Sí, algún día, segurísimo! —Pero ¿y Dan? ¿Es que no iba a aparecer? ¿De verdad no iba a verlo?

—Os haríamos un *tour* cojonudo por la ciudad.

Ani, aguanta las ganas. No preguntes por él.

—¡Y os llevaríamos a los *pubs* más guapos, a bailar!

Quizás no quería verte y por eso no aparecía en pantalla. ¡No preguntes por Dan, joder!

—Y podríamos ir a comer *fish and chips*, es muy típico, a los turistas les gusta.

¡Vale, a la mierda! Dignidad y orgullo a tomar por culo. Mira que era masoquista.

—Timothy, ¿dónde está Dan?

—Dan no ha venido —respondió él sin más—. Ya sabes que no le gustan mucho estas fiestas.

—Ah, claro, claro, es verdad. —¿Por qué de repente me sentía tan decaída?

Dos días más tarde, Carlota me acompañó al aeropuerto de Río y me ayudó a llevar mi equipaje.

En poco más de una semana me incorporaba al trabajo y tenía que descansar de las vacaciones. Porque sí, estaba más reventada que cuando llegué, sin embargo, no habría cambiado nada de lo

que hice, porque habían sido una pasada. Por la experiencia, por la playa en diciembre, por Dan. Vale, lo reconozco, sobre todo por Dan.

Cuando facturamos mi equipaje, Carlota y yo nos abrazamos y lloramos al tener que separarnos.

Brasil estaba tan lejos y Carlota tenía tan poco tiempo libre que pasarían años hasta que pudiésemos volver a vernos.

—Joder, Ani, no quiero que te vayas.

—Yo me quedaría, no te creas. —Me limpié una lágrima y sonreí—. Han sido unas vacaciones cojonudas.

—Sí que lo han sido. Y ahora me toca quedarme sola otra vez.

—¿Por qué no te planteas regresar a España? Allí estamos todos.

—No, mi trabajo y mis ilusiones laborales están aquí. No puedo marcharme y abandonar todo por lo que he luchado estos años. —Suspiró—. Además, en Río también tengo amistades y... en un par de meses vendrá Leo.

Saqué el teléfono móvil y lo toqueteé un poco.

—Te voy a meter en el chat de mis amigas, así siempre vas a tener con quién hablar.

—¿Quién está en el grupo?

—Sonia, mi hermana y una compañera de trabajo que está como una puñetera cabra. Se llama Martina, te caerá bien.

Por los altavoces del aeropuerto avisaron de que mi vuelo saldría en breve. Nos abrazamos por segunda vez y le di un beso en la mejilla.

—Tengo que irme, Carlota, no puedo perder el vuelo.

—De verdad, me da una pena tremenda que tengas que marcharte...

—Me toca volver a la realidad, pero nunca voy a olvidar estas Navidades.

—Entonces, te espero el año que viene.

—Puf, no sabes de lo que estás hablando. Si le digo a mi madre que paso otra Navidad fuera de casa, me despelleja. Parece mentira que no conozcas a tu tía. Creo que es más fácil que vengas tú.

El viaje en avión fue tranquilo, y menos mal, porque soy de esas personas que las turbulencias y las alturas las llevan regular.

Me quedé dormida poco después de que Río de Janeiro se convirtiese en una pequeña mancha a kilómetros de distancia.

Dormí mucho, mucho pero mucho, tanto que cuando abrí los ojos apenas nos quedaba una hora y media para llegar.

Cuando el avión tocó tierra y, después de coger mi maleta, crucé la puerta de llegadas y, nada más levantar la mirada, me encontré con Abril, que esperaba apoyada en un pilar mientras toqueteaba su teléfono.

Al verme, se guardó el móvil en el bolsillo de sus pantalones vaqueros y me sonrió.

—¡Ani!

Nos dimos un abrazo rápido y me ayudó con el equipaje, mientras caminábamos hacia el aparcamiento donde había dejado el coche.

Abril era tan diferente a mí que casi nadie se creía que éramos hermanas.

Yo castaña y ella rubia, yo con ojos marrones y ella verdes, yo no demasiado alta y ella con estatura de modelo. ¡Había que joderse con la genética de los cojones! Además de todo eso, ella era mayor tres años, así que se chuleaba y quería mandar en todo, cosa que yo no le ponía fácil, que quede claro.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Supongo que bien, he llegado viva —bromeé.

—Qué raras han sido las Navidades sin ti. Mamá casi nos vuelve locos a todos cada vez que se acordaba de que faltabas.

—Esa mujer tiene que relajarse.

—Parece mentira que no la conozcas, es imposible. —Rio ella, guiñándome un ojo—. ¿Quieres ir a verla o te llevo directamente a tu casa?

—¡A mi casa, por Dios! Ya pasaré mañana por allí para saludar. Estoy reventada y no sé ni en qué día me encuentro.

—¿Será por el *jet lag*?

—O por las pocas ganas de empezar a currar otra vez, vete tú a saber.

Echamos las maletas en el coche y nos pusimos los cinturones de seguridad.

—Tienes que contármelo todo de Río. ¡Qué envidia me has dado este tiempo!

—Venga ya, Abril, pero si te lo has estado pasando de puta madre con el camarero ese, y me tuve que enterar por Martina.

—Es que me pareció muy pronto para hablarte sobre Raúl.

—Raúl... Mmm... Tiene nombre de empotrar hasta de espaldas.

—Nos estamos conociendo, nada más. Todavía no le hemos puesto nombre a lo nuestro.

—¿Es que hay que ponerle nombre? Cada vez te pareces más a Sonia. Disfruta y ya se verá. Si el tal Raúl tiene que convertirse en mi cuñado, se convertirá, y si no..., pues te lo has pasado de vicio con un tío bueno.

Abril puso la radio y estuvimos un rato en silencio, escuchando una emisora donde casi todo era reguetón. Y no es que me molestase ese tipo de música, pero es que yo era más de pop y de canciones que no hablasen en todo momento de poner a alguien mirando para Cuenca.

—Oye, Ani, ¿sabes algo de Dan desde que se fue? ¿Has hablado con él?

—No sé nada. No tengo ni su teléfono.

—Qué putada, ¿no?

—Pues... un poco, la verdad.

—¿Te habría gustado seguir sabiendo de él?

—Sí.

—¿Y por qué no averiguas su número y lo llamas?

—Porque él no quiso dármelo, Abril. No estoy tan desesperada, ni voy a estar llorando por los rincones por no volver a verlo. —Aunque poco me faltó, seamos sinceras.

Mi hermana me dejó frente a mi edificio. Quiso ayudarme a llevar las maletas hasta casa, pero le dije que no era necesario. Ya bastante que había venido a recogerme al aeropuerto.

Nada más entrar, dejé las maletas en el suelo y miré a mi alrededor, con una mezcla de felicidad y tristeza. Atrás se quedaban los recuerdos de Río y de Dan.

Estaba en casa, volvía a mi rutina y, en el fondo, eso me gustaba.

Nada más abrir todas las ventanas, escuché el sonido de mi teléfono móvil. Cuando vi quién era, sonreí.

John Collins:

Si todo ha ido bien,
debes de estar en casa.

Ani:

Acabo de llegar, todavía tengo

las maletas en el suelo.

John Collins:

Te invitaría a cenar, pero estoy fuera y no volveré hasta el martes, así que nuestra cita tendrá que esperar.

Ani:

Nos vemos en el laboratorio entonces.

John Collins:

No sabes las ganas que tengo de tenerte enfrente.

Ani:

No es correcto que un jefe hable de ese modo a una empleada, señor Collins.

John Collins:

Ja, ja, ja. El jefe es mi padre, yo solo soy un mandado, como el resto. Y me da igual que no sea correcto que te hable así, porque lo voy a hacer de todas formas.

Ani:

Eso es toda una declaración de intenciones.

John Collins:

Sí que lo es. Llevo deseando que me des una cita desde el primer día que entraste al laboratorio a trabajar, y ahora que me lo has prometido, no voy a descansar hasta que lo cumplas.

Ani:

Yo siempre cumplo lo que prometo.

John Collins:

Lo sé, y por eso me gustas todavía más. Nos vemos el martes, Ani. Descansa y recupera fuerzas para empezar a trabajar.

16

¿Va a durar mucho el morreo?

8 de enero

La vuelta al trabajo siempre es una mierda. Sí, lo es y sabes que tengo toda la razón. Sea cual sea tu puesto de trabajo, el primer día va a ser largo y aburrido al cien por cien. ¿Que por qué? Pues porque se está muy bien de vacaciones y el cuerpo se acostumbra pronto a lo bueno.

En mi caso, a todo eso se le sumó que empecé a pillar un resfriado, así que era doblemente jodido, y más cuando me pasaba el día con la mascarilla cubriéndome la boca y la nariz para no escupir ni moquear las cremas que estudiábamos. Lógico, ¿verdad?

Me puse unos pantalones vaqueros y un jersey calentito de color rosa, que muy sexi no era, pero como llevábamos la bata blanca tampoco es que mi ropa fuese a tener mucha importancia en la investigación de cremas antiarrugas. De hecho, todos íbamos más bien cómodos para trabajar, nada de tacones, ni maquillaje excesivo. Bueno, todos... a excepción de Carla Manrique, la archienemiga de Martina, y mía también, por supuesto.

Carla era una tía despampanante pero con el corazón más negro que el alma de vuestros exnovios. Sí, amigas, no exagero.

Era morena, alta, con un cuerpo de escándalo, pero mala como ella sola. Y pelota. Y chivata. Como hicieses algo mal delante de ella, no tardaba ni cinco minutos en ir a contárselo al jefe.

En fin, a lo que iba, que solo Carla iba vestida al trabajo como si estuviese invitada a una boda. Los demás éramos personas normales, con nuestras ojeras, bostezos mañaneros y arrugas en los pantalones.

Cogí mi moto y conduje hasta los Laboratorios Collins, situados en el polígono industrial de la ciudad. Llegué tiritando de frío y con ganas apuntarme a la autoescuela para sacarme el carnet de coche. Aunque nada, siempre decía lo mismo, pero nunca me apuntaba. Me gustaba demasiado mi moto. Era pequeña, muy cómoda para moverse por la ciudad y eléctrica para no contaminar.

Saludé al guardia de la entrada y entré en la cafetería, donde mis compañeros tomaban café antes de empezar la jornada.

—¡Anita, ya era hora de que asomases el culo por aquí!

Martina. Sí.

Mi amiga me dio un abrazo con el que me crujieron veinte o treinta vértebras. Bueno, vale, puede que no me crujiese ninguna, pero ya me entendéis.

Me hinchó a besos y dio un par de vueltas conmigo, dando saltitos. Cuando nos separamos, la contemplé con una sonrisa en los labios.

Martina estaba como siempre. Su cabello castaño recogido en una coleta de caballo, sus labios carnosos con un toque de brillo, su cara delicada y bonita y sus preciosos ojos negros algo rasgados, que le daban un toque exótico.

—¡Eres una perra, Ani! ¡Yo esperando a que llamasen para tomarnos un café y me contases con pelos y señales tu aventura en Río, y no has dado señales de vida!

—Me hacían falta unos días de descanso.

—Claro, es que, hija, tanto darle al tema con Dan...

—¡Eres imbécil! —Reí empujándola, pero inmediatamente la abracé yo—. ¿Qué tal la Navidad?

—Aburrida, como siempre. A mi novio no le gustan esas fiestas y nos hemos pasado el tiempo encerrados en casa.

—Qué divertido parece.

—¡No te rías! Mira que yo quiero mucho a Marcos, pero qué sosito es para algunas cosas.

—El año que viene hacemos planes y nos vamos de viaje todas las amigas.

—Hostia, tu madre te mata.

—Es verdad, no me acordaba de mi madre y de su pasión por la Navidad.

Martina rio y fuimos andando hasta la máquina de cafés, donde sacamos uno cada una.

—Ayer hablé con tu hermana y hemos dicho de juntarnos para tomar algo pasado mañana. ¿Te apuntas?

—Claro.

—Tienes que contárnoslo todo, y enseñarnos muchas fotos.

—Casi no tengo, ni me acordé de hacer fotos.

—Ah, es verdad, se me olvidaba que te pasaste la mitad del tiempo con la lengua en la boca de cierto surfista.

—Mira que eres bestia.

—Oye, que yo no te culpo. Todas las mujeres deberíamos pasar una temporada de nuestra vida con un hombre como él. Tendría que estar estipulado por ley.

Me senté en un banco y saludé al resto de mis compañeros. Martina se sentó a mi lado.

—¿Y qué tal por aquí?

—Bien, como siempre. Jaime terminó su crema. —Señaló hacia el fondo de la sala—. Esas tres de ahí son nuevas, van a ayudar a Greta con la nueva fórmula de la crema de ácido hialurónico. Se incorporaron ayer. ¡Ah! Y Carla sigue tan imbécil como siempre.

—De eso no tenía dudas.

—Sigue lamiéndole el culo al estirado de Collins. Deberían liarse e irse a tomar por saco.

—Ya le gustaría a ella que John le hiciese caso.

—Ya me gustaría a mí perderlos de vista a los dos. En fin, cada una tenemos nuestros propios sueños húmedos.

—¿Ani?

Nada más escuchar mi nombre, Martina y yo giramos la cabeza.

John Collins acababa de entrar en la sala y me miraba sonriente. Estaba guapo, tenía que admitirlo. Iba vestido con unos pantalones de pinza de color claro y un polo granate que le sentaba como un guante. El cabello peinado hacia atrás, despejando su apuesta cara cuadrada, y su afeitado era impoluto, ni un pelo, oye, como si lo hiciese cada día. Seguro que yo tendría más bigote que él. No tenía pruebas, pero tampoco dudas.

—Ya me parecía a mí que olía a colonia inglesa rancia.

—Yo también te deseo buenos días, Martina —respondió John sonriendo sin ganas.

Esos dos no se caían bien desde nunca. A veces, los planetas se alineaban y pasaban esas cosas sin motivo aparente ni remedio.

—Ani, ¿puedes venir un momento al despacho de mi padre?

—Sí, claro.

Apuré mi café y tiré el vaso a la basura, mientras caminaba tras él hacia el despacho del jefe.

John tenía buen culo. Lo sé porque se lo había mirado muchas veces cuando andaba detrás de él, y ese día no iba a ser menos.

Una vez dentro, entornó la puerta y me miró de arriba abajo, sonriente. Apoyé el trasero sobre la mesa y me crucé de brazos, sosteniéndole la mirada.

—¿Pasa algo, John?

—¿Sería muy raro si confesase que no tengo ningún motivo para haberte llamado al despacho?

—Un poco, sí. —Sonreí.

Dio unos pasos hacia mí, remoloneando.

—De hoy no pasa que quedemos para cenar, Ani.

—Hoy no puedo, le prometí a mi madre que iría a verla.

—Entonces, mañana.

—He quedado con mis amigas.

John rio.

—¿Por qué parece que siempre huyes de mí?

—No huyo de nada. Podemos quedar el viernes.

—¿Una cena?

—Sí, suena bien.

John recortó la distancia que nos separaba y se colocó de pie frente a mí. Muy cerca.

Me agarró por la barbilla para que lo mirase a los ojos. Su olor se coló por mis fosas nasales y, aunque era agradable, no provocó ninguna reacción en mi cuerpo. Bueno, sí, su cercanía me incomodaba un poco. Eso era una reacción, ¿no?

A pesar de conocerlo desde que empecé a trabajar en el laboratorio y de sus intentos por que cenásemos juntos casi desde el principio, siempre hubo algo que me echó para atrás, que me hacía detenerme con él, como me estaba ocurriendo en aquel momento.

Era guapo, sí, y sexi también. Un príncipe azul de los que hablaba Sonia. El tío con el que sueña la mayoría de las mujeres. Y yo seguía estando incómoda. Sin embargo, no aparté la cara. No. No lo hice ni cuando acercó sus labios, tanto que casi me rozaron, ni cuando me rodeó por la cintura.

¿Qué había de malo en un beso con un hombre guapo?

John posó su boca sobre la mía y yo dejé que lo hiciera. Pasiva, pero con curiosidad por saber si su contacto era capaz de despertar algo en mí.

—¿Va a durar mucho el morreo o vuelvo más tarde, John?

Al escuchar aquella voz, John se separó de mí de inmediato. Y menos mal que lo hizo, porque mi corazón comenzó a latir como loco y yo a hiperventilar.

¿Conocía esa voz! La habría conocido, aunque hubiera tenido delante una jodida banda de rock destrozando las guitarras sobre el escenario.

No.

No podía ser. Mi mente me estaba jugando una mala pasada. ¡No podía ser él!

Cuando giré la cabeza y vi a Dan frente a nosotros, tuve que cogerme con fuerza a la mesa del despacho porque las piernas comenzaron a temblarme.

¿Qué puta locura era aquella?!

¡Era Dan, mi Dan! ¡Y había hablado en español! ¡Vaya que si lo había hecho, en un español tan perfecto como el mío!

¡Joder, y estaba guapísimo! ¿Cómo se podía estar tan guapo y que no fuese un delito contra la cordura pública?

Vestía unos tejanos oscuros que marcaban a la perfección lo fuertes que eran sus muslos, una sudadera blanca de deporte, y el cabello tan corto como lo recordaba.

Llevaba papeles en las manos y... me miraba con unos ojos tan serios que por un momento me sentí confusa. Parecía colérico, de hecho.

Y, maldita sea, ¡claro que estaba confusa! ¿Qué hacía Dan allí, en el laboratorio?

—Pasa al despacho, Ani y yo ya habíamos terminado.

—Este no es un buen sitio para follarte a tus amigas, John.

—No, nosotros no... —balbuceé sin que me saliesen las palabras de la boca.

—¡Ten un poco de respeto! ¡No conoces a Ani para decir esas cosas delante de ella!

Dan me miró de arriba abajo y resopló, con una indiferencia impropia en él.

—¿Por qué iba a conocerla? ¿Crees que me interesan tus novias? ¡Porque no lo hacen una mierda!

Quise hablar, contestarle, decirle que no éramos novios, pero estaba tan paralizada que no pude hacerlo.

—Deja de comportarte como un crío y dame esos documentos —saltó John, fulminándolo con los ojos—. Y haz el favor de pedirle disculpas a Ani por la forma que has tenido de dirigirte a ella.

—No, no tiene que disculparse —acerté a decir.

—No iba a hacerlo de todos modos, guapa.

¿Guapa? ¿Me acababa de llamar guapa? ¿Qué le pasaba? ¡Ese no era el Dan que había conocido en Río! ¡Ese capullo no podía ser mi Dan!

John se colocó a mi lado y me rodeó por la cintura, dándome apoyo, sin embargo, ni siquiera me di cuenta, porque no podía despegar los ojos del chico con el que había pasado las mejores vacaciones de mi vida.

—Aunque no se lo merece, él va a trabajar con nosotros en el laboratorio —me informó John con voz seria—. Es Daniel Collins, mi hermano pequeño.

¿Hermano? ¡¿Hermano de John?! ¡¿Hermano pequeño?! ¿Cuántos años tenía Dan? ¿En qué puto lío me había metido?

—¿Her... hermano?

—¿Estás sorda? Hermano, sí.

—¡Daniel, ya basta!

—Ya lo creo que basta. —Si las miradas matasen, John y yo hubiésemos muerto *in situ*—. Todavía no sé cómo coño he aceptado trabajar aquí.

—Pregúntaselo a papá, porque yo tampoco lo entiendo.

—¿Vas a decirme qué tengo que hacer o voy a tener que quedarme a ver cómo sigues morreándote con tu novia?

John suspiró, intentando controlar su enfado, y yo bajé la vista al suelo, porque el nudo que tenía en el estómago me dolía, y mucho.

—Te encargarás de documentar los avances de tu grupo y transcribirlos en el ordenador.

—¿Qué grupo?

—Estarás con un grupo de químicos. En el de Ani, concretamente, y ella será tu superior.

—¿Yo? ¿Superior? —¡Flipante! O sea, ¿John me acababa de ascender?

—¡No voy a trabajar con ella! Ponme en otro grupo.

—¡Harás lo que se te diga!

—¡Que te jodan, John! —Y tras aquel último insulto, dio un golpe en la puerta del despacho y salió sin mirarme ni una sola vez más.

Al quedarnos de nuevo a solas, John tuvo que notar mis temblores, porque me frotó los brazos y me sonrió.

—Tranquila. Daniel es un caso perdido, todavía no comprendo por qué se ha empeñado mi padre en que trabaje aquí.

—¿Hermano... pequeño? —Mi cabeza no dejaba de repetirlo.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintinueve. —Bueno, vale, no era grave, era una edad aceptable, solo tenía dos más que él. Pero, joder, ¿el hermano de John? ¿Desde cuándo mi jefe tenía dos hijos? ¿Por qué nunca supe de la existencia de Dan?—. No sé cuándo va a sentar la cabeza y ser un poco más responsable, la verdad. Mi padre y yo, ya no sabemos qué hacer con él.

Nada más salir del despacho, me fui corriendo al aseo.

Allí, me encerré en uno de los cubículos y me tapé la boca con las manos, flipando por lo que acababa de ocurrir.

No hacía ni dos semanas, pensaba que no volvería a ver a Dan, y ahora resultaba que era el hijo de mi jefe, y que trabajaría con nosotros en el laboratorio.

Mi cuerpo seguía temblando y me jodía estar así, porque él se había comportado como un gilipollas. ¿Dónde estaba el Dan de Río? ¿Dónde estaba ese chico divertido y dulce que se colaba por mi ventana cada noche? ¿Dónde estaba el tío que me hacía el amor con tanta pasión? ¿Dónde estaban sus sonrisas y sus hoyuelos?

Tenía tantas preguntas que intentaban salir a borbotones de mi cabeza...

Al menos, una ya la sabía. Dan no era hijo de un capo de la mafia inglesa, ni explorador en el Amazonas, ni pescador de salmones en Noruega. ¡Era el hermano de John Collins!

Cuando conseguí respirar con un poco de normalidad, salí del servicio y me dirigí hacia la sala donde mi equipo formulaba una nueva crema antiarrugas. Si tengo que ser sincera, estaba muerta de miedo. Miedo por volver a ver ese odio en los ojos de Dan y no comprender por qué. Miedo a tenerlo enfrente y que mi corazón me traicionase, porque sí, nada más imaginarlo frente a mí, se me aceleraba de una forma exagerada. Pero como no era una cobarde, seguí hacia adelante.

Antes de entrar en la sala, Martina me arrolló y me empujó hasta un pequeño pasillo solitario, con tanto ímpetu que no me caí de boca al suelo porque me tenía bien agarrada. ¿Es que todo el mundo quería que me diese un soponcio a base de sustos y sobresaltos?

—¡Hostia, Ani! ¡Agárrate las bragas porque se te van a caer al suelo!

—¿Qué pasa?

—¡Ya sé de qué me sonaba la cara de tu surfista! ¡Es el hermano del imbécil de Collins!

—Ya lo sé, acabo de enterarme.

—¿Lo has visto? ¿Has visto a Dan?

—En el despacho, con John.

—¡Y habréis flipado los dos! ¡Qué pequeño es este jodido mundo! ¡El día menos pensado me cruzo con Brad Pitt, verás tú!

—Yo he flipado. Dan..., no sé.

—¿Cómo que no sabes? ¿Pero estás segura de que te ha visto? ¡A ver si no te ha reconocido con ropa! —Río.

—¡No seas imbécil! A lo que me refiero es que... actúa de un modo muy raro. No lo reconozco, Martina. ¡Ha sido un completo idiota!

—Mujer, seguro que es porque él también se ha sorprendido —me tranquilizó, palmeándome el hombro—. Si tan bien os fue estas Navidades, no tiene ningún motivo para portarse mal.

—Ya, sí, tienes razón. —Me pasó una mano por el pelo y suspiré, más jodida de lo que quería admitir—. ¿Y cómo sabes que es hermano de John? ¿Lo habías visto por aquí?

—En el despacho hay una foto del jefazo con su mujer y sus tres hijos. Creo que la vi alguna vez que entré y se me grabó la imagen. Por eso me sonaba la cara de Dan.

Yo también había entrado varias veces al despacho, pero nunca me fijé. ¡Joder!

Martina y yo entramos en la sala y los demás ya estaban concentrados en su trabajo. Todos menos uno.

Dan se encontraba sentado frente al ordenador toqueteando su teléfono móvil. Ese teléfono móvil que no quiso facilitarme para que siguiésemos en contacto.

Al darse cuenta de mi presencia, el rictus de su boca se volvió todavía más serio y apartó la mirada hacia la ventana.

Tragué saliva, obligué a mi cuerpo a que no se moviese como una gelatina y cogí unos papeles de mi mesa. Fórmulas que debíamos transcribir en el ordenador.

Mientras me acercaba a él, mi estómago no dejaba de estremecerse.

—Dan, ¿puedes empezar copiando esto y guardándolo en el archivo de reacciones químicas asociadas? —Él me miró con frialdad y cogió el papel entre sus manos. Al ver que no abría la boca, proseguí—: Es un trabajo fácil. Está bien para empezar.

—Lo que usted diga, señorita Ortiz.

Suspiré y lo miré con cansancio.

—¿Podemos hablar a solas cuando acabemos de trabajar?

—Hablar, ¿de qué?

—¿De qué? ¿En serio? Pensaba que nunca volvería a verte y ahora resulta...

—Yo a ti no te conozco —me cortó antes de que acabase la frase.

—¿Por qué te comportas así? No te he hecho nada para que me trates de esta forma.

—¿Quieres que transcriba este papel en el ordenador?

—S... Sí.

—Pues no me des más el coñazo y déjame trabajar, que es para lo que estoy en este puto laboratorio.

Aquella contestación fue como un latigazo en el estómago. Di media vuelta y me obligué a concentrarme en mi investigación, como si Dan no estuviese a menos de tres metros de distancia. Como si su actitud no me hiciese daño. Como si el entender sus reacciones menos que en Brasil no me taladrara el cerebro.

Había fantaseado miles de veces con que nos volvíamos a encontrar, y en mi imaginación era bonito. Había cariño, había risas...

No se parecía en nada a esto.

Él no se parecía nada a ese Dan que tenía delante.

17

Lo que tú digas, jefa

El segundo día de trabajo, Dan no fue al laboratorio y la ansiedad que mordía mi estómago, en lugar de calmarse, fue a más, porque tenía la sensación de que aparecería de un momento a otro, cuando no tuviese las defensas preparadas y me atacaría verbalmente o, lo que era incluso peor, me ignoraría.

Así que, a la mañana siguiente, al recorrer en la moto la distancia que separaba mi casa del trabajo, mi cabeza funcionaba a tres mil por hora. Había tenido mucho tiempo para pensar, y cada vez que lo hacía acababa más jodidamente confundida con su forma de actuar.

Cuando aparqué la moto, saqué el candado para ponérselo, porque podía ser un laboratorio prestigioso, pero ladrones había en todos lados.

Mientras lo enredaba en la rueda, escuché el rugido de un coche a mi espalda. Al volver la cabeza, descubrí que era un Ford Mustang deportivo de color negro, que aparcaba muy cerca de donde yo me encontraba.

El conductor apagó el motor y abrió la puerta para salir del vehículo.

Dan apareció ante mí, vestido con unos tejanos, un jersey beis y una chaqueta de cuero negro. No se le veían los ojos porque los cubría con unas gafas de sol tipo aviador, y el rictus serio de su boca se volvió todavía más evidente cuando me miró.

Pasó por mi lado, volviendo la cabeza a malas penas para mirarme, y entró al laboratorio como si llevase toda la vida haciéndolo. Más chulo que un ocho, sí, señor. ¡Y cómo me gustaba esa chulería, joder!

Cogí el casco y lo seguí. No porque quisiese hacerlo, sino porque tenía que trabajar. Bueno, un poco sí que me apetecía seguirlo, lo admito. ¡Pero es que era Dan, a pesar de su comportamiento y de sus miradas láser! Qué lejos se me antojaban los recuerdos de Río, a pesar de no hacer ni un mes de ellos.

Comenzamos a trabajar como cada día, concentrados en nuestro proyecto.

De vez en cuando John se pasaba por la sala para ver qué tal iba todo y aprovechaba cada ocasión para sonreírme y guiñarme un ojo.

Martina se acercó a mi lado, con la excusa de darme un par de cremas, y tomó asiento en la silla de mi derecha.

—¿Has visto a la zorra de Carla cómo se acerca a Dan?

Giré un poco la cabeza y los vi hablando tranquilamente, riendo y tonteando de forma descarada.

—Que se acerque todo lo que quiera.

—Esa quiere mojar con un Collins y le da igual con cuál.

Los ojos de Dan conectaron con los míos durante unos segundos, pero los apartó enseguida y le sonrió con más ganas a mi archienemiga.

—Me da igual. Que hagan lo que quieran. Son mayorcitos.

—¿Has hablado con él?

—No.

—¿No te has atrevido?

—El no ha querido hacerlo, Martina. Parece que tenga delante a un extraño.

—No sé cómo aguantas, yo ya lo habría sacado de la pechera a la calle y le habría exigido una explicación.

Las risas de Carla y Dan rompieron el silencio del laboratorio. Martina puso los ojos en blanco y tamborileó en mi mesa con los dedos.

—¡Dios, es que no soporto a la trepa esa! Si fuera por mí, se comía la crema de su mesa. ¿Sabías que el otro día llamó a John por teléfono para decirle que Jaime había probado un bálsamo sin permiso? Al pobre Jaime le cayó una bronca bestial.

Sus risas me distrajeran de lo que decía Martina. Miré de nuevo en su dirección y la vi a ella pasando un dedo por el cuello de la chaqueta de cuero de Dan, poniéndole ojitos sexis.

Suspiré y me concentré en mi proyecto, encogiéndome de hombros. Jodida, sí, pero intentando conservar la dignidad.

—Que hagan lo que quieran, de verdad, me da igual.

Mi amiga chasqueó la lengua, porque me conocía como si me hubiese parido y sabía que de igual nada. Ni me daba igual, ni estaba tan tranquila como parecía.

—Oye, cambiando de tema, ¿es verdad que el estirado de Collins te ha hecho responsable de este grupo?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Corre el rumor por el laboratorio.

—Pues es verdad. No sé por qué, pero John me ha nombrado la nueva supervisora.

—¿No sabes por qué? No jodas, Ani, ¡porque quiere follar contigo y ya no sabe cómo!

Otra suave carcajada detrás de mí me hizo apretar los labios. Dan y Carla parecían estar pasándose en grande.

—¡A tomar por culo! —Me levanté de mi asiento y Martina me miró flipada, como si no entendiese qué pasaba.

—¿Qué haces?

No le contesté porque mis ojos ya tenían enfilado mi objetivo, que no era otro que la parejita.

Al verme llegar a su lado, Dan curvó los labios y me miró con una chulería innata. Era un cabrón.

—¿Tan poco trabajo tenéis que os pasáis el tiempo hablando?

—¿Y a ti qué te importa, Ani? —saltó Carla con antipatía.

—Me importa porque estáis desconcentrando a los demás.

—¡Métete en tus asuntos!

—¡No voy a volver a repetirlo, concéntrate en tu trabajo, Carla!

—¿Y tú quién eres para ordenarme algo?

—¡La supervisora!

—Es la que se folla a mi hermano —saltó Dan en tono hiriente.

Las carcajadas de Carla retumbaron por toda la sala y yo apoyé las manos sobre la mesa de él, acercando un poco más la cara.

—¡No vuelvas a faltarme al respeto, Daniel Collins! ¡En tu puta vida!

—¿Acaso es mentira lo que he dicho?

—¡Sí, es mentira!

—Lo que tú digas.

—¡Ponte a trabajar y déjate de gilipolleces!

—A sus órdenes, jefa. —Sonrió, pero con una sonrisa totalmente falsa. No obstante, en vez de concentrarse en sus tareas pendientes, se cruzó de brazos y me observó retador.

¿Qué? ¿Perdona? ¿De verdad quería que jugásemos a ese juego? ¡Porque tenía todas las

jodidas papeletas que perder!

—Parece que tienes mucho tiempo libre, ¿no? ¡Quizás necesitas más trabajo porque no tienes suficiente!

Di media vuelta y cogí de la mesa central un fajo enorme de papeles, que no eran más que pruebas y mezclas que no funcionaban.

Los dejé caer sobre su mesa y apoyé las manos encima.

—Ya puedes empezar.

—¿Con todo esto? ¿Estás loca?

—Y lo quiero memorizado en un disco duro antes de las cinco de la tarde.

—Eso es imposible.

—¡Pues te jodes! ¡Empieza a trabajar!

Dan me fulminó con sus coléricos ojos verdes y se levantó de su silla, con tanta fuerza que la tiró al suelo y armó un gran estruendo.

Pasó por mi lado y abandonó la sala, dejando a los demás boquiabiertos.

¿En serio? ¿Esa era su reacción a todo? ¿Huir?

¡Ni de coña!

Crucé la sala tras él con la intención de pillarlo. ¡Estaba cansada de aquel sinsentido, quería una explicación! ¡Y la quería ya!

Lo encontré en el aparcamiento, apoyado en su coche como si de repente estuviese muy cansado, como si todas sus energías se hubiesen esfumado.

¡Pero me daba absolutamente igual!

Me coloqué frente a él, llamando su atención, y me crucé de brazos, con la misma actitud retadora que había tenido él conmigo. ¡Ahora la que se ponía chula era yo!

—¿Qué coño te pasa, Dan? ¿A qué viene toda esta mierda?

—No sé, dímelo tú que tan inteligente y trabajadora eres, Ana Victoria Ortiz —respondió con retintín.

—¿Crees que si lo supiese estaría aquí? ¿Piensas que me gusta que me traten como a una porquería sin ningún motivo?

—¿Tanto te importa mi forma de comportarme? —Rio y apartó la mirada.

—¿Sabes cómo me quedé cuando volví a verte aquí, en España, en el sitio donde trabajo? ¡Me hablaste como a una mierda! ¿Es que no guardas un buen recuerdo de lo que vivimos en Brasil?

—Eso es pasado.

—¡Me aseguraste que siempre sería especial, que no me olvidarías nunca! ¡Tuvimos una despedida preciosa! Me hiciste sentir que había significado algo para ti. ¡Pero veo que estaba muy equivocada, porque nada más verme te ha faltado tiempo para atacarme!

—¡A lo mejor es porque te pillé comiéndote la boca con mi hermano! ¡¿Has pensado en eso?! ¡

—¿Y yo qué iba a saber, joder? ¡Ni siquiera me dijiste tu apellido, no sabía nada de ti, no abriste la boca en todo el tiempo que estuvimos juntos!

—¡Y tenía mis motivos!

—¡Me parece genial! ¡Pero, entonces, no vengas culpándome de algo de lo que no tenía ni idea! ¡Creí que eras de Londres, como Leo y los demás!

Él se pasó una mano por el pelo y me miró de soslayo, sin suavizar ni un poco la expresión de su cara.

—Mira, vamos a dejarlo, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Vas a volver a dejarme sin respuestas?

—Sí.

—Claro, qué tonta soy. Tú nunca dices nada. ¿Sabes qué? Haz lo que quieras, me da igual. Creí que lo de Río había sido igual de bonito para ambos, pero me acabo de dar cuenta de que no. Te divertiste conmigo y ya está.

—Ese era nuestro trato. Solo un rollo.

—Sí, es verdad. —Una puñalada en el corazón no dolía tanto como sus palabras. Me sentía tonta, frágil y desilusionada, sin embargo, no lo iba a demostrar—. Entonces, no vengas echándome en cara que me morreo con nadie, porque no es asunto tuyo.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez, estate tranquila.

—Y te pediría, por favor, que cuando estemos trabajando no te pongas a tontear con Carla. Eso déjalo para cuando llegues a tu casa.

Esa noche, lo primero que hice fue darme una ducha caliente y ponerme el pijama.

Estaba reventada, y no en plan físico, porque, como ya sabréis, me pasaba el día sentada, pero la cabeza me iba a explotar y mi ánimo estaba bien jodido por culpa de cierto imbécil que me volvía loca.

Encendí la televisión y me recosté en el sofá, sin prestarle la mínima atención a la película que estaban emitiendo.

La cabeza me daba vueltas y vueltas, y los recuerdos de Brasil revoloteaban por mi mente como si tuviesen todo el derecho del mundo a hacerlo, como si Dan todavía fuese el chico despreocupado y sinvergüenza con el que estuve. Como si la conversación de esa mañana no hubiera existido nunca.

Cerré los ojos, agotada, y me aseguré de que ese tío no volvería a afectarme de esa forma. No valía la pena. Tenía que aceptar que había sido un rollo interesante y nada más.

Desde el principio sabía que lo nuestro no sería más que eso, así que tenía que dejar de idealizarlo, porque el Dan de Río no existía, en realidad, era un gilipollas, como muchos otros hombres que conocía.

Mi teléfono móvil sonó y alargué el brazo para cogerlo. Era el chat de mis amigas.

Martina:

Ani, ¿vas a venir o no? ¡Como tardes mucho, Abril y yo nos emborrachamos sin ti, que lo sepas!

Ani:

¡Joder, se me había olvidado!

Martina:

¿Dónde estás?

Ani:

En casa, con el pijama puesto.

Prima Carlota:

¿Con el pijama puesto tan pronto?

Abril:

Lo raro es que no estés aquí
bebiendo como una descosida
después de lo que ha pasado.

Prima Carlota:

¿Qué ha pasado?

Martina:

¡¿No se lo has contado
a tu prima, Ani?!

Ani:

Yo qué sé. No me acuerdo.

Sonia:

¿Qué es lo que nos
tienes que contar?

Abril:

¡Agarraos las bragas!

Prima Carlota:

Pero ¿estás bien? ¿Te ha
pasado algo grave?

Ani:

Dan está en España. Ha
empezado a trabajar en el mismo
laboratorio que yo.

Prima Carlota:

¡No jodaaaaas! ¿Pero no era
inglés como Leo y los demás?

Martina:

El padre es inglés, pero la
madre no tengo ni idea.

Sonia:

¡¿Conocéis a los padres del sapo?!

Prima Carlota:

¿Por qué llamas sapo a Dan?

Abril:

Cosas de Sonia, tú ni caso.

Ani:

Dan es hermano de John.

Prima Carlota:

Espera, de John... John...
¿El hijo de tu jefe?!

Sonia:

¡No me jodas! ¿El príncipe
y el sapo son hermanos?

Martina:

Y Dan la vio morrearse
con John.

Prima Carlota:

¡HOSTIA! Dame un
segundo que estoy flipando.

Ani:

Carlota, tenías que haber visto el
modo en que me habló.
¡Fue una mierda!

Prima Carlota:

Mujer, es que te pilló
besándote con su hermano.

Abril:

¡Pero Ani y él ya no son
nada! ¿Por qué ponerse así?

Prima Carlota:

¡Porque es su hermano, joder!

Sonia:

Los tíos y su hombría. Ja, ja, ja.
Por eso yo prefiero a las mujeres.

Martina:

Pues yo me cago en la hombría
y en sus santos cojones.
No hay derecho.

Ani:

No deja de repetirme que lo nuestro
se terminó. Que solo fue un rollo y
que no tiene importancia.

Martina:

Está muy borde con ella. ¡Pero
borde de la hostia! Hoy los vi
discutir en el laboratorio.
Ese tío es gilipollas.

Prima Carlota:

Es que..., por más que intento
imaginármelo, no puedo, Ani.
Dan perdía el culo contigo y tú con él.

Ani:

Lo perdía, sí, hasta que dejé de
interesarme. ¿Sabéis algo? Ya no me creo
nada de lo que pasó en Río. Dan
quiso sexo conmigo para divertirse,
pero ya no estamos en vacaciones, así
que... ahora le molesto.

Sonia:

Bueno, Ani, pero eso está bien.
Los sapos sirven para pasar
un buen rato. Quedamos en
que no te ibas a ilusionar con
él, que el bueno para ti
era John Collins.

Martina:

¡Ja, eso de bueno lo
dirás tú, guapa!

Ani:

Por eso soy doblemente tonta.
Porque aunque dije, por activa y
por pasiva, que solo era un lío,
creo que siento algo
más fuerte por él.

Abril:

¡JO-DER!

Martina:

¡Coño, Ani, eso no nos
lo habías contado!

Sonia:

¿Y qué pasa con John?

Martina:

¡Y dale! ¡A John, que le den!

Ani:

Mañana hemos quedado
para cenar.

Abril:

¿En serio? ¿Vas a cenar con
él cuando a ti el que de verdad
te gusta es su hermano?

Ani:

Ahora no puedo cancelar la cita,
Abril. ¡Y no quiero hacerlo! John es un
buen chico, ¿por qué no salir a
pasárnoslo bien?

Abril:

Em... ¿Quizás porque te has
follado a su hermano de todas
las posturas posibles?

Prima Carlota:

Ay, madre, no sé por qué,
pero creo que se va a liar.

Ani:

No se va a liar porque a Dan no le
intereso. Así que iré a cenar con John
y haré lo que me dé la gana. Y si le
molesta, que se vaya con su amiguita
Carla, que parecían pasárselo
muy bien juntos.

Martina:

Estoy con vosotras.
Se va a liar y muy gorda.

Era viernes y en el laboratorio se respiraba buen rollo. Y es que saber que el fin de semana estaba a solo ocho horas de trabajo, era un subidón.

Llegué bastante temprano porque los planetas se alinearon y el tráfico fue más fluido de lo normal. Tomé café con Martina, nos pusimos las batas blancas y nos dispusimos a seguir reformulando aquella crema que parecía habérsenos atragantado.

Dan llegó poco después y se colocó frente a su ordenador sin ni siquiera saludar. Si es que era

un dechado de simpatía andante. Bueno, para ser exacta, diré que a Carla sí que la saludo, el muy cabrón.

Apenas nos dirigimos ni una mirada en el transcurso del día y, cuando lo hicimos, nuestros ojos no duraron fijos en los del otro ni dos segundos. Nos evitábamos a conciencia mutuamente, y lo sabíamos, aunque a mí me costaba horrores hacerlo, todo sea dicho.

A media mañana, Dan se acercó a mi mesa y puso sobre ella el disco duro que le exigí el pasado día, con la información que había en el millón de folios que mi mala hostia y yo pusimos sobre su mesa.

—¿Está todo?

—Está una tercera parte, no soy tan rápido.

—Lo eres para lo que te da la gana.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho? —Se colocó delante de mí y me contempló como si no le gustase lo que veía.

Me habría gustado hacer lo mismo, no os creáis, pero ¡joder, es que él estaba guapísimo! No le sacaba ni un solo defecto con el que hacerme la chula.

—No he dicho nada, puedes volver a tu trabajo.

—¿A qué te refieres con que soy rápido para lo que me da la gana?

—O sea, que sí me habías escuchado.

—¿Tienes ganas de pelea, Ani? ¿Me estás buscando?

—Yo no busco a nadie, así que no te me pongas gallito y vete a trabajar.

—Lo que tú digas.

Pasó por mi lado y golpeó su hombro contra el mío con toda la intención, haciéndome trastabillar.

Me giré de inmediato, fulminándolo con la mirada, y creí percibir de refilón que estaba sonriendo. ¡Cabrón!

Tragué saliva y me obligué a dejarlo estar. Había empezado yo, así que ahora me aguantaba. Di media vuelta y seguí con mi mezcla.

A las siete de la tarde, recogimos el laboratorio y nos despedimos los unos de los otros hasta el lunes.

Caminé junto a Martina, que hablaba por teléfono con su novio, y nos separamos en el aparcamiento.

Al llegar hasta mi moto, me di cuenta de que Dan estaba apoyado en el capó de su coche, muy cerca.

Lo ignoré a conciencia y quité el candado.

—¡Eh, Ani!

John caminaba hacia mí a toda prisa, con un elegante maletín en la mano derecha. Siempre estaba elegante, y eso era una de las cosas que me gustaban de él. Podía tronar, nevar y haber veinte tornados a nuestro alrededor, que él siempre iba perfecto.

—¿Pasa algo, John?

—Solo quería recordarte lo de esta noche.

—No me había olvidado. —Reí.

—¿Quieres que pase a por ti?

—No hace falta, solo dime el nombre del restaurante y nos vemos allí.

John me lo escribió en una pequeña hoja y me dio un beso en la mejilla antes de montar en su propio coche y largarse del laboratorio.

Cuando levanté la vista, Dan seguía allí, toqueteando su teléfono móvil. Lo observé una vez

más de soslayo y fui a arrancar la moto. Sin embargo, no encontré las llaves dentro del bolso.

—Mierda, seguro que me las he dejado en la cafetería —susurré para mí. No era la primera vez que las perdía, así que no me extrañaba que estuviesen en el lugar más insospechado.

Me dirigí de nuevo hacia el edificio y entré al ascensor, porque ganas de subir escaleras no tenía.

Cuando pulsé el número de planta en cuestión, la puerta comenzó a cerrarse, pero antes de que lo consiguiese, alguien se coló dentro conmigo.

Dan.

Si dijese que mis piernas no temblaron, mentiría. Si dijese que casi comencé a hiperventilar, mentiría mucho más. Y si dijese que no se me secó la boca, sería una mentirosa compulsiva.

Estaba delante de mí y me miraba con ese gesto serio que tanto usaba últimamente. Al percibir su olor, tuve que dar un paso hacia atrás, porque me traía recuerdos de olas cálidas y besos de sal.

Antes de que el ascensor llegase a su destino, Dan pulsó el botón de parada, quedando bloqueados entre dos plantas.

—¡¿Qué coño estás haciendo?!

—¿Qué coño haces tú, Ani? ¿Vas a salir con John?

—Sí, ¿y?

—¿No te da ni un poco de reparo que sea mi hermano?

—¿Tendría que dármelo? No lo tengo claro.

—Después de las veces que hemos follado, creo que un poco sí.

—Como bien dijiste ayer, eso es cosa del pasado. Así que no veo motivo por el que no pueda salir con un chico guapo.

—¡El inconveniente es que es mi hermano!

—Será un inconveniente para ti.

Dan se llevó una mano a la frente y resopló mientras maldecía en silencio.

—No te va a gustar.

—¿Y tú qué sabes? Me lie contigo, ¿qué tiene de malo John?

—¡Que es todo lo contrario a mí!

—¡Quizás es eso lo que voy buscando ahora!

—¿Lo estás haciendo para joderme, Ani?

—¿Joderte? Para joder a una persona tendría que importarle, pero a ti no te importo una mierda. —Sonreí con frialdad—. No veo dónde está el problema. Yo sigo con mi vida y tú con la tuya. —Me miré el reloj de muñeca, rezando para que no se notase que me temblaba el brazo de nerviosismo—. Y si no te importa, tengo un poco de prisa.

—Te va a llevar a un restaurante de mierda.

—¿Cómo lo sabes? No hemos hablado de ello en público, y no creo que te lo haya dicho a ti, porque muy bien no os lleváis.

—Siempre lleva a las tías con las que folla al mismo sitio.

—Entonces, tiene que estar bien si repite con todas.

Alargué el brazo y pulsé de nuevo el botón, por lo que el ascensor siguió subiendo.

—No sé qué coño hago aquí —murmuró Dan, golpeando la pared de acero—. No tendría que haberme movido del puto Londres.

—En eso estamos de acuerdo. Al menos, de esa forma, el recuerdo que me habría quedado de ti sería otro.

Pasé por su lado y salí del ascensor, dejando a Dan contemplando cómo me alejaba. No dijo

nada más, ni intentó detenerme. Y menos mal que no lo hizo. Porque cuando llegué a la cafetería y las puertas del ascensor se cerraron con él dentro, me tapé la boca y me eché a llorar.

Estaba frustrada, enfadada con Dan y conmigo por sentir aquello por un tío que no lo merecía.

Cogí las llaves de mi moto, que estaban sobre la mesa, y me limpié las lágrimas con la decisión de no volver a derramar ni una más por él.

18

No es John

El restaurante en el que me citó John me gustó. Era íntimo, no había demasiada gente y estaba pegado al mar. El sonido de las olas se escuchaba desde todos lados y daba mucha paz. Qué pena que mis puñeteros nervios no me dejaran disfrutarlo como era debido.

Desde que Dan y yo nos separamos en el ascensor, todos mis pensamientos giraban en torno a él. Y eso me enfadaba. ¡Joder, que si lo hacía! Porque no era capaz de sacármelo de la cabeza ni aunque pusiese empeño.

Nada más encontrarnos en la puerta, John me agarró de la mano y me guio hacia nuestra mesa, situada en el extremo más solitario del restaurante. Pedimos las bebidas al camarero y estuvimos hablando de cosas sin importancia, hasta que nuestra cena estuvo en la mesa.

—¿Te gusta lo que has pedido? —preguntó él, solícito.

Estaba muy guapo esa noche, tanto como siempre. Y elegante. La sonrisa no había desaparecido de su cara desde que nos habíamos encontrado, y eso me hacía sentir todavía más culpable, porque yo no estaba ni la mitad de contenta que él.

—Está todo buenísimo, John.

—Todavía no me creo que estemos cenando juntos. Te has hecho de rogar, Ani.

—Dicen que cada cosa a su tiempo, ¿no?

—Pues menos mal que el nuestro ya ha llegado. —Cogió mi mano y la envolvió entre las suyas—. Lo único que me faltaba por hacer era ponerme de rodillas para que cenases conmigo.

—No seas exagerado. —Reí y le retiré la mano lentamente, intentando que no se notara que me incomodaba un poco su contacto—. Lo que más me tiraba para atrás es el hecho de que eres el jefe.

—El hijo del jefe —puntualizó.

—Bueno, eso, mi superior.

—¿Te da miedo perder tu trabajo si esto no sale bien?

—Es una de las cosas que más me preocupan, sí.

—Entonces, déjame decirte que eso no va a pasar. Joder, no soy tan malo.

—Ya lo sé, John, pero nuestro trato se volvería mucho más incómodo, y no quiero eso.

—A ver, ¿yo a ti te gusto?

—Sí. —¿Sí?

—Y tú a mí me gustas, así que esto va a ser muy natural. Lo que tenga que pasar, pasará.

Fui a contestarle, pero mi teléfono móvil sonó. Me disculpé un momento con John, con la excusa de que podía ser algo urgente, y miré la pantalla para ver quién era.

Número desconocido:

¿A que tenía razón con

lo del restaurante?

Es una mierda.

Contuve la respiración al leer aquel mensaje y me cabreé conmigo misma al notar que mi corazón se desbocaba. ¡Mal, Ani, muy mal!

Ani:
¿Dan?

Número desconocido:
¿Quién es Dan? Yo soy el hijo
secreto de una estrella de cine
que se divierte enviando
mensajes a gente anónima.

Tuve que morderme la mejilla para no sonreír. El recuerdo de ese juego tan suyo me hizo regresar a Río, a nosotros. Sin embargo, no tardé mucho en volver a recomponerme y sacar mi mala leche.

Ani:
¿Cómo cojones tienes mi número?

Número desconocido:
También soy mago.

Ani:
Mira, si te aburres es tu problema,
pero yo estoy ocupada
para estas tonterías.

Número desconocido:
Tú también te aburres,
reconócelo.

Ani:
¡Adiós, capullo!

Memoricé su número (solo por si acaso, ¿eh?) y me guardé el teléfono en el bolso, ignorando las notificaciones que Dan seguía enviando.

Cuando miré de nuevo a John, este comía, tranquilo.

—¿Alguna urgencia?

—No, nada importante.

—Genial, no quiero que te vayas tan pronto. —Al escuchar que mi teléfono seguía sonando, John señaló mi bolso—. Es insistente esa persona tan poco importante.

—Es el chat de mis amigas, que les ha dado por hablar de tonterías precisamente ahora —mentí—. Voy a quitarle el sonido.

—Por mí no lo hagas, no me molesta.

—Pero a mí sí.

John sonrió y levantó su copa de vino para que brindásemos. Yo lo imité y el cristal emitió un tintineante sonido al chocar.

—Por los comienzos.

—En realidad, esto no es comienzo, nosotros ya nos conocíamos.

—Pues por el comienzo de una relación.

Me quedé sin habla y dejé la copa sobre la mesa.

—John..., no sé si...

—Vale, vale, lo siento. No quiero agobiarte.

—No, si no me agobias, pero no vayamos tan rápido.

—Iremos al ritmo que tú quieras. Si quieres tiempo lo vas a tener.

—Por el momento, vamos a cenar.

—Me parece bien.

John sonrió de nuevo y yo me tranquilicé un poco. Bueno, en realidad no lo hice, porque mi teléfono no dejaba de vibrar dentro del bolso y el saber que era Dan me provocaba ansiedad.

—Bueno, pues si quieres podemos hablar sobre nosotros para ir conociéndonos un poco más —sugirió con voz calmada.

—Me parece bien, sí.

—¿Hay algo que quieras saber sobre mí? ¿Algo que te dé curiosidad?

—Em... Sí. —Tragué saliva—. ¿Por qué nunca he visto a tu hermano por aquí?

John se quedó con el tenedor a medio camino de la boca y rio con mi pregunta.

—¿Quieres que hablemos de Daniel? ¿Esta noche?

—Me has dicho que preguntase lo que quisiera.

—Lo dices porque es un tío difícil, ¿verdad?

—Sí, un poco.

—¿Te da muchos problemas en tu grupo? ¿Quieres que lo cambie a otro?

—¡No! —Creo que mi voz sonó demasiado ansiosa, no estoy segura. Bueno, sí lo estaba, estaba jodidamente ansiosa—. No, digo, va mejorando cada día.

—Eso espero, mi padre tiene muchas esperanzas en que se enderece un poco con el trabajo.

—¿Se... enderece? ¿Qué le pasa?

—Bueno, digamos que estos últimos años no han sido fáciles y para Dan menos todavía.

—¿Por qué? —¡Sí! ¡¿Por qué?! Esa pregunta llevaba en mi cabeza desde que lo conocí. ¿Qué mierda le pasaba a Dan? ¿Qué era eso que lo atormentaba, que le hacía tener pesadillas por las noches?

—No quiero aburrirte con temas familiares. —¡Mierda!—. Esta noche es nuestra, no de Dan.

—Pero ¿por qué no lo había visto nunca? No sabía que tenías un hermano —insistí.

—Porque hasta hace dos semanas estaba en Londres. Ha estado dando bandazos de un lado a otro. Mi padre creyó que lo mejor para todos era que trabajase con nosotros.

—Estudió algo relacionado con los ordenadores, supongo.

—Ingeniería Informática, sí.

—Entonces, su trabajo en el laboratorio está muy por debajo de sus estudios.

—Para empezar, no está mal. —John suspiró—. Y vamos a dejar de hablar de mi hermano. Bastante tengo con aguantarlo todos los días con la mala leche que se gasta.

—Oh, sí, claro, disculpa. —Sonreí algo avergonzada. Le acababa de hacer el tercer grado sobre Dan. Parecería una maruja metomentodo.

—Es normal que tengas curiosidad, no es una persona fácil y tú tienes que trabajar con él a diario.

—Tampoco es para tanto.

John dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó de su asiento.

—Discúlpame un momento, Ani, voy al servicio, vuelvo enseguida.

Cuando desapareció de mi campo de visión, metí la mano a mi bolso, donde mi móvil seguía vibrando sin parar.

Sapo capullo:

Seguro que estáis
hablando de trabajo.

Sapo capullo:

Y de cosas aburridas.

Sapo capullo:

¿Ya habéis brindado por
vosotros o todavía te está
diciendo lo guapa que estás
esta noche? Ja, ja, ja.

Sapo capullo:

Yo que tú me tomaría un
café bien cargado o acabarás
sobada encima de la mesa.

Sapo capullo:

Te advierto que el vino lo
pone muy pesado, así que
no lo dejes beber.

Sapo capullo:

¿Sabes que es de mala
educación no contestar
cuando te escriben?

Sapo capullo:

Te estoy dando consejos,
así que deberías
estar agradecida.

Sapo capullo:

Otro consejo: manda a
John a tomar por culo
y vete a dormir.

Sapo capullo:

Uno más: mi hermano
tiene halitosis aguda.

Ani:

Eso último no es un consejo,
y haz el puto favor de no volver

a petarme el móvil con mensajes
de mierda.

Sapo capullo:

¿Ves que tengo razón? Estás
tan aburrida que tienes que
hablar conmigo para que se
te pase el tiempo rápido.

Ani:

Ya, claro.

Sapo capullo:

La próxima vez podéis
llevarme con vosotros.
Sabes que soy divertido.
Al menos, más que él.

Ani:

Lláname loca, pero juraría
que estás celoso.

Sapo capullo:

¿De mi hermano?
Venga, no flipes.

Ani:

Entonces, ¿qué significa
todo esto?

Sapo capullo:

¿Tú qué crees? Adivina.

Ani:

Mira, Dan, creo que ya está
bien esta mierda de juego. Estoy
cenando con John y me lo estoy
pasando genial. ¡Adiós!

Sapo capullo:

Suena a que quieres
convencerte a ti misma.

Apagué el teléfono y lo guardé en el bolso, sin querer volver a leer sus mensajes, sin embargo,
Dan no volvió a enviar ni uno más.

La cena se desarrolló con tranquilidad y John se comportó como todo un caballero. Hablamos,
reímos y nos comimos lo que nos pusieron en los platos, porque estaba riquísimo.

Cuando salimos del restaurante, John y yo caminamos hasta donde estaba aparcada mi moto, mientras el sonido de las olas era constante en nuestros oídos.

Al llegar hasta ella, le sonreí con amabilidad y cogí el casco.

—Muchas gracias por la cena, John, me lo he pasado muy bien.

—Yo también.

—Y la comida estaba superbuen.

—Sí, me gusta mucho este sitio. —Él se pasó una mano por el cabello y dudó un poco antes de volver a hablar—. Oye, ¿te apetece que vayamos a tomarnos algo por ahí?

—Otro día. Ya es tarde y estoy cansada. Tengo ganas de llegar a casa y acostarme a dormir.

—Claro, por supuesto.

Nos sonreímos.

—Nos vemos el lunes en el laboratorio, ¿vale?

—¿Cuándo vamos a volver a salir? —preguntó, dando un paso en mi dirección.

—No lo sé.

—¿La semana que viene?

—Vale, sí, ¿por qué no?

—¿Un cine y una cena?

—Sí, es un buen plan.

—Pues buenas noches, Ani. Me ha encantado cenar contigo.

—A mí también.

John se acercó a mis labios y me dio un suave beso, que si bien no fue desagradable, no me hizo sentir nada especial.

Me rodeó por la cintura y quiso apretarme contra su cuerpo, sin embargo, yo lo empujé un poco y me separé de él y de su boca.

—John, espera, espera.

—Lo... Lo siento, es que me pueden las ganas —se excusó un poco avergonzado.

—Necesito tiempo, ¿vale?

Cuando llegué a casa, el beso que acababa de darme con John seguía dando vueltas en mi cabeza. Con el pijama puesto, me senté en la cama y suspiré sin dejar de pensar en todo lo que había pasado esa noche. Y en Dan. Sobre todo en Dan.

Como si necesitase vomitarlo, encendí el móvil y abrí el chat de mis amigas:

Ani:

John me ha besado y no he sentido nada. Creo que no me gusta. Bueno, joder, sí me gusta, pero no de esa manera.

Martina:

Eso ya lo sabía yo, es un soso y un estirado.

Sonia:

¿¿¿¿¿¿No te ha gustado?????

¡Estoy flipando! ¡Pero si es perfecto!

Martina:

Pues no flipes porque
ya se veía venir.

Prima Carlota:

Si no te gusta, a otra cosa.

Ani:

¡Me cago en todo! ¡Qué rabia me da!
John es un tío cojonudo, es educado,
simpático y tiene todo lo bueno que se
le puede pedir a un hombre.

Martina:

Y también es gilipollas, no
te olvides, y demasiado inglés.

Ani:

¿Sabéis si mi hermana está ocupada?
Es raro que no haya
contestado en el grupo.

Martina:

Superocupada follándose
al camarero.

Prima Carlota:

Mañana tenemos que decirle
que nos mande una foto de él
para darle el visto bueno.

Martina:

Con lo encoñada que está Abril,
aunque le digas que es un trol
baboso, va a seguir tirándoselo.

Prima Carlota:

Ja, ja, ja.

Sonia:

Ani, entonces... ¿Te has quedado
sin tu príncipe azul?

Ani:

En algún lado estará escondido,
pero no es John, eso lo tengo claro.

Entre limpiar la casa, ver a mi madre y salir un poco con mis amigas, cuando me di cuenta ya era domingo por la noche. Chica, parpadear y a tomar por saco el fin de semana.

Llegué al laboratorio con un sueño importante y aparqué la moto donde siempre, cerca del coche de Dan, que ya estaba allí, raro en él, que solía aparecer siempre el último.

Subí hasta la cafetería para sacarme un café y, con él en la mano, me dirigí a la sala donde trabajaba mi equipo. Tenía que mirar un par de fórmulas antes de que comenzásemos a trabajar con las mezclas, porque había algo en ellas que no me cuadraba. No obstante, nada más cruzar el pasillo, unos gritos llamaron mi atención.

Parecía la voz de ¿Martina?

Corrí hasta nuestra sala y, cuando llegué, mi amiga parecía a punto de darle un síncope mientras le gritaba a John como si no hubiese un mañana.

—¿Y a mí qué me cuentas, tío? ¡Tú sabrás lo que haces con tus mierdas!

—La última en salir el viernes fuiste tú.

—¿Me estás acusando de robarte unos putos papeles, Collins?

—No te acuso de nada, solo digo que fuiste la última.

—¿Tú cómo coño lo sabes?

—Porque te vi.

—¿Y desde cuándo vigilas lo que hago? ¿Tanto te aburres? ¿O es que te pone cachondo espiar a tus empleadas?

—¿Crees que no tengo otra cosa que hacer que estar vigilándote a ti? ¡Creo que tú alucinas!

—¡Yo solo digo que no toqué esa mierda de papeles, gilipollas!

John apretó los labios y fulminó a mi amiga con sus bonitos ojos. Y, la verdad, la que flipaba era yo porque nunca había visto a esos dos así. Y mucho menos a John, que siempre estaba calmado y sonriente.

—¡La próxima vez que me insultes, estás despedida!

—¿Ah, sí, imbécil? ¡Pues despídeme!

—¡Háblame con respeto, joder!

—Que te follen, Collins —susurró con rabia.

—A lo mejor es lo que te gustaría hacer a ti.

—¡Ja! —Martina soltó una risotada y se cruzó de brazos, bravucona—. ¿Y no será al revés? ¿Idiota? ¿Inglés estirado? ¿Rancio de los cojones?

John cerró los ojos, como si no pudiese aguantar más las ganas y caminó hacia ella con los ojos en llamas.

Me hubiera gustado seguir mirando a escondidas, pero o intervenía o esos acababan tirándose de los pelos.

Alcé la mano y traqué la puerta, sobresaltándolos a ambos y logrando que John frenase su avance.

Giraron la cabeza hacia mí y sonrieron de golpe y porrazo.

¡Ale, allí no había pasado nada! ¿En serio?

—¡Hola, Ani! —me saludó ella, enseñando sus dientes a más no poder.

—Buenos días, Ani —dijo John de inmediato.

—¿Todo bien? —Los miré a ambos.

—Sí, sí, no te preocupes. El jefazo, que no encuentra unos papeles y ha venido a preguntarme si los tenía yo.

—Pero sigo sin papeles —se quejó John, mirándose el reloj—. Y tengo que irme. Mi padre me espera para una reunión.

Martina lo contempló con malicia.

—Pues andando, machote.

—Lo que tú digas. —John resopló con fastidio y me miró antes de salir de la habitación, sonriendo—. Luego te veo, Ani.

Tras la marcha de John, cogí a Martina de la mano y tiré de ella hacia nuestras sillas.

—¿Qué coño acabo de presenciar? ¡Casi os matáis, tía!

—No, qué va, hemos tenido peleas peores.

—¿Cómo que peores? Pero si a John le salía humo por la nariz.

—Eso es porque no encontraba estos papeles. —Introdujo la mano bajo su mesa y sacó un fajo de folios perfectamente grapados y metidos en una carpeta.

—¿Qué hija de puta! —Abrí la boca riendo—. Entonces, ¡sí que los tenías tú!

—Desde el viernes.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Ver al estirado de Collins tan cabreado, ¿no te parece motivo suficiente? —Rio y se guardó otra vez los papeles—. ¡Déjalo que se enfade, es el único momento donde se le descongela la sangre de las venas!

—Eres una cabrona de cuidado, Martina. Cualquiera día te va a despedir, y con motivo.

—No tiene huevos. Le caigo bien a su padre y fue él quien me contrató, así que está atado de manos.

Seguí flipando muy fuerte hasta que el resto de nuestros compañeros se unió a nosotras. Dan entró con ellos, pero no lo hizo solo, sino con Carla colgada de su brazo.

Iban hablando en voz baja, riendo de cosas asquerosamente graciosas que se decían al oído. Y a mí me daban ganas de embadurnarlos con la crema de Jaime, la de la urticaria, y que se jodiesen.

Cuando pasaron por mi lado, Dan apenas me miró, sino que le prestó todavía más atención a Carla y la acompañó hasta su silla.

—Gilipollas —susurré para mis adentros.

La mañana pasó lenta, sobre todo porque cada vez tenía que controlar más mis ojos para no mirarlo.

Cuando hicimos el descanso de mediodía para comer, fui hasta la cafetería con Martina y nos sentamos en nuestras sillas de siempre. Comimos hablando de los planes para el próximo fin de semana. Acabábamos de empezar la semana, sí, ya lo sé, pero Sonia venía de visita y teníamos que ponernos de acuerdo para que pudiésemos estar todas juntas.

Martina cogió su teléfono móvil cuando este comenzó a sonar y se levantó de su asiento mientras se lo ponía en la oreja.

—Ahora vuelvo, Ani, es mi novio.

Salió de la cafetería y yo continué comiendo en silencio, concentrada en mis redes sociales. Sí, esas redes sociales que tenía completamente abandonadas, por cierto.

Un movimiento a mi lado me distrajo. Cuando levanté la cabeza, creyendo que Martina ya había vuelto de hablar con Marcos, me encontré con Dan, que se acomodaba en la silla que ella acababa de dejar libre.

—¿Qué haces?

—¿Sentarme?

—¿No hay más sillas libres?

—¿Tanto te molesto aquí?

—No, me da absolutamente igual. Haz lo que quieras.

Me concentré en mi teléfono e ignoré a Dan. Bueno, ignorar... no, intentarlo, sí, porque con cada movimiento suyo a mi lado se me aceleraba el pulso. Si es que no tenía remedio.

—La cena no salió tan bien como imaginabas, ¿eh?

Al escuchar aquello, lo miré con hostilidad y me crucé de brazos, creando una barrera entre ambos.

—¿Y tú qué coño sabes si no estabas allí?

—John llegó muy temprano a casa.

—¿Estabas pendiente de si regresaba tu hermano? Creo que el aburrido eras tú.

—Solo comparaba.

—¿Qué comparabas?

—Tu cita con él y las nuestras.

—No tienen nada que ver, así que no puedes comparar.

—Ahí te doy la razón. Porque nosotros nunca nos separábamos de noche. —Se acercó un poco más a mí—. Siempre estábamos juntos.

—Y también teníamos cientos de secretos inconfesables, ¿verdad, Dan? ¿Tanto te costaba decirme quién eras? Nos hubiésemos ahorrado muchas mierdas.

—Mi plan era no volver a verte más. No lo vi necesario.

—¡Pues mira, en eso has fallado, porque tengo que aguantarte todos los días!

—El mundo es un jodido pañuelo.

—Un pañuelo lleno de mocos. —Dejé mi tenedor sobre el plato porque de repente se me había quitado el hambre—. ¿Has terminado ya con esta agradable conversación?

—Todavía no. Se acabará cuando me digas si te has acostado con John.

Abrí la boca, pero de ella no salió ni un mísero sonido. Dan esperaba mi respuesta mientras me miraba con ojos serios, escrutando cada una de mis reacciones.

—¿Por qué no se lo preguntas a él? Es tu hermano.

—Porque quiero que me lo digas tú.

—¿Y eso qué va a cambiar en nuestra relación? No tenemos nada, ni lo vamos a tener.

—Curiosidad, ya te lo he dicho.

—Te contestaré igual que tú hacías en Río: ¡adivina! —¡Minipunto para Ani!

—Pareces una cría.

—Como tú, entonces.

Dan entrecerró los ojos y se levantó de la silla, sin decir ni una palabra más. Cruzó la cafetería y me dejó allí, enfadándose más cada minuto.

¿Quién se pensaba que era? ¿Se creía con el derecho de hacerme un tercer grado y de largarse de esa forma? ¿Pensaba que iba a contarle mi vida después de la forma en la que me había tratado?

Tenía unas ganas monumentales de darle una patada en el culo al cabrón de Daniel Collins. Pero aquello no iba a quedarse así, me iba a escuchar el idiota ese y se le iban a quitar las ganas de meterse en mi vida de una puñetera vez.

19

Sayonara, baby

A las siete de la tarde nos marchamos del laboratorio hasta el día siguiente.

Desde que Dan se sentó a mi lado a la hora de la comida, no había querido regalarle ni una mirada. ¡Me negaba, y mi orgullo más! ¡Mirarlo, ni loca! ¡Y mucho menos dirigirle la palabra! Estaba tan cabreada que no veía la hora de pillarlo a solas y de cantarle las cuarenta. ¡Porque le iba a decir de todo menos guapo!

Cada vez que lo escuchaba cuchichear con Carla, tenía que agarrarme a mi mesa para no tirarle el frasco de crema antiojeras que tenía delante. ¿A ella le hablaba superbién y a mí me jodía? Pero ¿es que estábamos locos?

Me despedí de Martina cuando llegamos a la puerta y miré a mi alrededor buscándolo, en plan asesina en serie de las películas. Solo me faltaba la escopeta y la típica animadora tetona a la que cargarme primero.

Lo vi enseguida, dirigiéndose hacia su coche, mientras que el resto de los compañeros abandonaban el recinto y este quedaba prácticamente vacío.

Caminé hacia él y lo pillé justo cuando metía la llave en el bombín.

—¡Eh, tú! —exclamé para llamar su atención. Dan se dio la vuelta y alzó las cejas al verme tan cerca. Vale que no tenía músculos, ni era tan alta como él, pero mi cara de mala hostia debió alertarlo—. ¿Se puede saber de qué coño vas?

—¿Qué he hecho ahora? A ver.

—¿Encima resoplas? ¿Llevas una puta semana jodiéndome la vida y tienes los huevos de mirarme como si fuese la pesada de turno? Pero ¿a ti te parece normal el tercer grado que me has hecho en la cafetería?

—¿No lo es?

—¡Lo que me parece es que estás mal de la cabeza!

—¡Tú empezaste todo esto, Ani!

—¡¿Yo?! —grité con los ojos tan abiertos que parecía un lémur en plena noche. Bueno, en realidad, no tengo ni idea de lo que parecía, pero para que os hagáis una idea—. ¿Fui yo la que llegué de la noche a la mañana a tu trabajo y te trató como si fueses una mierda? ¡¿Fui yo, Dan?!

—¡¿Y por qué crees que lo hice, joder?!

—¿Voy a tener que adivinarlo también?

—¡Te has follado a mi hermano!

—¡Yo no me he follado a nadie, imbécil! —prorrumpí, empujándolo, pero no lo moví del sitio.

Vale, me estaba agobiando. Casi no podía respirar por el enfado y Dan parecía igual. Frustrada y cansada, cerré los ojos con mucha fuerza y me sentí tonta del culo por aquel absurdo espectáculo que estábamos montando.

—¡Esto es ridículo, me cago en la puta! —Me pasé una mano por el pelo, intentando calmarme—. Mira, no vuelvas a acercarte a mí.

—¡No lo pretendía!

Reí con desapasionamiento.

—Que te jodan.

Di media vuelta y arranqué mi moto, sin mirar ni una sola vez más a Dan. Me daba igual que hubiese montado en su coche, que se hubiera ido andando o en el Batmóvil a salvar la ciudad.

Se había acabado.

The end.

Bye, bye.

Sayonara, baby.

Me puse el casco y le di puño a la moto, para salir de allí cuanto antes. Quería llegar a casa, necesitaba un vaso de vino, o dos, que me resetearan el cerebro para que Dan desapareciera de él.

Estaba tan enfada y tan metida en mis pensamientos que no me di cuenta del coche que se saltó el semáforo de mi derecha.

Me estampé contra él.

Sí, de pleno.

Realmente, todo sucedió tan rápido que no me enteré. Me vi saltando por encima de mi moto y del coche y caí al suelo con un golpe seco que me dejó sin respiración.

Se oían frenazos y gritos, el olor de la gasolina que se desparramaba en el suelo. Sin embargo, estaba atontada, casi en *shock*.

—¡Ani! —Escuché mi nombre a lo lejos, pero yo seguí tirada sin saber muy bien qué acababa de pasar—. ¡Ani! ¡Ani!

De repente, vi a Dan correr con la cara desencajada y arrodillarse a mi lado. Al verme consciente, cerró los ojos y suspiró aliviado. Me incorporé con cuidado y me saqué el casco sin necesidad de soltarlo por la correa, porque se había partido con el golpe.

—¿Estás bien? ¿Qué te duele? ¿Tienes algo roto?

—No lo sé. Creo que estoy bien.

Él me abrazó con fuerza y noté que su corazón estaba desbocado por el miedo. Y su olor, también percibí su olor. Cerré los ojos una milésima de segundo, el tiempo que duró el abrazo, porque Dan se separó de mí y caminó directamente hasta el conductor del coche.

Le dio una patada al chasis y se enfrentó al hombre, que había perdido todo el color de su piel, debido al susto, supongo.

—¡Desgraciado, hijo de puta! ¡¿Es que no sabes que la podías haber matado?! —Cogió al conductor por el cuello de su camisa y lo zarandeó—. ¡Si le llega a pasar algo, te mato, cabrón de mierda!

—No... No he visto el semáforo. Lo... siento.

Todavía algo atontada por el golpe, me incorporé para ir con Dan y tranquilizarlo. Lo que nos faltaba era que uno de nosotros acabase esa noche en el calabozo. Lo agarré del brazo y tiré de él para que soltase al hombre.

—¡Dan, para! ¡No pasa nada!

—¡¿Que no pasa nada?! ¡Has salido volando, podías haberte partido el cuello!

—Pero estoy bien, tranquilízate.

—¡Lo siento, lo siento mucho! —repitió el conductor, mirándome agobiado.

—¡Tú te callas!

—¡Dan, por favor!

Dan miró al conductor como si le perdonase la vida y asintió no del todo conforme.

Me abrazó de nuevo a él con fuerza, como si ese abrazo pudiese protegerme de cualquier peligro. O al menos así lo sentí.

Dan estaba muy alterado, porque temblaba igual o más que yo, y su corazón seguía latiendo tan rápido como el mío.

Como si aquello fuese lo más natural entre nosotros, acercó su cara y me dio un beso en la frente. Un beso que me trasportó a Brasil. Un beso tan protector y tierno que tuve que agarrarme a él porque los recuerdos volvieron de golpe a mi cabeza. Recuerdos preciosos y un poco locos, como nosotros.

—¿Dónde tienes el seguro de la moto? Hay que arreglar los papeles y llamar a la grúa para que se la lleve. Está destrozada.

Busqué mi moto con la mirada y la encontré a varios metros, hecha trizas y con una rueda menos. ¡Mi pobre bestia!

—Están... bajo el asiento.

—Yo me encargo. Siéntate en aquel bordillo y, cuando termine, te llevo al hospital para asegurarnos de que estás bien.

Hice lo que me dijo y lo observé mientras rellenaba el papeleo apoyado en el coche, que también llevaba un buen golpe.

Dan parecía tan tenso como al principio, se notaba que su cuerpo estaba crispado y, no sé si fue eso, o aquel leve destello, lo que me hizo fijarme en su cuello, y en la cosa que se balanceaba de él.

Me llevé las manos a la boca cuando reconocí mi colgante de la estrella de mar.

¡Todavía lo tenía!

¡Dan lo llevaba puesto!

Se le había salido de la sudadera cuando echó a correr hacia mí, al verme en el suelo.

Un cálido estremecimiento recorrió mi estómago cuando él me miró desde su posición, asegurándose de que seguía bien. Y las emociones que sentí en ese momento fueron tan intensas que tuve ganas de llorar. ¡Y no era para menos, joder! Mi moto estaba destrozada, mi jersey y mis pantalones rotos, los brazos raspados por el asfalto, podía haberme matado del golpe, y Dan llevaba mi estrella de mar colgada en el cuello.

Si todo eso no eran motivos para llorar como una magdalena, yo ya no sé.

Así que lloré. Lloré tapándome la cabeza con los brazos, en silencio, y con la voz de Dan de fondo.

Poco después, se sentó a mi lado y me rodeó con sus brazos, protector, mientras veíamos cómo se llevaban mi moto. Ninguno de los dos dijimos nada hasta que la grúa se marchó y el tráfico volvió a fluir con normalidad.

Se levantó del bordillo y tiró de mi mano para que yo también lo hiciese.

—Vamos, te llevo al hospital.

—Estoy bien.

—Eso no lo sabes, Ani.

—Me encuentro bien, solo son rasguños. Me quiero ir a mi casa.

Dan suspiró y asintió, guiándome hasta su coche, que estaba aparcado de mala manera en la acera.

—Monta.

—¿Me vas a llevar tú?

—¿Quieres que llame a Fernando Alonso para que te acerque a tu casa? —Sonrió, y esa sonrisa se pareció mucho a las del Dan de Río. Me gustó.

—¿Ahora sí que llevas paquete? ¿Esa regla solo era para tu moto? ¿O para quitarte de encima a tías pesadas como yo?

—¡Cállate y sube al coche de una vez!

—Sigues siendo igual de chulo.

—Y tú sigues teniendo la misma mala hostia.

Ambos ocultamos nuestras sonrisas y nos pusimos los cinturones de seguridad.

Le indiqué el camino hacia casa y esa fue la única conversación que tuvimos hasta que llegamos.

No obstante, el golpe debía de haberme afectado más de lo que pensaba, porque, cada vez que lo observaba conducir, me daban ganas de salir corriendo de lo sexi y guapo que estaba al volante. O de saltarle encima y darle el morreo del siglo, una de las dos.

Dan aparcó casi enfrente de mi edificio, cosa rara, porque por la zona era difícil encontrar aparcamiento. Salimos del coche y subimos las escaleras hasta la primera planta, donde yo vivía.

Al abrir la puerta, Dan me siguió sin pedir permiso para entrar y miró a su alrededor, contemplando mi casa como si fuera superinteresante.

A ver, que mi piso estaba bastante bien, un poco viejo y pequeño, pero no podía quejarme. Mejor que vivir con mi madre... ¡seguro que era!

Cuando dejé el bolso sobre el sofá, me di cuenta de que Dan estaba apoyado en la puerta del salón, observándome.

—Estoy bien, no me mires como si me faltase media cabeza.

—Llevas los brazos llenos de sangre.

—Solo son arañazos, ahora me los limpio.

—¿Dónde tienes el botiquín?

—En... el aseo.

Dan miró en todas las habitaciones hasta que dio con el aseo, y yo fui tras él aguantando las ganas de sonreír, porque me hacía gracia que se moviese por mi casa como si tuviese todo el derecho del mundo a hacerlo.

—¿En el aseo? ¿Dónde?

—Arriba del armario.

Cuando dio con él, la risa de Dan retumbó entre las cuatro paredes. Me enseñó el botiquín y enarcó una ceja.

—¿En serio, Ani?

—¿De qué te ríes?

—¿La princesita Ana Victoria tiene un botiquín de las princesas Disney?

—Cumple con su función, ¿tienes algún problema?

—Ninguno —respondió, y cuando volvió a reír los hoyuelos aparecieron en sus mejillas. Y yo casi me caigo de culo al suelo de lo guapo que estaba.

Sacó un limpiador antiséptico y alargó la mano para que me acercase.

—¿Qué haces?

—Curarte.

—¿Tan inútil piensas que soy?

—Eso lo has dicho tú, no yo.

Abrió el grifo de agua y espero a que se pusiera tibia. Me cogió los brazos y los lavó con cuidado, con un poco de jabón, para quitar la mugre de haberme arrastrado por el suelo.

Mientras lo hacía, no pude evitar mirarlo a la cara y sonreír al verlo tan concentrado.

—Parece que hagas esto todos los días.

—Es la primera vez que curo a alguien.

—Entonces, soy tu conejillo de indias.

—Podríamos decir que sí.

—¿Es ahora cuando te equivocas, me echas veneno en la herida y muero a tus pies?

Dan puso los ojos en blanco.

—Me reiré cuando tengas gracia.

—Yo tengo mucha gracia, parece mentira.

—Ni puta gracia, Medialuna.

Medialuna.

Mi sonrisa se curvó todavía más al escuchar cómo me había llamado, y él frunció el ceño por el mismo motivo.

Dan me secó los brazos y me aplicó la crema antiséptica.

—¿Ya has terminado?

—Terminado.

—Y ahora querrás que te dé las gracias, ¿verdad?

—O un poco de agua, lo que prefieras.

—¿Para el susto?

—No todos los días veo a una persona volar por encima de su moto después de estamparse contra un coche.

—¿Se te han puesto por corbata?

—Un poco, sí.

—No te preocupes, soy como los gatos, me quedan muchas vidas.

—Si sigues conduciendo así de rápido, no creo.

—Estaba enfadada.

—Qué excusa más patética.

—Lo que tú digas. —Pasé por su lado, saliendo del aseo—. Vamos a la cocina y te doy agua.

Abrí el armario y saqué un vaso. Di media vuelta para dárselo a Dan, pero él no estaba allí.

¿Dónde coño se había metido?

Con el vaso en la mano, lo busqué por toda la casa.

Lo encontré en mi habitación, con la foto que tenía sobre la mesilla de noche en las manos, contemplándola.

Nuestra foto.

—¿Sabes lo que significa la palabra *privacidad*?

—Desde que tenía ocho años.

—Esta es mi habitación.

—Ya lo sé. —Me enseñó la foto—. ¿Por qué la sigues teniendo después de todo lo que ha pasado?

—¿Por qué sigues llevando tú mi collar? —Le di el vaso de agua y él se lo llevó a la boca.

Cuando terminó, lo dejó en mi mesita de noche y caminó por la habitación, sin contestar a mi pregunta. Se asomó por la ventana y sonrió antes de mirarme de nuevo.

—Aquí no hay árboles para trepar.

—Aquí todo es diferente a como era en Río.

—Muy diferente —aceptó, volviendo de nuevo a mi lado.

Me apoyé en la pared y lo miré a los ojos, mientras él se metía las manos en los bolsillos de sus tejanos.

—No has respondido a mi pregunta, Dan.

—Tú tampoco a la mía. ¿Por qué sigues teniendo nuestra foto?

—Porque fue un regalo y me gusta mucho. —Nos sonreímos—. ¿Por qué llevas mi collar?

—Adivínalo.

—No te consideraba tan cobarde como para no contestar.

—Y no lo soy.

—Entonces, responde, ¿por qué llevas mi collar, Dan?

Él abrió la boca para contestar, no obstante, en lugar de hacerlo, recorrió la poca distancia que nos separaba, me agarró por las mejillas y me besó.

¡Y qué beso, joder!

Fundimos nuestros labios con unas ganas y una pasión devastadora. Fue tan intenso que me dio la sensación de que el tiempo no había pasado, que seguíamos en la casa de Carlota, que las peleas de esos días nunca habían sucedido. Éramos Ani y Dan, como al principio, sin problemas, sin malos rollos.

Inmovilizó mis brazos con una mano, encima de mi cabeza, encajonándome contra la pared, mordéndome los labios a la vez que con la mano libre rodeaba mi cintura y me pegaba todavía más a su cuerpo, si es que era posible.

Y a mí las piernas me temblaban como flanes, y el corazón golpeaba en mi pecho como si quisiera irse de vacaciones bien lejos, y las ganas que tenía de que Dan me acariciase eran tan brutales que liberé mis brazos y lo agarré de la sudadera para que se pegase todavía más a mí.

Pero él no se quedó quieto entonces, agarró uno de mis muslos y me subió la pierna hasta que rodeé su cintura, notando de esa forma su polla grande y erguida contra mi sexo.

Dan apoyó las manos sobre mi culo y me levantó en peso. Sin separar su boca de la mía en ningún momento, fue hasta la cama y caímos sobre ella mientras tratábamos de quitarnos la ropa mutuamente, desesperados.

Ya desnuda, besó mis pechos. Los excitó de esa forma que solo él sabía, y eché la cabeza hacia atrás cuando sus labios lamieron mi cuello.

Alargué la mano y abrí el cajón de mi mesita de noche, del que saqué un condón. Dan y yo nos sonreímos cuando se lo enseñé, y se lo puso enseguida.

Me penetró cuando las caricias fueron dolorosas por la necesidad, me llenó con su grosor y empujó hasta el fondo, haciéndonos gritar de puro placer. Embistió dentro de mí rítmicamente, fuerte, constante. Y el orgasmo fue maravilloso, porque no puedo describirlo con otro jodido adjetivo.

Nos quedamos jadeantes, él todavía sobre mí, hasta que nuestras respiraciones se normalizaron.

Caí en un profundo sueño del que desperté varias horas más tarde. Cuando lo hice, Dan ya no estaba a mi lado y quizás me sentí un poco tonta por haberme acostado otra vez con él después de toda esa semana peleándonos sin parar.

Ani:

Ayer tuve un accidente con la moto
y está en el desguace hecha mierda.

Sonia:

¡No jodas! ¿Un accidente grave?

Abril:

Hostia, Ani, ¿estás bien?

¿Se lo has dicho a mamá?

Ani:

Estoy bien, mamá no sabe nada.
¡Y te prohíbo que se lo digas, Abril!

Abril:

Tranquila, por nuestra salud
mental, y la del resto de la
familia, es mejor que no lo sepa.

Martina:

¿Cómo que un accidente?
¿Cuándo? ¿Dónde?

Ani:

Al salir del laboratorio. Un coche
se saltó un semáforo y me llevó
por adelante.

Abril:

¡Coño, podías habernos avisado
a alguna y no quedarte
sola con ese marrón!

Prima Carlota:

¿Y qué te has hecho? Porque
si la moto está rota, tú tienes
que llevar algo, seguro.

Ani:

Lo único, los brazos raspados y
un moratón en la rodilla derecha.
El casco se llevó todo el golpe, no
me ha pasado nada.

Martina:

¿Llamaste a un taxi para que
te llevase a casa?

Ani:

Me llevó Dan, estuvo conmigo
en todo momento.

Sonia:

¿El sapo vio el accidente?

Prima Carlota:

¡Vaya un susto tuvo que

llevarse, joder!

Martina:

¿Y qué hacía Dan contigo
si no hacéis más que pelearos?

Ani:

Pues eso, nos estábamos peleando,
me fui con la moto enfadada y
tuve el accidente.

Abril:

Pfff, qué mal rato, encima del
accidente tuviste que volver
a tu casa con él.

Ani:

Dan se portó muy bien conmigo.
Se encargó de los papeles del seguro,
quiso llevarme al hospital, me acercó
a casa y me curó los rasguños.

Prima Carlota:

¡Joder, si es que es majo en el
fondo! No entiendo qué ha pasado
con vosotros para que hayáis
acabado tan mal.

Ani:

Y después de todo eso, acabamos
follando como locos en mi cama.
¡Mierda!

Abril:

¿¿¿¿¿Qué???

¡¿Que habéis follado?!!

Martina:

¡Joder, con Dan! Ja, ja, ja.
Te hizo un completo.

Prima Carlota:

¡Lo sabía! ¡Sabía que vosotros
dos no tardabais mucho en
volver a meteros mano!
¡Chicas, es que vosotras no
los visteis en Río! ¡Parecían novios!

Ani:

¡No parecíamos novios! ¡Y lo de ayer fue un jodido error que nunca tuvo que pasar!

Sonia:

¿Se puede follar por error?

Martina:

El sexo nunca es un error.

Ani:

Después de la semana que me ha hecho pasar con su mierda de comportamiento, sí que lo es. Y no va a volver a ocurrir porque no necesito hombres difíciles e incomprensibles como él. No tengo ganas de volverme loca.

Abril:

¿Y qué vas a hacer cuando te lo vuelvas a encontrar?
¿Actuar como si nada?

Ani:

¡NO LO SÉ!

Prima Carlota:

Pues no lo entiendo, porque a ti te gusta mucho.

Sonia:

Dan es un sapo y ella necesita a un príncipe, mejor que se aleje cuanto antes.

Prima Carlota:

¡Dan no es ningún sapo, si lo conocieras no dirías eso!

Ani:

No, no es ningún sapo, pero es un tío demasiado complicado y no tengo ganas de enredarme la vida todavía más.

Dejé el teléfono sobre la mesa de la cocina y me llevé las manos a la cara, agobiada a más no poder. Si es que a ver quién me mandaba a mí dejarlo entrar en mi casa. ¡Me lo tenía merecido por idiota! Fue ver su sonrisa llena de hoyuelos y todas las peleas se me olvidaron como por arte de magia.

Dejé la taza de café en el fregadero y fui a mi habitación para vestirme. Nada más entrar, la cama desecha y los cojines por el suelo me recordaron otra vez el sexo con Dan. Incluso creí percibir todavía su olor.

Me vestí para ir al trabajo, me puse calzado cómodo, porque no me quedaba más remedio que ir andando, y fui al aseo para peinarme.

Al mirarme en el espejo, casi me caigo de culo.

—¡No, mierda! —Me llevé la mano al cuello, donde un hermoso chupetón morado me sonreía como si estuviese vivito y coleando—. ¡Vaya un cabrón!

Me cambié de camiseta y me puse una de cuello vuelto, para cubrirlo.

Salí de casa y caminé la casi media hora que me separaba del laboratorio. En moto eran diez minutos (por si os lo estabais preguntando).

Tarde o temprano tendría que comprarme una moto nueva, pero todavía estaba de luto por mi bestia, y tampoco es que estuviera sobrada de dinero para gastármelo como si nada. Así que me tocaba ir a trabajar una temporada a pie, hasta que ahorrara un poco.

A punto de llegar al laboratorio, Dan me adelantó con su coche y no paró, no vayáis a pensar que sí. ¿Me extrañó? Pues no, porque aparte del sexo, nuestra relación no era buena.

Al pisar la cafetería, Martina vino a buscarme con esa sonrisa cabrona en los labios que le había visto miles de veces. Sí, esa de *sé que follaste ayer y vengo a que me des más detalles*. Pero la verdad era que bastante jodida estaba yo por mi poca fuerza de voluntad como para ahondar en los datos en cuestión.

—Ani, ¿cómo estás?

—Aparte de hecha mierda y sin moto, bien.

—Dan acaba de llegar.

—Me lo he cruzado por el camino.

—¿Y ha dejado que vinieses andando?

—No somos amigos, Martina.

—Folláis, ¿te parece poco?

—Hemos follado una vez.

—Y trescientas más en Río.

—Aquello no cuenta. Entonces no sabía lo gilipollas que era.

Martina sacó un café de la máquina para mí y bebió del suyo.

—¿Tienes planes para esta noche? Hemos quedado todos los del laboratorio para tomarnos algo y bailar un rato.

—¿Un martes? —Reí.

—No va a ser nada bestia, un par de copas juntos y para casa.

—Martina, la última vez que salimos juntos, Jaime y Tamara acabaron arrestados por hacer cócteles molotov con el vómito de Tony.

—Que yo recuerde, tú también ayudaste, ¡y fue la hostia! —Se rio al recordarlo—. ¿Qué dices? ¿Te apuntas?

—Bueno, pero solo un rato. Y de tranquis, que luego pasa lo que pasa.

Dejé a Martina en la cafetería y fui al aseo antes de empezar a trabajar, sin embargo, cuando pasaba por el despacho de John, lo escuché discutir con alguien acaloradamente. Qué coño, se

estaban diciendo de todo.

—¡Podrías al menos ser un poco más amable con tu familia, Dan! ¡Si quieres vivir amargado, no nos metas a nosotros en eso!

¿Dan? ¿Estaba hablando con Dan?

Sí, ya sé que no estaba bien, pero me escondí un poco y me quedé a escuchar.

—¡Si queréis amabilidad, no os metáis donde no os ha invitado nadie!

—¡Nos preocupamos por ti! ¡Llevas con esta actitud de mierda desde hace más de dos años!

—¡Eso es cosa mía, joder!

—¡Por desgracia, también es mía y de papá! ¡Nos arrastras contigo!

—Entonces, ¡lo mejor será que me busque otro sitio donde vivir! ¡Lo último que quiero es amargar a nadie!

—¡Solo queremos que vuelvas a ser el de siempre! ¡Fue un accidente, tú no tuviste la culpa de nada!

—¡Cállate, John! ¡En tu puta vida vuelvas a nombrar aquello porque no tienes ni idea!

—¡No tienes la culpa, maldita sea, a ver si te das cuenta de una vez! ¡Tienes que seguir con tu vida y dejar de culparte!

—¡No lo entiendes, nadie lo entiende!

—¿Que no? ¿Acaso piensas que a mí no me dolió igual que a ti? ¡Pues lo hizo, estuve jodido mucho tiempo, pero al final seguí adelante!

—Porque para ti es fácil, porque no tuviste nada que ver.

—¡Ya basta de flagelarte!

—¡Cállate de una puta vez! ¡Se acabó la conversación! ¡No sé por qué he venido a tu despacho si siempre estás igual!

—¡Dan, Dan, espera!

Dan salió del despacho a toda leche y casi se chocó conmigo en su huida.

Paró en seco frente a mí y se quedó unos segundos sin saber cómo actuar.

Y yo tampoco supe qué hacer.

Ambos estábamos tan confusos que nos saludamos levemente con la cabeza y seguimos caminos distintos. Sin embargo, después de la conversación que acababa de escuchar entre Dan y John, llegué al aseo intentando atar cabos sobre él, sobre sus pesadillas, sobre por qué se sentía tan culpable de algo que había ocurrido dos años atrás.

¿Y sabéis qué? Que llegué a la conclusión de que estaba mucho más liada que al principio. Me faltaba demasiada información para entender la forma de comportarse de Daniel Collins. Y era una mierda.

20

Musculitos

Quedamos en un pequeño bar que estaba bastante de moda, al que solían ir los jovencitos *cools* y *trendies* a pasárselo bien. Y, la verdad, no sé qué hacíamos nosotros, una panda de químicos, entre todos ellos. Parecíamos sus padres. Pero como Martina se empeñó en ir, y todos sabíamos lo cojonera que era, allí que nos plantamos.

Con un vaso de ron cola en la mano, miré a mi alrededor y acepté que había buen ambiente. La música era aceptable, los chavales se comportaban como personas racionales (de momento) y mis compañeros todavía no habían empezado a dar el espectáculo.

Di un tirón a mi falda vaquera y me aseguré de que no se me veían las vergüenzas, porque, vale, puede que fuese un poco más corta de lo que estaba acostumbrada y que estuviera pasando más frío del necesario, pero esa noche me apeteció lucir piernas, que para algo las tenía, ¿no?

Martina, que bailaba a más no poder al ritmo de la música, me cogió de la mano y me hizo subir a la tarima central, donde Jaime, nuestro compañero de laboratorio, bailaba haciendo el pollo loco. Que el Señor lo pillase confesado.

—¡Vamos, Ani! ¡Que estos niñatos se enteren de cómo se mueven unas tías buenas! —me gritó en el oído.

—¡Coño, Martina, que podríamos ser sus madres!

—¡Hija, qué exagerada eres! ¡Tú mueve el culo y cállate!

Y eso hice. Me sumé a Jaime y a ella, y bailamos los tres volviéndonos locos, riéndonos a carcajadas y bebiendo sin parar. Sí, la verdad era que me hacía falta una noche de esas para liberar tensiones y, simplemente, pasármelo bien. En una de esas, paseé la mirada por el bar y, como el que no quiere la cosa, reconocí a alguien al que no esperaba.

Dan.

Estaba apoyado en una de las paredes del local, con un vaso en la mano y con Carla bailando sensual a su alrededor.

—¿Por qué nadie me ha dicho que iba a venir él? —le pregunté a Martina en el oído.

—No iba a venir, habrá cambiado de opinión.

—Pues está aquí, sí, y con Carla.

—Puaj, qué asco de tía, de verdad. Hasta que no se lo folle no va a parar.

Giré la cabeza y la mirada de Dan conectó con la mía unos segundos. ¡Mira que estaba guapo esa noche! Llevaba una camiseta blanca informal, su chaqueta de cuero y el colgante de la estrella de mar a la vista.

Se me erizó la piel.

Y me cabreé.

Y decidí seguir bailando como si no estuviera.

Aunque sí que estaba.

¡Joder!

Estuve subida en la tarima con Martina y Jaime casi media hora, ignorando a conciencia a Dan, bebiendo mucho y bailando como si no hubiese un mañana, pero, claro, todo lo que entra tiene que salir, y yo necesitaba ir al servicio porque tenía unas ganas de mear estratosféricas.

—¡Ahora vuelvo, voy al aseo!

—¡Vale! —exclamó Martina mientras bailaba con Jaime, el cual había decidido mover los brazos tipo aspersor, porque a eso no se le podía considerar bailar.

Crucé el bar, intentando que me diesen la menor cantidad de empujones posibles y de no mirar a Dan, eso también, y esperé en el aseo a que se desocupase uno de los cubículos.

Cuando salí, me miré en el espejo mientras me lavaba las manos y me di cuenta de que, a pesar de llevar el pelo suelto, el chupetón no quedaba del todo escondido. Fue un milagro que ni Martina ni el resto lo viesen, porque habría habido bromas durante toda la noche.

—Hombre, Ani, no te había visto por aquí.

Aquella voz me hizo poner los ojos en blanco. ¡Lo que me faltaba!

—Hola, Carla.

—Pensaba que no habías venido.

—Eso es porque no has levantado la vista a la tarima.

Mi archienemiga abrió el grifo de agua que estaba junto al mío y se refrescó la nuca.

Esa noche, como de costumbre, iba tan bien vestida y con el maquillaje tan perfecto que parecía salida de una revista de moda, la cabrona. Llevaba un vestido negro muy ceñido a sus curvas, tan corto como mi falda, desmangado, y los morros rojos a juego con sus zapatos.

—Uf, qué calor, por favor. Entre tanto baile, y que Dan está toda la noche manoseándome el culo, estoy ardiendo.

A punto estuve de meterle la cabeza bajo el grifo del agua fría para que se refrescase. Pero no. Como toda una chica de bien, me limité a sonreír y a disimular que me jodía mucho lo que acababa de decir.

—¿Sabes? De esta noche no pasa —siguió cacareando—. Hoy me follo a Dan.

—Enhorabuena.

—Él lo está deseando, igual que yo. Llevamos muchos días tonteando y metiéndonos mano a escondidas.

—Mmm... —Asentí, tensa.

—Pero ¿tú lo has visto, Ani? ¿Has visto qué bueno está?

—Lo veo todos los días en el trabajo, sí.

—Claro, qué vas a decirme, tú prefieres a John. A Dan lo verás como a tu futuro cuñado.

—Como a un compañero de trabajo.

—¡Joder, podríamos ser cuñadas algún día!

—¡Yupi, qué superguay! —¿Se notaba mucho que estaba siendo irónica?

—¿Verdad que sí? —Pues esta parecía no darse por enterada.

Fui a contestarle algún comentario de los míos, pero, de repente, mi teléfono comenzó a sonar. Al mirar la pantalla vi que era John. Salí del servicio sin despedirme de Carla y crucé el bar hasta que alcancé la calle.

Fuera hacía frío, y yo sin chaqueta. Me puse el aparato en el oído y me apoyé en el capó de un coche, para que los tacones no me jodiesen tanto los pies.

—¿John?

—Hola, Ani, ¿cómo estás?

—Bien, me pillas fuera de casa.

—¿Estás ocupada?

—Estoy tomando algo con los del laboratorio. ¿Por qué?

—Te iba a preguntar si querías que cenásemos otra vez juntos.

—Hoy no voy a poder, lo siento.

—¿Y mañana?

—Em... —No, no quería. John era genial y me caía superbién, pero... salir con él sería darle esperanzas, y no era justo—. Mira, John, es que esta semana la tengo muy liada.

—¿Y la que viene?

—De momento, no lo sé. —Qué torpe era en eso de dar calabazas, no sabía hacerlo ni me gustaba. Sobre todo cuando el tío era tan buena persona como John Collins—. Ya lo vamos viendo, ¿vale?

—Em..., vale, hablamos entonces. Diviértete, Ani.

—Lo mismo digo, hasta mañana.

Colgué el teléfono y suspiré mientras me lo guardaba dentro del bolso. No quería joder a John, ni quería que se hiciera falsas esperanzas conmigo, aunque quizás ya se las había dado.

—Al final vas a tener que darme la razón.

Pegué un sobresalto cuando escuché aquel susurro en mi oído. Me di la vuelta y Dan estaba a mi lado, mirándome con esa sonrisa falsa que últimamente siempre tenía en los labios.

—¿La razón en qué?

—No te interesa mi hermano.

—John es un buen tío, pero... lo veo como a un amigo, nada más.

—¿Y el beso que os disteis el día que llegué al laboratorio?

—Fue curiosidad. Llevaba varios meses pidiéndome una cita y decidí dársela. —Al verlo sonreír todavía más con esa cara de chulo sabelotodo, me encabroné—. Todavía no sé por qué te cuento nada.

—Porque he tenido razón todo este tiempo.

Miré a nuestro alrededor, buscando a los demás compañeros, pero no había nadie más que nosotros.

—¿Qué haces aquí fuera? ¿Me estabas siguiendo?

—Ya te gustaría a ti. Me iba a casa y resulta que estás apoyada en mi coche.

—Oh... —¡Pues era verdad! Había ido a parar a su coche sin darme ni cuenta. Me aparté de él—. Ya no estoy apoyada, puedes irte.

Me enseñó su bebida.

—Todavía me queda. No es plan de tirar el dinero. El alcohol en las discotecas está a precio de oro.

—¿Por qué no le dices a Carla que te ayude? Ella estaría encantada.

—¿Celosa?

—No flipes.

—Sí que lo estás.

—Me da igual lo que haces con ella y que le sobes el culo en las discotecas.

—¿Qué dices? —Se echó a reír.

—Que sepas que está cachonda perdida y que, si quieres acostarte con ella, tienes vía libre, lo está deseando.

—Gracias por la información, ¿algo más? —Parecía muy divertido, como si aquella situación fuese jodidamente graciosa.

—Sí, que quiere que seamos cuñadas.

Las carcajadas de Dan resonaron a mi alrededor, y yo tuve que sonreír también.

—Lo de cuñadas ya lo veo más difícil, teniendo en cuenta que no quieres nada con mi hermano.

Alargó la mano y me ofreció de su bebida. Di un trago e hice una mueca con los labios cuando el licor pasó por mi garganta.

—Joder, tío, ¿qué estás bebiendo? ¿Colonia? —Agité la cabeza, logrando que el pelo también lo hiciese.

—¡Espera, espera, estate quieta! —Dan me apartó el cabello del lado derecho de mi mejilla y, cuando vio el chupetón en mi cuello, a punto estuve de darle un sopapo por la cara de satisfacción que puso el muy cabrón—. ¿Eso te lo he hecho yo?

—Sí, y ya te vale.

—Es bonito.

—Claro, como no tienes que llevarlo tú...

—Aquí tienes mi cuello, aprovecha.

—A ver si te piensas que estoy deseando volver a tocarte.

—Eso lo has dicho tú.

—Porque que sepas que no vamos a follar nunca más.

—Para que eso ocurriese, tendría que querer yo también. Y no estoy por la labor de volver a hacerlo contigo.

—Perfecto, nos queda claro a ambos.

—Cristalino.

—Ya puedes irte a buscar a Carla y seguir metiéndole mano.

—En cuanto me termine el cubata. ¿Me ayudas para que me vaya a follar pronto?

Cogí de nuevo su vaso y le di un trago, aguantando las ganas de volver a hacer muecas.

—Eres un chulo de mierda, musculitos, que lo sepas.

—¿Qué has dicho?

—Que eres un chulo de...

—No, ¿qué me has llamado?

Dan curvó sus labios lentamente y yo puse los ojos en blanco riendo, al darme cuenta a lo que se refería.

—Musculitos.

Reímos juntos y él acercó su boca mi oído, haciéndome cosquillas y erizándome la piel.

—He echado de menos que me llames así. —Me rozó la oreja con su nariz, haciéndome estremecer y acto seguido me dio un beso en la mejilla.

Me hice la dura, aunque las rodillas me temblaban.

—¿Qué haces? ¿Tan irresistible soy que no te has aguantado las ganas?

—A lo mejor es porque estoy un poco borracho, espabilada.

Aparté la mirada sonriendo y, cuando volví a fijar mis ojos en los suyos, lo cogí por el cuello de su camiseta y le planté un señor beso en la boca.

¿Que por qué? Pues porque me apeteció, sin más. Cuando estaba con Dan, la lógica se iba a tomar por saco la mayoría de veces.

—¿Tan irresistible soy, Ani, que no te has aguantado las ganas? —me parafraseó. Mira que era capullo.

—A lo mejor es porque estoy borracha, *musculitos*.

Negó con la cabeza mientras su respiración seguía alterada por el beso, me miró de arriba abajo.

—A tomar por culo todo, joder.

Me cogió por las mejillas y esa vez fue Dan quien me besó.

Y yo... Pues yo respondí con todas las ganas que se arremolinaban en mi estómago, con todas las jodidas ganas que llevaba negándome desde que lo vi al fondo de la discoteca.

Abrió la puerta trasera de su coche a malas penas, porque tenía las manos demasiado ocupadas

manoseándome el culo y los ojos cerrados mientras seguíamos besándonos como unos posesos.

—Vamos dentro —susurró contra mi boca.

—No vamos a follar, Dan. Nunca más.

—No va a haber sexo, ya te lo he dicho antes. Es para que nadie del laboratorio nos vea liándonos aquí fuera.

—Vale.

Entramos en el coche y seguimos morreándonos a lo bestia, tocándonos y poniéndonos tan cachondos que hubo un momento en el que ya no sabía ni dónde estaba. Solo reconocía a Dan, a su boca y a sus manos.

Habíamos asegurado por activa y por pasiva que no haríamos el amor, que solo serían besos, que aquello no iba a volver a pasar nunca.

¿Pensáis que cumplimos nuestra palabra?

Os daré una pista: media hora después, subida a horcajadas sobre él, marcaba el ritmo de las penetraciones casi a punto de correrme, mientras Dan gruñía lamiendo mis tetas y mordisqueando mis pezones.

¡Sorpresa!

Me desperté con un dolor de espalda de campeonato. No estaba segura de si había dormido haciendo el pino puente, pero, cuando me crujió la rodilla al moverme, no tuve dudas.

Aunque por lo demás estaba bastante bien: calentita, oliendo superrico y enredada con el cuerpo de Dan.

¿De Dan?

—¡Mierda! —Estábamos en su coche, aparcado muy cerca del bar, y medio desnudos—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Él abrió los ojos al notar movimientos y, cuando se ubicó, se llevó una mano a los ojos.

—¡Joder, no!

Sí, estábamos hipercontentos de haber amanecido juntos. Se notaba, ¿eh?

Y lo mejor no era eso, no os vayáis a pensar, lo mejor era que no habíamos hecho el amor una vez, sino tres esa noche.

Nos vestimos sin decírnos ni «buenos días», y no sé si fue porque notó el agobio en mi cara, pero su gesto era muy serio.

Menudo plan para un miércoles por la mañana.

Un momento.

¿Miércoles?

—¿Qué hora es?

Él se miró el reloj y, cuando cayó en la cuenta, empezó a vestirse todavía más rápido.

—Faltan quince minutos para empezar a trabajar.

—¡No puedo ir al laboratorio con la misma ropa de ayer!

—¿Crees que a mí me hace gracia?

—¡Se van a dar cuenta!

—Tengo una sudadera limpia en el maletero, pónitela si quieres.

—¿Y tú?

—En el despacho de mi padre hay algo de ropa. En cuanto llegue, me cambio.

Salimos del asiento trasero del coche y Dan me dio la sudadera. Me quedaba bastante grande, pero era muy cómoda y olía a él.

Nos pusimos en marcha y mientras él conducía yo aproveché para mirarme en el espejo y

comprobar cómo tenía la cara. Os resumo: parecía un mapache heroinómano.

—Hostia, llevo los ojos y los labios corridos. —Dan se rio y yo le di un golpe en el hombro—. No seas cabrón, qué vergüenza que me vean así.

—Bajo del asiento tengo una botella de agua y en la guantera un paquete de pañuelos.

—¿No tendrás desmaquillante, por casualidad?

—No, me lo he dejado en el neceser con mis polvos bronceadores —respondió, sarcástico.

—Mira que eres idiota cuando te lo propones, musculitos.

—¿Y para qué coño iba a tener desmaquillante en mi coche?

—¡Pues para prestarle a tus follamigas!

—¡Aquí no monta nadie!

Puse los ojos en blanco.

—Claro, es verdad, nunca llevas paquete —repetí burlona.

Me arreglé la cara como buenamente pude y me crucé de brazos mientras Dan conducía hacia el laboratorio.

Aparte de la música que estaban poniendo en la emisora de radio, ninguno de los dos abrió la boca durante un buen rato. Y aunque pareciese extraño, ese silencio no me resultó excesivamente incómodo.

Cuando paramos en un semáforo, él suspiró y giró la cabeza para mirarme como si quisiera decirme algo.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada.

—Vale.

Otro silencio y el semáforo se puso en verde.

—Ani.

—¿Qué?

—No quiero pareja, ni novia, ni nada que se le parezca. No quiero responsabilidades. —Suspiró y metió la segunda marcha—. No sirvo para eso.

—¿En qué momento te he pedido yo algo?

—Nunca, ya lo sé.

—Es más, ¿por qué supones que quiero una relación contigo?

—No paramos de follar, no sé si te habrás dado cuenta.

—Ligeramente —dije sarcástica—. Y no es algo que me tenga muy contenta, la verdad.

—¿Qué coño nos pasa? ¿Qué me has hecho?

—Eso, échame la culpa y quéname por bruja.

Él rio y me dio un pellizco en la mejilla, a lo que yo respondí pegándole en la mano, divertida.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó él de repente.

—¿Cómo que qué vamos a hacer?

—Me refiero a con... esto, con nosotros. —Vale, Dan parecía tan confuso como yo—. Joder, lo que quiero decir es...

—Te refieres al sexo.

—Sí.

—No sé, Dan, pero estoy un poco cansada de seguir peleándome contigo a todas horas.

—Podríamos... dejarnos llevar —sugirió, mirándome a los ojos—. Si tú no vas buscando una relación y yo tampoco la busco...

—¿Hacer lo que nos apetezca en cada momento?

—Básicamente. Igual que en Río.

—Para eso ya tienes a Carla. Ella estaría encantada y parece que tú también.
—¡Pero si ni me gusta!
—Eso no es lo que dice ella.
—Que diga lo que quiera.
—Siempre estáis muy juntos y yo paso de que me toques después de manosearla.
—A la única que he manoseado ha sido a ti. —Sonrió en plan chulo—. Lo que pasa es que me gusta verte de mala hostia cada vez que me acercó a ella.

Dan me dejó a varios metros del recinto del laboratorio para que nadie nos viese llegar juntos. Cuando entré en la cafetería y Martina me vio, casi se atragantó con su café. Me agarró de la mano y me sacó de allí a toda leche. Ríete tú del Correcaminos. ¡Bip, bip!

Me metió en el aseo y cerró con pestillo, para que nadie pudiese entrar.

—Acabo de ver llegar a Dan con la misma ropa de ayer, ¡igual que tú, hija de la gran puta! ¡Te lo has vuelto a tirar!

—No llevo la misma ropa. —Intenté hacerme la digna, pero me salió regular.

—No, solo llevas una sudadera de hombre que te queda gigante y una falda sospechosamente parecida a la de anoche. ¡Fíjate, hasta tiene la misma mancha de Coca Cola!

—Vale, no hace falta que te pongas en plan madre. ¡Sí, me he vuelto a acostar con él!

—¡Y vaya un chupetón llevas en el cuello, amiga! —Me contempló con atención—. Joder, Ani, podrías haberte lavado la cara al menos.

—¿Te crees que no lo he intentado? Pero resulta que Dan no tiene desmaquillante en su coche, ¡qué cosas!

—No te muevas de aquí, yo sí tengo en mi bolso. Y creo que también tengo unos pantalones de Zumba.

—Eres mi salvación.

—Ya lo sé, y por eso voy a querer los detalles más jugosos de lo que hiciste anoche con él, que lo sepas.

Poco después, con el desastre de mi cara arreglado, salimos del aseo y nos dirigimos hacia la sala, con nuestros compañeros.

Al llegar, Dan ya estaba allí, sentado frente al ordenador, con Carla apoyada en su mesa enseñándole un cacho de pierna como el que no quiere la cosa.

—Mírala, Ani, esa quiere levantarte al maromo.

—Dan no es nada mío, que haga lo que quiera.

—Yo ya le habría arrancado las extensiones a mordiscos —añadió Martina sonriendo.

Reímos y pasamos por delante de ellos, como si nada, como si me diese igual que mi archienemiga le estuviese acariciando el brazo a Dan mientras lo miraba con ojitos tiernos. No obstante, él levantó la cabeza y me contempló con una suave sonrisa en los labios.

—Buenos días, jefa.

—Buenos días.

—Tengo una sudadera igual que la tuya, ¿dónde la has comprado?

¡Qué cabrón! Martina se echó a reír y yo casi me atraganté con mi propia saliva. Bueno, y Carla... Nos miró a ambos como si algo no le cuadrara nada.

—¿Tienes una igual? ¡Mira qué bien! Mañana nos la ponemos los dos y les decimos a todos que somos hermanos de leche.

Dan rio y apartó la mano de Carla de su brazo, sin dejar de mirarme.

—Te tomo la palabra entonces.

—Ponte a trabajar, Collins —lo reprendí y me di la vuelta sin dejar de sonreír.

21

Nada más interesante

El resto de la semana transcurrió sin pena ni gloria.

Dan y yo nos veíamos en el laboratorio a diario, pero no pasó de ahí.

O, ahora que lo pienso, puede que sí, porque tonteábamos a más no poder, nos buscábamos con la mirada casi todo el día y..., el jueves por la tarde al cruzarnos en el aseo, me robó un beso que me tuvo cachonda hasta que llegué a casa. No acabamos metidos en uno de los cubículos haciéndolo como locos de milagro, porque otro de nuestros compañeros llegó y tuvimos que parar.

El viernes, Abril se encargó de llevarme y recogerme del laboratorio, pero no por su propia voluntad, no vayáis a creer, que tuve que sobornarla para que se apiadase un poco de mí. Ten hermanas para esto.

Esa noche, habíamos quedado las amigas para cenar juntas, porque Sonia ya estaba en la ciudad y llevábamos sin verla más de un año.

Quedamos en un bar bastante cerca de mi casa, por lo que Abril se libró de tener que volver a recogerme.

Al llegar, las encontré a las tres alrededor de una mesa tomando una cerveza.

—¡Sonia!

Nos abrazamos y dimos varios saltitos antes de tomar asiento.

Mi amiga estaba superguapa y, por su sonrisa, se notaba que estaba feliz con su nueva vida en Londres.

De las cuatro, Sonia era la única con el pelo rizado con tirabuzones, pero tirabuzones de esos que no me salían a mí ni con las mejores tenacillas del mundo.

Rostro bonito, ojos marrones y sonrisa amigable. Llevaba un tiempo saliendo con una inglesa y parecía que su relación iba viento en popa. Y, joder, ¡cuánto me alegraba!

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Tres días más, tengo que volver antes del miércoles para incorporarme al trabajo.

—Entonces, todavía podemos quedar un par de veces más —saltó Abril, mirando de reojo hacia la barra, donde varias personas bebían tranquilas.

—¡Tenemos que irnos de fiesta! —dijo Martina, dando una palmada sobre la mesa.

—Pues esta noche soy toda vuestra —respondió Sonia.

—Voy a por algo de beber —les dije, levantándome de mi silla. Que muy amigas mías y todo lo que queráis, pero ninguna había pedido una cerveza para mí.

Fui hasta la barra y esperé a que el camarero me atendiese. Al fijarme un poco más en él, acepté que era guapo. Un tío bueno, en realidad.

Me sonrió de oreja a oreja y apoyó las manos sobre la barra.

—¿Qué te pongo?

—Una cerveza.

—Marchando. —Me guiñó un ojo, sin embargo, cuando regresó, en sus manos llevaba cuatro cervezas en vez de una—. A estas os invito yo.

—¿De verdad?

—Cortesía de la casa.

—Joder, pues gracias.

Volví a la mesa enseñándoles los botellines como si fuesen trofeos. Los repartí para cada una.

—Que sepáis que acabo de ligar con el camarero. Le he pedido una cerveza, me ha sonreído como en los anuncios de pasta dientes y nos ha invitado a todas.

—No me digas —dijo Abril, poniendo los ojos en blanco.

—Tienes una hermana que rompe corazones, a ver si te fijas un poco más en mí.

—Anita, eres gilipollas —saltó Martina descojonándose—. El camarero es el follamigo de Abril.

—¡No! ¿Ese es Raúl? —Señalé hacia la barra con disimulo.

—El mismo —admitió mi hermana.

—¡Qué cabrón, el colega! ¡Ha querido caerle bien a su cuñada! —me carcajeé y mi hermana me dio un pisotón.

—¿Por qué te crees que Abril nos ha dicho de cenar aquí? ¡Para ver a su chico! —añadió Sonia.

Me saqué el teléfono móvil.

—Tengo que echarle una foto para enseñársela a mamá. Va a flipar.

—¡Estate quieta! —Abril me quitó el móvil—. ¡Qué vergüenza!

—¿Cuándo vas a presentármelo formalmente?

—Cuando sea mi novio formalmente.

—Mira que eres sosa, Abril.

—Y hablando de cosas *random* e inesperadas —saltó Martina interrumpiéndonos—. ¿Sabéis que Ani se sigue follando a Dan?

—¡Coño, Martina, si lo sé no te cuento nada!

—No habría hecho falta.

—¿Te sigues follando al sapo después de lo que te ha hecho?! —me interrogó Sonia, abriendo mucho los ojos.

—¡No es un sapo!

—¡Mira cómo lo defiende! —Rio Abril.

—¡Porque no es un sapo!

—No, y tanto que no lo es —prosiguió Martina—. El miércoles, llegaron al laboratorio con la misma ropa del día anterior, y Ani con el maquillaje corrido.

—Nos quedamos dormidos en su coche. Puede pasarle a cualquiera.

—¡A cualquiera no! ¡Y todavía menos cuando hace unos días nos jurabas que no querías nada con él, que no lo aguantabas!

—¿Yo qué quieres que te diga? ¡Lo intenté! Ya sé que es una excusa de mierda, pero... Joder, es que no sé qué me pasa con Dan. Se me licua el cerebro cuando lo tengo delante.

—¿Y él qué dice? —preguntó Abril, curiosa.

—Está tan flipado como yo. Hemos decidido que vamos a dejarnos llevar.

—Ah, ¿pero es que no estabais haciendo eso desde el principio?

—¡No seas cabrona, Martina, sabes bien que no! ¡Todas lo sabéis! Quizás en Río sí que lo hice, pero aquí intenté ponerle fuerza de voluntad.

—Pues que sepas que tu fuerza de voluntad es una mierda —dijo mi hermana, palmeándome el hombro.

—Y tendríais que verlos en el laboratorio, chicas —añadió Martina—. ¡Son tan monos...!

—¡En el laboratorio no hacemos nada!

—Y ni falta que hace, os coméis con los ojos. —Rio y miró a las otras—. Se pasan el día

tonteando y la gili de Carla intentando llamar la atención de Dan. ¡Es para descojonarse!

—¿Y qué pasa con John? —me preguntó Sonia de repente—. ¿De verdad no te gusta? ¿Has eliminado de la ecuación al príncipe?

—El príncipe de los idiotas —resopló Martina.

—Lo veo como a un amigo —acepté—. Además, es el hermano de Dan, no soy capaz de hacer una cosa así.

La conversación fue bajando de intensidad y aprovechamos para pedir algo para cenar. Eso sí, cachondeándonos de Abril y las miraditas que se dedicaba con su camarero.

Cuando estábamos con los postres, escuché el sonido de mi teléfono móvil. Al mirarlo, la sonrisa volvió a mis labios.

Sapo capullo:

¿Cuándo vas a plantar un árbol
bajo la ventana de tu habitación?

Ani:

¿Sigues teniéndole aversión a
las puertas, musculitos?

Sapo capullo:

Las buenas costumbres
no hay que perderlas.

Ani:

Lo propondré en la próxima
reunión de vecinos.

Sapo capullo:

No podrán negarse, todo son ventajas.
Ahora mismo, si tuvieses un árbol,
podría esperarte en tu casa.
Tienes la ventana abierta.

Ani:

Ja, ja, ja, eso ha sonado a psicópata,
como si estuvieses esperándome
bajo la ventana.

Sapo capullo:

Es que lo estoy. Si quieres llamarme
psicópata, es cosa tuya.

Ani:

¿Estás en la puerta de mi edificio?

Sapo capullo:

He venido a devolverte un pendiente

que se te cayó en mi coche.

Ani:

Joder, pues no estoy en casa.

Sapo capullo:

Después de tocar tres veces
al timbre, yo también he
llegado a esa conclusión.

Ani:

Y creo que llegaré bastante tarde.
Estoy cenando con mis amigas.

Sapo capullo:

El pendiente puede esperar.
Pásatelo bien.

Salí del chat y fruncí los labios al imaginar a Dan en la puerta de mi edificio. Me hubiese encantado estar allí, sin embargo, Sonia era más importante que un polvo con un tío irresistible, y esa noche era para mi amiga.

Antes de meter el móvil en el bolso, le cambié el nombre de *Sapo capullo* por el de *Dan*, y volví a prestar atención a mis amigas.

La conversación con Dan estuvo rondando por mi cabeza durante toda la noche. Y siguió estando cuando nos fuimos a otro bar para tomarnos una copa. Bueno, la que dice una copa dice cinco o seis, porque, cuando decidimos irnos a casa y salimos a la calle, el tiempo había cambiado completamente. Llovía a cántaros.

—Menos mal que he venido en coche —dijo Martina, estirando un brazo para tocar la lluvia.

—Ani, yo te acerco a casa —se ofreció Abril, tirando de mi mano.

—¡No! Son dos gotas, me voy andando.

—Está cayendo un diluvio, idiota, lo que pasa es que estás borracha. —Rio Martina.

—Tampoco he bebido tanto, lista, y me apetece caminar bajo la lluvia.

—Estamos a cuatro grados, te vas a helar —añadió Sonia intentando que me entrase el sentido común.

—Vivo a tres calles de aquí. ¡Además, qué cojones, me apetece!

—Tú estás perdiendo la cabeza, los polvos con Dan te han vuelto majara.

—Que te den, Martina. —Le saqué la lengua y me despedí de ellas dándoles un abrazo—. Nos vemos antes de que se vaya Sonia para tomar algo y despedirnos.

—¿Seguro que quieres irte andando? —repitió mi hermana.

—¡Que sí, pesada!

Andar bajo la lluvia era un placer que me permitía al menos una vez al año, pero nunca lo había hecho en invierno, y mucho menos con tanto frío. Aunque siempre había una primera vez para todo, ¿no?

Como era de madrugada y no había tráfico, me planté en medio de la carretera y caminé por ella, con la cabeza mirando hacia el cielo, una sonrisa enorme en los labios y los brazos en cruz.

Y muerta de frío, eso también.

Sin embargo, el placer era mucho mayor que las bajas temperaturas.

De niña, mi madre me castigaba por llegar a casa calada hasta los huesos, después de saltar sobre los charcos y pisar el suelo del salón con los zapatos embarrados. Por lo que después tenía que limpiar lo que había ensuciado, no obstante, lo hacía encantada, sabiendo que aquella no sería la última vez y que mi madre volvería a enfadarse conmigo la siguiente tormenta.

Al levantar la vista, me di cuenta de que estaba frente a mi edificio. Tenía el pelo y la ropa empapados. Y me daba igual.

—¿Ani? ¿Eres tú?

Aquella voz me pilló por sorpresa. Al fijarme en la fachada, vi que había alguien resguardado bajo un balcón.

—¿Dan? ¿Qué haces aquí? Son las cuatro de la madrugada. —Reí y me aparté un mechón de pelo de la mejilla.

Él sonrió al verme chorreando y dio un paso hacia mí.

—No tenía nada más interesante que hacer esta noche.

—¿Nada más interesante? Qué romántico —ironicé—. Tú sí que sabes conquistar a una chica.

—¡Vamos, ponte a cubierto! Estás empapada.

—Es divertido, ¡ven!

—¿Adónde?

—¡Conmigo, idiota! ¡Bajo la lluvia!

—Tú alucinas.

—¡No, ven! —lo animé riendo, dando una vuelta sobre mí misma. Al mirarlo de nuevo, Dan sonreía. Alargué la mano y él la cogió.

—¡Joder, estás helada! ¡Qué frío!

—¡No te quejes tanto, musculitos! ¡Disfruta!

Lo rodeé por el cuello y le di un suave beso en los labios. Él respondió enseguida, profundizándolo y apretándome contra su cuerpo, sin importarle que la lluvia siguiese cayendo sobre nosotros.

—¿Por qué te has quedado esperándome?

—Me apetecía verte.

—Podrías haberme avisado antes, te habrías ahorrado esperar tanto tiempo.

—Así es más divertido.

—Qué raro eres, Daniel Collins.

—Qué rara eres, Ana Victoria Ortiz.

Un repentino trueno me hizo dar un salto. La lluvia se intensificó todavía más y grité, tirando de Dan hacia la portería.

Subimos por las escaleras riendo, cogidos de la mano, mojándolo todo a nuestro paso.

Cruzamos mi casa y nos dirigimos directamente hacia el aseo. Allí, nos quitamos la ropa sin dejar de reír, besándonos, tiritando de frío.

Nos metimos en la bañera y jadeamos cuando el agua caliente desentumeció nuestros cuerpos. Seguimos besándonos y estos se tornaron todavía más intensos.

Dan me acorraló contra la pared y lamió mis pechos, haciéndome temblar bajo su contacto, pero ya no de frío, sino de anticipación.

Me levantó una pierna para que la enredase en su cadera, apretó su polla contra mi sexo, y yo lo cogí del pelo para que me mirase y poder besarlo sin medida, para poder morderle los labios y animarlo a que continuase. Y lo hizo. Dan me penetró de repente y me dejó sin respiración contra la pared, empujando tan dentro de mí que creí notarlo en lo más hondo de mi conducto.

—¿Te gusta así? —susurró contra mis labios—. ¿Te gusta duro, Ani? —Asentí, porque, aunque hubiese querido, no pude hablar. Las emociones que entrechocaban en mi cuerpo eran demasiado intensas—. A mí me vuelve loco notar que tu coño me envuelve. Jodidamente loco.

Aumentó el ritmo de las penetraciones y yo creí perder la razón. Me agarré muy fuerte a él y cerré los ojos cuando noté que el orgasmo estaba cerca.

—¡Oh, Dan...! ¡Sí!

—Eres preciosa, eres... —Agarró mis mejillas y me levantó la cara para que lo mirase a los ojos, para besarme de nuevo, para llenarme todavía más profundo con su sexo.

Y caí. Caí desbocada en un orgasmo que hizo que mis piernas flojeasen, que tuviese que agarrarme todavía más fuerte a él para no derretirme y acabar de bruces en el suelo.

Grité contra sus labios y lo vi caer a él también en aquel mar de placer infinito. Salió de mi interior con mucha rapidez y derramó su semen en la bañera, mientras el agua que mojaba nuestras cabezas se lo llevaba por el desagüe.

Salimos de la ducha diez minutos más tarde, después de enjabonarnos, de jugar como chiquillos echando agua al otro y de besarnos con tantas ganas como siempre.

Le di un albornoz, que le quedaba ridículamente pequeño, y yo me puse otro.

Recogimos la ropa del suelo y la metimos en la lavadora para quitarle el olor a húmedo de la lluvia. Salimos del aseo en dirección a la cocina.

—¿Quieres un café?

—Vale, ya que no tengo más remedio que quedarme aquí... —dijo él, haciendo una mueca divertida.

—Sí, quéjate ahora, musculitos. A ver si va a ser mi culpa que hayas estado toda la noche esperándome.

—Pero mi ropa sí que está mojada por tu culpa. —Me rodeó por la cintura y me besó.

—Podías haberme dicho que no.

—¿Y cuándo he podido decir que no a algo que tiene que ver contigo?

Sonreí y le di un suave beso antes de ponerme a hacer el café. Mientras echaba agua en la cafetera, miré a Dan de reojo y me encantó verlo allí, sentado en mi cocina con nada más puesto que aquel albornoz y su rostro relajado después de aquel sexo tan flipante.

—Martina ya les ha contado a mis amigas que tú y yo nos vemos.

—Vaya un pico de oro tiene tu amiga.

—Es una cabrona.

—El lunes vamos a por ella.

—Eso, vamos a joderle la vida.

Reímos y tomé asiento a su lado, con mi café entre las manos. Dan bebió un sorbo y me rodeó con su brazo, para darme un beso en la frente.

Y, obvio, como comprenderéis, me quedé con cara de tonta, porque no hay nada más bonito e íntimo que un beso en la frente. Eso lo sabe todo el mundo, y sí no, ya te lo digo yo.

—¿Sabes algo del accidente de tu moto?

—Me llamaron del seguro hace unos días. Con lo que me van a dar, no me llega ni para una bolsa de pipas.

—¿Y qué vas a hacer? —Dio otro trago a su café.

—Usar las piernas hasta que tenga dinero para comprarme una nueva.

—Te ofrecería dinero, pero... —Sonrió y negó con la cabeza—. Después del susto que me llevé, lo último que quiero es verte montada en otra moto.

—Número uno: nunca aceptaría tu dinero. Y número dos: ¿en serio prefieres que vaya andando?

—Podrías comprarte un coche, es más seguro.

—No tengo carnet. ¡Y los coches son más caros que las motos!

—Yo te presto el dinero.

—¡Que no quiero tu jodido dinero, Dan!

—Entonces, vas a acabar con las piernas de Hulk.

—Y podré patearte el culo cuando te pongas insoportable.

—Ya te gustaría a ti.

—Te hago cosas mucho mejores, por si no te acuerdas, hombre del albornoz.

Dan me mordió el cuello, haciéndome reír con él. Nos besamos con glotonería y cuando nos separamos, suspiré, feliz.

—Oye, hablando de motos. ¿Dónde está la tuya?

—En casa.

—¿Aquí o en Londres?

—Solo tengo una casa, Medialuna. La de mi padre, más bien. —Rio—. En Londres vivía en la residencia de la universidad.

—¿En qué universidad estudiaste?

—En Cambridge.

—Mmm... Cómo se nota que eres un niño de buena familia.

—A lo mejor mis notas también influyeron en algo, no sé, piénsalo.

—Me dijo John que eres ingeniero informático.

—Eso fue lo que estudié.

—¿Y por qué trabajas en el laboratorio? Podrías aspirar a algo mucho mejor que a transcribir información en un ordenador.

—Es la empresa familiar.

—Sí, ya, olvídate de la empresa, ¿tú qué quieres hacer con tu vida?

Dan sonrió.

—Siempre me ha gustado todo lo que tiene que ver con la ciberseguridad y softwares.

—Ahí lo tienes. —Sonreí.

—¿Y tú, Medialuna? ¿Qué te gustaría hacer?

—Me gusta lo que hago, aunque..., no estaría mal tener mi propio laboratorio y haceros la competencia.

Dan rio.

—Algún día lo tendrás.

—Sí, tú flipas. No puedo comprarme una moto y voy a tener dinero para invertirlo en un laboratorio de investigación. —Puse los ojos en blanco—. Para eso, tendría que casarme con un ricachón como tú y convencerlo de que me prestase el dinero. ¡Y ni muerta!

—Yo no soy rico, es mi padre el que maneja el dinero.

—Es lo mismo. Seguro que no vives en una chabola. Y que tu cuarto de baño es más grande que toda mi casa. Y que tienes a una sirvienta personal que les pone sombrillitas a tus cócteles hechos con polvo de oro y caviar.

—Mira que eres tonta. —Me agarró por las mejillas y me besó—. Te has olvidado de que también tengo una piscina olímpica.

—Oh, claro, y un chihuahua con un collar de diamantes. Y una novia esperando en tu cama cada día de la semana.

—Pues la de hoy se va a sentir muy sola. —Rio.

—Que se joda. Si quería tenerte, que te hubiese mojado la ropa bajo la lluvia y te hubiera dejado en albornoz, como he hecho yo.

—Ya sabía yo que esto era un plan maligno para que no me fuera. A ver si te gusto más de lo que quieres admitir...

—No te hagas el chulito porque te echo ahora mismo. ¡Tengo secadora y no dudaré en usarla! Dan se quedó en silencio y me acarició la mejilla, sin dejar de sonreír.

—Ani...

—¿Qué?

—¿Quieres que me vaya?

—No.

—Yo tampoco quiero irme.

Capturó mis labios y nos dimos un beso superintenso, húmedo y muy íntimo. Dejé la taza de café sobre la mesa y me agarré a los brazos de Dan, que se aferraban a mi cintura y me arrastraron pegada a su cuerpo, por lo que la silla chirrió al deslizarse por el suelo.

Metió la mano por debajo de mi albornoz y la apoyó entre mis piernas, haciéndome contener el aliento. Fue abriéndose paso por mi sexo y, cuando acarició mi clitoris, gemí contra su boca.

Me levantó en peso, cruzó la cocina, el salón y llegamos a mi dormitorio, donde me dejó sobre la cama con cuidado.

Abrió mi albornoz y contempló mi cuerpo a placer, con ojos golosos. Se colocó entre mis piernas, abriéndolas, acercando su cara a mi vagina.

Lamió cada uno de mis pliegues, excitó mi clitoris con su lengua y creí que explotaría de placer en cualquier momento. Sin embargo, Dan sabía tan bien lo que hacía, y hasta qué punto seguir lamiéndome, que, cuando estuve muy cerca de correrme, se incorporó, abrió la mesita de noche y sacó un condón, que se colocó antes de penetrarme.

Nos quedamos dormidos, satisfechos y agotados, abrazados al otro, cubiertos únicamente con el edredón de mi cama, y los albornoces tirados por el suelo.

Creo recordar que esa noche Dan tuvo una de sus pesadillas, pero cuando lo noté incorporarse, quedando sentado sobre la cama, cogí su mano y tiré de ella para que volviese a tumbarse. Él me abrazó con fuerza, como si me necesitase, y yo respondí de buen grado, besándolo muy suave, acariciándole la mejilla, diciendo sin palabras que estaba a su lado, logrando que los latidos de su corazón se normalizasen.

22

¿Tan mala cara tengo?

Dan se quedó en mi casa todo el día siguiente.

Pasamos el sábado haciendo el amor, viendo la televisión tumbados en el sofá y pidiendo comida basura a domicilio por pura vagancia.

A media tarde, mientras follábamos en la cocina con una canción que sonaba de fondo en la radio, él dejó de empujar dentro de mí y sonrió a la vez que apoyaba la frente sobre la mía y me besaba con ternura.

—Me gustaría hacértelo con tantas canciones...

—¿Esta que suena estaba en tu lista?

Sonreímos.

—Ahora, sí.

El domingo, quedé con mis amigas para desayunar, y Dan se marchó a su casa.

Ese día despedíamos a Sonia, que regresaba a Londres de madrugada, e íbamos a pasar una buena temporada sin vernos.

No era nuestra intención que la despedida fuese triste, porque estábamos siempre en contacto por el grupo de las amigas, pero aun así nos pusimos a llorar como magdalenas. Sí, lo sé, un fracaso total. Abril moqueando, Sonia hipando, Martina cagándose en la leche y yo haciendo un mix de lo anterior. Éramos unas agonías, lo teníamos asumido.

El resto del día lo pasé con mi familia. Abril me llevo de vuelta a casa antes de que se hiciera de noche y me acosté temprano porque estaba reventada. Había sido un fin de semana cojonudo, pero mi cuerpo no estaba acostumbrado a tanto meneo, así que caí muerta un minuto después de cerrar los párpados.

Lo lógico habría sido que al día siguiente me levantase llena de energía y con ganas de todo, pero... no. Nada más abrir un ojo, noté que la habitación me daba vueltas y que la cabeza me dolía una barbaridad.

Cuando me incorporé de la cama, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y vi las estrellas al tragar saliva. De dolor, claro.

Fui directamente a la cocina y me tomé una pastilla, porque seguramente también tendría fiebre. No podía saberlo, porque no tenía termómetro en casa.

Desayuné, me vestí y me peiné como buenamente pude, porque fuerzas tenía las justas para no caerme al suelo redonda.

Estuve a punto de llamar al laboratorio para decirles que no podría ir, sin embargo, la pastilla comenzó a hacer efecto y mi cuerpo se recuperó bastante.

Cogí el bolso y salí de casa bien abrigada. Era temprano, me tocaba andar un buen trecho hasta el trabajo y no quería que el frío me jodiese más de lo que ya lo estaba.

Cuando salí a la calle y comencé a caminar, un coche frenó a mi lado y abrió la puerta del copiloto para que montase. Una sonrisilla curvó mis labios.

Dan.

—¿Te has desviado del camino para venir a buscarme?

—Me pillas de paso. Vamos, monta.

Le hice caso y me puse el cinturón de seguridad.

—¿Te has acostumbrado a llevar paquete?

—Me he resignado.

—Yo no te he pedido que vinieses, Dan.

—Ya lo sé, pero no voy a dejar que vayas andando. —Acercó su cara para darme un beso y metió la primera marcha. Al mirarme mejor, frunció el ceño—. ¿Te encuentras bien?

—¿Tan mala cara tengo?

—Tienes ojeras.

—Creo que me he levantado con fiebre.

—No me extraña. Yo también llevo la garganta jodida de la lluvia del viernes.

—Y no me arrepiento de nada. —Le guiñé un ojo.

—Estás loca de cojones, ¿lo sabes? —Rio y alargó la mano para apoyarla sobre mi muslo—. Pero ¿estás mejor? ¿Se te ha quitado la fiebre?

—Ahora mismo no me duele nada porque me he tomado una pastilla, te lo diré a media mañana.

—Si tienes fiebre, tendrías que haberte quedado en la cama.

—Musculitos, no eres mi madre y soy mayorcita para saber qué tengo que hacer. De momento, puedo seguir dando guerra.

—Eso no lo dudo.

Dan sonrió con la vista puesta en la carretera y yo apoyé la cabeza en el respaldo, disfrutando de sus hoyuelos y de su perfil de tío bueno.

Cuando estábamos cerca del laboratorio, me quité el cinturón y señalé una parada de autobús.

—Déjame allí, ya voy andando lo que queda.

—No digas gilipolleces, Ani, no pasa nada porque lleguemos juntos.

—Nos van a ver todos.

—¿Te molesta que te vean conmigo?

—No.

—Pues a mí tampoco, vuelve a ponerte el cinturón.

Aparqué donde siempre y bajamos del coche como si nada, como si en ese momento todos nuestros compañeros, que estaban en el aparcamiento, no nos mirasen con curiosidad. Se les iban a salir los ojos. ¿Qué pasa? ¿Es que nunca habían visto a dos puñeteras personas bajarse juntas de un coche? ¿Es que llevaba un moco colgando de la nariz?

Carla echaba humo por las orejas y Martina aplaudía y jaleaba, divertida.

Dan enarcó las cejas, flipando al igual que yo por la expectación que se había creado en torno a nosotros. A lo mejor eso de tontear en el laboratorio no lo habíamos llevado tan discretamente como imaginábamos. Vete tú a saber.

A punto de llegar a la cafetería, Martina me interceptó y saludó a Dan guiñándole un ojo.

—Collins, te robo a mi amiga un momento.

—¡Joder, tía, ni que fuera de su propiedad!

—Te la presto, pero solo un rato —le contestó él sonriendo en plan canalla.

—¡Que os den a los dos! —dije, empujando a Dan, el cual se echó a reír.

Martina me arrastró hasta el aseo, que parecía ser su sala de juntas oficial cuando había algún cotilleo, y puso el pestillo, con cara de flipada.

—O sea, Ani, zorrón, ¡ya ni os escondéis!

—No hemos hecho nada, Dan me ha traído en su coche, no hay más.

—Claro, después de habértelo estado follando todo el fin de semana.

—Ese es otro tema.

—Tendrías que haber visto la cara de Carla.

—La he visto.

—¿Y lo has gozado?

—¡Ni te lo imaginas! ¡Ahora que se haga la chula con Dan!

—¡Buah, imposible, la has aplastado, tía! Se le van a bajar los humos y el ego a la de ya. Que se entere de que no es tan irresistible.

Comenzamos a trabajar poco después, y mi atención se centró por completo en la crema que estábamos formulando. Dan y yo seguíamos lanzándonos miraditas de vez en cuando, pero éramos unos profesionales y no dejamos que nadie se diese cuenta. Menos Martina, claro, que no se le escapaba ni una. Habría sido una detective de la hostia.

Recogí un par de folios de mi mesa y me acerqué al ordenador de Dan, donde él seguía tecleando muy concentrado.

—Dan, esto inclúyelo en la carpeta de los alérgenos, por favor.

—Enseguida. —Me sonrió y acarició mi mano con la excusa de coger los folios.

—Vaya, Ani, pero qué mala cara tienes. —La que faltaba. Carla metiéndose en nuestra conversación.

—¿Tengo mala cara?

—Sí, hoy estás superfea, ¿Qué te pasa? —Se sentó en la mesa de Dan, colocándole un muslo a la altura de la mano y le sonrió—. ¿Tengo razón, Dan? ¿Verdad que Ani está paliducha?

—Yo la veo como siempre. —Me sonrió. Y yo le habría dado un morreo por no seguirle el juego a mi archienemiga.

—No sé, Ani, no tienes brillo en la piel. Si quieres un consejo, yo que tú iría a que me hicieran una limpieza y me quitasen todos los puntos negros que tienes en la nariz. Ganarías mucho.

Entrecerré los ojos y me cruji los nudillos mentalmente. ¿Así que quería pelea? Pues la iba a tener.

—¿Yo puntos negros, Carla? Antes de hablar, deberías mirarte tus jodidos...

—¿Ani?

La voz de John me interrumpió.

Al darme la vuelta, vi al hermano de Dan entrando en la sala, con su sonrisa simpática y su ropa perfecta. Tan calmado y sereno como siempre.

Nos saludó a todos y me hizo una señal con el dedo para que lo siguiese hacia una esquina de la sala, donde nadie pudiese escucharnos.

Al llegar a su lado, me di cuenta de que Dan nos miraba con el ceño fruncido, intentando que no se notase la tensión y lo que le jodía que su hermano estuviese interesado en mí.

—Buenos días, John.

—¿Qué tal el fin de semana? —me preguntó, atento y sonriente.

—Liada, la verdad. —Sí, muy liada follando con su hermano.

—Quería saber si puedes quedar esta noche para picar algo por ahí. Conozco un sitio que...

—No, no puedo —lo corté de inmediato—. Es que... estoy ocupada.

—¿Otra vez?

—Últimamente tengo muchas cosas que hacer.

—Tendrás que cenar, digo yo.

—Sí, claro, pero yo... —Al ver que John entrecerraba los ojos, resoplé y me crucé de brazos, dándome cuenta de que de aquella forma no llegaría a ninguna parte—. Escucha, John, creo que lo mejor es que no volvamos a quedar.

—¿Por qué? ¿No te lo pasaste bien conmigo la otra noche?

—Me lo pasé muy bien, pero...

—Entiendo. No soy lo que buscas.

—Es que no sé lo que busco. Y no quiero hacerte daño.

—Puedo esperar, Ani. Puedo esperar a que te aclares.

—No, no quiero que tú...

—Esperaré —me interrumpió—. Soy un hombre paciente, no tengo prisa. Si lo que necesitas es tiempo para aclararte, yo te lo daré.

¡Joder! ¿Por qué tenía que ser tan comprensivo y tan... bueno conmigo?

—John, no es justo para ti.

—Eso tengo que decidirlo yo. —Me acarició la mano y luego caminó hacia la puerta, sonriendo de nuevo—. Pasa un buen día.

Si en ese momento llego a tener un puente a mano, me tiro. Te lo digo con toda sinceridad.

¿Por qué coño se me daba tan mal explicar mis sentimientos? ¿Por qué no podía ser como todas las demás mujeres y dar calabazas sin sentir lástima hasta del apuntador?

John se había vuelto a ir con esperanzas. ¡Me iba a esperar! ¡Me cago en todo!

Levanté la cabeza hacia Dan y él me miró curioso.

—¿Todo bien? —gesticuló desde su silla.

Asentí sin más y volví a mi mesa, donde la crema antiarrugas en la que trabajábamos me miraba con ojos acusadores. ¡Sí, una crema me miraba mal! ¡Como para no hacerlo!

Poco a poco, el nerviosismo y la culpabilidad por la cagada con John fueron a menos, sin embargo, lo que iba a más era el dolor de cabeza y los temblores que me recorrían de arriba abajo.

La pastilla que me había tomado esa mañana ya no estaba en mi organismo y las mejillas me ardían.

Aguanté como pude hasta que fue la hora de la comida. Y no sé cómo, porque la cabeza me pesaba y todo me daba vueltas.

Mis compañeros se fueron a la cafetería para comer y yo me incorporé poco a poco, para no marearme, disimulando delante de Martina. Pero ya os digo que no funcionó.

—Ani, ¿qué te pasa?

—Nada, creo que tengo fiebre.

—¿Y eso es nada? Déjame que te toque la frente.

—¿Para qué? ¿Tu mano tiene un termómetro incorporado?

—No tienes ni puta gracia y enferma todavía menos. —Colocó la palma de su mano sobre mi frente y me miró a los ojos—. Tienes fiebre.

—Eso ya te lo he dicho yo, y sin manosearme la frente.

—Vamos, te llevo a tu casa.

—Estoy bien, me tomo una pastilla y aguanto. —Di un paso hacia la puerta de la sala y casi beso el suelo. Suerte que mi amiga estaba a mi lado.

—Estás de puta madre, ya te veo. Casi te caes de morros.

—Lo que tengo es enfriamiento.

—Pues el enfriamiento se cura en la cama.

—¿Qué me estás proponiendo, cochina? —bromeé.

—Y encima deliras. —Me sentó de nuevo en mi silla y puso los brazos en jarra, en plan madre que no acepta una negativa—. No te muevas de aquí. Voy a avisar al idiota de Collins y te llevo a casa.

El resto del día fue jodido, no voy a mentir.

Martina me tumbó en la cama, tras asegurarse de que me tomaba otra pastilla, pero el dolor de cabeza y el malestar fueron a más.

Nunca valoramos lo bien que se está sin enfermedades y la suerte que tenemos, hasta que nos toca pasar por una. Si es que somos tontos. Tendríamos que dar gracias cada mañana por el simple hecho de abrir los ojos. Pero no, preferimos morirnos de la envidia mirando fotos de *influencers* en Instagram con diez mil filtros y sonrisa de postureo. En fin...

Cuando estaba a punto de hacerse de noche, alguien entró en mi habitación, no obstante, hasta que no se sentó a mi lado en la cama y los muelles crujieron, no me di ni cuenta.

Al abrir un ojo descubrí a mi hermana, con un plato de sopa en una bandeja.

—¿Qué haces aquí?

—Esta tarde ha llamado Martina y me ha dicho que estabas medio muerta.

—Estoy bien.

—Sí, ya se te ve. —Rio y dejó la bandeja sobre la mesita de noche—. ¿Puedes sentarte o te ayudo?

—¡Abril, solo tengo fiebre, joder!

—Dices tacos, eso significa que no estás tan mal.

—Eso, riete de mí, que me las cobraré tarde o temprano.

Mi hermana me puso la mano en la frente y se levantó a por otra pastilla y un vaso de agua.

—Tómatela, y cómete la sopa.

—La sopa se bebe.

—Eres cojonera incluso enferma.

Me senté un poco y cerré los ojos por el mareo y el dolor de cabeza. Me metí una cucharada en la boca y tragué la sopa, cagándome en todo al sentir el dolor de garganta.

—¿Quién ha preparado esta sopa? ¡No se lo habrás dicho a mamá, ¿verdad?! ¡No tengo ganas de tenerla aquí dándome el sermón y riñéndome por todo!

—No, Ani, no soy tan cabrona. En el fondo te tengo hasta cariño.

—¿Esta sopa es de sobre? Porque tú no cocinas ni un huevo.

—¡Pues no, lista! La he comprado en un restaurante de comida para llevar.

—Tu pobre camarero va a flipar cuando le quemes todas las sartenes.

—Estoy aprendiendo a cocinar. Y resulta que quien me está enseñando es Raúl.

—Tiene que ser un tío muy paciente. —Me metí otra cucharada en la boca y, al tragar, me dio un ataque de tos. Abril me palmeó en la espalda para aliviarme, pero era tan bestia que se me iba a salir la sopa por la nariz—. ¡Ya, ya estoy bien!

—¿Quién te mandará a ti andar bajo la lluvia a finales de enero? Eres una cabezona, tendría que haberte llevado yo a casa.

—No estoy tan mal.

—Eso díselo a la gripe de caballo que tienes.

—Es un enfriamiento, conozco a mi cuerpo.

—Pues a ver si algún día conoces a un paraguas.

Reí al escuchar su contestación y me dio la tos otra vez.

—Mira que eres idiota.

—Lo que tú quieras, pero la que está mala como un perro eres tú.

—Y tú cuidándome.

—Yo me voy ya, he quedado.

—¿En serio? ¿Vas a abandonarme para irte a echar un polvo con el camarero?

—Si quieres llamo a mamá y que te haga compañía.

—¡Dejaríamos de ser hermanas para siempre!

Abril rio también y me dio un beso en la mejilla antes de levantarse de la cama.

—Lláname si te encuentras peor. Después puedo venir y dormir aquí contigo.

—Vale.

Mi hermana fue a la cocina, para dejar el vaso de agua vacío, y sonó el timbre. Yo también lo escuché, que conste, pero estaba rezando para que no fuera mi madre y Abril no me hubiese traicionado de la forma más cruel posible, ¡que nos conocíamos!

La oí hablar con alguien varios minutos y, cuando volvió a entrar, su sonrisilla me anunció que nuestra madre no era.

—Por lo visto, no va a hacer falta que me quede contigo esta noche.

Dan apareció tras de ella con esa mirada de tío chulo que me explosionaba las bragas en micropedazos.

Y yo con esas pintas de zarrapastrosa despeinada. ¡Genial! Si después de esa noche, seguía queriendo acostarse conmigo, le pondría tres velones a santa Rita, la patrona de las causas imposibles.

—Me tengo que ir ya —anunció Abril, guiñándome un ojo—. Te dejo en buenas manos.

—En las mejores —añadió Dan, sonriéndole a mi hermana.

—De eso no tengo duda.

Cuando nos quedamos a solas, Dan me sonrió mientras se acercaba a mi cama con las manos en los bolsillos.

No sé si era por la fiebre o por las ganas que tenía de verlo, pero se me antojó más guapo que nunca. Y más tío bueno. Y con la sonrisa más bonita.

Llevaba un jersey de cuello redondo de color azul pastel y unos tejanos negros que marcaban cada músculo de sus piernas.

Se libraba de que le saltase encima porque no podía con mi vida, que si no...

—Musculitos, no deberías estar aquí, podría pegarte la gripe.

—Si no la he cogido ya, después de estar todo el fin de semana juntos, no creo que la pille. — Se sentó en la cama, donde momentos antes había estado Abril, y apoyó sus manos a cada lado de mi cuerpo, acercando su boca a mi cara. Me dio un suave beso en la frente—. ¿Cómo estás?

¡Con ese beso, jodidamente mejor! ¡Qué pregunta!

—Bien.

—Cuando me he enterado de que estabas mal, ya te habías ido del laboratorio.

—Martina tenía mucha prisa en traerme a casa.

—Podrías habérmelo dicho y habría pasado la tarde contigo.

—¿Cómo vas a escaquearte del trabajo? No tienes excusa.

—Soy el hijo del jefe, no la necesito.

—Eres un listillo. —Reí y dejé la bandeja con la sopa casi intacta sobre la mesita de noche.

—¿No comes más?

—No me gusta. La ha traído mi hermana y es de sobre, diga Abril lo que diga.

—¿Quieres que te prepare yo algo? Hago unas tortillas francesas de cagarse.

—Creo que no me quedan huevos en el frigo.

—Iré a comprar, aquí bajo hay una tienda. —Me dio un suave beso en los labios que me quitó todos los males—. ¿Dónde están las llaves? Así no tienes que levantarte cuando vuelva.

—En el mueble de la entrada hay una copia, cógela.

Cuando Dan se fue, cerré los ojos y me quedé dormida. La fiebre me tenía reventada y, hasta

que la pastilla no me hiciera efecto, me pesaban hasta los pensamientos.

Poco después, escuché el sonido de la puerta y de sartenes en la cocina, sin embargo, estaba tranquila porque sabía que era él.

Mi musculitos.

Mi surfista.

Mi escalador de árboles.

Mi chico de los hoyuelos.

El único hombre que volvía loco de remate mi corazón.

Sí, la fiebre me ponía más intensita que de costumbre, pero me pareció normal considerar a Dan como algo muy mío. Quizás, cuando me recuperase, me arrepintiese de todos esos pensamientos, después de todo, nuestra relación era meramente sexual, pero en aquel momento, me permití aquella concesión.

—Ani, despierta. —Al abrir los ojos, vi a Dan frente a mí con la bandeja en las manos—. Tienes que comer.

—Vale.

—He comprado pan, por si quieres un trozo.

—Me apetece, pero no puedo tragar.

—Entonces, cómete la tortilla.

—¿Tú no cenas nada?

Dan levantó la otra mano y me enseñó un bocadillo enorme.

—Ceno contigo.

—Y yo con estos pelos.

—¿Qué?

—La primera vez que cenamos juntos en España y yo con fiebre y estas pintas.

—Siempre hemos sido originales para todo.

—Eso es verdad.

—Y que sepas que me parece una cena cojonuda.

—Porque la has cocinado tú, idiota. ¿Qué vas a decir?

—Y porque nunca había cenado con una mujer con fiebre y mocos.

—¿Has visto qué suerte tienes? —ironicé.

—¿Tú me has visto quejarme?

Nos sonreímos, divertidos. Dan capturó mis labios y me dio un beso tan intenso que el tenedor se me escapó de los dedos. Y, la verdad, no fue a más porque me quedé sin oxígeno y tuve que apartar la cara.

—Me ahogo. —Reímos—. Tengo la nariz taponada.

Comimos sentados en la cama, hablando de cosas sin importancia, de nuestros recuerdos en Río, del laboratorio.

Cuando terminamos de cenar, Dan se llevó la bandeja y regresó a mi habitación tras lavar los cacharros en la cocina. Para entonces, yo me encontraba mucho mejor, gracias a la pastilla que me había dado Abril, claro.

—Voy a caer enferma más a menudo para tenerte aquí de sirviente.

—Abusadora...

—Por cierto, la tortilla estaba muy buena.

—Ya lo sé.

Dan se quitó el jersey y los pantalones, quedando vestido únicamente con sus bóxers y una camiseta interior de tirantes.

—¿Ese es tu pijama?

—Hoy, sí.

—¿No te has traído nada de ropa?

Él se tumbó a mi lado y sonrió a la vez que me daba un suave beso.

—Medialuna, yo siempre duermo desnudo. Pero, esta noche, es mejor que lleve algo encima.

—¿Por si me abalanzo sobre ti y te pego la gripe?

—No, por si yo me abalanzo sobre ti.

Sonreí y le acaricié la mejilla, algo rasposa por la barba que empezaba a salir.

—No tendrías que haber venido. Yo estoy bien, y tú estarías mejor en tu casa, sin tanto virus y estornudos a tu alrededor.

—Tenía ganas de estar contigo.

Me abracé a él y sonreí cuando noté que sus brazos me pegaban a su cuerpo. Escondí la nariz en su cuello.

—Mmm..., qué bien hueles.

—¿Tú no estabas congestionada?

—Sí, pero me acuerdo de tu olor.

Dan rio y me besó de nuevo.

—Medialuna.

—¿Qué?

—¿Si te pregunto algo, me vas a contestar?

—Supongo.

—¿De qué has hablado esta mañana con John?

—No te pega eso de estar celoso.

—Es curiosidad.

—John me ha pedido otra cita. —Noté que Dan se ponía rígido—. Quiere que volvamos a cenar juntos.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no. He intentado dejarle las cosas claras, decirle que no estoy interesada en él...

—¿Intentado?

—Sí, intentado, porque soy un puto desastre y solo he conseguido que John se ofrezca a esperarme el tiempo que necesite.

—¿Quieres que hable yo con él?

—¿Y qué vas a decirle? ¿Que nos llevamos liando desde antes de Navidad?

—Por ejemplo. Y que si no te deja en paz, le parto la cara.

—Es tu hermano.

—Más motivo para dejarte en paz. ¡No voy a tolerar que siga intentando llevarse a la cama a mi chica! —Paró de golpe y tragó saliva, mirándome con los ojos muy abiertos, como si lo que acabase de decir fuese peor que un asesinato masivo.

—¿A tu qué?

—Nada.

—Dan...

—¡Que no he dicho nada, joder, no insistas!

—Vale, vale, no te pongas así.

Se incorporó de la cama y se puso el jersey y los pantalones mientras yo lo miraba sin saber qué hacer, ni cómo actuar. ¡Mierda! ¿Todo ese enfado era porque se le había escapado «mi chica»?

—Dan, ¿qué haces?

—Tienes razón, me voy a casa a dormir. Allí estaré mejor.

—¿Y ese cambio de opinión?

—¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema?

—Ni... Ninguno.

—¡Tú y yo solo follamos, Ani! ¡No somos nada! ¡Me voy cuando me salga de la polla! ¿Te queda claro?

—Sí, sí.

Lo sé, no hace falta que me lo digáis. La Ani sana le hubiera puesto de vuelta y media, pero la fiebre tenía mi mente embotada, sin velocidad de reacción. Apenas podía mirarlo moverse por la habitación sin marearme, como para empezar una discusión.

23

Puedo intentarlo

Pasé la noche bastante regular, y no toda la culpa la tuvo la gripe. O lo que fuera que tuviese. La forma en la que se largó Dan fue lo que peor llevé, ¡hay que joderse! No me bastaba con la fiebre.

¡Y todo por una tontería!

Por más que recordaba cada detalle de lo que había ocurrido, no podía encontrarle una explicación lógica a su forma de actuar y a cómo me miró antes de marcharse.

¿Tenía yo la culpa de que hubiese dicho esas palabras? ¿Le había apuntado con una pistola en la sien para que las pronunciase? ¡Pero si ni podía mantenerme en pie!

Por la mañana, me levanté sin fiebre y no tuve problemas en hacerme el desayuno.

Mi hermana se había ofrecido a venir para prepararlo, pero, conociéndola..., mejor que no. Les tenía mucho aprecio a mis sartenes antiadherentes como para dejarlas en sus manos.

Hablé con Sonia por teléfono, organicé un poco la habitación y me tumbé en el sofá para ver la tele hasta que me quedé dormida cuando volvió la fiebre.

Estuve durmiendo y despertando hasta las nueve de la noche, cuando Abril y Martina aparecieron por la puerta del salón con unas bolsas de plástico en las manos.

—¿Cómo estás, Ani? ¿Cómo has pasado el día? —preguntó mi hermana, tocándome la frente.

—Bien, no sé, me duele la cabeza.

—Tienes fiebre. Voy a por una pastilla.

—¡Anita! —Martina se sentó a mi lado y me rodeó por los hombros, dándome un beso en la mejilla—. Puf... ¡A ver si te duchas!

—Lo dices como si pudiera con mi alma.

—¿No te has levantado en todo el día?

—He ido de la cama al sofá, ¿eso es levantarse?

—Eso es mover el culo de un cojín a otro.

—Toma la pastilla, Ani. —Abril me la dio, junto con un vaso de agua.

—Mamá sigue sin enterarse de que estoy con fiebre, ¿verdad?

—Yo no he abierto la boca.

—Gracias, eres una buena hermana. Cuando me muera, quédate con el póster de DiCaprio que tengo en el frigorífico. Te lo has ganado.

Abril y Martina rieron y sacaron lo que había dentro de las bolsas de plástico.

—Hemos traído la cena.

—No me habrás comprado otra sopa, ¿verdad?

—No, una hamburguesa. ¿Puedes tragar?

—Podré, aunque tenga que llorar con cada bocado.

—¿Qué te ha dicho el médico? —Se interesó Martina, dándole un bocado a su hamburguesa con doble de queso, panceta y extra de salsa. La cabrona era de esas personas que no engordaban nunca, comiera lo que comiese. ¡Qué asco daba!

—No he ido. ¿Cómo quieres que vaya yo sola?

—Mañana te llevo yo —dijo mi hermana después de tragar un trozo de pan—. Le pido a mi jefe una hora libre en el trabajo y que te miren a ver qué tienes.

—¡Un enfriamiento!

—¡Y dale!

—Podría haberte llevado Dan —siguió Martina sin dejar de sonreír—. Me ha dicho tu hermana que anoche hizo de enfermero cuando ella se fue.

—No me hables de él, anda.

—¿Por qué?

—¿Os habéis peleado?

—¡Yo no me he peleado con nadie! ¡Lo que pasa es que está loco!

—¿Qué has hecho?

—¡Si es que no he hecho nada, joder, eso es lo más triste! ¡Estábamos hablando tan tranquilos..., se le escapó una frase y se puso como un pirado!

Martina y Abril se miraron.

—¿Qué frase?

—Dijo que yo era su chica. Y cuando se dio cuenta de lo que había salido de su boca, casi empieza a hablar en arameo y a recitar el libro del Apocalipsis.

—¿Solo por eso?

—¡Qué mono, Ani! Dan no parece de los tiernos.

—¡Es que no lo es! Bueno, a veces sí, pero él no quiere serlo. Repite, por activa y pasiva, que solo follamos, que no somos nada más, que lo nuestro es sexo.

—¡Oh, pero qué mono! —volvió a decir Abril mirando a Martina sin dejar de sonreír.

—¡Que no es mono!

—Sí que lo es. No quiere nada serio y se enfada cuando se da cuenta de que siente algo más por ti. ¡Es muy mono!

—Lo que tú digas, pero yo estoy un poco cansada de tanto ir y venir, la verdad. —Apoyé la mejilla sobre una mano y suspiré, apretando los labios—. A ver, a mí ese tío me encanta, me chifla, me vuelve loca y cada vez que estoy con él..., yo...

—Te derrites, os he visto juntos —terminó Martina la frase por mí.

—Sí, vale, lo acepto, pero, chicas, a Dan le pasa algo que no me quiere contar. ¡Es como si estuviese atado! ¡Como si no se permitiera sentir de verdad!

—Qué jodido.

—Muy jodido. Si no fuese él, ya lo habría mandado a la mierda.

—Te gusta de verdad.

—¡Claro que me gusta, es Dan! Pero yo...

—No puedes permitirte sentir porque él no quiere.

Suspiré, dejando la hamburguesa sobre la mesa.

—Desde un principio, esa era la única condición, solo sexo.

—¿Una condición mutua o solo suya?

—Mutua.

—Sin embargo, te has dado cuenta de que tus sentimientos están evolucionando.

—No sé, chicas. No me gusta ese Dan que se retrae y reniega de lo que tiene dentro.

—Ya, es una mierda.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Abril.

—Nada, no voy a hacer nada. Quedarme en mi casa y curarme, que ya es bastante.

Dormí mucho mejor esa noche porque la fiebre me dio un respiro y, por la mañana, mi hermana se pasó por casa para ir al médico.

Total, dos horas perdidas para que me dijese lo que ya sabía: un enfriamiento.

Lo bueno: en un par de días estaría perfecta y podría volver a trabajar.

A ver, que en mi casa estaba de puta madre, pero echaba de menos un poco de vida social, aunque fuese con mis compañeros del laboratorio, que estaban como regaderas. Necesitaba que me diera el aire un poco.

Como ya me encontraba mejor, me di una ducha, me vestí de persona normal y, al final de la tarde, me puse una peli en la tele mientras me comía una manzana. De vez en cuando, hablaba por el chat con mis amigas, donde Sonia acababa de compartir las fotos que nos hicimos en la cena.

Cuando más interesante estaba la película, sonó el timbre de casa y yo me cagué en todo, porque ni enferma la dejaban tranquila a una.

Me levanté, notando que todavía me mareaba un poco con los movimientos bruscos y, cuando abrí, me quedé muda al ver a Dan frente a mí.

Mis puñeteras piernas decidieron que era un buen momento para ponerse en plan flan. Y de mi corazón, mejor ni hablamos.

Mira que estaba guapo, incluso tan serio. Me miraba a los ojos como si esperase que dijera algo, pero no moví los labios. Si quería hablar, que empezase él.

—Hola, Medialuna.

—Hola.

—¿Me dejas pasar?

Suspiré antes de hacerme a un lado para que entrase en casa.

Se dirigió hacia el salón, supongo que porque escuchó el sonido de la televisión y presumió que estaba allí antes de que él llegase.

Tomó asiento en el sofá y yo me senté a su lado, sin dejar de mirarlo, con ganas de saber qué pasaba por su cabeza, intentando que su olor no me pusiese más histérica de lo que ya me sentía.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Sigues teniendo fiebre?

—A veces.

—¿Has comido hoy algo?

—¿Ahora vienes preocupado por mí?

—Ani...

—¿De verdad te presentas aquí como si nada?

—Perdóname. Ya sé que la otra noche me porté como un gilipollas. Me agobié.

—¿Qué hice para agobiarte?

—Fue mi culpa, no tuviste nada que ver, yo solo lo jodí, igual que jodo todo lo que toco.

—¿Por qué dices eso? —Al ver que él bajaba la mirada, apoyé una mano sobre la de Dan—. ¿Qué te pasa? Hay algo en ti que no está bien.

—¿Algo? —Rio—. Todo es una mierda, todo está mal.

—Cuéntamelo, sabes que puedes confiar en mí. —Él se quedó mirándome fijamente unos segundos y agitó la cabeza en una negativa—. Como quieras. No me lo cuentes.

—No estoy cómodo hablando de mi vida.

—Sí, vale, no hace falta que me des explicaciones.

Me levanté del sofá y Dan fue detrás de mí. Cogió mi mano y me detuvo.

—Ani, es mejor así.

—Es tu decisión y la respeto.

—Pero sigues enfadada.
—Frustrada, es la palabra.
—Lo siento.
—Vale.

Dan cogió mis mejillas y me besó con intensidad, logrando que me agarrase a sus brazos, porque las piernas me temblaban por la fuerza del deseo. Me lamió los labios e introdujo su lengua en mi boca, demostrándome las ganas que tenía de estar conmigo. Las mismas que yo tenía de él.

Al separarse, apoyó la frente sobre la mía y sonrió levemente dándose cuenta de que no forcejeaba para que me soltase. Pero la sonrisa no duró mucho en sus labios.

—Cuando te vayas, cierra la puerta.
—¿Me estás echando?
—Te estoy pidiendo que te largues.
—¿Ya no quieres que nosotros...?
—No quiero lo de la otra noche. —Tomé un poco de distancia—. A lo mejor ya no necesito lo mismo que tú. A lo mejor, quiero algo que no tienes intención de darme.
—¿Te refieres a... una relación?
—Me refiero a tener una persona al lado que no condicione todo lo que hacemos juntos, que no me recuerde cada dos días que nuestra relación se basa en el sexo, que solo follamos.
—Quieres algo más serio.
—Algo auténtico, más bien. Porque, por mucho que te empeñes y te joda, somos más que un par de polvos ocasionales.

—Ya lo sé. Y no estoy seguro de poder darte lo que pides.
—Lo imaginaba, mira tú por dónde. —Resoplé y me pasé una mano por el frente, con un dolor de estómago horrible—. En fin, cierra la puerta cuando te vayas.

Lo miré por última vez y fui hasta la cocina para no verlo marcharse. Sin embargo, antes de lograrlo, me agarró de la mano por segunda vez y me giró hacia él.

—Ani, no sé si podré darte lo que pides, pero... puedo intentarlo, si me dejas.

Y ¡pum!

Sonrisa de gilipollas en la cara.

Si es que no tenía remedio, ese tío me tenía idiotizada. Me conformaba con cualquier cosa.

—¿Intentarlo? ¿Quieres intentarlo?

—Qué remedio.

—¡Otra vez lo dices como si yo te obligase!

—Es que me veo obligado, porque no quiero que esto termine.

—¿Te das cuenta de la contradicción?

—Me doy cuenta de que estoy jodido contigo. —Sonrió él también—. Estas cosas no me pasaban antes de conocerte.

Lo besé con intensidad, con todas esas ganas que llevaba aguantando desde que nos separamos la otra noche.

Vale, sí, lo reconozco, todavía no sabía qué le pasaba a Dan, ni por qué actuaba así, pero... ¡estaba dispuesto a admitir que nuestra relación iba mucho más allá del sexo! ¡Y me flipaba! ¡Y me ponía muy cachonda!

Lo guie hasta mi habitación, a la cama, sin despegar nuestras bocas, sin dejar de tocarlo, de palpar sus músculos.

Dan rio y me cogió en peso, para que enredase mis piernas alrededor de sus caderas, y recorrió

el tramo que nos quedaba conmigo en brazos.

Seguimos besándonos sin parar, gimiendo con cada roce, con cada caricia.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? ¿Te encuentras bien?

—Calla y quítate la ropa.

—¿Y la fiebre?

—¿Qué fiebre? —La mordí los labios—. Házmelo. Estoy perfectamente.

Y no hubo más conversación, aparte de los besos y los jadeos con cada penetración.

De madrugada, la fiebre y el dolor de cabeza volvieron, pero, después de una pastilla y de acurrucarme contra Dan, dormí como un bebé.

Todavía era de noche cuando abrí los ojos. Llevaba tantos días durmiendo y descansando que no tenía nada de sueño.

Me encontraba bien, no tenía fiebre y la congestión estaba desapareciendo. ¡Aleluya!

Me levanté a beber agua y, cuando regresé a la cama, volví a meterme bajo el edredón con Dan.

Al verlo tan profundamente dormido y relajado, sonreí feliz, escondiendo la cara en el hueco de su cuello, que olía a todo lo bueno de la vida. Que sí, que sí, a todo lo bueno.

Me abrazó de inmediato, en un acto reflejo, y yo cerré los ojos para volver a dormirme. No obstante, después de una hora intentando hacerlo, desistí y me pasé el tiempo muerto mirando otra vez a mi musculitos. Porque mira que estaba bueno y era guapo, y qué sonrisa más bonita tenía, y qué ojos, y qué arruguitas se le formaban alrededor de los labios cuando se le ponía cara de chulo.

Y yo me estaba calentando.

Sí. Eso de tener a Dan tan cerca tenía sus contras, porque me pasaba la mayor parte del día con ganas de meterle mano.

Pero necesitaba descansar. Faltaba media hora para que sonase la alarma y se fuera a trabajar, y no era tan cabrona de despertarlo antes.

¿O sí?

Me tapé la boca cuando una risa de malvada de Disney salió de mis labios y me levanté de la cama, colocándome encima de él, retirando poco a poco el edredón que lo cubría.

Agarré sus calzoncillos y se los bajé, dejando a la vista su polla, que parecía una culebrilla blanducha de lo dormida que estaba, ¡pero eso lo arreglaba yo en un momento!

Me relamí mientras la contemplaba y me la metí en la boca, succionando y chupando la piel de su grande. Adentro, afuera, adentro, afuera.

Dan no tardó en removerse y en abrir los ojos, jadeante. Cuando me vio entre sus piernas, se agarró a mi pelo y gimió de puro placer.

—Ani, ¿qué haces? ¡Oh..., sí!

—Buenos días, musculitos.

—Joder, y tan buenos... —Cerró los ojos con fuerza, pero los abrió enseguida, para no perderse la imagen de mí chupándosela sin descanso—. Así... Sí. ¡Ah...! —Rio y negó con la cabeza, superexcitado—. ¿Qué te pasa esta mañana?

—Que no tengo sueño.

—Qué raro, yo ahora mismo tampoco. —Abrió la boca en un gemido sordo—. Ani, ¡oh..., joder!

Sonreí y aumenté el ritmo la felación, por lo que Dan echó la cabeza hacia atrás.

—Es la primera vez que lo hago, pero me gusta que te despiertes así de bien.

—Tan bien como que voy a correrme en cero coma. ¡Dios..., sí!

Y no mentía. Dan se corrió en mi boca mientras su cuerpo se convulsionaba por las oleadas de placer.

Con la boca llena, corrí hacia el aseo para escupir su semen, pero cuando regresé a la cama, él me agarró de las muñecas y me tumbó de espaldas, colocándose encima.

—¿Qué haces? —Reí.

Me besó con una intensidad jodidamente abrumadora y sonrió contra mis labios.

—Voy a devolverte los buenos días, Medialuna.

¡Y vaya si lo hizo!

Media hora más tarde, sentados en la mesa de la cocina, bebíamos café y tonteábamos como unos críos de instituto.

Dan tenía que irse al laboratorio, y a mí no me apetecía quedarme sola. Incluso estaba pensando en ir a ver a mi madre para pasar el tiempo.

—¿Cuándo te incorporas al trabajo?

—Pasado mañana —respondí, masticando un trozo de pan tostado—. El médico me dio un par de días más de baja por enfermedad.

—Tengo ganas de verte por allí.

—Te cansarás de verme y de que te mande trabajo.

—De verte, imposible, del trabajo, es probable —bromeó contra mis labios. Me besó y yo me quedé sonriendo como una idiota.

—¿Vienes a cenar esta noche?

—¿Vas a prepararme algo especial?

—Ajá. Un delicioso y nutritivo sándwich de atún. Sé que te encantan.

—¡Mira que eres malvada! —exclamó mientras yo me reía a su costa—. Encima de que me quedo contigo para cuidarte por las noches.

—Qué bueno eres, mañana te la chupo otra vez.

—¿Otra vez? ¡Espérame para cenar!

Seguimos riendo y bromeando hasta que Dan tuvo que irse.

En la puerta de casa, nos abrazamos y nos dimos un beso lánguido y caliente, mientras él me metía mano y me apretaba el culo.

—Nos vemos esta noche. Vendré después de darme una ducha y de coger algo de ropa.

—Llámame antes, por si todavía estoy en casa de mi madre.

—No hace falta, aunque no hayas plantado el árbol bajo tu ventana, tengo una cosa mejor.

—¿Qué? —Dan se metió las manos al bolsillo y me enseñó el juego de llaves de repuesto, las que utilizó cuando fue a comprar—. ¡Eres un tramposo!

—Soy un tío con recursos.

Ani:

Chicas, lo que siento por
Dan va en serio.

Sonia:

¿Cómo que en serio?

Ani:

Muy en serio.

Sonia:

¡Yo flipo! ¡Al final te vas a quedar con el sapo y todo!
Ja, ja, ja.

Abril:

Estás loca, Ani. No sabes dónde te estás metiendo.

Martina:

Loca y un poquito bipolar, ¿eh, guapa? Me va a reventar la cabeza de tanto cambio de opinión.

Abril:

¡Ya te digo! Ayer no querías ni que te hablásemos de él.

Ani:

Todo eso ya está arreglado.

Abril:

¿Te ha contado por qué actúa de esa forma tan rara?

Martina:

¿Y por qué tiene alergia a los compromisos?

Ani:

Todavía no, pero me juego el cuello a que no tardará mucho.
Lo presiento.

Abril:

¿Puede saberse entonces qué ha pasado de ayer a hoy?
Porque, por lo que dices, no sabes nada nuevo de él.

Ani:

Me ha dicho que va a intentar cambiar.

Martina:

Ja, ja, ja, ¡y te lo habrás creído!

Abril:

¡Que no tenemos quince años,
los tíos no cambian,
nadie cambia, Ani!
Parece mentira que seas tan tonta.

Ani:

¡Yo le creo, así que vuestros
comentarios me importan una mierda!

Martina:

¡Pues cuenta! ¿Qué ha hecho
el hermano del estirado para
que sigas babeando por él?

Ani:

¡De momento, dejar de repetir
que lo nuestro es solo un rollo!
¡Eso con Dan es un paso gigante!
¡Si lo conocierais, lo sabríais!

Abril:

Pero como no lo conocemos,
tendremos que creernos lo
que nos dices, ¿no?

Martina:

¡Se necesita más de un día
para saber si cumple su palabra!
Y a ti te veo demasiado convencida.
A ver si la hostia va a ser más
gorda esta vez, Anita.

Ani:

Me la tengo que pegar yo,
no vosotras.

Sonia:

En eso tiene razón.

Abril:

Lleva cuidado, anda. Que
llevas sin pillarte por un tío
desde hace siglos y no te
acuerdas de lo que joden
los desengaños.

Martina:

Y no le pongas las cosas en
bandeja. Que se lo curre.

Ani:

¿A estas alturas? Ja, ja, ja.
Todo lo que teníamos que
hacer ya lo hemos hecho.
Y muchas veces.
¿Qué va a currarse?

Abril:

Por cierto, hablando de curro.
¿Sabes algo de la prima Carlota?
¿Va liada con el trabajo? Lleva
sin hablar por el grupo casi tres días.

Ani:

¿Tanto tiempo? No me había
dado ni cuenta.

Martina:

¡Ja, ja, ja, claro, tú solo
tienes ojitos para tu hombre!

Ani:

¡Que te den!

Sonia:

Escribir no escribe, pero
Carlota lee los mensajes.
Todos están en visto.

Abril:

¡Carlota, manifiéstate!

Ani:

¡Sal de tu cueva y
dinos algo! Ja, ja, ja.

Martina:

Vuestra prima pasa de nosotras
y de nuestras mierdas. Ja, ja, ja.

Prima Carlota:

Hola, chicas, lo siento.
Es que llevo unos días que

no me encuentro muy bien.

Ani:

¿Tú también te has
enfriado como yo?

Abril:

¿Cómo se va a enfriar, idiota?
¡En Brasil es verano!

Prima Carlota:

No es eso.
Lo he dejado con Leo.

Ani:

¡No!

Martina:

Puuuf..., hablando de rupturas.

Sonia:

¿Quién es Leo? ¿Su novio?

Abril:

Sí, y un amigo de Dan.

Ani:

Carlota, ¿qué ha pasado
Hasta donde yo sé, Leo iba a
mudarse a Río para vivir contigo.

Prima Carlota:

No quiero hablar de él.
¡Que le follen!

Abril:

¿Tan grave ha sido?

Prima Carlota:

¡Peor! ¡Es un cabrón de mierda
y no quiero saber nada más de
su vida! ¡Para mí está muerto
y enterrado!

Martina:

Esto me huele a cuernos.

Abril:

¡Martina, el filtro!

Prima Carlota:

No, no pasa nada. Que diga lo quiera, me lo merezco por confiar en ese gilipollas.

Ani:

Joder, lo siento mucho.
Sé lo ilusionada que estabas.

Prima Carlota:

Pues sí, pero parece que él no lo estaba tanto como yo.

24

A ver cuánto te dura la alegría

La mañana que volvía a incorporarme al trabajo, me desperté mucho más temprano que de costumbre, como si al llegar me fuesen a dar un premio o algo así, pero no podía evitarlo, me gustaba el laboratorio, mis compañeros y sentirme útil.

Me hice una coleta alta, me puse un poco de brillo en los labios (que tuve que volver a pintarme antes de marcharnos, por los besos de Dan) y montamos en su coche.

Mientras conducía hacia el trabajo, puse la radio en una emisora donde daban las noticias matinales, las cuales cambié enseguida, porque dramas ya tenía yo bastantes en mi vida. No necesitaba los del resto del planeta.

Cuando sonó una canción de rock de los años ochenta, Dan la tarareó relajado, dando pequeños golpecillos con los nudillos sobre el volante, haciéndome sonreír.

—Te las sabes todas.

—Mi sueño de niño era convertirme en una estrella de rock, pero tengo una voz de mierda y no me quedó otra que estudiar informática.

—Yo con doce años quería ser bruja, pero bruja de verdad. Me compraba libros de hechizos y probaba a enamorar a los chicos guapos del colegio.

—¿Y funcionó? —preguntó divertido.

—No. Así que... me tiré por la química, que es la brujería segura, donde se mezclan cosas *random* con resultados reales.

—Ya decía yo que no era normal que estuviese tan enganchado a ti. Tienes alma de hechicera. En unos años, se te llenará la cara de verrugas y te rodearás de gatos.

—Mira que eres tonto. —Reí. Sin embargo, cuando me acordé de algo, giré la cabeza hacia Dan para volver a llamar su atención—. No te lo había dicho, ayer hablé con Carlota.

—¿Y cómo le van las cosas por Río?

—Bien. Pero me dijo que Leo y ella ya no están juntos.

—No jodas. —Dan apartó un segundo la vista de la carretera y me miró extrañado.

—¿Es que no te lo ha contado Leo?

—Hablé con él la semana pasada y no me dijo nada.

—No sé lo que habrá ocurrido, porque mi prima no ha querido contármelo, pero no quiere saber nada de él.

—Nos enteraremos —me aseguré—. Leo viene de visita dentro de dos meses. Le han ofrecido un puesto de trabajo y le harán una entrevista.

—¿Dónde? ¿En qué empresa?

—En el laboratorio. Se lo sugerí a John cuando me comentó que estaban buscando un técnico electrónico para meter en plantilla.

¿Leo en el laboratorio? Estaba flipando.

No abrí la boca hasta que llegamos al trabajo, porque no estaba segura de si Carlota querría saber que su exnovio, en lugar de luchar por su relación y por su futuro en Brasil, iba a mudarse a España.

¡Qué putada!

Aparqué el coche donde siempre y nos dirigimos a la cafetería, para tomarnos un café con los demás antes de empezar a trabajar. Sin embargo, antes de llegar, Dan me rodeó por la cintura y

me dio un beso largo y remolón de los que dejaban con ganas de no terminar nunca.

—¿Y esto?

—Voy a estar ocho horas sin poder hacerlo, así que... déjame que tenga un buen recuerdo.

Entramos en la cafetería y fuimos directos a por los cafés, pero Martina nos interceptó, apoyándose en la pared de enfrente con cara de cabrona compulsiva.

—Buenos días, amorosos agapornis.

—Mírala, ya se ha levantado graciosa.

Dan rio, pero no dijo ni media, se limitó a dar un trago a su café y a guiñarle un ojo a mi amiga, más chulo que un ocho.

—Es que el nombre os va al pelo. Últimamente sois inseparables.

—¿Tienes envidia? —saltó Dan, retándola.

—No, pero me tienes muy despistada, Collins. ¿Qué intenciones tienes con Ani?

—Lo que me faltaba, ¡que no eres mi padre! —dije, poniendo los ojos en blanco.

—¿No te fías de mí? —le preguntó Dan.

—No sabes lo que quieres. Conozco a los tíos como tú.

—A lo mejor, te equivocas conmigo.

—Eso espero, porque cuando les hacen daño a mis amigas, muerdo como un bulldog rabioso.

—¿Me vas a estar vigilando? —Sonrió en plan gallito—. Lo digo por no liarme con más tías cuando tú estés delante.

Martina soltó una carcajada.

—Eres un chulo de mierda, ahora entiendo por qué mi amiga ha perdido el culo por ti.

—¡No he perdido el culo por nadie! ¡Cállate ya!

—Sí que lo has hecho. —Miró a Dan sin dejar de sonreír y volvió a dirigirse a él—. No la cagues, Collins. No vas a encontrar a otra como Ani.

Dejé a esos dos en la cafetería, hablando de temas menos espinosos, y fui al aseo.

Me lavé las manos y me puse un poco más de brillo en los labios, que con el beso de Dan en el pasillo, ya no me quedaba. Cuando me di la vuelta para volver con mis compañeros, encontré a Carla contemplándome muy sonriente a varios metros de mí.

Y era una sonrisa falsa, que lo sepáis, una sonrisa de «voy a joderte la vida hagas lo que hagas».

—Hola, Ani, querida. —Me miró de arriba abajo—. Qué guapa te veo hoy y qué brillo más bonito tienes en los ojos.

—Eso han sido los días de descanso, que me han venido muy bien.

—Seguro que sí. A nosotros también nos ha venido bien que descansases, no te vayas a pensar. Que nos caes muy bien, pero eres un poco pesada en el trabajo.

—Pues qué pena que ya haya vuelto, ¿no?

—Para mí, sí, pero... parece ser que Dan se alegra mucho de que estés otra vez aquí.

—¿Eso a qué viene?

—A que estaba muy emocionado comiéndote la boca en el pasillo hace un rato.

—Sí, ¿y qué?

—Que a ti tampoco parecía molestarte que te metiese mano por todos lados.

—¿Estabas escondida espiando, Carla?

—Puede ser. —Sonrió con malicia—. Y mira si mis sospechas eran ciertas... ¡Qué ganas tenías de robarme a Dan! ¡Te dije que me gustaba y has ido como una loba a por él!

—¡Tú no sabes nada de Dan y de mí, así que mejor te callas!

—Sí, yo me callo. No voy a decir nada más. —Pasó por mi lado, mirándome como si fuese

una mierda pisada en el suelo—. Disfrútalo, pásatelo muy bien con él, fóllatelo todo lo que quieras. ¡A ver cuánto te dura la alegría!

Se largó del aseo y a mí me dejó rayada, pensando en qué habrían querido decir sus palabras. Pero, claro, tratándose de Carla y su mente retorcida..., a saber.

La mañana pasó relativamente rápida. La verdad era que tenía ganas de incorporarme al trabajo y reírme a carcajadas con mis compañeros y sus ocurrencias. Me gustaba estar cerca de Dan, mirarlo de reojo mientras se concentraba en su ordenador, sonreírnos disimuladamente cada vez que pasaba por su lado, que me acariciase la mano a la mínima ocasión.

A media tarde, John se acercó a la sala por primera vez en todo el día. Nos saludó con esa educación que lo caracterizaba y paseó por las mesas para interesarse por el estado del proyecto.

Cuando llego a la mía, apoyó una mano en mi hombro, para que le prestase atención, y se aclaró la voz.

—Ani, ¿puedes venir un momento a mi despacho para hablar?

—Claro. —Le sonreí y me levanté de la silla, dándome cuenta de que Dan nos miraba con el ceño fruncido.

Fui tras él hasta que entramos al despacho y John cerró la puerta, para que la conversación fuese privada y nadie pudiese escucharnos.

—Siéntate, por favor —me pidió, señalando la silla que había frente al escritorio.

Tomé asiento y le vi hacer lo propio en su silla, por lo que nos separaba la gran mesa de madera de caoba.

Nos miramos levemente a los ojos y, al ver que no abría la boca, fui yo la que me dispuse a hacerlo:

—Tú dirás, John.

—Sí, a ver... Échales un vistazo a estos papeles y firmalos después.

Me pasó unos cuantos folios y recé para que no fuesen otro ascenso. Ya me había nombrado supervisora sin hacer méritos en la empresa. Si me ascendía por segunda vez... ¡No iba a saber dónde meterme! ¡Qué jodida vergüenza! Porque todos sabían que John Collins estaba interesado en mí.

—¿Qué...? ¿Qué es esto? —le pregunté porque no quería ni mirarlos.

—Estás despedida, Ani.

Me estalló la cabeza. Literal.

Parpadeé varias veces para asegurarme de que no había entendido mal y bajé la vista hacia los papeles.

Sí. Lo ponía muy claro. Me echaban a la puñetera calle.

—¡¿Qué es esto, John?! ¡¿Me echas?! —

—Firma los papeles.

—¡No voy a firmar una mierda! ¿Qué coño pasa? —Di un golpe en la mesa y me encaré a John, nerviosa y jodida por lo que estaba pasando—. ¿Es porque he estado de baja por enfermedad?

—Firma, Ani.

—¡Que no voy a firmar hasta que no me digas qué cojones ha pasado! ¡Hago mi trabajo, soy una buena compañera, no he tenido problemas con nadie!

—¿Quieres saberlo de verdad?

—¡Sí, joder!

John se sacó del bolsillo su teléfono móvil y lo arrastró por la mesa hasta que lo puso delante de mí.

—Entonces, explícame qué es esto, Ani.

Cuando me fijé en la pantalla, se estaba reproduciendo un vídeo en el que Dan y yo nos comíamos la boca. Y ese vídeo era de esa misma mañana.

—¿Quién te ha mandado esto?

—Eso no importa.

—¡Sí que importa! ¿Quién cojones te ha enviado este vídeo? Ha sido Carla, ¿verdad?

—Sí.

—¡Qué hija de puta! —grité, golpeando la mesa otra vez. Me froté los ojos con las manos—. John, iba a decírtelo.

—¿Ibas a decirme que te estabas tirando a mi hermano pequeño mientras yo te esperaba como un gilipollas?

—¡Es que no lo entiendes!

—¿No lo entiendo? ¿Ese vídeo es falso?

—Es verdadero, pero...

—Pero ¿qué? ¿Te pareció divertido ver mi cara de gilipollas? ¿Te gustó tenerme detrás de ti suplicando por una puta cita?

—¡No sabía cómo decírtelo! ¡No quería joder nuestra amistad! ¡John, te aprecio, de verdad!

—¿Y te comes la boca con mi hermano por los rincones de mi empresa?!

—¡Lo que tengo con Dan es mucho más que eso!

John rio y me miró como se mira a un perro vagabundo. Con lástima y algo de distancia.

—¿Eso es lo que te ha dicho él? ¡Pues deja que te saque de dudas, porque yo lo conozco muy bien, y tú no! ¡Con Dan nunca hay mucho más! ¡Es un bucle, un jodido bucle que va a tragarte y escupirte en cuanto menos te lo esperes! —Resopló y apartó la mirada—. Firma los papeles del puto despido, Ani.

—¡Pero deja que te explique, joder! ¡No entiendes lo que hay entre tu hermano y yo, porque...!

—¡Que me da igual! ¡Que no te quiero en mi empresa!

—¡Pues no voy a firmar! —grité enfadándome yo también—. ¡Esto es un despido improcedente! ¡No tienes ningún motivo real para echarme!

—Entonces, más vale que te busques un abogado, porque no vas a volver al laboratorio. Recoge tus cosas y vete cagando leches de aquí.

Cuando llegué a casa, me derrumbé.

Me tiré en la cama y lloré todo lo que no había llorado delante de John. Y fue mucho, ya os lo digo yo.

Me había quedado sin trabajo, sin la única fuente de ingresos que tenía para poder pagar las facturas. Y estaba desesperada y triste, porque, aparte de eso, no había podido ni decirles adiós a mis compañeros.

Lo peor de todo era que tendría que volver al laboratorio con el rabo entre las piernas para firmar el despido, porque no tenía dinero suficiente como para contratar a un abogado y..., aunque lo tuviese, me sentía tan mal conmigo misma por haberle hecho daño a John que no me veía capaz de meterme en un juicio contra él.

Pasé casi todo el día tirada en la cama, sin comer, ni responder a los mensajes y llamadas que llegaban a mi teléfono. No podía hacerlo, mi mente se limitaba a pensar y darle vueltas a todo.

Entre todas las llamadas, también estaban las de Dan.

Y sus mensajes.

Pero tampoco contesté.

Cuando anocheció, me quedé dormida, no obstante, el sueño no me duró más de media hora, porque la ansiedad no me dejaba hacerlo. Así que seguí llorando tumbada en la cama, en posición fetal hasta que escuché el sonido de la puerta al abrirse y unos pasos dirigiéndose hacia mi habitación.

—¿Ani? —Era Dan, y su voz se escuchaba desde el salón.

Me levanté de la cama y me limpié las lágrimas con el dorso de la mano para que no me viese llorar, pero cuando entró en la habitación, corrió hasta mí y me cogió por las mejillas para darme un beso.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Estás llorando.

—No es verdad.

—¡Ani, joder! ¿Crees que soy tonto? ¡Tienes los ojos hinchados! ¡Y te has ido del laboratorio sin decirle nada a nadie! ¿Te encuentras mal? ¿Te duele algo?

Negué con la cabeza y me eché a llorar de nuevo, pero esa vez me abracé a él y me sentí un poco más tranquila.

—Te estoy mojando el jersey.

—Que le den por el culo al puto jersey, ¿por qué estás llorando?

—Ya... no voy a volver al laboratorio.

—¿Por qué?

—John me ha despedido.

Dan se quedó mudo durante unos segundos, rígido como una piedra.

—¿Con qué motivo?

—Carla nos grabó cuando nos dimos un beso esta mañana y se lo mandó a John.

—¿Te ha echado por besarte conmigo?

—Se siente engañado.

—¡Venga, no me jodas! ¿Es que acaso era tu novio? ¿Tu pareja formal?

—Ya sabes que no.

—¡Claro que lo sé, me cago en todo! —Creo que nunca lo había visto tan enfadado como en ese momento. Parecía querer estrangular a su hermano—. ¡Voy a darle una paliza a ese gilipollas!

—¡No, Dan, espera! ¡Si es por mí, no tienes que hacerlo!

—¡Es por ti, Ani, claro que lo es! ¿Quién coño se ha creído que es? ¡Eso no es un motivo para despedir a nadie, es un despido improcedente!

—Dan, voy a buscarme otro trabajo, no pasa nada. —Lo agarré por los brazos para que se calmase.

—¡Y una mierda! ¡No voy a consentir esas gilipolleces, y menos contigo!

—Pero es tu hermano.

—¡Pues a mi hermano le hacen falta unas cuantas hostias! ¡Y el muy cabrón no ha tenido los huevos de decírmelo a mí también! ¡Tú no tienes culpa de nada, joder!

—¡Es que sí tengo culpa por no haberle dejado las cosas claras cuando tuve la oportunidad!

—Eso no es una excusa para hacer lo que ha hecho. —Me dio un suave beso en los labios y me miró fijamente—. Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas?

—A buscar a mi hermano.

—¡No, Dan, por favor!

—Eres una trabajadora cojonuda y mañana vas a volver al laboratorio.

—¡No quiero que te pelees con John por esto!

Dan rio y me dio un beso en la frente.

—Nos peleamos por gilipolleces peores que no tienen una mierda de importancia. Esto no se lo voy a pasar porque es lo más injusto que ha hecho nunca.

Se lo pedí decenas de veces, pero Dan acabó yéndose a buscar a John, y yo me quedé hecha una mierda y jodidamente preocupada por lo que aquellos dos pudiesen hacerse. Sí, eran hermanos, pero todos sabemos que entre hermanos es todavía peor. No hay piedad.

Estuve dando vueltas por casa, mandándole mensajes a Dan para que volviese, pero esa vez fue él quien no contestó.

Puse la televisión, la quité, fui a la cocina para comer algo y acabé delante del frigo sin acordarme de lo que había ido a hacer allí. Era una montaña rusa de nervios. Lo mismo me convencía de que Dan y John solo iban a hablar como personas adultas, que lo mismo me los imaginaba a puñetazo limpio delante de su padre. ¡Ay, madre mía!

Estuve comiéndome la cabeza casi quince minutos, hasta que el sonido del timbre me sobresaltó. Corrí hasta él con la esperanza de que Dan se lo hubiese pensado mejor y hubiera vuelto, sin embargo, cuando abrí la puerta, a quien me encontré frente a frente fue a John.

—¿Dónde está Dan? —le pregunté nada más recuperarme del *shock*. Y, claro, su cara no fue de alegría precisamente.

—¿Y a mí qué me cuentas, Ani? Eres tú la que está liada con él.

Vale. Dan y John debían de haberse cruzado por el camino y no habían coincidido. Respiré un poco más tranquila.

—¿Para qué has venido a mi casa?

—Para pedirte perdón. Esta tarde estaba enfadado. No tomes en cuenta nada de lo que he dicho hoy.

—Entonces..., ¿no estoy despedida?

—No, mañana te quiero a primera hora en el laboratorio.

—Gracias, John. —Le sonreí, quitándome un enorme peso de encima—. ¿Quieres pasar? Vamos a hablar, tengo que explicarte lo de Dan.

—No hace falta, no tienes ninguna obligación conmigo. Fui yo el que no vio las señales que me mandabas. No quise enterarme.

Chasquéé la lengua y lo cogí de la mano, sintiéndome fatal.

—De todas formas, quiero que lo sepas.

—¿Qué?

—Que conocí a Dan en Navidad, en Río de Janeiro.

—¿En tus vacaciones? ¿Mi hermano fue a Río?

—¿No lo sabías?

—Dan nunca nos cuenta nada en casa. Sabíamos que se iba con sus amigos, pero no a dónde.

—Nos... vimos un día en la playa y nos gustamos. —Lo miré a los ojos para ver su reacción, pero aparte de la sorpresa, no hubo mucho más—. Siempre tuvimos claro que lo nuestro iba a ser un rollo pasajero, que después de las vacaciones cada uno iría por su cuenta. Dan y yo no sabíamos nada del otro. Ni procedencia, ni apellidos... Nada. Creí que no volvería a verlo más. —Sonreí al recordar el *shock* inicial al volver a vernos—. Imagínate lo que pasó por mi cabeza cuando me lo encontré aquí, justo el día que nos besamos en tu despacho.

—Por eso Dan se puso tan impertinente cuando llegó, ¿verdad? Y por eso me preguntabas por

él en nuestra cena.

—Lo siento, John. No supe cómo decírtelo, no quería joderle, ni joder nuestra amistad. Te aprecio mucho, eres un buen tío y no quiero perderte por esto.

Él suspiró y chasqueó la lengua contra los dientes.

—No me vas a perder. Ahora tenemos en común al idiota de mi hermano y a sus paranoias mentales. Aunque..., conociéndolo, no sé cuánto tiempo vas a estar en su vida, así que, por tu bien, no te hagas ilusiones.

—¡John!

La voz de Dan nos hizo volver la cabeza a la misma vez.

Subía las escaleras con los dientes apretados, anunciando que seguía muy enfadado y que estaba deseando pagarlo con el culpable.

—Hablando del rey de Roma.

—¡Eres un puto cabrón de mierda! ¡¿Cómo coño te has atrevido a hacer lo que has hecho?!

—¡Dan, espera, John ha venido para arreglarlo! —exclamé intentando tranquilizarlo, cogiéndole la mano.

—¿Arreglarlo? —Se puso frente a su hermano y lo miró a los ojos, retándolo—. ¿A esto te dedicas? ¿A joderle el día a los trabajadores y después arreglarlo?

—¡Ani está readmitida, así que cálmate!

—¡No voy a calmarme! ¡No voy a calmarme porque te pasas la vida pensando que el mundo gira en torno a tu puta estampa!

—¡Creo que ese no soy yo, hermano!

—¡Vete de aquí! ¡Ani ya ha llorado bastante por tu culpa! —le advirtió muy cerca de su cara—. No quiero verte a menos de tres metros de ella, ¿me oyes? ¡Porque como vuelvas a hacerla llorar... voy a olvidar que tenemos el mismo apellido!

John sonrió con los labios tensos y me miró enarcando las cejas.

—Me voy, Ani, no quiero que tus vecinos se quejen del escándalo. Nos vemos mañana en el laboratorio. Y... buena suerte con él, porque vas a necesitarla. —Contempló unos segundos más a Dan antes de dar media vuelta y bajar las escaleras con esa elegancia que siempre lo caracterizaba.

25

Con el chocolate no se juega

Cuando nos quedamos a solas, Dan me abrazó y me dio un tierno beso en los labios. Cerró la puerta de casa y me rodeó por los hombros mientras caminábamos en dirección al salón.

—¿Estás bien?

—Sí, ahora mucho mejor. —Le acaricié la mejilla y sonreí, encantada de tenerlo conmigo—. No tendrías que haberle hablado así a John. Ha venido a pedirme perdón.

—Cuando el daño ya está hecho.

—Es tu hermano, Dan. Es normal que haya reaccionado mal cuando se ha enterado de que tú y yo estamos juntos. Ha debido ser un golpe en toda la cara.

—Eso no le da derecho a echarte de esa forma, ni tratarte así.

—Mmm... —Le di un lento beso en los labios y froté nuestras narices, haciéndolo reír—. ¿Te has convertido en el musculitos vengador?

—Nadie se mete con mi Medialuna.

—La próxima vez, te dejo decirle de todo a mi hermana, ella se mete conmigo más que nadie —bromeé.

—Parece una buena tía. Me cayó bien la noche que nos vimos aquí, cuando estabas con fiebre.

—Se hizo la simpática porque estabas tú, pero es una cabrona.

—¿Sois solo dos hermanas?

—Tengo otro hermano, pero está estudiando fuera y últimamente casi no lo vemos. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Tienes más hermanos además de John?

Dan sonrió y me dio una palmada en el trasero, haciéndome reír.

—¿Qué planes tienes para el sábado?

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —Se hizo el remolón.

—¡Si tienes más hermanos!

—Adivínalo.

—¿En serio? —O sea..., ¿de verdad no iba a responder a esa mierda de pregunta? ¿Otra vez estábamos con lo mismo?

—Mi familia es muy aburrida, Medialuna. —Me dio otro beso en los labios—. ¿Qué planes tienes para el sábado?

Suspiré y me encogí de hombros, no del todo conforme.

—Ninguno, creo.

—Eso hay que remediarlo.

—¿Y qué propones?

—¿Pasar el día por ahí con la moto? Tú y yo solos, buscando calas perdidas.

Aquella proposición me hizo acordarme de nuestros días en Río de Janeiro. La sonrisa regresó otra vez a mis labios, olvidándome de la pregunta que no había querido contestarme, ¡de todo! Dan y yo en la moto descubriendo mundo, no había un plan mejor, y si lo había, a mí me daba absolutamente igual.

—Estamos en invierno, no vamos a poder bañarnos.

—¿En serio? No me digas que eres de esa clase de tías a las que les asusta el agua fría.
—A ti, como eres tan chulo, seguro que no.
—Es la mejor época para hacer surf, hay unas olas cojonudas.
—No cuentes conmigo, yo te espero en la orilla.
—A ver si lo he entendido, ¿te encanta mojarte con la lluvia, aunque esté fría de cojones, y te da miedo meterte en el mar en invierno?
—Exacto.
—Sabes que no puedo consentirlo, ¿verdad?
—¡Ya, pues mala suerte, chaval!
—Soy un experto haciendo cambiar de opinión a la gente.
—Conmigo lo llevas claro.
—No, verás que no.
—¿Y cómo vas a conseguirlo?
—Con terapia de choque.

Sin previo aviso, me cogió en brazos y corrió conmigo hasta el aseo, mientras yo reía y gritaba por la confusión.

—¿Qué haces?

No, no hizo falta que me respondiese porque le vi las intenciones. Íbamos directos a la bañera.

—¡No, Dan, ni se te ocurra abrir el agua fría! ¡Ni se te ocurra...!

Pero ¿sabéis qué?

Sí la abrió.

Y acabamos los dos empapados bajo el chorro congelado de la ducha, mientras gritaba forcejeando contra él.

Cuando me vio tiritar, cerró el grifo y me besó, aplastándome contra la pared, erizando mi piel cuando su cuerpo helado quedó pegado al mío.

Dan me quitó la ropa lentamente mientras yo hacía lo propio con la suya, olvidando con sus besos todo lo que no tuviera que ver con nuestras manos acariciándonos y el ardor que se empezaba a acumular en mi sexo.

Ya desnudos, volvió a cogerme en peso y me llevó hasta mi habitación, donde me recostó sobre la cama, mojando las sábanas con el agua que goteaba de nuestras pieles, pero tan calientes y deseosos de fundirnos en uno que nos dio totalmente igual.

Ya habría tiempo después de poner sábanas secas.

4 de marzo

Febrero pasó volando y el mes de marzo comenzó más frío y lluvioso de lo normal, cosa que no me molestaba para nada. Me encantaba el verano, con sus temperaturas agradables y sus días de playa, pero también tenía debilidad por el invierno y la lluvia, como ya sabéis.

¡Si es que me conformaba con lo que fuera! Y luego la cabrona de Martina decía que me quejaba por todo. Ten amigas para eso.

A lo que iba, que marzo había empezado con el tiempo regular, pero estaba tan feliz que, aunque hubiera tenido un puñetero tornado fijo sobre el tejado de mi edificio, me hubiera dado igual.

Las cosas marchaban bien en todos los sentidos: en el laboratorio, como siempre, muy buen rollo con mis compañeros, alguna que otra salida nocturna en la que la mayoría acababa desmadrándose de más, y la investigación de nuestra crema a punto de acabar. Nos había

costado, pero, cuando estuviera terminada, iba a ser la hostia, ya os lo digo yo. Harían cola para comprarla y al padre de Dan le entraría el dinero hasta por las orejas.

Con John, al principio la cosa fue un poco tensa, como era normal, sin embargo, poco a poco nuestro trato fue cobrando normalidad. Incluso empezó a salir con una chica guapísima y simpatiquísima, que parecía sacada de una pasarela de moda de Milán, y se lo veía tranquilo y feliz. Me alegraba un montón por él, se lo merecía.

Y, bueno, luego estaba Dan (insertad aquí sonrisa tontorrón), que seguía volviéndome tan loca como siempre.

Se quedaba a dormir en casa cada noche, de hecho, ya no recordaba cómo era dormir sola, ¡ni quería acordarme, que conste!

Cenábamos juntos, veíamos un rato la tele, hablábamos de cualquier cosa y hacíamos el amor con esa misma pasión por el otro. Y me parecía flipante, de verdad, porque cada día estaba más pillada por él, y él se comportaba como un auténtico novio conmigo.

Vale, siempre no. Menos cuando le preguntaba por algún tema personal. Entonces, escampaba y se hacía el loco, como si no hubiese escuchado nada.

No obstante, estaba tan convencida de que, con el tiempo, eso cambiaría que dejé de darle importancia. Empecé a disfrutar de él sin pensar. Me acostumbré a sus sonrisas con hoyuelos cada mañana, a sus besos de buenas noches, a reírnos como críos viendo cualquier película chorra, abrazados en el sofá, a su cara de tío chulo cuando quería hacerse el interesante.

Fueron unos meses cojonudos para los dos. Incluso sus pesadillas fueron a menos. De hecho, casi habían desaparecido. Ya no lo escuchaba jadear por las noches, ni levantarse de repente con el corazón a mil y bañado en sudor. Y eso era bueno, ¡era la hostia, en realidad!

Aquel viernes por la noche, regresé a mi piso después de haber pasado la tarde en casa de mi madre. Subí las escaleras contenta a más no poder. Como para no estarlo. Dan y yo teníamos hasta el lunes para hacer el vago y remolonear en la cama hasta que nos apeteciese, porque no teníamos planes, ni obligaciones.

Cuando abrí la puerta de casa, el sonido de la música suave desde el salón y la tintineante luz que salía de allí me hicieron sonreír.

Al entrar, Dan terminaba de encender varias velas sobre la mesa, en la que ya estaban colocados un par de copas, sendas servilletas y cubiertos.

Cuando se dio cuenta de mi presencia, sonrió y ladeó la cabeza, como si hubiese hecho algo malo.

—¿No se suponía que ibas a llegar más tarde de casa de tu madre?

—¿Y tú? ¿No se suponía que ibas a estar tomando algo con los del laboratorio?

—Y nos hemos tomado una cerveza, pero he vuelto antes.

Pasé una mano por el mantel y me fijé mejor en lo bonita que estaba la mesa.

—¿Me has preparado una cena romántica?

—No.

Me acerqué a él y sonreí, cruzándome de brazos y mirándolo a los ojos, que con la luz de las velas parecían más dorados que verdes.

—¿Y qué es todo esto, si puede saberse? Si no es una cena romántica, ¿por qué has puesto velas?

—Para ahorrar en la factura de la luz.

—¿Y la música romántica?

—Es *jazz*, y todo el mundo sabe que no es romántico.

Lo que le gustaba hacerse el remolón, y lo que me ponía a mí que lo hiciera. Le rodeé el cuello

y acerqué mis labios para darle un beso suave y caliente que lo hizo suspirar.

—Y como no es una cena romántica, tampoco habrás preparado nada de comer, ¿verdad?

—No, lo he comprado.

Solté una carcajada y le acaricié la mejilla rasposa, con unas ganas tremendas de volver a besarlo y de esconder mi nariz en su cuello, donde el olor era tan rico y tan suyo.

—Pues muchas gracias por la no cena romántica.

Dan me besó, apretando sus brazos alrededor de mi cintura y alzándome en peso, mientras nuestros labios se movían contra los del otro. Cuando me dejó en el suelo, cogió mi mano y me guio hasta una de las sillas.

—Siéntate. —Él también tomó asiento frente a mí y descorchó una botella de vino, que sirvió en nuestras copas. Al terminar de hacerlo, se le cayeron unas gotas sobre su jersey, y resopló, intentando quitarlas con la servilleta—. ¡Mierda!

—Con la servilleta no va a quitarse. ¿Por qué no te cambias de camiseta y echas esa para lavar?

—Porque hoy no me he traído más.

—Deberías dejar un poco de ropa aquí, Dan.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Prácticamente vives en esta casa.

—Duermo aquí —puntualizó.

—Bueno, como prefieras llamarlo. Lo digo para que estés más cómodo y no tengas que ir con la misma ropa toda la noche. Tengo sitio de sobra en los armarios.

—Ya veremos.

—Eso es un no.

—Eso es un ya veremos, Medialuna.

—Vale. —Di un trago al vino y jugueteé con el canto de la copa, pensativa y un poco mosqueada.

Dan, al verme tan callada, me cogió de la mano y tiró de ella para que lo mirase a los ojos. Me sonreía. Y estaba muy guapo bajo la luz de las velas. Y no me apetecía enfadarme con él.

—¿Qué tal en casa de tu madre?

—Bien. He coincidido con Abril.

—¿Y qué se cuenta tu hermana?

—Hoy ha llevado a Raúl para que lo conozcan mis padres. —Sonreí—. Parece que van en serio. Es un buen tío y mira a Abril como si no fuera tonta del culo. Es el hombre ideal para ella.

Dan rio y entrelazó nuestros dedos, sin dejar de mirarme.

—¿Y tu hombre ideal? ¿Cómo es?

—Rubio, la piel blanca como la leche, bajito y con los ojos negros.

—¿Todo lo contrario a mí?

—Mira que eres tonto, musculitos. Menudas preguntas haces. ¿Tú qué crees?

—¿Que soy tu hombre ideal?

—Adivínalo.

—No hace falta que lo adivine, se te nota en la cara.

—Y además, eres creído como tú solo.

—Pero aun así sigo siendo tu hombre ideal —se chuleó.

—Venga, ahora tú. ¿Cómo es tu mujer ideal?

—No tengo prototipos. Eso de la persona ideal es una mierda.

—Sí, ya, seguro que pierdes el culo con cualquier cardo borriquero.

—¿Quién sabe? —Sonrió y dio otro trago a su vino—. La atracción es así, puede suceder con quien menos te lo esperas.

—¿Por qué tengo la sensación de que nunca respondes a mis preguntas?

—Voy a traer la cena.

—Eso, huye como el cobarde que eres.

La risa de Dan se escuchó mientras se alejaba, y me quedé sola en el salón, removiendo el vino que quedaba en mi copa y escuchando, aunque sin prestarle demasiada atención, la música de fondo.

Apareció poco después con un par de platos. Dejó uno en su sitio y, después, se acercó, colocándose detrás, y dejó el otro justo delante de mí.

Sin embargo, en vez de regresar a su asiento, Dan me rodeó por la cintura y pegó su boca a mi oído, haciéndome cerrar los ojos.

—No tengo prototipo de mujer ideal, Ani —susurró, erizándome la piel—. Pero si lo tuviera, sería como tú. Igualita a ti en todos los aspectos.

24 de abril

Los delantales no sirven para nada.

Os lo digo yo, que siempre acababa hecha una croqueta cuando me ponía a cocinar. Terminaba de harina hasta las orejas. No sé cómo cojones lo hacía. Pero no había remedio alguno.

Mientras mezclaba el chocolate con la mantequilla, Dan entró en la cocina con una revista de informática en la mano y se apoyó en la encimera, muy cerca de donde yo estaba poniéndome hecha un oso.

—¿Qué haces?

—Una tarta de cumpleaños para Martina.

—¿Es su cumpleaños?

—Mañana, va a hacer una cena en su casa y a mí me ha tocado la tarta.

—¿Estás segura de querer hacerla? ¿No prefieres comprarla, por la salud intestinal de todos los que la prueben?

—¡Pues no, idiota! —exclamé tirándole un poco de harina, haciéndolo reír y manchándole la camiseta—. Resulta que las tartas me salen bastante decentes y ha sido Martina la que me lo ha pedido.

Dan dejó la revista a un lado y se concentró todavía más en lo que estaba haciendo.

—¿Seguro que tienes que mezclar eso? No tiene muy buena pinta.

—Y tú, ¿para qué has venido, para tocarme la moral?

—Me aburría en el salón. —Me dio un beso en el cuello—. Y quería tocarte un poco la moral, tienes razón.

Reí y le di un beso, manchándole la cara un poco con harina.

—¿Por qué no me ayudas a terminar?

—Nunca he hecho una tarta, a ver si la voy a joder.

—Ponte un delantal, venga. Es divertido. —Hizo lo que le pedí y volvió a mi lado sin dejar de sonreír, como un crío a punto de jugar con un juguete nuevo—. Mezcla la harina con los huevos y el azúcar. En el cajón están las varillas.

—¿La fiesta de Martina es mañana por la noche?

—Sí, y me preguntó si vas a ir.

—¿Y qué pinto yo allí? No conozco a nadie.

—Conoces a Martina, a mi hermana, a Jaime... —Le sonreí—. Me conoces a mí.

—¿A ti? ¿Quién eres tú? —bromeó y metió un dedo en el chocolate que estaba mezclando para luego mancharme la nariz.

—¡Dan!

—Así estás más guapa.

—¿No me digas? —Yo también metí un dedo en el chocolate y lo manché a él, pero en la mejilla—. Resulta que tú también estás más guapo así.

Dan dejó las varillas en la encimera y cogió un puñado de harina para lanzármelo.

—¡No, no, Dan! ¡Ni se te ocurra...! —Se le ocurrió, sí. Terminé con la cara blanca y un mosqueo de narices.

¿Quería jugar? Pues íbamos a jugar. Agarré el paquete entero de harina y corrí tras él por toda la cocina, llenándolo de arriba abajo como un rebozado. En un descuido, cogió el cuenco con el chocolate y me amenazó con él, haciéndome frenar en seco.

—El chocolate no. Con eso no se juega. Eso no...

Me lo echó por la cabeza sin contemplaciones, y un río de chocolate líquido acabó escurriéndoseme por la cara, el cuello y el pecho.

Nos quedamos los dos mirándonos, viendo el destrozo que acabábamos de armar en la cocina y nos echamos a reír.

Dan se acercó a mí y me abrazó para darme un dulce beso en los labios, por lo que entre el chocolate de mi cara y la harina que lo cubría a él, se formó una pasta que nos hizo reír todavía más.

Me lamió las mejillas y los labios, y yo intenté limpiarle con las manos la harina de la cara.

—Pareces un fantasma.

—Y tú una estatua de cera. Pero más dulce.

—Eso era lo que querías, ¿verdad? Comerte el chocolate directamente de mi cuerpo.

—Cómo me conoces. —Me rodeó por la cintura mientras seguía besándome, y luego me alzó en peso y me sentó sobre la encimera de mármol, colocándose entre mis piernas. Nos acariciamos con más ganas a cada segundo, más y más calientes debido a los besos y el roce de nuestros cuerpos.

Dan me quitó la camiseta y lamió mis pechos, haciéndome gemir con los ojos cerrados.

—Tenías razón, Ani, me encanta hacer tartas.

—Ya lo sabía yo.

—Ahora voy a querer que hagamos una cada semana.

—Por mí, vale —jadeé a la vez que él capturaba de nuevo mis labios y me besaba con esas ganas que siempre tenía Dan.

Se apartó un poco de mí y se quitó la camiseta, dejando a la vista su torso fuerte, que no tardé ni una milésima de segundos en palpar y en besar. Fui ascendiendo con la boca por su cuello, lamiendo cada rincón de su piel.

—Todo contigo es mejor, Ani —susurró en mi oído—. Todo es más divertido y más auténtico. Me estoy acostumbrando a tenerte siempre a mi lado. Y eso es muy jodido, ¿sabes? Hasta me apetece ir a la puta fiesta de cumpleaños de Martina, solo porque vas a estar tú.

Martina vivía en una casa muy ideal y cuca en las afueras de la ciudad. De estilo rústico, muebles de madera gruesa y cortinas a cuadros.

Vamos, que no pegaba ni con cola allí, porque ella era la persona más loca y alternativa que podías echarle a la cara. Sin embargo, a Marcos, su novio, le iban ese tipo de cosas. Era calmado, muy educado y con un par de dedos de frente más que su novia.

Dicen que los polos opuestos se atraen, pero lo de Martina con él era ya demasiado. Estaban a años luz de distancia en cuanto a gustos y aficiones. Aun así, llevaban juntos muchísimos años. Cosas más raras se han visto, ¿no?

Cuando Dan y yo llegamos, nos dimos cuenta de que, en realidad, no éramos muchos invitados.

Diez personas, contándonos a nosotros. Raro, si teníamos en cuenta que a Martina le flipaban las multitudes.

—¡Ya han llegado mis agapornis favoritos! —saltó la cumpleañera cabrona.

Martina, con un escandaloso vestido de lentejuelas rosa chicle, me dio un beso en la mejilla y otro a Dan, para darnos la bienvenida.

—Menos mal que has venido, esta fiesta está muerta.

—¿Y qué crees que voy a hacer yo para animarla? ¿Colgarme de las lámparas?

—Ahora tengo a alguien con quien hacer la loca y bailar reguetón. ¡Nadie mueve el culo como mi Anita! —Dan rio y se cruzó de brazos, mirándonos a ambas—. No te rías, Collins, que esta noche te la pienso robar.

—Me la robas porque yo te dejo.

—Eres un chulo de mierda. Cada vez me recuerdas más a tu hermano.

El timbre sonó y por la puerta apareció Abril y su camarero, cogidos de la mano, muy sonrientes. Era la primera aparición de Raúl como novio formal de mi hermana delante de los amigos, y se le veía nervioso.

—¡Abril, aquí! —la llamó Martina—. Ya estamos todos. Con vuestra llegada y con mis agapornis... ¡Podemos empezar la fiesta!

—¿Qué es eso de agapornis? —saltó Abril, que acababa de acercarse a saludarnos.

—Gilipolleces de Martina, ni caso.

—Hola, Dan, cuánto tiempo sin verte —dijo, dándole un beso en la mejilla—. Mira, voy a presentarte a mi novio, Raúl.

Martina se metió en medio y le susurró a Abril algo al oído. Bueno, susurrar, lo que se dice susurrar, no fue, porque lo escuchamos todos:

—Lo de agapornis es porque Dan y tu hermana siempre están juntos, como esos pajaracos. No dan un paso el uno sin el otro.

—¡Deja de decir tonterías y dime dónde pongo la tarta! No querrás que la lleve toda la noche en las manos.

—Qué poco sentido del humor tienes, Anita. Dámela y la llevo a la cocina.

Ayudamos a la cumpleañera a colocar la comida sobre la mesa y tomamos asiento.

Fue una cena divertida y escandalosa, como lo era Martina. Se notaba que todos estábamos a gusto, y es que ella se empeñaba en que no nos faltase de nada.

Sentada entre Dan y mi hermana, sonreí al verlo conversar con Raúl, Jaime y Marcos, relajado, mientras apoyaba una de sus manos en mi muslo y lo acariciaba con el dedo pulgar.

Martina, que estaba frente a mí, se acercó un poco más a nosotras y se puso una mano en la boca, para que nadie la oyese.

—¿Habéis visto a los cuñados? Se llevan bien, ¿no?

—Y yo me alegro, joder, Raúl estaba nervioso porque no conocía nadie en la fiesta. Me ha costado convencerlo para que venga.

—¿Y tú, Ani? ¿Cómo has convencido a Dan?

—¿Convencer, yo? Se lo pregunté y me dijo que sí.

—¿Qué le estabas chupando? Venga, habla.

—Eres una cerda, Martina. Pues, resulta que me estaba ayudando a hacer tu tarta. Nada más.
—Bueno, algo más sí que hubo, sí.

—¿Sabes una cosa, Ani? No daba ni tres duros por Dan y por ti, y mira por dónde que estáis juntos todavía —saltó Abril, apoyando su mejilla sobre una de sus manos, mirándonos sonriente.

—Qué poca fe tienes, y eso que eres mi hermana.

—Es que, con todo lo que pasó al principio, lo normal es que desconfiase, ¿no?

De repente, Dan apretó mi muslo mientras reía con Raúl y se acercó para darme un beso en los labios, con los ojos bailones por el champán. Me rodeó por los hombros y me mordió la boca.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Muy bien. El novio de tu hermana es un tío cojonudo.

—Tú también eres un tío cojonudo, musculitos —contesté embobada por él.

—Y tú eres preciosa, y sexi, y tienes la sonrisa más increíble del mundo, y la mala hostia más atrayente que he conocido jamás.

—¿Te encuentras bien? Nunca me habías dicho tantas cosas bonitas juntas.

—Una mala costumbre que tengo que cambiar.

Me dio otro beso lánguido y suave y me sonrió, antes de volver a prestarle atención a la conversación de los chicos.

Al girar la vista hacia Martina y Abril, las vi mirándome con ojos románticos.

—¿Qué os pasa?

—Sois unos agapornis de la vida, que lo sepas.

—Joder, Ani, Dan te mira como si fueses el universo entero. Y Raúl es tierno, que quede claro, pero... acabo de mearme en las bragas de envidia.

Poco después, Martina sopló las velas y todos comieron de nuestra tarta.

Nosotros también lo hicimos, pero reímos con complicidad recordando la forma en la que habíamos terminado haciendo el amor en la cocina. Pegajosos y desnudos en el suelo lleno de harina. Y fue la experiencia más acojonante de mi vida.

Recogimos la mesa y Martina puso música a un volumen apropiado para un cumpleaños, según ella. O sea, a toda leche, para que nos entendamos. Menos mal que no tenía vecinos alrededor.

Bailamos, cantamos, bebimos, reímos con las tonterías de Jaime...

Incluso Dan se animó y me cogió de la mano para bailar conmigo. Muy pegaditos, moviéndonos al son de la música, mirándonos a los ojos, besándonos mientras todo parecía borrarse a nuestro alrededor.

Fue un cumpleaños increíble. Y cuando nos despedimos de todos a las tres de la madrugada, para volver a casa, prometimos quedar otro día para repetir.

—¿Estás cansada? —me preguntó Dan al oído mientras caminábamos hasta su coche.

—Mmm... Un poco.

—Ya me ha quedado claro por qué dice Martina que eres el alma de la fiesta, Medialuna. No has parado. Estáis las dos igual de colgadas.

—A lo mejor, por eso nos llevamos tan bien.

Dan me besó en la frente y abrió el coche. Sin embargo, no me soltó, sino que me acorraló entre el chasis y su cuerpo.

—Cuando lleguemos a tu casa, vamos a montar nuestra fiesta privada.

—Suenas muy bien —respondí, lamiéndole los labios.

—Y mañana, cuando nos despertemos, voy a llevarte a una playa que me flipa, donde voy a veces a surfear. Luego, a un restaurante con unas vistas cojonudas y, por la noche...

—Shhh... —Le puse un dedo sobre la boca—. Por la noche, improvisaremos.
—Me parece un planazo.

26

¡Pum, crag, plaf!

El camino de vuelta a casa fue bastante silencioso, a mí se me cerraban los ojos y Dan se limitó a escuchar la radio y a tararear cuando conocía alguna canción de las que ponían a esas horas. Que ya os digo yo que eran del año de la polca.

Cada vez que lo escuchaba canturrear, mis labios se curvaban en una sonrisa. Era un jodido espectáculo ver a ese tío al volante. Estaba irresistible.

No sé si me quedé mucho tiempo mirándolo, pero Dan giró la cabeza y me contempló, enseñándome esa sonrisa llena de hoyuelos que tan tonta me ponía.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¿Por qué me miras tanto?

—Porque me encanta verte así.

—¿Cantando?

—Relajado cuando estás conmigo.

Él se acercó para darme un beso y fijó de nuevo su atención en la carretera, pero esa vez sonriendo todavía más y cogiéndome de la mano.

Estuvimos en silencio otro par de minutos, no obstante, de repente, escuché a Dan contener el aliento y pisar el freno hasta el fondo. Todo pasó tan deprisa que no supe cómo reaccionar. Di un grito y me tapé la cara con ambas manos, sin saber lo que sucedía.

Entonces fue cuando escuché el estruendo. El ruido de los frenazos, de la carrocería al chocar, los gritos de un hombre.

Aquel golpe no había sido nuestro, sino del coche que teníamos delante, que se acababa de empotrar contra el culo de un camión.

—Dan... —jadeé con la respiración entrecortada. Al volver la cabeza, lo vi paralizado, sin poder dejar de mirar hacia el acordeón en el que se había convertido el coche de delante—. Dan, ¿estás...?

—¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien, yo...

Giró la cabeza para asegurarse, y cuando lo hizo, se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche a toda prisa hacia el vehículo accidentado.

El conductor del camión ya estaba intentando sacar al señor del coche, pero estaba atrapado porque la puerta no se abría y se encontraba inconsciente, con la cabeza apoyada en el volante.

Salí del coche y caminé hacia ellos con el cuerpo tembloroso, sin querer mirar al hombre atrapado, porque había sangre en el cristal.

—Ani, vuelve al coche —me ordenó Dan, tirando de la puerta, ayudado por el camionero, sin poder hacer nada.

—Puedo ayudar.

—¡Vuelve al coche, joder! ¡Hay peligro de colisión si otro vehículo no nos ve!

Estaba tan alterada que obedecí sin decir ni media palabra más. Me subí a su coche y me abracé las piernas, rezando por que vinieran pronto los bomberos y una ambulancia para ayudar a ese pobre hombre.

Sentí las lágrimas correr por mis mejillas cuando vi a Dan gritar y golpear el capó al no poder sacarlo, ni hacer nada para ayudarlo.

La ambulancia apareció diez minutos más tarde, acompañada por la policía y los bomberos. Se hicieron cargo de la situación y Dan tuvo que apartarse a un lado. Pero no se movió de allí, esperó a que los bomberos sacasen al hombre y se lo llevasen al hospital.

Cuando regresó al coche, su mirada seguía perdida.

—¿Es...? ¿Estás bien? —pregunté, apoyando una mano en su muslo.

—Sí, vámonos.

Llegamos a casa y lo primero que hice fue quitarme los tacones y ponerme ropa cómoda. Me lavé la cara, me hice una coleta y me miré en el espejo, todavía alterada por lo que acabábamos de vivir.

Cuando salí del aseo y llegué a mi habitación, Dan estaba sentado sobre la cama, con la mirada perdida en la pared de enfrente y el ceño fruncido.

Fui hasta él y lo abracé, escondiendo mi cara en su cuello, notando que Dan también me abrazaba. Y temblaba.

Lo empujé hacia atrás y nos tumbamos en la cama, el uno frente al otro, mirándonos a los ojos. Le acaricié la mejilla y sonreí al darme cuenta de que nunca habría nadie como Dan, por el que sintiese eso que se arremolinaba en mi estómago.

Nunca nadie como él, que me aceleraba el pulso y me hacía hervir la sangre con esa chulería innata. Nadie que me sonriese con esa verdad en los labios, que me regalase miradas cómplices mientras hablábamos de tonterías, que me hiciera pasar el mejor rato de mi vida incluso haciendo un puñetero pastel.

Nadie como Dan.

Como mi Dan.

—¿Por qué no te quitas esa ropa y te pones más cómodo? —le susurré, frotando mi nariz contra la suya.

—Enseguida voy.

—Sigues temblando, Dan.

—En un rato se me pasa. Voy a tomar el aire.

—¿Ahora?

—Ya vuelvo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No.

Entrecerré los ojos, preocupada por lo raro que estaba. Su respiración todavía era nerviosa y parecía tener la mirada perdida la mayor parte del tiempo.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí, de verdad.

Lo agarré por las mejillas y le sonreí mientras juntaba nuestras bocas y le daba un suave beso.

—¿Sabes que te quiero, musculitos?

—¿Qué? —Ahora sí que había captado su atención—. ¿Qué has dicho?

—Que te quiero, Dan. —Sonreí—. Te quiero.

Cuando le confesamos nuestro amor a alguien, esperamos que esa persona nos responda de una forma similar. Que sonría, que nos abraza, o que se ría a carcajadas de felicidad.

Lo que nunca hubiera esperado es la reacción de Dan después de mi confesión. Lo primero que hizo fue levantarse de la cama, como si en lugar de una persona, hubiera estado tumbado junto a una serpiente venenosa.

Se quedó de pie, mirándome serio, frotándose la frente con una de sus manos.

—Dan... —Me levanté yo también—. ¿Qué pasa? ¿Qué...?

—Ani, no podemos seguir juntos.

—¿De qué estás hablando?

—Que se acabó. No vamos a seguir viéndonos más.

Si me hubiesen dado una puñalada en el estómago, no me habría dolido más que sus palabras. ¿Me estaba dejando? ¿Me acababa de decir que no quería seguir viéndome?

—Te acabo de decir que te quiero.

—Y por eso tiene que terminarse.

—No te entiendo.

—Creí que podría, pero no puedo. ¡No puedo, joder! ¡No puedo estar contigo! ¡No quiero una relación, nunca la he querido!

Negué con la cabeza, intentando encontrarle la lógica a su forma de actuar, no obstante, no lo logré.

—¿Qué coño significa todo esto? ¿Por qué me lo dices ahora?

—¡Porque ya no aguanto más! ¡Lo he intentado y no he podido! ¡Esto no es para mí, joder! ¡Yo no me ato a nadie, no valgo para eso, no me lo puedo permitir!

Intenté tocarlo para que me mirase a los ojos, pero Dan se apartó. Y el rechazo de su cuerpo me dolió tanto como el de sus palabras. Me sentí huérfana. Mis manos necesitaban tocarlo y sentir que todo estaba bien.

—No me hagas esto, te acabo de confesar lo que siento.

—¿Y yo qué puta culpa tengo de lo que sientes? ¡Ya sabías lo que había cuando empezamos! ¡Te lo dejé muy claro!

—¿Qué te pasa? ¿Qué ha cambiado? ¡Hace unas horas estábamos bien!

Dan apretó los labios y me miró con dureza. Creo que nunca me había mirado de ese modo. Como si fuese un estorbo, como si ya no valiese para nada.

—Adiós, Ani.

—¡No, no te vas a atrever! ¿Me oyes? —Lo agarré por el brazo y lo empujé, demostrándole que estaba enfadada, cuando en realidad lo que estrujaba mis tripas era el miedo a verlo marcharse—. ¡Dan, si sales por esa puerta, no se te ocurra volver! ¡Ya te di una oportunidad y me dijiste que...!

—Te dije que lo intentaría. Y lo intenté. Pero no ha podido ser. —Sacudió su brazo para que lo soltase y, cuando se vio libre, dio media vuelta y se marchó de casa, dando un portazo a su salida.

Esperé como una figura de piedra en aquel mismo lugar, de pie, paralizada, hasta que escuché el rugido del motor de su coche alejándose de mi edificio.

Me dejé caer al suelo y las lágrimas comenzaron a salir a borbotones de mis ojos.

¡Pum, crag, plaf!

Noté el momento exacto en el que mi corazón se rompió y cayó al suelo delante de mis narices, mientras yo peleaba por ganarle la batalla a la ansiedad para que me permitiera respirar. Porque parecía que me ahogaba cada segundo más.

Ese fin de semana, tuve el teléfono en la mano las veinticuatro horas del día, esperando una llamada de Dan. Un mensaje. Algo.

Hasta el domingo por la noche, conservé la esperanza de que al final apareciese arrepentido en la puerta de casa y me suplicase que lo perdonara. Pero no. El timbre no llegó a sonar ni una vez,

y Dan no apareció.

Si os dijera que no le di vueltas al tema, sé que no creeríais ni una de mis palabras, porque sí lo hice. Repasé mil veces lo ocurrido en casa para intentar averiguar qué fue lo que le hizo actuar así. No comprendía ese cambio tan brusco en él, porque una hora antes estábamos comiéndonos la boca, riendo y bailando en el cumpleaños de Martina.

El lunes por la mañana, después de haber pasado una noche de mierda, me decidí a escribirle un mensaje. Necesitaba respuestas:

Ani:

Dan, tenemos que hablar.

Ani:

Contéstame, por favor. Necesito que me expliques qué pasa.

Ani:

¡Musculitos, vamos! ¡Joder, no puedes hacerme esto! ¡Pensaba que era un poco más importante para ti!

Pero, adivinad. No contestó. Leyó los mensajes y después me bloqueó. Lo sé, porque, cuando le envié el último, ni siquiera le llegó.

Sin ganas ni de mirarme en el espejo, me vestí y me fui andando al laboratorio. Y, sí, llamadme tonta, pero tenía la esperanza de que al menos apareciese en el trabajo. Sin embargo, como supondréis, tampoco lo hizo.

Su silla estuvo vacía ese día, pero mis ojos volaban hacia ella sin poder remediarlo.

Al día siguiente sucedió lo mismo. Dan tampoco fue a trabajar, y mi ansiedad era cada vez más insoportable.

—¡Eh, Anita! —me llamó Martina desde la cafetería.

Le sonreí, disimulando mi mala cara, y saqué un café para bebérmelo con ella.

Cuando nos sentamos junto a nuestros compañeros, Martina me sonrió y me guiñó un ojo.

—¿Dónde has dejado a tu agapornis? Lleva dos días sin aparecer.

—Está... Está enfermo —le mentí, poniendo la primera excusa que se me ocurrió. No estaba preparada, todavía no, para contarle a Martina lo que había pasado, porque realmente no sabía qué había pasado, y Dan no daba señales de vida.

—¡Anda! Yo pensaba que cuando a uno de vosotros le dolía algo, lo sentía también el otro, como los siameses —se burló, dándome un suave empujón.

Forcé una sonrisa y le contesté algo que ahora mismo no recuerdo, porque no tenía la cabeza para bromas, ni para hablar de tonterías. Y creo que Martina se dio cuenta de algo, porque no volvió a preguntar por él. Quizás no supe disimular lo suficiente. O me delataron mis ojeras y mi mala cara, no sé.

El tercer y el cuarto día fueron incluso más duros, porque empecé a hacerme a la idea de que las palabras de Dan iban en serio, y fue ese jueves cuando tuve el valor de contárselo a mi hermana y a Martina.

—¡Es que lo sabía! —exclamó mi amiga, dando un pequeño golpe sobre la mesa del bar de Raúl, donde nos tomábamos una cerveza—. ¡Ya me parecía a mí raro que Dan no hubiese

aparecido en toda la semana!

—Y tu cara —añadió Abril con lástima—. Tienes muy mala cara. No lo puedes disimular.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo fingir que me encuentro bien.

—¡Tía, es que no lo entiendo! ¡En mi cumpleaños, parecíais la puta pareja ideal!

—No quiero hablar de eso, ¿vale? No estoy bien y necesito un poco de distancia para asimilarlo.

—Ay, Ani... —Abril me cogió de la mano y la apretó para darme ánimos—. ¿Podemos hacer algo por ti?

—Sí, eso, ¿matamos a Dan? ¿Lo cortamos en pedacitos y lo emparedamos? ¡Dinos qué quieres que hagamos!

—Lo único que quiero es que desaparezcan todos los recuerdos.

El viernes por la tarde, después de comer y de incorporarnos al trabajo, John vino a supervisar el avance de la investigación.

Estuvo pululando por entre nuestras mesas, interesándose en cada uno de nosotros, sonriendo como siempre, pero su mirada terminaba sobre mí, como si quisiera decirme algo y no se atreviese. Creo que por eso estuvo alargando tanto la visita a nuestra sala. Incluso Martina lo notó, porque me dio un codazo y me lo susurró al oído. Hasta que, finalmente, pasó lo que tenía que pasar.

—Ani, ¿puedes acompañarme a mi despacho, por favor?

—Claro.

Me levanté de mi silla y fui tras él por aquel largo pasillo que había recorrido tantas otras veces, pero en esa ocasión, estaba mucho más nerviosa que las anteriores.

Cuando entramos, John me pidió que cerrase la puerta y me animó a que tomase asiento.

—¿Cómo estás, Ani?

—Bien.

—¿Sabes por qué te he dicho de venir?

—No. —Me froté la frente y cerré los ojos, agobiada—. No sé John, y no tengo ganas de adivinanzas.

Él tomó asiento sobre la mesa, muy cerca de mí, cruzándose de brazos y pensando bien sus palabras antes de volver a hablar.

—Ani, ¿qué pasa con mi hermano?

—No lo sé.

—¿Estáis bien?

—Dan me ha dejado.

—¿Os habéis peleado?

—No.

—¿Entonces?

—¡No lo sé, John! —exclamé con ojos doloridos—. ¡Me dejó de repente, sin motivos! ¡Y no tengo respuestas, no quiso decirme nada!

John resopló.

—Sabía que esta mierda iba a pasar. Y te lo dije, Ani.

—¿Por qué?! ¿Qué pasa? ¡Dime qué cojones le pasa de una puñetera vez!

—No puedo.

—¡Más bien, no quieres!

—¡Pues no quiero, joder! —exclamó tan reventado como yo—. ¡Si mi hermano no te ha dicho

nada, yo no soy quién para hacerlo! Lo último que necesito es otra bronca en casa. ¡Mi padre ya no lo soportaría! ¡Estamos cansados! ¡Agotados!

—¿Y cómo crees que estoy yo? ¡Necesito respuestas!

John se levantó de la mesa. Caminó hasta la puerta del despacho y la abrió, quedándose a un lado, pidiéndome con la mirada que saliese de allí.

—Lo siento, Ani. Lo mejor es que vuelvas a tu trabajo.

Mi cabezonería me decía que me quedase, que le exigiese a John una respuesta. Y mira que a cabezona no me ganaba nadie, pero no sé qué fue lo que hizo a mis piernas moverse hacia el pasillo.

Obedecí al hermano de Dan sin decir ni media.

No obstante, en vez de regresar con mis compañeros, fui al aseo a desahogarme. Y menos mal que lo hice, porque nada más encerrarme en él, las lágrimas salieron de mis ojos en estampida, mojando mi camiseta y haciéndome llorar desconsolada. ¡Aquella situación era una puta mierda! ¡Las lágrimas eran una puta mierda! ¡El rechazo de Dan era una puta mierda!

Si queréis que sea sincera, os diré que no recuerdo el tiempo que estuve encerrada en aquel aseo, solo sé que cuando me miré en el espejo, después de parar de llorar, parecía demacrada.

Salí algo más repuesta, y nada más hacerlo, casi me topo con Carla, que caminaba con esa chulería innata que la caracterizaba.

Al verme, sonrió. Pero no fue una sonrisa amable, ni amigable, porque no éramos amigas ni de coña, fue una sonrisa de mala malísima que me hizo levantar la cabeza y hacerme la fuerte.

—Hola, Ani, qué mala cara tienes.

—Gracias, tú también estás fea hoy.

—¿Dónde está tu novio? Lleva toda la semana sin aparecer. Me ha dicho un pajarito que no va a volver al laboratorio. —Sonrió todavía más—. Qué pena, ¿no?

—Sí, se nota que no puedes con la tristeza.

—¿Todo bien en vuestro paraíso? ¿O ya se ha ido a la mierda el felices para siempre?

—¿Sabes una cosa, Carla? ¡Que te follen!

Pasé por delante de ella sonriendo con tensión y giré hacia el pasillo que llevaba hasta la sala donde trabajábamos. Pero la sonrisa se me torció enseguida, cuando supe que nadie me veía.

Me llevé la mano a la barriga y le supliqué al nudo de mi estómago que dejase de apretar tan fuerte.

En una ocasión escuché que estamos rodeados de personas que no valen lo que duelen, y que a veces deberíamos hacerle un poco más de caso al miedo, porque es un instinto de supervivencia y protección. Que en ocasiones deberíamos parar y pensar con la mente fría. No como yo, que me había cachondeado del miedo y había corrido directa hacia los problemas con la sonrisa más amplia que mis labios podían esbozar.

Cuando levanté la mirada del suelo para seguir caminando, por el pasillo perpendicular pasaba un chico con unos papeles en las manos.

Me resultó familiar.

¿Podía ser él? ¿De verdad estaba viendo a...?

—¿Leo? ¿Eres tú?

Al escuchar su nombre, el susodicho frenó en seco y se volvió hacia mí con esa sonrisa que recordaba tan bien. Había cosas que nunca cambiaban.

—¡Joder, prima! —Corrió hasta mí y nos abrazamos fuerte. Bueno, en realidad, fui yo quien lo abracé más fuerte, porque Leo era una parte importante en la vida de Dan, y necesitaba aferrarme a algo suyo.

Estaba guapo. ¡Qué cojones, estaba guapísimo! Llevaba el pelo un poco más largo que en Navidades y su piel ya había perdido todo el moreno. Pero, por lo demás, era el mismo Leo de entonces.

Me acordé de Río, de Carlota, de los chicos, de todos los días bonitos con ellos.

—¡Cago en todo, Ani! ¡El mundo es un puto pañuelo! ¡Cuando Dan me lo dijo, flipé!

—Fue una casualidad, sí.

—¡Cómo me alegro! —Me pellizcó una mejilla y sonreí.

—Y yo que pensaba que no volvería a verte nunca.

—Pues, te jodes, prima, porque voy a trabajar aquí. Acabo de firmar el contrato. —Me enseñó los papeles riendo—. Ventajas de tener un amigo con negocio familiar.

—¡Me alegro, me alegro mucho!

—¿Y tú, cómo estás?

—Bien, tirando.

—Sé lo que ha pasado. Llevo tres días en casa de Dan. Me lo contó.

—¿Has hablado con él? —Se me cortó la respiración.

—De todo, Ani. Hemos hablado de todo. —Apoyó una mano en mi hombro—. Así que te lo voy a volver a preguntar, y esta vez quiero la verdad, ¿cómo estás?

Bajé la vista al suelo.

—Jodida.

—Me lo imaginaba. Es una puta mierda.

—Tú lo sabes, ¿verdad? Sabes lo que le pasa a Dan.

—Claro que lo sé, somos amigos.

—¡Cuéntamelo!

—Ani, yo no puedo.

—¡Me da igual, Leo! ¡Vas a contarme qué coño pasa! ¡Ya no puedo más, merezco una explicación! ¡No puedo dormir, no puedo descansar, estoy agotada!

—Dan está igual. —Suspiró y se pasó una mano por las mejillas, pensativo—. Vale, ¿tienes un rato libre?

—No, pero no voy a volver al trabajo hasta que me lo expliques, así que acompáñame a la cafetería. Allí no hay nadie a estas horas.

¿Eso suena a esperanza?

Conduje a Leo hasta la cafetería y me prometí no echarme a llorar hasta que no estuviera a solas. Bastante patética me sentía por estar obligando a un amigo de Dan a contarme eso que él nunca quiso que yo supiera.

Por fin saldría de dudas, y en lugar de estar feliz por la llegada de ese momento, estaba acojonada. ¿Y si era demasiado? ¿Y si lo que tenía que contarme Leo era tan gordo como para separarnos de verdad?

Había conservado la esperanza todo ese tiempo. Qué tonta, ¿verdad? Y ahora me temblaban hasta las pestañas.

Leo y yo nos sacamos unos cafés. Y, sí, ya lo sé, lo último que necesitaba en el cuerpo era cafeína. Sin embargo, el vaso me servía para mantener las manos ocupadas y no acabar sin uñas.

—No sé, Ani, no debería contarte esto.

—No deberías, pero lo vas a hacer.

—Es algo muy personal, es cosa de Dan decidir si quiere hacerlo.

—¡Me da igual! ¡Llegados a este punto, me da todo igual! ¡Él no va a hacerlo, no piensa abrir la boca y yo lo necesito para poder seguir adelante, para saber qué he hecho mal!

—Tú no has hecho nada mal, Ani, sino todo lo contrario. Desde que te conoció, todos notamos un cambio cojonudo en él, incluso tuvimos esperanzas, porque nunca lo habíamos visto así con nadie.

Suspiré y miré a Leo a los ojos.

—¿Qué le pasa?

—Fue hace poco más de dos años.

—Eso ya lo sé.

—En Nochebuena. —Leo se mordió el labio inferior—. Iban a una cena con toda la familia y Dan se levantó tarde porque por la noche salió de fiesta con nosotros. Por aquel entonces, el laboratorio todavía estaba en construcción y vivían en Londres. —Me miró tras hacer una pausa—. Ani, no sé si esto...

—¡Continúa!

—Dios... Vale. —Suspiró—. Dan se levantó tarde y, cuando salió de la ducha, su padre y John ya se habían ido a la cena. En casa, solo quedaban su madre y su hermana pequeña, que decidieron esperarlo e ir juntos en su coche.

—¿Hermana? Pensé que solo eran él y John.

—¡Calla y escucha!

—Sí, lo siento, sigue.

—Tuvieron un accidente, Ani. Un coche se saltó un *stop* y se empotró contra ellos, matando a su madre y a Lilith en el acto.

—¡No!

—Dan salió ileso, sin un rasguño.

—¡No, no, Leo...! ¡Oh, Dios, Dan...! —Me llevé las manos a la cabeza y lloré recordando la forma de actuar de Dan la última noche que estuvimos juntos, cuando aquel coche se estrelló delante de nuestras narices.

—Se culpa de sus muertes, Ani. Desde entonces, Dan se convirtió en una puta sombra de lo

que siempre había sido.

—¡Pero él no fue el culpable!

—Se lo hemos repetido cientos de veces. Timothy, George, su hermano, su padre... ¡Todos! Sin embargo, pasó mucho tiempo hasta que por fin reaccionó un poco. Volvió a sonreír, a salir, a no castigarse por ello cada segundo del día. —Me cogió de la mano y la apretó—. Pero siempre vuelve a caer, Ani. Pasa unas temporadas de puta madre, como si el Dan de siempre hubiese vuelto, hasta que algo hace clic en su cabeza y regresa el tío enfadado y triste.

—¿Por qué? ¿Por qué esas recaídas?

—Porque no se permite ser feliz. Porque piensa que no se lo merece. No quiere avanzar porque su hermana y su madre tampoco van a poder hacerlo.

Me abracé a mí misma sin dejar de darle vueltas a todo, sufriendo por Dan y por el dolor que había tenido que sentir.

—Creí que conmigo era feliz.

—¡Ani, lo que ha pasado contigo ha sido una puta locura, créeme! ¿Es que no te dabas cuenta de la cara de flipados que se nos quedaba al principio, cuando os veíamos juntos? ¡Dan llevaba sin montar a nadie en moto, o en coche, desde el accidente! ¡Se negaba a hacerlo! ¡Y un día, vas y llegas tú! ¡Y Dan te monta en su moto!

—Al principio siempre conducía yo.

—¿Y qué coño importa? ¡Ibas con él! ¡Eso fue un paso hacia adelante de la hostia! ¡Y luego va y me dice John que también te lleva en coche, y encima conduce él! ¡Es que es la leche, es que estábamos alucinando! —Rio—. ¡Ani, estas Navidades llegué a ver al Dan de siempre!

—Por eso viajáis en Navidad, ¿verdad? —Mi mente seguía trabajando a destajo, dándole vueltas a toda la información que Leo me acababa de dar.

—Es el segundo año que nos llevamos a Dan de viaje en esas fechas para que los recuerdos no vuelvan a joderlo otra vez.

—Él no quería ir a la cena de Nochebuena en casa de Carlota. —Ahora lo entendía todo.

—Y con razón, ¿no crees? En Nochebuena perdió a dos de las personas más importantes de su vida. —Leo me rodeó por los hombros y me sonrió—. Pero ¿sabes qué? Al final, fue a esa cena porque estabas tú. ¡Y a pesar de no querer tener una relación con nadie, lo intentó contigo porque para él eres especial! ¡Lo intentó por ti, aun sabiendo que podía caer y hacerse mierda otra vez! ¡Pero lo intentó, joder, y dice John que parecía muy feliz!

¿Cómo se queda una persona después de escuchar todo aquello? ¿De qué forma se reacciona tras una confesión como la de Leo?

No sé vosotros, pero yo lo tuve claro enseguida.

—¡Tengo que verlo! ¡Tengo que ver a Dan!

—Lleva atrincherado en su habitación desde este fin de semana.

—¡Necesito hablar con él! —Sonreí con un rayo de esperanza en mi corazón—. ¡No voy a abandonar a ese musculitos sin cerebro solo porque no quiera verme! ¡Y mucho menos ahora! ¡Lo quiero, Leo!

—Buena suerte, entonces, porque la vas a necesitar. Cuando cae en ese pozo de mierda, no deja que nadie le dé consejos, ni se acerque demasiado.

—Me da igual. Si él es cabezón, yo lo soy más. Y lo sabe.

—No me cabe duda, prima.

Al escuchar que me llamaba así otra vez, enarqué las cejas y mis pensamientos fueron en otra dirección.

—Y ahora, quiero que me hables del otro tema pendiente.

—¿Yo? ¿De qué hablas, qué tema?

—¿Qué pasó con Carlota? No ha querido decirnos nada, solo que ya no estáis juntos. ¡Y mira que hemos intentado sonsacarle entre todas un poco de información!

—¡Esa tía está loca! Y siento mucho si es tu prima, Ani. De la noche a la mañana, me soltó que no quería saber nada de mí y me bloqueó en el móvil para que no pudiese llamarla.

—Pero ¿pasó algo? Estaba muy enfadada.

—¡Nada, joder! ¿Qué coño va a pasar? ¡Estuvimos hablando la tarde anterior y me comentó que había vaciado medio armario para cuando llegase a Brasil! ¡Nos íbamos a vivir juntos! ¡Y a la siguiente mañana..., me encuentro con esa mierda! ¡Me dijo que me olvidase de ella y me bloqueó sin darme explicaciones!

Después de regresar a mi puesto de trabajo, el resto del día fue desesperante. Las horas no pasaban ni a la de tres y Martina me miraba raro, porque sabía que algo había sucedido, pero también sabía que no era un buen momento para hablar de ello con mis compañeros alrededor, y mucho menos con Carla, que llevaba todo el día con una sonrisa de satisfacción más grande que todo el continente asiático, para que me entendáis.

Cuando recogimos y salimos a la calle, Martina me cogió de la mano y me arrinconó para que no me escapase.

—¿Qué quería el idiota de Collins cuando te ha llamado a tu despacho?

—Hablar de Dan.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada, John no ha abierto la boca, Martina.

—Si es que es gilipollas, te lo llevo diciendo siglos.

—Pero luego me he cruzado a Leo.

Parpadeó varias veces, intentando asimilar mis últimas palabras, incluso creo que llegué a verle los interrogantes en las pupilas.

—¿Leo? ¿Qué Leo? ¿A qué Leo conocemos...? —Se calló de repente—. Espera, ¿el Leo de Carlota?

—El mismo.

—¿Qué coño hace aquí?

—Empieza a trabajar con nosotros.

—¿También es químico?

—Es técnico de...

—¡Sí, bueno, de lo que sea! ¿Qué te ha dicho?

—Todo. Me lo ha contado todo, Martina. —Sonreí—. ¡Y tengo que hablar con Dan! ¡Ya, enseguida, no puedo esperar más!

—¡Hostia puta! ¿Eso suena a esperanza?

—Creo que sí, tía. No voy a fallarle, ahora me necesita más que nunca.

—¡Pues corre! ¿A qué estás esperando, Ana Victoria? ¡Corre a por Dan!

—¡Sí, ya lo sé! ¡Primero, tengo que pasar por casa para darme una ducha!

—¡Vamos, yo te llevo, sube al coche!

—¡Martina, loca del potorro, pero si mi casa te pillas en la otra dirección a la tuya!

—¿Qué cojones? ¡Vamos!

—¡Espera un momento! —Reí y le puse las manos sobre los hombros para que frenase—. Todavía tengo un pequeño problema.

—¿Cuál?

—No sé dónde vive.
—Hostia, pues ese sí que es un problema. ¿No te lo ha dicho Leo?
—No me acordé de preguntar.
—¡Ya sé! ¡Vamos!
—¿Adónde?
—A preguntarle a Jaime. Creo que tuvo que ir un día a su casa a llevarle al jefazo unos documentos que se olvidó en su despacho.

Martina me dejó en casa y me deseó toda la suerte del mundo. Bueno, y que luego la llamase para contarle con todo detalle nuestra reconciliación.

Cuando salí de la ducha, me puse unos tejanos oscuros y una camiseta fina de color rosa palo. Dejé mi pelo suelo, porque lo tenía mojado, y me fui a toda leche.

Creo que en ese momento la ansiedad era tan potente como lo había sido durante toda la tarde. Saber que en unos minutos iba a ver a Dan era una puñetera locura. Le daba vueltas y vueltas a todo lo que iba a decirle, a los besos que iba a darle...

Estuve diez minutos esperando un taxi, y pensando en que era urgente el comprarme otra moto. Que luego venían las prisas, como ahora, y tenía que depender de la disponibilidad de otros.

Le di al taxista la dirección de la casa de Dan y me puse el cinturón mientras el estómago me bailaba por los nervios.

Cuando llegamos, salí del coche y me quedé mirando la casa frente a la que estaba parada.

A ver, en realidad era un chalet, y no tan grande y espectacular como yo lo imaginaba. En él podría haber vivido una familia normal y corriente, y no el dueño de unos laboratorios tan prestigiosos como Collins. Y me gustó, que conste. Que a mí las mansiones y todo ese rollo me venían muy grandes. ¡Si me perdía hasta comprando en el supermercado!

Llamé al timbre y esperé a que alguien me abriera la puerta. Me dieron ganas de echar a correr y huir como una cobarde, también lo admito, sin embargo, allí me quedé, por Dan.

Cuando se abrió la puerta, apareció John, con unos pantalones deportivos y una camiseta interior de tirantes. Me resultó raro verlo vestido así, tan informal.

—Ani, ¿qué haces aquí?

—¿Tú qué crees?

—¿Has venido para ver a Dan?

—Sí.

—¿Mi hermano lo sabe?

—¿Cómo va a saberlo si no tengo forma de hablar con él? Para eso estoy aquí. —Al ver que no decía nada, suspiré y señalé hacia el interior—. ¿Me dejas pasar?

—No deberías haber venido. Se va a enfadar y no tengo ganas de más discusiones con él.

—Tú no tienes que discutir, la que ha venido a verlo he sido yo, John.

—Mira, lo mejor es que no, creo que...

—¡John, deja que Ani lo vea!

Leo se unió a nosotros y apoyó una mano en su hombro. Al igual que John, Leo también estaba vestido de un modo informal, no obstante, en él no era raro.

—¿Cómo va a entrar? Ya has visto hoy a Dan.

—Lo llevo viendo así desde que llegué.

—Mi padre está en el salón. No necesita más escándalos.

—No voy a gritar, John, solo quiero hablar con él —insistí, mirándolo con súplica.

—Creo que lo mejor es que lo dejemos tranquilo hasta que se le pase.

—¡No, joder, eso no es lo mejor! —saltó Leo encarándolo—. Desde que Dan está así, hemos hecho eso y no ha habido mejoría. ¡Quizás lo que necesita es lo contrario, que alguien lo encare y le haga salir de ese bucle! ¡Y no veo a nadie mejor que Ani para lograrlo!

John se llevó una mano a los ojos y se los frotó con agotamiento.

—Yo solo quiero que esta puta pesadilla se acabe. ¡Son dos años viendo a mi hermano hecho mierda! —Me miró con seriedad y unos segundos después se hizo a un lado para que pasase—. Entra, anda. A ver de qué eres capaz.

Entre John y Leo, me condujeron hasta un amplio pasillo donde había cinco puertas.

—El dormitorio de Dan es la segunda de la izquierda.

—Gracias.

—Mucha suerte, Ani —dijo Leo, abrazándome levemente—. Ve a por él.

Me mordí el labio, observándolos a ambos y asentí, hecha un flan.

Me coloqué frente a la puerta y, sin pensar en lo que hacía, traqueé y cerré los ojos esperando una respuesta que no tardó en llegar.

—Pasa.

Era su voz, amortiguada por el tabique de la pared.

La abrí y, armándome de valor, entré.

La habitación era espaciosa, moderna y comunicaba con el jardín. Me gustó que no tuviese muchos muebles, que todo estuviese ordenado y que oliese a él.

Lo que no me gustó una mierda fue la forma en que él me miró cuando me reconoció.

Iba vestido con unos pantalones deportivos similares a los de John, pero él, en cambio, llevaba una camiseta a juego.

Estaba guapísimo. Y a mí me temblaron las piernas cuando nuestras miradas coincidieron. Parecía que se me iba a salir el corazón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó nada más reponerse del impacto. Y me jodió el tono de voz con el que se dirigió a mí. Tan duro, tan serio.

—¿Así vas a saludarme?

—¿Por qué has venido?

—No me has dejado otra opción. —Como él no se movió de la cama, fui yo la que me acerqué, porque estar en la misma habitación y tan distantes el uno del otro era una mierda—. No me has dado la mínima oportunidad de hablar contigo.

—Entonces, ¿por qué insistes si sabes que no quiero saber nada más de ti?

—Porque lo que dices no es verdad. —Sonreí y señalé la cama, el hueco que había a su lado—. ¿Puedo sentarme?

—No. Prefiero que sigas de pie.

Asentí con dolor. Qué rara aquella situación y qué porquería ser rechazada por la persona a la que tu corazón responde.

—Dan, ni siquiera te dignaste a contestar a mis mensajes. Desapareciste para siempre.

—No había nada que contestar, creo que te lo dejé claro en tu casa.

—¿En serio? ¿Tan poco te importo que te da igual dejarme hecha una porquería, sin respuestas?

—¿Y qué quieres que te diga, Ani? ¿Que lo siento? Vale, pues lo siento. ¿Estás ya contenta?

—¡No! No lo estoy. —Di un paso hacia él—. Dan, sé lo que te pasó. Lo sé todo. Sé lo del accidente que tuviste.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Eso da igual.

—¡No, joder, no da igual! ¡Es mi intimidad, no tienes ningún derecho a meterte en mi vida! — Se levantó de la cama hecho una furia y me encaró con los dientes apretados—. ¿Ya te has quedado a gusto? ¡Ahora que sabes la clase de mierda que soy, ¿eres feliz?! ¡¿Es eso lo que querías?!

—¡No eres ninguna mierda, no digas eso! —Intenté tocarlo, no obstante, él se apartó, dejándome con los brazos estirados, huérfana—. Te quiero, Dan. Y ahora más que nunca voy a estar ahí, contigo, apoyándote. ¡No te voy a dejar, no voy a dejar que me apartes de ti!

—¡Creo que en esto yo también tengo derecho a opinar, y la respuesta es no!

—¡Pero la mía sigue siendo sí!

—¡Esta conversación se ha terminado! —Se pasó una mano por el cabello, agobiado, dándome la espalda, y cuando me miró, sus ojos eran más duros que antes—. ¿Es que te gusta que te humillen, Ani? ¿Has venido para que te repita que no voy a seguir contigo?

—¡No vas a seguir conmigo porque no te permites ser feliz!

—¿Y por qué crees que tú me haces feliz?

—Los ojos no mienten. Ni las sonrisas. Ni los besos. Lo que vivimos juntos no se puede fingir.

—Fue sexo, el sexo le gusta a todo el mundo. ¿Crees que a mí no? ¡Intenté darte una oportunidad, pero no llegué a sentir lo mismo que tú! ¿Qué parte no te ha quedado clara todavía? ¿Cómo cojones quieres que te lo explique?

Los ojos se me llenaron de lágrimas y di un paso hacia atrás.

—Tú... Puedes decir lo que quieras, pero sé que nos queremos.

—Vete de aquí y no te pongas a llorar.

—No voy a llorar.

Él suspiró y se sentó de nuevo en la cama, apoyando la cara sobre una de sus manos, pensativo.

—Has venido a mi casa sin avisar, te has metido en mis asuntos personales y me has dicho lo que te ha dado la gana. ¿Te falta algo más, Ani? ¿Tienes algo más que decir o vas a dejarme en paz de una vez?

—Sí que tengo algo que decir: te quiero, te quiero.

—Vale, pues yo a ti no. Cierra la puerta al salir.

Jadeé desesperada después de sus últimas palabras y me llevé una mano al pecho, porque sentí ese crujido de nuevo en el corazón. ¿Se podía romper el corazón dos veces en una misma semana?

Salí de su habitación y volví a recorrer ese pasillo lleno de habitaciones, donde John y Leo esperaban tan nerviosos como antes.

—Ani, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha ido?

Al mirarlos, no pude contener las lágrimas y negué con la cabeza.

Solo eso.

No dije nada.

Pero creo que quedó bastante claro.

Me sequé las mejillas con la manga de la camiseta, caminé hasta la puerta principal sin despedirme de ellos y me marché con un vacío en el pecho que me quemaba hasta la garganta. Era curioso, cuando menos, sentirse tan vacía y tener tanta constancia del dolor en cada parte del cuerpo.

El amor es una mierda muy extraña, pero al menos lo había intentado.

28

Y si de verdad la quieres...

DAN

Después de que Ani se presentase en casa, pasé unos días destrozado. Aunque, a esas alturas, ¿qué importaba un poco más de dolor?

Llevaba una semana encerrado en mi habitación dándole vueltas a todo, y lo más jodido era que lo que peor llevaba era su recuerdo. El recuerdo de lo vivido con ella.

Y no sé cómo aguanté tenerla a mi lado y no suplicarle que me perdonase por la forma en que la había dejado. No sé cómo aguanté sin tocarla, sin que la fuerza de las emociones se reflejase en mis ojos.

Desde que la conocía, mi vida había girado en torno a ella y no había podido hacer nada para remediarlo.

Ani y sus sonrisas.

Ani y sus besos dulces.

Ani y la puta euforia que me hacía experimentar.

¡Ani, Ani, Ani!

¿Cómo había sido tan gilipollas para caer de esa forma? ¡Sabía lo que había, tenía claro desde hacía mucho tiempo que no era capaz de meterme en una relación, que lo máximo que me podía permitir era el sexo!

¿Por qué había cedido? ¿Por qué siquiera me atreví a intentarlo? ¡Había cavado mi propia tumba y me había metido en ella gustosamente, echándome tierra encima!

¡Y todo por no perderla! ¡Por hacerme ilusiones y creer que podría conseguirlo! Porque con ella todo a mi alrededor era luz.

Pero ¿de qué me había servido?

¡De nada!

Ese jodido coche empotrado contra el camión me dio una hostia de realidad. Me hizo recordar quién era yo y cómo tenía que ser mi vida.

¿Seguir con ella cuando no estaba en paz conmigo mismo? Imposible.

Nuestra historia sería un espejismo, porque el dolor siempre regresaba, y lo hacía para recordarme que no podía ser.

Me culpé mil veces por haberme acercado a ella en Río, por haber sido débil cuando desde el principio mi cuerpo me mandaba señales para que me apartase. Porque Ani no era como el resto de las tías, con ella todo era mucho más intenso, más jodidamente especial. Y una vez probado el cielo, nadie se conforma con el limbo.

Pero ¿cómo no caer?

Era perfecta, lo más bonito que había visto nunca. Era divertida, inteligente, preciosa y tan cabrona que era imposible permanecer impasible ante ella.

Y me quería.

Quizás eso era lo que peor llevaba de todo.

Estaba pasándolo mal por mi culpa, porque no era el hombre adecuado, porque ella merecía mucho más que un tío como yo con mil historias jodidas en la cabeza.

Merecía a alguien que le diese estabilidad, que la quisiera a reventar y la hiciera reír cada puto segundo de su vida.

Mientras seguía tumbado en la cama, mis labios se curvaron al recordar esa noche que acabamos besándonos bajo la lluvia o el día que hicimos la tarta o las excursiones a esa playa desierta de Brasil.

Su recuerdo era lo único que siempre me quedaría de ella, y eso no me lo podía quitar nadie.

El sonido de mi teléfono me sacó de aquellos pensamientos. Al mirarlo, me di cuenta de que, en realidad, tenía varios mensajes sin leer.

Timothy:

Buenas tardes, señoritas,
¿cómo estáis?

George:

Señorita, tu padre.

Timothy:

A ver si aparcas esa mala hostia,
que cada vez que te peleas con
Claire no hay quien hable contigo.

Leo:

¿Y por qué te crees que lo ha dejado
otra vez? Porque no hay Dios que
lo aguante. Ja, ja, ja.

George:

Que os follen a los dos. Yo al
menos sé por qué me ha dejado.
Tú no sabes por qué Carlota te
ha mandado a la mierda.

Leo:

Sí que lo sé. Porque es una loca
de los cojones. Y a las locas es
mejor tenerlas lejos.

Timothy:

¿Cómo va todo por España?

Leo:

Yo bien, y Dan empeñándose
en joderse la vida. Vamos, como
siempre. Sin cambios.

Dan:

¡Que estoy en el grupo y leo

lo que pones, imbécil!

Leo:

Ya lo sé, pero como en persona no haces ni puto caso, a ver si leyéndolo te das cuenta.

George:

Has hecho bien, Dan. Las tías son todas unas cabezas huecas. Mejor solos.

Timothy:

No compares a Claire con Ani, porque tu exnovia sale perdiendo por goleada, colega.

Leo:

Ani vale la pena, Claire es una niña rica y malcriada.

Dan:

¿Podemos hablar de otra cosa?

George:

Eso, vamos a dejarnos de tías, que estoy hasta los cojones.

Leo:

¿Por qué no hablamos del miedo de Dan a echarle dos pelotas y aceptar que ya es hora de seguir adelante con su vida?

Dan:

Leo, estás viviendo en mi puta casa, estás durmiendo en la habitación que tengo al lado. A ver si voy y te doy una hostia al final.

Timothy:

Me parece un buen tema. Llevamos dos años con lo mismo. Necesitamos al Dan de siempre.

George:

¿Queréis dejarlo tranquilo, joder?

Leo:

Lo hemos dejado tranquilo demasiado tiempo y no ha reaccionado. Es hora de que vea lo que tiene delante.

Timothy:

Las mujeres como Ani no están solteras mucho tiempo. Yo que tú, me dejaba de gilipollices.

Leo:

Dan, tu madre no querría esto para ti, ni tampoco Lilith.
¡¡¡¡NO FUE TU CULPA!!!!

Dan:
¡Vale ya!

Timothy:

Conociendo a tu madre, hubiese estado encantada con Ani.

Dan ha abandonado el grupo.

La semana siguiente, mi humor fue mejorando. Salía a correr a diario, a media tarde. Quemaba toxinas, me desahogaba hasta que acababa reventado y respiraba aire fresco.

Me encontraba mucho mejor y mi ánimo fue recuperándose más rápido que otras veces, cosa que me extrañó. Quizás fue porque el recuerdo de Ani me perseguía allá a donde iba y pensar en ella y no sonreír era imposible. Como también era imposible no echarla de menos. Y eso sí que era un problema. Pero un problema de los gordos. Porque la lucha interna que empezaba a tener dentro de mí iba a volverme jodidamente loco. En más de una ocasión había estado a punto de ir a buscarla, de mandarlo todo a la mierda y aporrear la puerta de su piso hasta que me dejase entrar, sin embargo, no lo hacía porque el dolor y los recuerdos volverían como siempre y la historia se repetiría otra vez.

Un bucle. Mi vida era un puto bucle del que no podía salir aunque lo intentase con todo mi empeño. Pasaba temporadas bien, como cualquier otra persona, incluso, a veces, tenía la esperanza de poder conseguirlo. No obstante, cuando menos lo esperaba... algo me hacía volver a recordar aquel accidente. Los cuerpos sin vida de Lilith y de mi madre en el asiento trasero. Y todo se jodía como al principio. Volvía al punto de partida.

Los días pasaron lentos, sin mucho que hacer en casa. Y las ganas de volver a ver a Ani me tenían desquiciado.

Pasó una semana, y otra, y cada vez que cogía el teléfono móvil tenía que repetirme que no debía llamarla, que no se merecía que la volviese loca con mis idas y venidas. Y que seguramente ella no querría saber nada de mí después de la forma en que la traté la tarde que vino a casa. ¡Es que encima era jodidamente valiente! ¡Había tenido valor para repetirme que me

quería aunque yo la estuviese rechazando de mala manera, después de mi actitud de mierda!

Definitivamente, lo mejor para ella era que se olvidase de mí y encontrase a un tío que mereciese la pena de verdad.

Pero, entonces, ¿por qué me jodía tanto imaginarla besando a otro? ¿Por qué me ponía histérico cuando imaginaba que otro que no era yo la tocaba?

¿Es que no había nada lógico en mí? ¿Cómo podía ser tan ridículo? ¿Acaso pretendía que Ani me esperase toda la vida?

—¿Dan?

La voz de Leo me hizo alzar la cabeza y dejar de darle vueltas a ese tema que no podía sacarme de la mente. Acababa de llegar del trabajo y estaba apoyado en la puerta de mi habitación, esperando con los brazos cruzados a que le contestase.

—Pasa.

—¿Qué haces?

—Nada.

—No sé cómo no te vuelves loco aquí. Yo estaría subiéndome por las paredes.

—Salgo a correr todos los días. Y... he pensado en volver a trabajar.

—¿En el laboratorio?

—No, Leo, allí no.

—¿Por ella?

—No. Sí. —Suspiré—. No lo sé.

Se tumbó a mi lado en la cama y colocó los brazos por detrás de su cabeza, en la misma postura que yo, con los ojos fijos en el techo y las piernas cruzadas por los tobillos.

—Tío, ¿te puedo hacer una pregunta?

—¿Desde cuándo pides permiso para preguntar?

—Esta no te va a gustar.

Me quedé mirándolo con seriedad y me encogí de hombros.

—Pregunta.

—¿De verdad merece la pena?

—Ya hemos hablado de esto.

—Pero nunca me contestas de verdad. Solo pones excusas. Que si estás jodido... Que si no puedes avanzar...

—No son excusas.

—Lo que tú digas, pero ¿merece la pena o no?

—No, Leo, ¿cómo va a merecer la pena? Pero es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? Porque para ti me juego el cuello a que no.

—¿Y tú qué sabes?

—¡Pues resulta que lo sé! ¡Como también sé que no puedes seguir huyendo todas las Navidades!

—¿Por qué no? No me apetece celebrarlas. La Navidad me quitó a mi madre y a mi hermana.

—¡Pero también te dio a Ani!

—Ani no es nada mío.

—Es verdad, para que lo fuera tendrías que echarle cojones y enfrentarte a la mierda que tienes en la cabeza.

—¡Lo he intentado!

—Sigues teniendo esas putas pesadillas. Anoche te oí.

—¿Y qué hago si han vuelto? ¿Traer a Ani por las noches para no soñar con esa mierda?

—No me digas más. Esa tía te hacía tanto bien que dejaste hasta de soñar con el accidente. Asentí.

—Llevaba sin tener pesadillas casi dos meses —reconocí pesaroso.

—De verdad, Dan, no sé cómo puedes ser tan gilipollas. ¿Cómo has podido dejarla escapar?

—¡Si la he dejado, es porque la quiero! —grité perdiendo los nervios, reconociendo al fin mis sentimientos en voz alta.

—¿Qué puta contradicción es esa?

—¡Quiero a Ani y no voy a fastidiarle la vida con mis mierdas!

La quería. Sí.

Llevaba bastante tiempo ocultándome esa verdad, pero al final ella solita había salido a la luz. Y no quise volver a negarlo, porque, a pesar de lo que podía pensar Leo, yo no era ningún cobarde, sino que me apartaba para protegerla de una vida a mi lado llena de altibajos.

—Tú no le joderías nada, imbécil. Parece mentira que digas eso. ¡Solo hay que ver a Ani ahora, no es ni una sombra de lo que era antes!

—¿Qué significa eso? ¿Qué le pasa? —Me puse tenso tras la confesión de Leo.

—Le pasa lo mismo que a ti, que va perdida.

—Pero... ¿está bien?

—Está bien, aunque sigue un poco jodida. Creo que piensa irse también del laboratorio.

—¿Adónde? ¿¿Dónde coño va a irse?! —lo interrogué, levantándome de la cama.

—Supongo que buscará otro trabajo. No sé, no he hablado mucho de ese tema con ella.

—¡Convéncela para que se quede! —exclamé, cogiendo a Leo por la camiseta y tirando de él.

—¿Crees que va a hacerme caso? Parece mentira que no la conozcas. Además, ¿a ti qué te importa? La has dejado, puede hacer con su vida lo que quiera.

—¡Le gusta el laboratorio, me lo dijo, le gusta ese trabajo!

—¡Pero resulta que allí se acuerda de ti!

—Mierda...

—Dan. —Leo se levantó de la cama y apoyó las manos sobre mis hombros—. ¿Por qué no haces el puto favor de abrir los ojos de una vez? Me acabas de decir que la quieres.

—¡Claro que la quiero! ¡Estoy loco por ella, pero...!

—¡Deja de pensar que eres malo para Ani! ¿Quieres saber qué es malo para ella de verdad? ¡Echate la hostia de menos y que tú sigas aquí sin hacer nada!

—Leo tiene razón —añadió John desde la puerta, que seguía abierta. Mi hermano entró en la habitación, todavía vestido con la ropa del trabajo y se colocó frente a mí, con esa expresión grave tan característica en él—. No es la misma desde que os peleasteis. Y todavía menos desde que la echaste de casa sin darle una oportunidad.

—Se fue llorando, Dan.

—Y por sus ojos hinchados diría que sigue llorando cada día.

—Deberías ir a buscarla antes de que se canse de esperarte —dijo Leo.

Los miré a ambos con el corazón a mil y la respiración acelerada.

¿Qué hacer cuando las ganas se peleaban en un duelo a muerte contra el dolor? ¿Cómo actuar cuando estaba deseando ir a por ella y ponerme de rodillas para que me perdonase?

—Volvería a joderla, volvería a caer.

John me cogió por los hombros y me zarandeó para que prestase atención.

—¡Tú no jodes nada! ¡No eres el culpable del accidente ni de lo que ocurrió! ¡Y Ani no lo va a pasar mal por tu culpa! ¡Dan, basta ya de dolor! Quiero que mi hermano pequeño vuelva a ser el de siempre. Y si de verdad la quieres, tienes que evitar que se vaya de la ciudad.

—¿¿Cómo que de la ciudad?! —Aquello hizo que se me parasen los puñeteros latidos del corazón—. ¿¿No iba a cambiarse solo de trabajo?!

—Ani se va. Esta mañana ha firmado una excedencia voluntaria de dos años.

—¿Eso no lo sabía! —habló Leo anonadado.

—¿Dos años? ¿¿Se larga dos putos años?! ¿¿Adónde?!

—No me lo ha dicho. Ha firmado y se ha ido.

—¿No jodas, John!

—Se va esta noche. Eso sí lo sé. He escuchado a varios trabajadores del laboratorio cuando lo estaban comentando.

—¿Esta noche? ¿¿Tan pronto?! ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—No querías que te hablásemos de ella, tío —continuó Leo.

Sin decir ni una palabra más, eché a correr hacia la calle, igual que un jodido animal hambriento buscaría comida.

¿Cómo que iba a irse? ¿Cómo podía irse y dejarme allí?

En ese instante, lo vi claro, tan claro que me sentí hasta tonto por haber actuado de aquella forma. ¿De qué me había servido evitar mis sentimientos por ella? ¿De qué me valía ofuscarme y negar lo que era evidente? Cuando es amor, se sabe, se acaba desbordando por entre los dedos y no te queda más remedio que aceptarlo. Y lo más flipante es que lo haces gustoso, sin pensar en el miedo, en lo que puede pasar. Te tiras por el puente sin cuerdas, ni arneses, detrás de la persona a la que quieres.

Sí, vale, seguía estando jodido. Sí, volvería a caer mil veces en aquel pozo del que me costaba sudor y lágrimas salir, pero... ¿vivir sin Ani? ¡No! No quería volver a sentir ese vacío en el estómago, esa desazón quemándome en el corazón. No quería quedarme con las ganas de besarla cada noche, de perderme en su sonrisa y de pasar la vida tratando de comprender esa mente cabrona y retorcida por la que había perdido el culo totalmente.

—¡Dan! ¿Adónde vas?

—¡A por ella! ¡Voy a evitar que Ani se vaya! —Di media vuelta y les sonreí a ambos—. ¡Voy a decirle que la quiero!

John echó a correr detrás de mí.

—¡Te acompaño, yo eso no me lo pierdo!

—¡Esperadme, mamones! ¿Vais a dejarme aquí cuando mi amigo va a declararse a la mujer de su vida? ¡Y una mierda!

Al verlos tan decididos a venir conmigo, me eché a reír y los abracé.

—Vamos en mi coche. Conduzco yo.

—¿Conduces... tú? ¿Quieres que montemos contigo? —John se quedó mudo y me miró como si no comprendiese, como si sus neuronas hubiesen explotado, y no era para menos.

—Ya puestos a reventar traumas, vamos a hacerlo por la puerta grande, ¿no crees, hermano?

—¡Con dos cojones! —saltó Leo, palmeándome la espalda—. Voy a grabar un vídeo mientras conduces para mandárselo a Timothy y a George, ¡van a flipar!

Los quince minutos que duró el trayecto hasta la casa de Ani fueron los más largos de toda mi vida.

No pensé en qué iba a decirle cuando la tuviera delante, ni en la posibilidad de que ella no quisiera saber nada más de mí por la forma en la que la había tratado. Solo conducía y rezaba porque todavía estuviera en casa.

Aparqué en doble fila. ¡Qué coño me importaban las multas!

Salí corriendo del coche, seguido muy de cerca por Leo y John, y llamé a todos los timbres del

edificio con la esperanza de que al menos uno abriese la portería.

—El piso de Ani era el de la primera planta, ¿verdad? —preguntó John, mirando hacia las ventanas.

—Sí.

—¡Pues hay luz!

—¡Todavía está aquí, Dan! —exclamó Leo, tan feliz que parecía ser él quien la buscaba y no yo. Porque yo estaba tan concentrado tocando timbres que no tuve tiempo ni de sonreír.

Alguien abrió la puerta y corrimos hacia las escaleras.

Creo recordar que las subí de tres en tres. Y que en mis oídos solo escuchaba los latidos acelerados de mi corazón.

Al llegar a su puerta, pulsé el timbre sin descanso. Quien me viese pensaría que estaba loco, y quizás sí lo estuviera. Pero ¿qué coño?

¡Ding, ding, ding, ding, ding, ding!

Escuchamos pasos acercándose y cerré los ojos, feliz de que Ani estuviera todavía en casa. Sin embargo, cuando abrieron, no fue ella la que nos contempló desde el interior, sino Martina.

—Dan, ¿qué haces aquí? —Miró a los dos que me acompañaban y entrecerró los ojos al descubrir a mi hermano—. ¡¿Y qué coño haces tú aquí, Collins?! —

—¿Dónde está Ani? —dije, asomándome al interior, con el cuerpo de Martina como barrera.

—No está.

—¿Cómo que no está? —Me colé dentro a pesar de que ella intentó agarrarme para que no lo hiciera y la busqué por todas las habitaciones—. ¡Ani! ¡Ani!

Pero Martina no mentía.

No estaba.

Me quedé en la puerta de su habitación con el rostro desencajado, sin saber qué hacer.

—¿Qué quieres ahora de ella?

Su amiga, que se encontraba detrás de mí, me observaba con ojos desconfiados y los brazos cruzados sobre el pecho, en señal de rechazo.

—¿Dónde se ha ido?

—¿Para qué la quieres, Dan? ¿No te parece suficiente el daño que le has hecho? ¿Has venido a rematarla?

—¡Quiero pedirle perdón!

—Se lo diré cuando hable con ella, puedes irte.

—Martina, por favor, necesito encontrarla, ¿dónde se ha ido?

—Lejos de ti.

—¡¿Quieres decírselo, Martina?! ¡No seas tocapelotas! —prorrumpió John, enfrentándose a ella.

—¡Tú te callas, idiota! ¡A mí me hablas bien, no estamos en el puto laboratorio! ¡Aquí no tengo que guardarte el respeto!

—¡¿Y cuándo me lo has guardado?! ¡Siempre haces lo que te sale del co...!

—¡¿Os queréis callar los dos?! —gritó Leo en español, con un acento que tiraba para atrás, metiéndose en medio de su discusión—. ¿No veis que Dan está desesperado?

—Martina, por favor, dime dónde se ha ido —insistí, cogiéndola del brazo.

—¿Para qué? ¿Qué buscas de ella, Dan?

—Tengo que pedirle que no se vaya.

—¿Acaso te importa? ¡Tú no sabes lo que esa pobre chica ha pasado estas tres semanas! ¡No mereces ni pisar el suelo de su edificio!

—¡La quiero! —Martina abrió los ojos como si aquello fuese lo último que se esperase de mí —. ¡La quiero y tengo que decírselo!

—¿Por qué ahora y no antes?

—Yo también he pasado unas semanas difíciles. ¡Sé que es una excusa de mierda, pero es la verdad! ¡La echo de menos, la quiero y quiero que me perdone por haberme comportado como un auténtico hijo de puta!

—¿La... quieres de verdad?

—¿Es que estás sorda? ¿No lo has escuchado? —la atacó John, poniendo los ojos en blanco.

—¡Vete a la mierda! ¡No estoy hablando contigo, Collins!

—¡Martina! —llamé su atención de nuevo—. ¡¿Dónde está?!

—Hace quince minutos que Abril la ha llevado al aeropuerto. Su avión sale a las nueve.

—¿A las nueve? —Me miré el reloj y tragué saliva al darme cuenta de que solo quedaban cuarenta minutos para que eso ocurriera.

Volví a echar a correr hacia la escalera, sin embargo, Martina me siguió, junto con John y Leo.

—¿Adónde vas? —gritó ella, intentando alcanzarme.

—¿Estás sorda? ¡Va a buscarla! —respondió John de mala manera.

—¿Se puede saber por qué siempre me respondes, si no estoy hablando contigo?

—¿Y se puede saber qué haces tú siguiéndonos?

—¡Yo tampoco quiero perderme esto, que parece tonto!

Cuando llegamos al coche, Leo se montó delante, en el asiento del copiloto, y John y Martina detrás.

—¿En serio tengo que ir contigo, Collins?

—¡No, también puedes ir andando, si te apetece más!

—¡Sois insoportables! —les dijo Leo, volviendo la cabeza hacia ellos—. ¡A ver si os liais ya y se acaba esa mierda de tensión sexual que tenéis! ¡Joder, no hay quien os aguante!

—¡Tengo novio! ¡Y ni muerta me lío con este!

—¡Ya te gustaría a ti! ¡Y yo también tengo novia, y mucho más guapa y educada que tú!

Leo se llevó las manos a los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo con cara de mártir.

—Vaya puto viaje nos espera con estos dos.

29

Daniel Collins

ANI

Al terminar de hacer el *check in*, Abril y yo nos sentamos en un banco cercano al puesto de facturación, por el que tendría que pasar en breve si no quería perder el avión.

Faltaban treinta minutos para el despegue y miles de emociones chocaban dentro de mí. Por un lado, las ganas de dejar los recuerdos atrás y de reencontrarme conmigo misma, pero, por otro..., mi corazón me empujaba a quedarme y a seguir intentándolo.

Aquellas habían sido unas semanas difíciles, muy tristes. Necesitaba un respiro y solo poniendo distancia entre él y yo podría conseguirlo, porque saber que Dan estaba tan cerca y no poder verlo... era una puñetera porquería. Y todavía lo era más el saber que no quería tenerme a su lado.

No me concentraba en el trabajo, estaba ausente en cualquier conversación y lo veía en cada rincón de mi casa, riendo, besándome, haciéndome el amor.

Lo más maduro y profesional, habría sido quedarme y aguantar el dolor hasta que este pasase. Y lo había intentado, no os vayáis a creer que no. Pero llegados a ese punto, no tuve otra opción que la de huir como una cobarde de sus recuerdos. De él.

—Ani, ¿estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó mi hermana al ver que se acercaba la hora del vuelo.

—No, pero lo voy a hacer de todas formas.

—Es que no merece la pena que lo dejes todo por culpa de un tío. Y menos por un tío que no lo vale.

—Si Dan no lo valiera, no estaría aquí. —Sonreí con tristeza—. Es precisamente por eso que me voy, porque sé que él vale la pena y no quiere tenerme a su lado.

—¡Pues que le den! ¡Este es tu sitio, aquí estamos tu familia y tus amigos!

—¡Abril, hija, que no me voy para siempre, que son tres semanas!

—Y si son tres semanas, ¿por qué vas a dejar de pagar el alquiler de tu piso?

—¡Porque no quiero volver a imaginarlo en todos los putos sitios de mi casa! ¡Tengo recuerdos de Dan hasta en la jodida galería de la lavadora!

—Entonces, ¿qué vas a hacer cuando vuelvas? ¿Dónde vas a vivir?

—En casa de mamá, al menos hasta que empiece de nuevo a trabajar y ahorre un poco para poder meterme en otro alquiler. Este viaje me ha dejado la cuenta del banco casi a cero.

Abril resopló y se tapó los ojos.

—¡El viaje! ¡Esa es otra! En serio, ¿qué vas a hacer en una jodida casa en la montaña? ¡Que tú eres más de playa!

—¡Esa es la idea! Estar en un sitio que no me recuerde a Dan. Ver la playa es verlo a él.

—Yo cada día me convenzo más de que estás loca.

—No se lo has dicho a mamá, ¿verdad?

—No, y cuando se entere, nos va a joder la vida a base de bien. Ya sabes cómo se pone con estas cosas. Te perdiste las Navidades y vas a perderte su cumpleaños. Te va a matar, y me va a

matar a mí por ser tu cómplice, ya estás avisada.

La llamada por megafonía a mi vuelo me hizo contener el aliento.

—Abril, me voy.

Nos dimos un abrazo fuerte y nos levantamos del banco.

—Lláname cuando llegues.

—Vale.

—¡Y lleva cuidado con los osos que, con lo torpe que eres, seguro que haces que te coman!

—¡Voy a un pueblo de montaña, no al medio del bosque!

—Bueno, pero tú lleva siempre un palo, por si acaso.

Sonreí al verla tan preocupada y le di un último abrazo antes de coger mi maleta y dirigirme hacia el puesto de facturación, donde varias personas esperaban haciendo cola a que llegase su turno.

Cuando me tocó a mí poner la maleta sobre la cinta, sentí un gran nudo en el estómago, pero aun así seguía esperando a que le diesen el visto bueno.

—Todo en orden, puede pasar por el detector —anunció el agente.

—Gracias.

Di un paso hacia delante, sin embargo, un grito me hizo frenar de golpe.

—¡Ani! ¡Ani, espera!

—Joder... —susurré con el cuerpo congelado al reconocer aquella voz.

No podía moverme, no podía respirar, ni siquiera sabía si podría darme la vuelta para enfrentarlo.

—Ani.

Su voz detrás de mí.

Tuve que agarrarme al metal del detector para que las piernas no me fallasen, porque aquello tenía que ser una alucinación. Una puñetera alucinación que me apretujaba el corazón.

Cuando me di la vuelta, Dan estaba ahí, con la respiración acelerada y una media sonrisa en los labios. Me miraba como siempre, no había enfado, ni indiferencia en él. Eran esos ojos verdes preciosos de los que me había enamorado.

Y estaba tan pero tan guapo...

Iba vestido con ropa de deporte, informal, barba de un par de días oscureciendo sus mejillas y con el rostro tan cansado como el mío.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

—Medialuna, ¿adónde vas sin mí?

—¿Sin ti? —¿Acababa de explotarme la cabeza o era cosa mía?

—¿Ibas a dejarme aquí y largarte sin avisar? —Parecía inseguro y dio un paso más, quedando muy cerca de mi cuerpo—. Eso no se le hace a un novio.

—Tú y yo no somos novios, Dan. No somos nada, me lo dejaste muy claro cuando fui a tu casa.

—Soy un tonto, ya lo sé. Y ojalá sigas queriendo estar conmigo, porque yo no puedo pensar en otra cosa que no seas tú. No quiero perderte. —Me cogió por las mejillas y me alzó la cabeza para que lo mirase a los ojos—. Te quiero, Ani.

—¡Ya sé que me quieres! ¡No estoy tan ciega como tú!

—¡No quise verlo! No quise reconocer la verdad, pero te quiero desde el día que te vi en Río de Janeiro fingiendo que eras una guía turística en el Cristo de Corcovado, desde que cenamos en el paseo marítimo los dos solos y pedimos comida callejera, desde que entramos en la parte trasera de aquella cascada y sonreíste como si aquel fuese el lugar más bonito del mundo.

—Señorita, hay más gente esperando a pasar por el detector. —Nos interrumpió el guardia, y yo miré a Dan unos segundos antes de contestar.

—Ahora mismo voy, siga con las demás personas. —Levanté la vista y me di cuenta de que Dan no había venido solo. A varios metros de nosotros, estaban Leo, John, Martina y... Abril, que no se había ido y acababa de unirse al grupo de nuestros amigos—. ¿Qué hacen ellos aquí?

—No han querido perderselo. Todos están deseando que me ponga de rodillas y te pida perdón como Dios manda.

—No vas a ponerte de rodillas, olvídalo.

—Sé que no merezco tu perdón, Ani, pero necesito que me des una oportunidad para demostrarte que lo que digo es de verdad, que no pienso volver a fallarte.

—Dan, yo... ¡Me hiciste polvo, joder! Pensé que no volvería a verte.

—Te hice daño, lo sé. Te eché de mi vida a pesar de que te necesitaba más que nunca, he sido un cobarde por no contarte la verdad. Quise evitarte el dolor, pero conseguí todo lo contrario.

—Siempre has sido muy tuyo para ciertos temas. Y creo que al final me acostumbré a tu silencio. —Suspiré—. No estoy enfadada, pero me rompiste el corazón cuando decidiste apartarme de esa forma. Teníamos algo precioso y me olvidaste de la noche a la mañana como si para ti no hubiera significado nada.

—¿Olvidarte? ¡Joder, Ani, si casi me muero de tanto pensar en ti! Es verdad que me costó darme cuenta de mi error, pero ahora que lo he hecho soy yo el que no se va a rendir.

—No sé si creerte. En realidad, apenas sé nada de ti.

—Entonces, escúchame con atención: me llamo Daniel Collins, nací en Londres y mi vida era perfecta hasta que una Nochebuena tuvimos un accidente de coche, donde murió mi madre y mi hermana Lilith, dos de las personas más importantes para mí. —Sus ojos se tornaron brumosos—. Mi madre se llamaba Raquel, era española, y gracias a ella sabemos hablar el idioma. El laboratorio también está aquí por ella. Se empeñó en que nos fuéramos de Inglaterra, quería volver a su país y mi padre invirtió su dinero en la ciudad.

—¡Dan, para, no hace falta...!

—¡Sí que hace falta! Todo lo que sabes de mi vida ha sido gracias a otros, así que ya va siendo hora de que sea yo el que lo cuente todo.

—No tienes por qué hacerlo.

—Después del accidente... —siguió hablando sin hacer caso a mis palabras—... mi vida se fue a la mierda porque me culpé de sus muertes. Decidí que si ellas no podían seguir con sus vidas, yo tampoco. Que no lo merecía. Fui un gilipollas de cuidado, les hice la vida imposible a mi padre y a mi hermano, me encerraba en mí mismo y no escuchaba a nadie. Salía, reía, hacía una vida extrañamente normal, hasta que algo en mi cabeza hacía clic y los recuerdos regresaban. Pero, entonces, un día en Río de Janeiro llegaste tú. —Acarició mi mejilla y a mí se me erizó la piel—. Llegaste con tu media luna, tu mala hostia y esas sonrisas irresistibles. Y me di cuenta de que eras especial. Por eso me apartaba de ti. Sin embargo, lo que sentía al verte era mucho más fuerte que todo lo demás, y caí. Me prometí que solo serías un rollo, que lo nuestro duraría lo que duraban las vacaciones, que serías un buen pasatiempo para olvidarme de que estábamos en la puñetera Navidad. Así que, cuando te volví a ver en el laboratorio, todavía fue peor, porque me di cuenta de que ibas a ser un puto problema. Y lo supe cuando casi me muero de celos al verte besándote con John. Me dediqué a joderte para que nos peleáramos cada vez que nos teníamos delante, para que me odiases y odiarte yo.

—No funcionó.

—No. —Sonrió—. Entendí que no había escapatoria la noche que dormimos en mi coche,

después de asegurar ambos que no íbamos a acostarnos más. Entonces supe que, hiciera lo que hiciese, no podría alejarme de ti, Ani, porque te quiero y te he querido siempre.

Después de esas palabras, y sin poder aguantar las ganas, lo agarré del cuello de su camiseta y junté nuestros labios.

¿Cómo no hacerlo si llevaba tres semanas desesperada por volver a sentirlo cerca?

El respondió enseguida. Me rodeó por la cintura y me pegó a su cuerpo, profundizando aquel beso de bienvenida que tanto habíamos soñado.

Dan era mi lugar, era mi casa, era mi refugio.

—Ani... —susurró contra mis labios—. Sé que voy a volver a caer muchas veces en esa mierda y que quizás quiera que me dejen solo, pero, por favor, no permitas que te aparte de mí. Quédate conmigo, no me dejes hasta que el dolor pase.

—Aquí voy a estar, a tu lado. —Junté nuestras frentes y nos sonreímos—. Contigo, aunque tu cerebro de musculitos se empeñe en jodernos de vez en cuando.

Dan rio y me besó de nuevo, pero esa vez con más pasión, olvidándonos por un momento de que seguíamos en la terminal del aeropuerto y nuestros amigos nos observaban sonrientes.

—Señorita, ¿va a pasar o no? Su vuelo saldrá pronto.

La voz del guardia nos hizo separarnos.

—Ani, quédate.

—Mi maleta ya está dentro.

—La recuperaremos.

—He gastado todos mis ahorros en este viaje, no puedo perderlo.

—¡No dejaré que te largues dos putos años! ¿Me oyes?

—¿De dónde has sacado eso? Son solo tres semanas.

Dan entrecerró los ojos, confuso.

—¿Cómo que tres semanas? John me dijo...

—Sí, vale, es culpa mía —saltó su hermano sin dejar de sonreír de oreja a oreja—. A lo mejor exageré un poco con el tiempo. Tenía que darte el empujón que te faltaba.

—¡Coño, John, casi se me para el corazón al pensar que iba a perderla!

—¡Y como no se vaya ya, va a perder el avión! —apuntó Abril, señalándose el reloj.

—¡Mierda, me tengo que ir! —Abracé a Dan fuerte y lo besé sin querer separarme de él—. Nos vemos en tres semanas.

—¡Dan! ¡Dan, toma! —Los gritos de Leo se escucharon por toda la terminal. Venía corriendo hacia nosotros con un papel en la mano—. ¡Un billete! ¡He comprado un billete para el mismo vuelo que Ani!

—¡Estás mal de la cabeza! ¿Cuánto dinero te has gastado?

—¿Y qué coño importa? ¡Vete con ella!

Dan se giró hacia mí, enseñándome el billete, con una sonrisa tímida y un poco de inseguridad por mi reacción.

—¿Qué me dices, Medialuna? ¿Te apetece que vaya contigo? ¿O prefieres pasar unos días sola? Cualquier cosa que decidas la entenderé, no quiero agobiarte.

—¿De qué vas? ¿Qué clase de pregunta es esa, Daniel Collins? ¡Vámonos! —Lo cogí de la mano y tiré de él hacia el detector de metales, logrando que Dan se echara a reír y me abrazase muy fuerte, cosa que me encantó.

Antes de cruzar a la sala de embarque, Dan volvió la cabeza para despedirse de los demás, que seguían mirándonos y aplaudiendo. Sí, lo sé, había sido una reconciliación preciosa, era normal que estuviesen emocionados.

—¡Nos vemos en tres semanas, tíos, no me llaméis, porque no pienso contestaros a ninguno!
¡Me voy con esta preciosidad al fin del mundo!
—¡O más lejos! —añadí, dándole un beso en los labios.
—¡Buen viaje, chicos! —gritó mi hermana.
—¡Pórtate bien, cabrón! —comentó Leo, haciendo un gesto de victoria con una mano.
—¡Nos os multipliquéis todavía, agapornis de la vida! —Sí, esa fue Martina, ya la conocéis.
—¿Qué coño significa eso de agapornis? —saltó John, mirando a mi amiga con mala cara.
—¡Cállate, Collins, que no estoy hablando contigo!
—¿Y por qué te pones siempre a mi lado? ¿Tan pequeño es el aeropuerto?
—¡Al enemigo mejor tenerlo cerca, tío listo!
—¡En serio, enrollaos ya y librad al mundo de esta tortura! —gritó Leo, haciendo reír a Abril, que caminaba hacia la salida del aeropuerto feliz por mí, por Dan y por ella misma, porque en un rato había quedado con Raúl.

El viaje en avión no fue largo, porque en menos de una hora habíamos llegado a nuestro destino, pero el tiempo que duró, Dan y yo no dejamos de lanzarnos miraditas desde nuestros asientos, que estaban bastante lejos, por cierto.

Al llegar, recogimos mi maleta, salimos del aeropuerto y esperamos a que algún taxi quedase libre.

—¿Adónde vamos? —preguntó él, rodeándome por la cintura.
—A un pequeño pueblo de montaña donde he alquilado una casa.
—¿Querías convertirte en una ermitaña?
—¡No te rías, musculitos! —Le pegué en el brazo riendo con él—. Fue lo primero que encontré. Lo más alejado que pude permitirme con mi presupuesto.
—¿Y qué tenías pensado hacer allí tres semanas tú sola?
—Leer, pasear, pensar... Nada del otro mundo, lo que hace una persona para relajarse.
—¿Qué mala suerte has tenido, porque yo no voy a dejar que te relajes.
—¿Me vas a tener todo el día pastando como a las cabras?
Acercó su boca a mi oído:
—Te voy a tener las veinticuatro horas del día desnuda en la cama, y vamos a recuperar estas tres semanas perdidas.
—Tendremos tiempo de hacer de todo, ya verás. En el anuncio leí que en la casa no había ni televisión.
—Mmm... Suena jodidamente bien. Todo el día comiendo y haciéndole el amor a mi novia. Sonreí al escuchar aquella última frase.
—¿Desde cuándo somos novios? Creo que me he perdido. ¿Hemos pasado de un rollo a tener algo serio?
—Tú y yo nunca hemos sido solo un rollo, ni siquiera al principio —susurró en mi oído, erizándome la piel del cuello—. Éramos mucho más.
—Joder, cómo me gusta este nuevo Dan.
—Soy el de siempre, pero con las cosas muy claras.
Le di un beso suave pero muy intenso y él me rodeó por los hombros, pegándose mucho a él, y su olor... ¡seguía gustándome tanto como siempre!
—¿Sabes una cosa? Cada vez me alegro más de que no haya televisión en la casa, porque iban a salirle telarañas.
—Habría acabado tirada por un barranco.

—O hecha mierda contra el suelo.

—La habríamos sacado al granero con las gallinas.

—No sé si la casa tiene granero. No lo ponía en el anuncio.

—¡No jodas! Muy mal por no preguntar una cosa tan importante —bromeó, palmeándome el culo y yo reí al escuchar su contestación.

—Estás colgado, Daniel Collins.

—No, solo estoy enamorado de ti. —Sonrió y me dio un beso en la frente—. Aunque no sé si quererte es la mayor locura a la que me he enfrentado hasta ahora.

—Tendrás que averiguarlo, ¿no crees?

El taxi nos dejó en la puerta de la cabaña que tenía alquilada. A diferencia de lo que pensaba, estaba dentro de un pequeño camping muy cerca del pueblo, y del nacimiento de un río precioso que se enroscaba entremedio del bosque alpino más espectacular que había visto en mi vida.

Cuando contemplamos el interior de la cabaña, Dan me miró sonriente y cerró la puerta tras de sí.

No era demasiado grande, pero estaba recubierta de madera y los muebles tan rústicos y acogedores eran una puñetera maravilla.

—Ahora no voy a querer irme nunca de este sitio —admitió, pasando una mano por la repisa de madera de la chimenea—. Esta casa es una pasada.

Lo miré de arriba abajo y sonreí.

—No has traído nada, ni ropa para cambiarte, ¿y quieres quedarte aquí?

—Luego vamos y compro la que me haga falta, en el pueblo había una tienda, la he visto desde el taxi.

—¡Oh, claro, que no me acordaba! ¡Don ricachón puede permitirse renovar el armario dónde y cuándo quiera!

—Mira que eres tonta —respondió riendo. Me cogió en peso y me llevó en volandas.

—¡Dan! ¿Qué haces?

—Todavía nos falta lo más importante para decidir si nos gusta la casa.

—¿Ver el dormitorio?

—La cama. Hay que probar la cama.

Recorrimos aquella pequeña casa entre risas y bromas, y cuando llegamos a la habitación nos encontramos con una enorme cama con dosel. Flipamos, literalmente.

—Señorita Ana Victoria Ortiz, aquí tienes tu cama de princesita.

—Y me lleva hasta ella el sapo, y no el príncipe del cuento.

—¿Cómo que el sapo? ¿Qué acabas de llamarme? —Me pellizcó el trasero y yo reí.

—No lo digo yo, lo dice mi amiga Sonia.

—¿Y esa quién es?

—No la conoces. Pero ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que los príncipes están sobrevalorados, musculitos. —Lo rodeé por el cuello y le di un profundo beso en los labios—. Yo prefiero a Daniel Collins, al que besa jodidamente bien, al que me hace sentir muy especial y del que estoy enamorada con locura.

Caímos en la cama riendo y jugando, sin embargo, cuando volvimos a besarnos, la risa se acabó y fue sustituida por una pasión tan desbordante que a partir de aquel momento solo pudimos sentir.

Nos quitamos la ropa desesperados y frotamos nuestras pieles, que ardían contra la del otro por las ganas de fundirnos en uno.

—Cuánto te he echado de menos —susurró contra mis labios—. Cuánto he echado de menos estar así contigo.

—Y yo. —Froté nuestras narices y sonreí—. Pero ahora tenemos tiempo para recuperar lo perdido.

—Mucho tiempo. Toda la vida.

Hicimos el amor con esa urgencia y esa pasión tan nuestra, y cuando terminamos Dan me atrajo contra su cuerpo y nos quedamos desnudos, abrazados, susurrándonos miles de palabras bonitas y mirándonos como si fuese la primera vez.

Qué mierda más maravillosa era el amor, y qué pillada estaba por aquel tío de sonrisa impresionante y ojos verdes. Mi novio. Todavía no me acostumbraba a la palabra, y no era de extrañar después de todo por lo que habíamos tenido que pasar. Tanto tiempo pensando que Dan y yo ya no seríamos nada.

Así que me creía en un sueño.

Después de casi media hora en silencio, recuperándonos de aquel acojonante encuentro, me besó en la frente y yo lo miré encantada.

—¿Cuánto tiempo has pedido de excedencia en el laboratorio?

—Un mes.

—Yo me incorporaré en cuanto regresemos. Llevo demasiado tiempo encerrado en casa y me apetece volver a verlos a todos otra vez.

Me abracé todavía más a él y sonrió, apoyando la mejilla sobre mi cabeza.

—Y yo, cuando vuelva, voy a tener que acostumbrarme de nuevo a vivir en la casa de mi madre.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a tu piso?

—Lo he dejado. Estaba de alquiler y me agobié. Demasiados recuerdos.

—¡Joder, Ani! —Me agarró por las mejillas y me miró con culpa—. No era mi intención que...

—Ya lo sé, pero ahora ya está hecho. No pasa nada, encontraré otro cuando empiece a trabajar y ahorre un poco, porque ahora mismo estoy sin un duro, y el poco dinero que tenía me lo he gastado en este viaje.

—Podríamos... buscar un piso juntos —sugirió con una media sonrisa en los labios.

—¿Los dos?

—Sí, juntos significa los dos.

—¡No te burles, idiota! Es que me parece increíble que tú digas eso: el señor antirelaciones.

—A mí me parece increíble que todavía quieras estar conmigo, así que... no voy a dejar que te me escapes. Esta vez haremos las cosas bien.

—Te quiero —dije con el corazón explotando de felicidad.

Dan me besó y al separarnos sus ojos brillaban de emoción. Nos sonreímos con ese amor recién estrenado, y la seguridad de que nos teníamos el uno al otro nos reconfortó.

—Mi Ani, mi Medialuna... Eres el mejor regalo que ha podido hacerme la vida. ¿Cómo no voy a quererte, joder? ¿Cómo no voy a besar el suelo por donde pisas si eres lo mejor que me ha pasado nunca?

—Eso lo dices porque hago unas tartas de cumpleaños de la hostia, ¿verdad?

—Y porque haces unas tartas de cumpleaños de la hostia. —Rio y me abrazó fuerte, acercando sus labios a mi oído—. Porque eres única. Porque contigo es imposible no reírse a carcajadas como críos. Porque estaría haciéndote el amor a todas horas. —Me miró a los ojos—. Porque estoy enamorado de ti y porque te quiero a reventar. Me has cambiado la vida.

Epílogo

Siete meses después

Me gustaba la luz que entraba por la ventana del salón del nuevo apartamento. Era brillante, cálida y por las tardes iluminaba una pequeña vitrina blanca, donde estaba expuesta la foto que Dan me regaló en Río. Nuestra primera foto juntos.

Subida a un taburete metálico, coloqué unos alegres cactus de cerámica sobre una de las lejas que Dan había colocado encima de la televisión.

Estábamos en plena mudanza y era un trabajo que nos tenía reventados, pero cada vez que paseábamos por nuestra nueva casa y veíamos lo bonita que estaba quedando, sabíamos que merecería la pena.

Aquella era la segunda casa en la que vivíamos juntos desde nuestra reconciliación. Y esperaba que la última, si no quería que me saliera joroba de tanto cargar muebles.

Después de nuestro regreso de aquel precioso pueblecito de la montaña, encontramos un piso a buen precio y bastante céntrico donde vivir, sin embargo, con las prisas y la ilusión de compartir casa, no tuvimos en cuenta las carencias del mismo. Cuatro meses más tarde, nos enamoramos de este apartamento y nos lanzamos a comprarlo sin pensarlo. Aunque nosotros tampoco éramos mucho de darles vueltas a las cosas. Lo hacíamos y luego ya veíamos qué tal. Pero acertamos, ¡y menos mal! Porque teníamos hipoteca para unos cuantos años.

Bajé del taburete y abrí una caja con platos y vasos para la cocina, sin embargo, Dan entró en el salón sin camiseta y con la taladradora en la mano derecha y a mí se me olvidó todo lo demás. ¿Cómo pensar en platos con ese cuerpo serrano delante?

—Ya he puesto el cuadro del dormitorio, ¿quieres verlo?

—Vale.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¿Por qué sonríes así?

—No estoy sonriendo. —Me puse a su lado y sonreí todavía más.

—No, qué va.

—¿Qué problema tienes, musculitos? ¿Es que una chica no puede ponerse contenta cuando ve a su novio sin camiseta?

—A ver cuándo haces tú lo mismo. —Me dio una palmada en el culo y yo reí.

—¿Quieres que vaya sin camiseta?

—Claro. Es más, deberíamos nombrar a esta casa república independiente nudista.

—Me lo pensaré. —Le guiñé un ojo y le di un rápido lametón en el cuello.

Dan me cogió por los brazos y me pegó a él, riendo conmigo. Me aplastó contra la pared y nos besamos de forma sensual.

—Queda declarada la república —susurró contra mis labios, quitándose la camiseta por la cabeza.

—¡Dan, que hace frío!

—Eso me suena a excusa para que no te vea las tetas.

—¡Me las has visto más que yo, idiota!

—¿Y por qué será que no me canso?

—Porque vives cachondo.

—¿Eso lo dice la misma que hace un minuto ponía ojitos al verme sin camiseta?

—Es que estás muy bueno, ¿qué culpa tengo?

Me cogió en peso y me llevó hasta el dormitorio, mientras yo reía y le mordía el cuello.

Al llegar, me bajó al suelo y señaló hacia la pared, pero estaba tan ocupada metiéndole mano que ni la miré.

—¿Cómo ves el cuadro? ¿Ha quedado bien?

—Está doblado, dame un beso.

—¡No seas cabrona, Medialuna! —exclamó riendo—. Ni lo has mirado.

Resoplé y miré el dichoso cuadro.

—Muy recto. ¿Me das un beso ya?

—La próxima vez, vas a taladrar tú.

—No te pongas de morros, sabes que lo haces muy bien. El cuadro, las lejas de la tele y la estantería que montaste ayer están perfectos.

—Pero quiero oírte a ti, que digas que te gusta lo que hago.

—¡Me pone a mil ver cómo taladras! —Al verlo reír a carcajadas, sonreí también—. ¡Me calienta verte con el destornillador en la mano! ¡Se me eriza la piel cada vez que enroscas una tuerca!

—¡Mira que estás loca!

—Abril dice que soy demasiado.

—Tu hermana no tiene ni puta idea.

—¿A que no?

Me dio otro beso y nos sentamos en la cama, contemplando el cuadro que acababa de poner Dan. La verdad era que había quedado precioso presidiendo la habitación. Era una panorámica de Río de Janeiro y nos enamoramos de él en cuanto lo vimos.

—Hoy he estado hablando con mi padre. Quiere que vayamos a cenar mañana a su casa.

—¿Y tú te ves con fuerza para ir, aunque sea Nochebuena? —le pregunté un poco más seria.

—Lo voy a intentar. Si he podido ayudarte a poner el árbol de Navidad, podré cenar con mi familia.

—Y lo pasaremos bien, Dan. Ya lo verás.

Él me abrazó y cerró los ojos, pensativo. Llevaba unos días algo más triste de lo habitual, pero se notaba que hacía un gran esfuerzo por no caer. Aquellas fechas eran delicadas, y yo estaba allí, a su lado, de donde no pensaba moverme.

Al recordar algo, me separé un poco de él y lo miré con una media sonrisa en los labios.

—¡Joder, se me había olvidado decírtelo! ¡En un rato nos vamos al bar de Raúl a tomar algo, van a estar todos!

—Me apetece, ya va siendo hora de que nos olvidemos un poco de la mudanza. Llevamos dos putos días sin parar.

Las calles de la ciudad estaban preciosas.

Se notaba el espíritu navideño en cada tienda, en cada esquina, y las luces sobre nosotros dibujaban colores a nuestro alrededor, haciéndonos sonreír por la alegría que parecían desprender los rostros de las demás personas.

A lo lejos, se escuchaba el sonido de un villancico proveniente de una pequeña mercería, que llevaba abierta desde que tenía memoria.

Olía a Navidad, a mantecados, a polvorones, a churros con chocolate. Pero el olor que más me

gustaba era el de Dan, que caminaba cogido de mi mano, muy juntos, parando de vez en cuando a mirar algún escaparate bonito y a darnos miles de besos.

¿Quién lo hubiera imaginado? ¿Quién hubiese apostado por nosotros después de todo lo que habíamos pasado? Ni siquiera yo lo habría hecho. Y fijaos, allí estábamos: felices, más enamorados que nunca y con la mirada puesta en un futuro en común. Flipante, ¿verdad?

Llegamos al bar de Raúl y los encontramos a todos alrededor de una mesa, incluso al propio Raúl, ya que no había más clientes a los que atender. Estaba junto a Abril, Martina y su novio, Leo y John.

Al vernos llegar, juntaron otra mesa para no estar pegados como sardinas y Raúl nos trajo dos cervezas.

—Pensábamos que ya no veníais —dijo Abril, guiñándonos un ojo.

—Estamos hasta los huevos de la mudanza, si no salimos un poco a que nos dé el aire, vamos a volvernos locos —le respondió Dan, cogiendo su cerveza para darle un trago.

—Es lo que tiene, hace unos meses me tocó a mí pasar por eso —añadió Leo, que no vivía en casa del padre de Dan desde finales de verano.

—Pues haberte quedado, nadie te echaba de allí.

—Eso le dije yo, pero se empeñó en irse —lo secundó John.

—Si yo estaba de puta madre con vosotros, pero... ahora puedo llevarme a tías a casa. Es más cómodo.

—Hombre, si lo miras por ese lado...

—Lo que le pasa a Collins es que su novia lo tiene a pan y agua y no sabe que las demás personas tenemos sexo —saltó Martina, metiéndose con él.

—No empecemos, ya, joder. Qué tía más pesada y cansina.

—Empezaste tú hace un rato cuando te metiste con mis pendientes, idiota, ¿o es que te acuerdas de lo que te da la gana?

—¡No, otra vez no! ¡Vaya agonía! —resopló Leo, poniendo los ojos en blanco.

Martina le sacó la lengua y se abrazó a su novio, que sonreía divertido con ella. Y para no estarlo, con Martina el aburrimiento era imposible.

Raúl cogió la mano de mi hermana y le dio un beso, a lo que Abril le sonrió atontada.

—¿Y vosotros qué? ¿Cuándo vas a llevarte a mi hermana de la casa de mis padres?

—Cuando ella quiera, ya se lo he pedido.

Boquiabierta, miré a Abril y la empujé riendo.

—O sea, te ha pedido tu novio que os vayáis a vivir juntos, ¿y no te has ido echando leches?

—Me da pena dejar a mamá y a papá solos.

—Mi hermana es una aburrida, Raúl. Deberías buscarte a otra.

—¡Qué hija de puta eres, Ana Victoria! —exclamó Abril—. ¡Eso podría decirle yo a Dan, que se busque a otra!

—¡Joder! ¿A mí? —dijo él riendo—. ¿Otra como Ani? ¿Tan mal te caigo, cuñada?

Abrí la boca al escucharlo y le pegué en el hombro.

—¡Qué gilipollas eres, musculitos! ¡Por mí puedes ir y buscarte a una tía más aburrida que yo!

Dan me apretó fuerte contra a él y me hinchó a besos en las mejillas.

—¿Qué iba a hacer yo sin mi Medialuna? —Me dio otro beso y yo sonreí sin poder evitarlo. Si es que me moría por sus huesos—. Además, aunque quisiera no podría dejar a Ani nunca, porque tenemos una cosa que nos ata casi de por vida.

Nos miramos los dos y nos echamos a reír.

—¡La hipoteca! —exclamamos juntos. Y los demás se partieron de risa con nosotros.

Dan siguió abrazándome, a pesar de que la conversación fue por otros temas, pero no lo podíamos evitar, era como una fuerza ejercida sobre nosotros.

—¡Abril, no sé cómo le dices a Dan que se busque a otra! ¡Míralos, estos no se separan ni para ir al baño! —Rio Martina sin dejar de mirarnos—. ¡Son los agapornis del grupo!

—Mira que no dejas nunca de decir gilipolleces —se burló John negando con la cabeza.

—¡Vete a la mierda, amargado!

—Ya te gustaría a ti, pero no, aquí voy a seguir para que te reconcomas de rabia.

—Como si me importases tanto. —Le hizo una peineta.

Leo, que estaba a su lado, suspiró agotado.

—¿Alguien me cambia el sitio? Esto no hay dios que lo aguante.

—Dan, Ani... —Saltó Abril de nuevo—. ¿Tenéis pensado iros de viaje esta Navidad?

Nos miramos sonrientes y asentimos.

—Pasaremos la Nochebuena y la Navidad aquí, y después nos vamos a Río de Janeiro dos semanas.

—¿Con la loca de tu prima? —resopló Leo.

No me preguntéis por qué, pero todavía no sabíamos qué había pasado con ellos dos para que terminasen tan mal. Ni el uno, ni la otra, quería saber nada de su antiguo amor.

—Carlota no va a estar. Estas Navidades no ha podido cogerse vacaciones y le toca salir de viaje de trabajo, así que tendremos la casa para nosotros solos.

—Estoy deseando volver a Río —añadió Dan, rodeándome por la cintura—. Y coger una semilla de nuestro árbol.

—¿De verdad lo vas a hacer?

—Ajá. Y cuando regresemos, la plantaremos y lo tendremos en casa.

—Me encanta la idea.

Nos besamos y estuvimos en silencio escuchando a Marcos hablar. El novio de Martina no era demasiado hablador, pero cuando lo hacía nos dejaba a todos alucinados, era el tío más culto y educado que había conocido nunca.

Un rato después se nos unió Ciara, la novia de John, que había pasado de ser un simple ligue a presentarla formalmente incluso delante de su padre. Era una buena tía y a John parecía gustarle, así que nosotros contentos.

Mientras escuchaba hablar a Raúl acerca de botellas de whisky y clientes raritos, Dan llamó mi atención de repente.

Al mirarlo, me di cuenta de que sonreía. Y era esa clase de sonrisa de «yo sé algo que tú no».

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Adivina.

—¡Venga ya! ¿Otra vez el puñetero jueguecito?

—Te doy una pista: te encanta.

—Em... ¿Los gofres?

—No, Medialuna, frío, frío...

—Tú. —Al verlo reírse, lo empujé—. ¿Qué pasa? Tú me encantas.

—Aunque me siento halagado, tampoco es algo sobre mí. Venga, voy a ser bueno. —Acercó la boca a mi oído—: Está lloviendo.

Reí como una cría por su tono de voz y nos miramos a los ojos sin dejar de sonreír. Lo cogí de la mano.

—¿Vamos?

—Vamos.

Nos levantamos de la mesa y corrimos por el bar, bajo la atenta mirada de nuestros amigos, que dejaron de hablar y se quedaron extrañados.

—¡Eh! ¿Adónde vais?

—¡Está lloviendo! —gritó Dan y yo reí tirando más de él.

Creo que las únicas que entendieron lo que pasaba fueron Abril y Martina, que se levantaron rápido y se asomaron por la ventana para ver el espectáculo.

Los otros las siguieron, cómo no.

Y nos miraron.

Nos miraron con una sonrisa en los labios y con la seguridad de que nos faltaban treinta o cuarenta tornillos a cada uno.

Nos contemplaron mientras reíamos y nos besábamos, mientras nuestras ropas se empapaban por el fuerte aguacero que había comenzado a caer de repente. Y sonrieron todavía más al vernos correr hacia nuestra nueva casa, sin soltarnos de la mano, donde haríamos el amor entre risas y cajas a medio abrir. Donde nos diríamos lo mucho que nos queríamos, donde estábamos dispuestos a empezar una nueva vida.

Juntos, enamorados y felices, como tenía que ser.

FIN